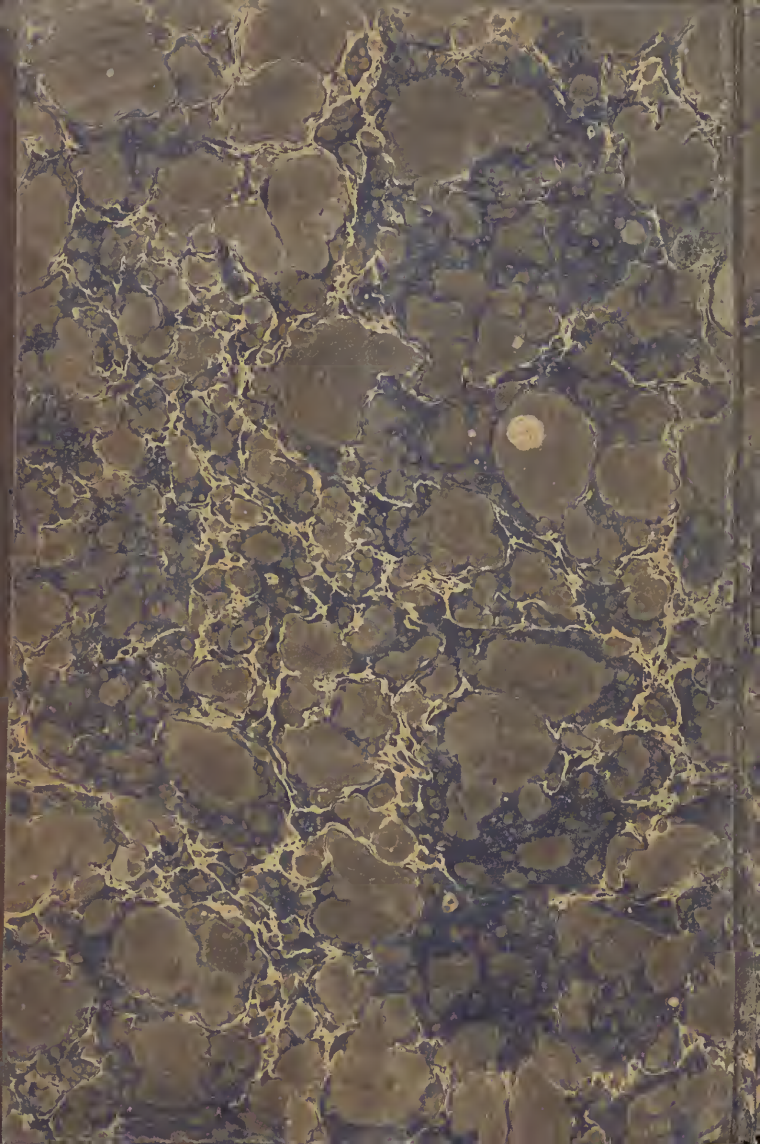
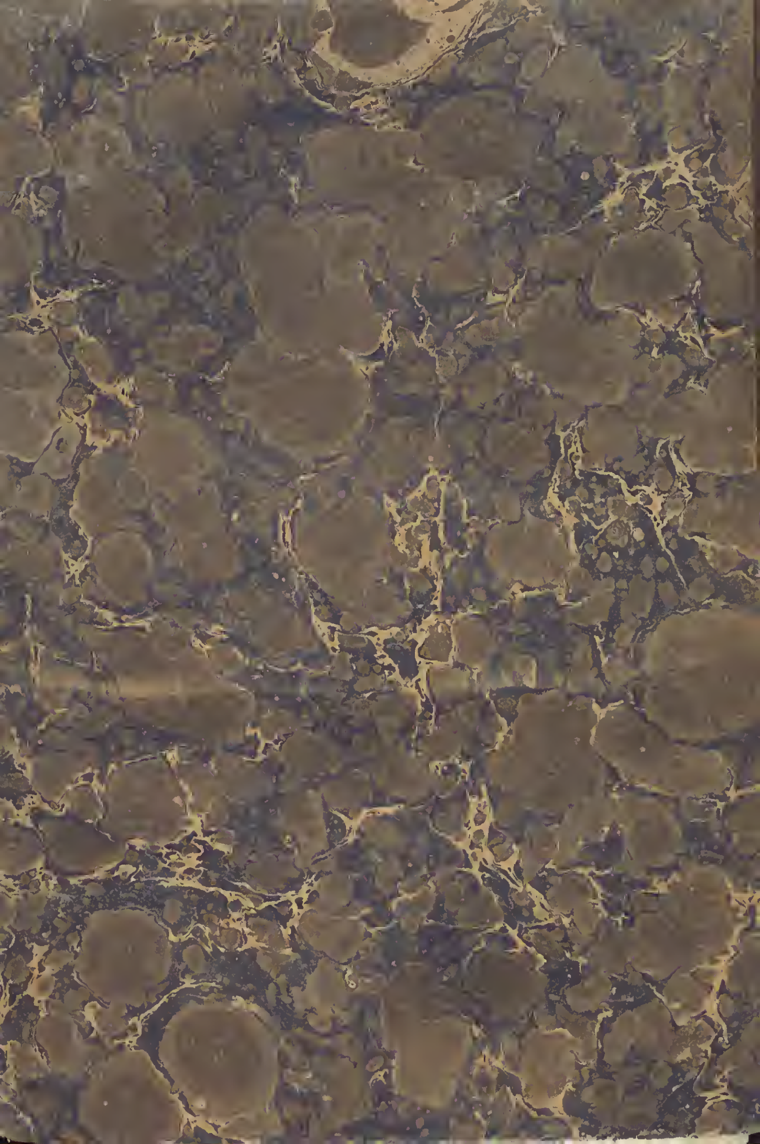






ÚLTIMO DIA DE NUMANCIA.



ÚLTIMO DIA
DE NUMANCIA,

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS,

DEDICADA

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

(Q. D. G.)

POR DON GASPAR BONO SERRANO.





MADRID.

IMPRENTA DE LA V. É HIJO DE D. E. AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1875.

AL REY.

SEÑOR.

Dignaos prestar oido,
Dignaos, Rey D. Alfonso,
A lira que silenciosa
Dormirá en mi tumba pronto.

Muy pronto, sí: que no en vano,
Cual grato sueño ilusorio,
Volaron de mi existencia
Setenta Eneros y Agostos.

No importa. Al cristiano vate
Que ve con serenos ojos
La Parca herir cada dia
A viejos, niños y mozos,

¿Podrá jamás aterrarle
Del panteon el reposo,
Considerando que al Verbo
Plugo morir por nosotros?

¡Humanidad infelice!
Súbditos, Monarcas, todos,
Sin escepcion, los mortales
Del dolor víctima somos.

Desde que yo en las orillas
Del Guadalope sonoro,
Ví mis nacientes auroras
Valles alegrando y sotos,

Gemí triste, vislumbrando
Las lágrimas y sollozos
De mi desolada madre
Por la ausencia del esposo,

Que en la inmortal Zaragoza,
Aunque soldado bisoño,
Verter mereció su sangre,
Combatiendo contra el Corso.

Desde entonces ¡pobre España!
¿Lució ni un momento solo
De paz y ventura? Siempre
Como tigres, como lobos

Que el hambre ensaña, los bandos
Se disputaron furiosos
La prèsa, el poder..... Señor,
Seais bien venido al sólio;

Al sólio de Berenguela
Y Felipe *el Animoso*,
De cuyas ramas augustas
Sois floreciente pimpollo.

Si Dios escucha mi ruego,
El buen Dios á quien invoco

Dia y noche, cuando humilde
Su amor y clemencia imploro,

Sereis el Iris brillante
Del horizonte nubloso,
Do ruge el trueno. La guerra,
La guerra en bramido ronco

Asusta á madres y esposas,
Que al pié del sagrado trono,
Do á la Vírgen veneramos,
Derraman ferviente lloro.

Vástago de San Fernando
Y de diez y seis Alfonsos,
Darnos paz por años ciento
Quiera el cielo bondadoso.

Mientras el momento asoma
Que con plegarias y votos
Pedimos los descendientes
De celtiberos y godos,

El suspirado momento,
Que en acordes blandos coros
Solemne *Te Deum* suene
En templos y en Oratorios,

Dignaos en mis acentos
Oir el valor y arrojo
Con que rehuyó Numancia
De esclava el yugo ominoso:

La períncli ta Numancia,
El pueblo de España heróico,
Terror de la altiva Roma
Y de los siglos asombro.

Madrid, Marzo de 1875.

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.,

Vuestro mas obligado y respetuoso Capellan,

Gaspar Bono Serrano.

MATIAS Y YO.

DIALOGO.

Madrid, Abril de 1874.

MAT. Me alegro encontrarte en este grato y delicioso paseo. Buenas tardes.

YO. Dios te guarde, búen Matías. Ya sabes que el Retiro suele en la estacion presente ser, mi paseo favorito.

MAT. ¡Con qué atencion estabas contemplando las estátuas de nuestros antiguos reyes!

YO. Así es la verdad Por lo mismo que no existe hoy el trono de Recaredo y de Alfonso Magno, y de los otros *quince* Alfonsos que reinaron en España, me complace sobremanera ver esas estátuas de nuestros príncipes, algunos de los cuales fueron,

Gloria de España, admiracion del mundo.

MAT. Me decia dias pasados un comandante de caballería, discípulo tuyo de historia, religion y

moral en el colegio de Alcalá de Henares, que te entusiasmabas, como un poeta inspirado, al hablar en clase de algunos monarcas y guerreros ilustres, así como tambien de algunos otros españoles, notables por sus virtudes y letras.

Yo. Lo mismo hubieras hecho tú y cualquiera otro hijo de España, tan poderosa y tan grande y feliz en otro tiempo, y tan desventurada hoy, tan pobre y raquítica y prosáica. *¡Oh tempora, oh mores!*

Mat. ¡Oh tiempos de los moros!

Yo. Así traducia las palabras de Ciceron un escolar modesto, condiscípulo mio, que estudiaba para Obispo, y se quedó en sacristan.

Mat. No sucede ahora lo mismo.

Yo. Tienes mucha razon. No pocos al presente, ignorantes y estúpidos como aquel aspirante á la mitra, y presuntuosos y audaces cual ninguno (antes de estudiar, como Fr. Gerundio de Campazas), se empeñan en ser folletineros, periodistas, diputados, embajadores, ministros; y lo consiguen algunos á pedir de boca á fuerza de adulaciones á los mandarines, á fuerza de intrigas, sobre todo á fuerza de osadía y de cinismo.

¡Y la España es tan vil que lo consiente!

Mat. No tienen la culpa ellos, sino el pueblo español que lo tolera y lo sufre, con la paciencia y cachaza de un..... tente, lengua.

Yo. Nuestra pátria infeliz, tan digna de mejor suer-

te, pudiera y debiera llamarse ahora (como D. Quijote) *la nacion de la triste figura.*

MAT. ¡Hombre, hombre! Eso es muy grave, muy exajerado.

YO. Pues yo te digo que es muy leve, y palido y descolorido.

MAT. Esplícate por Dios.

YO. Escúchame por la Virgen, y por todos los santos y santas que hay en el cielo. A fines de marzo de 1838 mi batallon inmemorial del Rey, primero de línea, era uno de los ocho que componian la division del general D. Manuel de Latre, la cual salió del Norte en pos del Conde de Negri y su hueste, que se habian internado en Castilla, para hacer triunfar en ella la causa de D. Carlos. Llegamos desde Guadalajara á las puertas de Alcalá, hicimos un descanso de dos horas, y con tan plausible motivo, mientras mi asistente me disponia el almuerzo, yo recorrí el pueblo natal del Príncipe de nuestros ingenios, porque jamás habia estado en él, y deseaba ardientemente ver el solar de la casa en que nació el Manco de Lepanto, la parroquia de Santa María, en que fué bautizado, la Iglesia Magistral (única en España) en que se veneran *los Santos Niños*, como allí vulgarmente llaman á San Justo y Pastor, y finalmente la Universidad de Cisneros, aquel magnífico edificio, aquel Colegio Mayor de San Ildefonso, en que tantos y tantos períuclitos españoles estudiaron y florecieron, para gloria de la Igle-

sia y del Estado. Despues de rezar en la Magistral, y de ver con dolor la ruinas de la que fué casa de Cervantes, y de besar con respeto su partida de bautismo en Santa María, el bondadoso cura de esta parroquia me acompañó á la Universidad, que está á muy corta distancia. No quisiera haber visto lo que los dos clérigos vimos no bien entramos en la plaza de la Universidad.

MAT. ¿Qué fué ello, si decirse puede?

YO. Te lo diré con la condicion de que no lo digas á nadie, y sobre todo á ningun estranjero.

MAT. Te doy mi palabra de honor de callarlo, como si me lo dijeras en confesion.

YO. Pues oye.

MAT. Oigo con atencion profunda.

YO. En aquel momento me bullian en la imaginacion los nombres de Santo Tomás de Villanueva, de San Ignacio de Loyola y otros Santos que estudiaron en aquella Universidad, los del Padre Salmeron, de Lainez, y Melchor Cano, y Juan de Avila, Domingo Soto y otras espléndidas lumbreras del santo Concilio de Trento; los de Lope de Vega, Solís y Jovellanos, y otros cien poetas ilustres y elocuentes prosistas, discípulos del mismo famosísimo Liceo, tan célebre como el de Atenas; cuando el cura y yo ponemos el pié en la susodicha plaza, y vemos salir por la puerta de la Universidad. ¿Qué dirás que salia por aquella puerta, que daba entrada en otro tiempo al santuario de la sabiduría cristiana? Aciértalo, buen Matías.

MAT. Pero, hombre, ¿soy adivino yo, ó profeta? Vamos, despacha, dímelo, y me ahorrarás el trabajo de discurrir en vano.

YO. Ví la cosa mas prosáica; vi el objeto mas baladí que pudiera ver en tan respetable sitio.

MAT. Dilo de una vez por Dios, y no me tengas en brasas.

YO. *Obstupescite, cœli.....*

MAT. ¡Ave María Purísima! ¿Pues qué es lo que viste?

YO. No me atrevo á decirlo.

MAT. Pues vete á paseo.

YO. ¿No estamos paseando por las márgenes del estanque del Retiro?

MAT. Acaba de una vez, y no me tengas tanto rato suspenso y meditabundo, abusando de mi paciencia y amistad.

YO. Dios me libre de eso.

MAT. Concluye de una vez.

YO. Voy á darte gusto con el mas profundo sentimiento de mi corazon. Vimos el Cura y yo.... pasmaos, cielos; pásmese la tierra; pásmate, querido Matías.

MAT. Déjate de tantos pasmos, y al grano, al hecho. Estoy viendo que este va á ser el segundo parto de los montes, cuando parieron un ratoncillo. *Parturient montes, nascetur ridiculus mus.* Perdona la pedantería.

YO. *Cave credas*, Matías querido; no era un raton, era una recua de mulos, y diez ó doce borricos mas, tan altos como dromedarios, cargados unos y otros, nó de *grano*, como tú supones; nada de grano sustancioso y nutritivo,

era paja, paja pura para los caballos de la guarnicion de Alcalá.

Mat. No te entiendo.

Yo. *Intelligenti, pauca.*

Mat. Si no te esplicas mas.....

Yo. Es muy justo. Cuando yo creia ver salir por la puerta principal de la Universidad complutense, si no algun sábio como los de otros siglos, por lo menos algun racional, hecho y formado á imágen de Dios, me encuentro con que asomaban sus largas orejas los humildes cuadrúpedos mencionados y los esportones de paja, contaminando aquellos pobres y mansos animales y humedeciendo el pavimento de aquel emporio algun dia de cuanto sabian los hombres en el siglo XVI y siguientes.

Mat. ¿Qué dijísteis el Cura y tú al ver aquella profanacion y sacrílego desacato á la Universidad de Cisneros, convertida en almacen de paja?

Yo. No dijimos una sola palabra.

Mat. Casi es imposible, al menos por tu parte.

Yo. Me miró el Cura, le miré yo.....

Mat. ¿Y qué mas?

Yo. A él se le escapó de la boca una estrepitosa carcajada, y á mí se me saltaron las lágrimas de los ojos; lágrimas de ira.

Mat. Lo creo muy bien, que imitaríais los dos clérigos en aquella ocasion á Demócrito y Heráclito, *los dos diferentísimos señores*, como los apellida con gracia nuestro festivo Cadalso. Como el buen Cura estaria muy acostumbrado al cuadro grotesco de sacar paja de la Uni-

versidad, ya lo tomaba á risa; á risa cruel, sardónica, desgarradora. Como tú veias por primera vez aquella inesperada escena, lloraste de amargura, de indignacion, de rabia. Todo esto es muy natural, así como tambien lo sería, que ahora entre los dos cortásemos un sayo muy cumplido al *riojano* gobernador de Madrid, que en compañía de toreros y otros literatos y sábios *ejusdem furfuris*, se fué desde el Manzanares á la antigua Compluto, y trasladó la Universidad de Cisneros, trasformándola en *Universidad central de Madrid*. Estos hechos son la verdadera fotografía de la España contemporánea.

YO. Hablemos de otra cosa. Tienes mucha razon.

MAT. Mejor será, porque me arde la sangre.

YO. A mí tambien.

MAT. Volvamos por un momento, si te place, á las estátuas de los reyes que acabamos de ver en el paseo. Prepárate, porque te voy á hacer una interpelacion muy grave.

YO. No estoy preparado para contestarte.

MAT. ¿Y si lo estuvieras?

YO. Te responderé como Dios me dé á entender. Venga tu pregunta.

MAT. *Ante omnia*. ¿Sabes que hemos tenido en España reyes admirables? Digo, ¿podrias ignorarlo cuando desde niño estás estudiando la historia, sobre todo la de nuestra infelicísima pátria? Yo tambien la conozco un poco, pues he pasado muchas horas leyendo, especialmente los gloriosos reinados de Recaredo, de Wam-

era paja, paja pura para los caballos de la guarnicion de Alcalá.

MAT. No te entiendo.

YO. *Intelligenti, pauca.*

MAT. Si no te esplicas mas.....

YO. Es muy justo. Cuando yo creia ver salir por la puerta principal de la Universidad complutense, si no algun sábio como los de otros siglos, por lo menos algun racional, hecho y formado á imágen de Dios, me encuentro con que asomaban sus largas orejas los humildes cuadrúpedos mencionados y los esportones de paja, contaminando aquellos pobres y mansos animales y humedeciendo el pavimento de aquel emporio algun dia de cuanto sabian los hombres en el siglo XVI y siguientes.

MAT. ¿Qué dijísteis el Cura y tú al ver aquella profanacion y sacrílego desacato á la Universidad de Cisneros, convertida en almacen de paja?

YO. No dijimos una sola palabra.

MAT. Casi es imposible, al menos por tu parte.

YO. Me miró el Cura, le miré yo.....

MAT. ¿Y qué mas?

YO. A él se le escapó de la boca una estrepitosa carcajada, y á mí se me saltaron las lágrimas de los ojos; lágrimas de ira.

MAT. Lo creo muy bien, que imitaríais los dos clérigos en aquella ocasion á Demócrito y Heráclito, *los dos diferentísimos señores*, como los apellida con gracia nuestro festivo Cadalso. Como el buen Cura estaria muy acostumbrado al cuadro grotesco de sacar paja de la Uni-

versidad, ya lo tomaba á risa; á risa cruel, sardónica, desgarradora. Como tú veias por primera vez aquella inesperada escena, lloraste de amargura, de indignacion, de rabia. Todo esto es muy natural, así como tambien lo sería, que ahora entre los dos cortásemos un sayo muy cumplido al *riojano* gobernador de Madrid, que en compañía de toreros y otros literatos y sábios *ejusdem furfuris*, se fué desde el Manzanares á la antigua Compluto, y trasladó la Universidad de Cisneros, trasformándola en *Universidad central de Madrid*. Estos hechos son la verdadera fotografía de la España contemporánea.

Yo. Hablemos de otra cosa. Tienes mucha razon.

Mat. Mejor será, porque me arde la sangre.

Yo. A mí tambien.

Mat. Volvamos por un momento, si te place, á las estátuas de los reyes que acabamos de ver en el paseo. Prepárate, porque te voy á hacer una interpelacion muy grave.

Yo. No estoy preparado para contestarte.

Mat. ¿Y si lo estuvieras?

Yo. Te responderé como Dios me dé á entender. Venga tu pregunta.

Mat. *Ante omnia.* ¿Sabes que hemos tenido en España reyes admirables? Digo, ¿podrias ignorarlo cuando desde niño estás estudiando la historia, sobre todo la de nuestra infelicísima pátria? Yo tambien la conozco un poco, pues he pasado muchas horas leyendo, especialmente los gloriosos reinados de Recaredo, de Wam-

ba, de Ramiro I y II, de todos los Alfonsos, de D. Jáime el Conquistador, de los Reyes Católicos (el mas ilustre de los reinados en España), de San Fernando, de Fernando VI y de Cárlos III.

YO. ¿Por qué no te acuerdas del Emperador Cárlos V?

MAT. Porque en él comenzó la decadencia de España con tantas malditas guerras fuera de nuestra pátria, las cuales nos produjeron mucho mal y poquísimo bien. Tambien he visto muy despacio y leido la historia lamentable del Príncipe de Viana, asosinado y perseguido atrozmente por su cruel y feroz madrastra; la del infortunado aragonés D. Bernardo Cabrera, degollado en el mercado de Zaragoza por Pedro IV *el del puñal;* la del otro aragonés ilustre D. Alvaro de Luna, que tambien espiró en un cadalso en la plaza del Ochavo de Valladolid; y en fin, la del general Porlier, de D. Francisco Javier Elío, del Empecinado y Diego Leon, víctimas ilustres de nuestras discordias civiles en el presente siglo.

YO. Confiesa que el nombre de Alfonso es el mas célebre de nuestros anales, por haberlo llevado en España nada menos que diez y seis Monarcas, ilustres en superlativo grado la mayor parte de ellos. Alfonso I de Astúrias, apellidado el *Católico;* Alfonso II de Oviedo, conocido con el sobrenombre de *Casto;* Alfonso III el *Grande;* Alfonso V el *Noble*, que murió con las armas en la mano, peleando

contra los moros atrincherados en Viseo; Alfonso VI conquistador de Madrid, Toledo y otras plazas importantes; Alfonso VII el *Emperador;* Alfonso VIII, el vencedor de las Navas; Alfonso X el Sábio; Alfonso XI, el Triunfador en el Salado, Alfonso I de Aragon, denominado el *Batallador*, muerto á lanzazos en los montes de Fraga por los moros, á quienes habia él vencido anteriormente en treinta batallas campales; y por fin, el aragonés Alfonso V, uno de los mas preclaros reyes de España y del mundo entero.

MAT. ¡Qué monarcas tan insignes! El mismo Alfonso IX, aunque valia poquísimo como rey y como hombre, tiene la mayor gloria de las glorias, y es la de haber sido padre del gran San Fernando, y de haber estado casado en primeras nupcias con Santa Teresa de Portugal, y despues con la virtuosísima infanta Doña Berenguela, la cual reinó en Castilla desde 1244 hasta el 1252, en que renunció la corona en su hijo D. Fernando III, por ser ya un jóven Príncipe, que desde la adolescencia manifestó visiblemente con sus relevantes dotes, sería con el tiempo un gran guerrero, un gran político y un gran Santo.

MAT. Debiste añadir, al hablar de Alfonso VIII, que si triunfó tan gloriosamente en Muradal, no triunfó solo, sino que le ayudó bizarramente Sancho VII el *Retraido* ó el *Fuerte*, con sus indomables navarros, que degollaron la guardia negra, que cual muro de bronce, circunvala-

pero quedaron sus gloriosos nombres en la historia al nivel de Sagunto, no de Numancia. Por lo demas, yo quisiera representáran mi ensayo dramático actores tan eminentes como Roscio, el grande amigo de Ciceron, y el francés Talma, y el inglés Garrik, y el español Maiquez, y *Madamoiselle* Raquel y la Rita Luna (no inferior á la trágica francesa). Si viviera mi escelente amigo Julian Romea, ya se hubiera representado *El último dia de Numancia*, y quizá mas de una vez.

MAT. Mucho suponer es ese.

YO. Pues óyeme.

MAT. Oigote. ¡Qué bueno era el eminente actor y *laureado poeta!*

YO. Le conocí y le traté muchos años con cariñosa familiaridad. Por habernos encontrado casualmente en el estudio del pintor D. Luis Lopez, cuando estaba pintando el cuadro *la coronacion de Quintana*, se empeñó el buen Romea que estuviéramos allí retratados juntos, ó por lo menos á la menor distancia posible. Así lo hizo el bondadoso D. Luis, siéndome muy lisonjero y grato el verme hoy en aquel cuadro no lejos de Romea, tan distinguido actor como inspirado y clásico poeta.

MAT. Pues en la oda de nuestro difunto amigo D. Miguel Príncipe, estás no poco lejos del buen D. Julian. Oye la estrofa en que, despues de hablar de la Avellaneda, Breton de los Herreros, Ventéra de la Vega, etc., etc., dice el vate aragonés:

¿Nombraré á los demás? Piquer, Romea,
Montesino, Olivan, Sagasta, Rosa,
Gonzalez de la Vega, Orgaz, Pedrosa,
Cerro, Flores, Flamant, Onís, Larrea,
Marco, Cervino, Olea,
Sancho, Palacio, Rios, Navarrete,
Bono Serrano, Armijo, Mesonero,
Prast, Carreras, Madrazo, Andilla, Asuero,
Arco, Rubio, Segovia, Dacarrete.
¿Cómo quereis que lleve el desvarío
A tan audaz estremo? En tantos modos
Vida de Lopez el pincel da á todos,
Que siento yo desfallecer el mio, etc.

YO. Las consonantes ú otra razon, que no me importa averiguar, serian la causa.

MAT. ¿Dónde conociste por primera vez á Romea?

YO. En casa de mi respetable maestro D. Juan Nicasio Gallego. Cuando este vivia en la calle de Juanelo, le ví la primera vez, y despues con mas frecuencia en la Academia de la Lengua, por tener en ella habitacion el cantor del 2 *de Mayo*, como secretario perpétuo de aquella respetable corporacion. Romea solía visitar á Gallego, y le leia sus hermosos versos. Yo hacia lo mismo con mis ensayos poéticos. D. Nicasio tenia la bondad de hacernos algunas observaciones, que nos eran utilísimas para mejorar aquellos metros.

MAT. ¡Qué gran crítico era aquel grande hombre!

YO. Quizá era aún mejor crítico que poeta, y eso que, como vate, vale tanto como el divino Herrera, Rioja, Melendez y Lista.

MAT. Es bien raro, que no habiendo tú pensado jamás en escribir tragedias ni otra obra dramática, *á la vejez viruelas:* cuando estás asomando á los setenta inviernos te descuelgues con *El último dia de Numancia.* Yo nunca hubiera hecho tamaño desatino. ¿Estás dispuesto á contestar á mi interpelacion?

YO. Lo haré como buenamente pueda. Por de pronto diré que al comenzar mi ensayo dramático, me acordé de aquellos tercetos de Bartolomé Argensola:

Tragedia escribirás cano y maduro,
Que agora, aunque Sofócles te convide,
Has de apelarte al término futuro.
Pues ya ni por Eurípides le pide
Ni por Séneca alguno el real calzado
Con que á la pompa trágica preside.
Si hoy la escribes, de sábios admirado,
Al sordo viento volarás, pospuesta
La aclamacion del popular Senado.

Además de esto, á mí jamás me pasó por la imaginacion dedicarme á la literatura dramática, á pesar de ser la única algo lucrativa en el presente siglo. Yo nunca escribí metros ó prosa por ganar dinero. Escribí siempre por distraccion, por descansar de estudios mas graves y penosos, por echar una cana al aire, por calmar las penas de mi corazon lastimado, y por consolarme, finalmente, en las amarguras de la vida, en las

dolencias, en los desengaños de amigos, indignos de que se les dé tan honroso nombre. Tentado estoy por decir, que amigos leales hay tantos, como lunas en el firmamento.

MAT. Hablas como hablarian los siete sábios de Grecia.

YO. Se supone. Además debo advertirte una cosa, que no es ocioso advertirte. De seguro te llamará la atencion. Cuantas mas Navidades cuento, cuantos mas achaques me acosan y molestan, cuantos mas trabajos y tribulaciones y cuitas me asaltan y martirizan, con mas facilidad escribo mis versillos. Hace veinte, treinta ó cuarenta años, una octava, por ejemplo, un soneto ó un romancillo, me costaba no poco tiempo, no poca paciencia. Escribia y borroneaba una hora, y despues empleaba horas y horas, y aun dias y noches en corregir y limar aquellos versos. Hoy no me sucede lo mismo. Casi todos los versos que he publicado en estos años últimos, *item mas,* los muchos que guardo inéditos en mi pupitre, con escepcion de muy pocos, todos han salido, ó saldrán á volar, como salen de mi tintero la primera vez, *casi calamo currente.*

MAT. Por de contado, que esceptuarás de esta regla general *El último dia de Numancia.*

YO. Pues no debe esceptuarse, por haberla escrito en poquísimos dias, en la canícula del año pasado 1873. Si la hubiera escrito hace veinticinco años, es bien seguro hubiera emplea-

do cuatro ó cinco meses en escribir y limar, como me sucedió con el canto en octavas á la Vírgen del Pilar, ó con la traduccion en endecasílabos de la poética latina de Gerónimo Vida.

Mat. Pero aquellas dos obrillas tuyas valen mucho mas que la tragedia.

Yo. Eso es mas fácil decirlo que probarlo. Yo, por lo menos, no soy de esa opinion. En fin, en esta materia, quédate en tus *trece* y déjame á mí en mis *catorce*. Por lo demás, el pensamiento primero de componer una tragedia no salió de mi cabeza, sino de la de mi maestro.

Mat. ¿De D. Juan Nicasio Gallego?

Yo. Cabalito. Cuando en 1850 publiqué en Madrid la primera edicion de mis poesías, uno de los primeros ejemplares que regalé, fué, como era justo, á mi respetable maestro. Me dió las gracias el buen viejo, y abriendo su pupitre, sacó un ejemplar empastado de su tragedia *Oscar*, y lo puso en mis manos. Dejo á tu consideracion mi agradecimiento por esta prueba de bondad, que me dió el poeta ilustre.

Mat. Pero el *Oscar* no es original de Gallego.

Yo. Así es. Monsieur Arnault, poeta francés, de no escaso mérito, publicó la tragedia titulada, *Oscar hijo de Osian*; llegaron algunos ejemplares á Cádiz, bombardeada á la sazon por las tropas de Napoleon I, y algunos de nuestros literatos residentes entonces en aquel baluarte de nuestra independencia nacional, rogaron á

D. Nicasio, tradujese y acomodase al teatro español el drama francés. Así lo hizo el diputado zamorano, y en una sola semana emprendió y llevó á cabo aquella refundicion española, que se representó despues con el éxito mas brillante en Cádiz, Madrid y otras capitales. La obra de D. Nicasio es una de aquellas poquísimas traducciones que dejan muy atrás al original. Si alguno se toma el trabajo, que yo me tomé en 1850, de cotejar la obra de Gallego con la de Arnault, verá por sus ojos que no exagero ni me equivoco.

MAT. ¿De dónde sacaste la tragedia francesa?

YO. Me la prestó para leerla mi maestro, el cual apenas yo comencé á hojear en su presencia la tragedia suya, *deja eso*, me dijo, ya lo leerás en *tu casa. ¿Sabes por qué te hago ese pequeño regalo? Pues te doy esa tragedia para que tú escribas otra.* Pocas veces en toda mi vida, muy pocas, me he quedado yo tan estupefacto, como quedé en aquel momento. *¿Me habla usted de veras, Sr. D. Juan Nicasio?* pregunté con timidez.—*Te hablo con la misma formalidad y seriedad con que te hablé siempre, desde que siendo tú estudiante de Teología, me leiste tus primeros ensayos poéticos.*—Pero considere usted, Sr. D. Nicasio, repliqué yo, que jamás escribí un solo verso dramático, y lo que es mas, ni aun pensé en escribirlo. —Eso no importa, contestó el viejo, alguna vez has de comenzar.—No podré aunque me haga pedazos.—Eso no es verdad. Si me obedeces, y

te empeñas en escribir una tragedia, la escribirás. ¿Sabe el hombre lo que es capaz de hacer cuando forma una resolucion ó proyecto, por difícil que le parezca, si acomete aquella empresa con denuedo y energía? En fin, te ruego como amigo, y como maestro te ordeno y mando, que escribas una tragedia; no un drama romántico, sino una tragedia, en que ni en un ápice, ni una sílaba quebrantes ni poco, ni mucho, ni nada las tres unidades de *accion*, de *lugar* y *tiempo*. Escríbela, ponla en limpio muy despacio, y me la leerás á Romea y á mí.

MAT. Por supuesto le obedeciste, como un alumno debe obedecer dócil á su maestro.

YO. Le comencé á obedecer á los pocos dias.

MAT. Malo. Eso quiere decir que no le obedeciste *in totum* como debias.

YO. Me esplicaré. Era entonces el verano de 1850, y despues de comenzar mi tragedia, á regañadientes, contra toda mi voluntad, con una repugnancia visible en fin, *invita Minerva*, como dice Horacio.....

MAT. ¿Cuál era el argumento de aquel tu primer ensayo dramático?

YO. La muerte de nuestro Juan de Lanuza.

MAT. Me gusta mas que la destruccion de Numancia.

YO. Eso va en gustos, y sobre gustos no hay disputas; y perdone el doctísimo P. Feijóo, que opina todo lo contrario. En menos de un mes compuse casi todo el primer acto de aquel ensayo trágico.

MAT. Supongo lo leerias á D. Juan Nicasio.

YO. Supones mal. Apenas tenia yo terminada aquella primera parte de mi obrilla, fuí destinado al colegio de cadetes de caballería, recien fundado en Alcalá, y tuve que salir de Madrid, precipitamente digámoslo así, porque ya sabes lo que son las órdenes de los Gefes militares. Fuí á la pátria de Cervantes, y además de tener que esplicar historia, religion y moral á los cadetes, por complacer á D. Ramon Lopez Pantoja, director del colegio complutense, me encargué de una cátedra de latinidad, y por tanto me quedaba muy poco tiempo para pensar en versos. En estas circunstancias llegó el deseado alumbramiento de la Reina Doña Isabel II, nació su augusta hija (viuda hoy del pundonoroso y valiente Conde de Girgenti), y en las fiestas de aquella Princesa el buen viejo mi mentor, al ver la iluminacion del Palacio de la plaza de Oriente, dió una terrible y espantosa caida, que lo llevó al sepulcro poco tiempo despues. El colegio militar de Alcalá fué trasladado á Valladolid en marzo de 1852. A mi paso por Madrid visité á D. Juan Nicasio, postrado en cama, y con poquísimas ganas de pensar en coplas. No obstante, preguntóme si habia comenzado la *tragedia*, que me habia encargado. Respondíle afirmativamente, como era la verdad, y me despedí con dolor, porque supuse al verlo con tan poca salud, que no volvería á verle mas. Así fué por desgracia. No tardó en mo-

rir aquel respetable varon. Algun tiempo despues leí despacio, muy despacio, á sangre fria, como si leyese versos ajenos, el comienzo de mi *tragedia,* y lo hice pedazos, con resolucion de no volver á escribir mas versos dramáticos en toda mi vida.

MAT. ¿Pues cómo te atreviste despues á escribir el *Ultimo dia de Numancia?*

YO. Muy sencillamente. Cuando estuve el año pasado en París, leyendo un periódico francés, me encontré un suelto, copiado y traducido de un periódico madrileño, en que se hacia honrosa mencion de la *Numancia, drama trágico,* que acababa de escribir la jóven Blanca de Gasó y Ortiz, á la que conozco hace no pocos años. Antes que desde Barcelona viniera esta escritora á Madrid, me la recomendó mi carísimo condiscípulo D. Juan Cortada, remitiéndome impresa una hoja suelta, en que el historiador catalan daba á conocer algunas flores poéticas de Blanca; añadiendo un elogio para alentar á la poetisa niña, que con tan buenos auspicios comenzaba á caminar por la escabrosa y áspera subida del Parnaso.

MAT. Por eso, sin duda, insertarias en *El Correo de la Moda* un idilio á dicha jóven, con motivo de regalar á la misma algunas de tus poesías, publicadas anteriormente. Todavía recuerdo el principio de tu sencillísimo idilio.

A la donosa
Garrida Blanca,

Cuyos abriles
Virtud realza,
A la que inspira
Musa cristiana
Cuando las cuerdas
Pulsa del arpa,
Este de flores
Secas y lacias
Ramilletito
Que olor no exhala,
Ofrece un viejo
De muchas canas,
Aficionado
A la sagrada,
A la sublimé
Lira que canta
Del Sér Eterno
Las alabanzas.

YO. Buena memoria tienes. No es tan feliz la mia. Ya no recordaba yo esos versos, que son una imitacion, aunque lejana, de la donosa odita que Melendez dirigió en 1812 en Valencia á una niña de diez á doce años, con motivo de regalarle unos dulces en el cumpleaños de la misma. Comienza así:

A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La márgen pisan;
A la preciosa

Y amable Silvia
Un dulce mimo
Mi afecto envia.
A la que artera,
Vivaz, festiva,
Puede á las Gracias
Causar envidia;
Cuya persona
Toda es delicias,
Toda en su trato
Sales y almibar.
La que azucena,
Pura, sencilla,
Sin gemir hace
Que tantos giman;
Y en su inocencia
Donosa y linda
Arrastra esclavos
Cuantos la miran, etc.

MAT. Esos versos son mucho mejor que los tuyos.

YO. Vaya una agudeza la tuya. Podian no serlo habiéndolos escrito el dulcísimo Batilo. N puedo acordarme sin indignacion de la in justa severidad con que habló de Melende Valdés en el Ateneo de Madrid años pasado el difunto Alcalá Galiano, así como tambie del gran Jovellanos, del inmortal Padre Fei jóo y de otros cien preclaros españoles. El an tiguo orador de la Fontana solo tuvo enton ces elogios pomposos y exagerados para es critores estranjeros.

MAT. Mal patriota.

YO. Al menos debió ser mas imparcial y mas justo con los ingenios de su pátria. Dudo mucho que ni los ingleses, ni los franceses, ni los italianos, ni los alemanes tengan un poeta lírico superior á Melendez, ni un prosista mas elocuente que Jovellanos, ni un escritor de mas valía que el sábio Benedictino de Oviedo, considerando que en el año 1726 fue cuando comenzó á publicar sus admirables discursos y cartas eruditas. El verdadero defecto de Melendez, como dice con verdad el Padre Alvarado ó sea el *Filósofo Rancio* es, que el poeta estremeño es en demasía *afeminado* y *relamido* en sus poesías eróticas. Pero Melendez era hombre, como nosotros pecadores:

Nihil est ab omni parte beatum,

de cuantas obras salen de nuestras débiles manos. Solo Dios es grande, y sábio por esencia y omnipotente por naturaleza. ¡Pobre humanidad! ¡Y existen filosofastros tan orgullosos como estúpidos y tontos de la cabeza, que quieren subirse á las barbas al Altísimo ó negar su existencia!!! ¡Válgame Dios! ¡Pobre humanidad!

Apenas leí en París el mencionado suelto referente al drama de la Blanca Gasó, me inflamó el mas vivo y ardiente deseo de escribir una tragedia *en loor de Numancia.* Ya sabes tú, que yo nunca hago mañana lo que puedo hacer hoy. Dejé el periódico encima de la

mesa donde comia y rezaba el Breviario, y escribia, y estudiaba en el *Hôtel de New-York*, *Rue de Bonne, núm.* 22, que me proporcionó mi escelente amigo Mr. de Latour, y *llanto sobre el difunto*, como decimos en España, sin perder momento comencé á escribir el prólogo poético de mi entonces futura tragedia.

MAT. Es lo que mas me ha gustado de toda ella, porque es muy patriótico y español el tal prólogo; sin que esto sea decir, que no tenga esta cualidad toda tu obrita dramática.

YO. No eres tú el primero que lo ha dicho. Así que volví á Madrid, leí con atencion y detenimiento la *Numancia* de Cervantes; la de Ayala, rival de Moratin el Padre; la refundicion de la misma por el presbítero D. Antonio Saviñon, que mejoró la de Ayala notablemente; en fin leí otras *Numancias*, incluso el drama de la señorita Gasó, que tuvo la amabilidad de prestarme su obra poética para que yo la viese en mi casa. Por aquellas calendas, ya estaba terminado casi mi *Ultimo dia de Numancia*. Me costó menos trabajo esta literaria tarea, que los primeros cien versos de mi tragedia de marras sobre la muerte del infortunado Juan de Lanuza.

MAT. Lo creo muy bien. Esta la emprendiste por encargo, y la otra por capricho ó inspiracion propia.

YO. Todo pudiera ser, es decir, que fuera un antojo ó tontería verdadera por mi parte el osar

escribir una tragedia clásica. En fin, veremos lo que dicen los inteligentes cuando se represente ó se imprima.

MAT. Antes de hacerte algunas observaciones con la franqueza propia de nuestra amistad íntima, te voy á decir algo sobre el prólogo, que me ha hecho recordar el precioso y levantado prólogo que precede á la tragedia de *Roma libre* de Alfieri, refundida por Saviñon.

YO. Tambien refundió acertadamente este docto clérigo la *Numancia* de Ayala, como ya he dicho, suprimiendo con discrecion un episodio amoroso, que aisladamente considerado es muy bello, pero inoportuno en una obra dramática, en que el amor á la pátria no debe aparecer ahogado por otros amores ó amoríos.

MAT. Así es la verdad: por eso tú estás tan sóbrio y parco al hablar del tierno y casto amor, que profesaba el gran Retógenes á la bella Himilce.

YO. Contemporáneo de Saviñon fué D. José María Iñiguez, autor del *Viriato*, que representó Julian Romea con su esposa Matilde, y otros actores y actrices sobresalientes mas de veinte noches seguidas á ruegos del general Espartero, regente del reino en aquella época. Si hoy viviera el buen Julian representaria indudablemente mi *Ultimo dia de Numancia*, y haria de buen grado por la amistad lo mismo que entonces hizo por complacer al poder y á la autoridad de D. Baldomero.

MAT. Tambien en el primer tercio de este siglo representó mas de una vez Isidoro Maiquez la citada *Roma libre;* por cierto que cuando aquel actor eminente recitaba con la maestría acostumbrada, el patriótico prólogo de D. Cristóbal Beña, escitaba un entusiasmo tan ardiente como indescriptible en el público, conmovido con aquellos vigorosos y valientes versos, capaces de inspirar el mas puro y ardiente patriotismo en los corazones mas indiferentes y frios. Lástima es que Beña no nos dejase mas escritos ó inspiraciones de su española musa. Se contentó con publicar sus *Fábulas políticas*, bien inferiores, en verdad, á las de Iriarte y Samaniego. En su época hicieron mucho ruido, como obra de circunstancias. Ya nadie se acuerda de ellas, ni tampoco de alguna que otra composicion poética suya, muy superior á las citadas fábulas. Siento no recordar una magnífica oda de este poeta en loor del bizarro Brigadier escocés, D. Juan Downié, que militaba en nuestro ejército de Andalucía.

YO. Pues no lo sientas, porque yo te la puedo facilitar, y aun recitártela en este momento si quieres. Me la dió impresa hace unos cuarenta años D. Juan Nicasio; yo que entonces tenia mejor memoria que al presente, la aprendí en términos que no la he olvidado. Downié ceñia la misma espada del famoso Francisco Pizarro, y acaudillaba la vanguardia de la numerosa hueste que reconquistó á Sevi-

lla, dominada anteriormente por las armas francesas. Al aproximarse á los muros hispalenses en medio de un diluvio de balas, el valeroso Brigadier cayó muy mal herido del caballo, á cortísima distancia de un escuadron enemigo. Receloso Downié de que lo hiciesen prisionero los franceses, como desgraciadamente sucedió, hizo un esfuerzo supremo, y arrojó su espada al sitio en que vió algunos de sus valientes subordinados. Estos levantaron del suelo aquel acero y lo salvaron, á pesar del brioso y decidido empeño de los contrarios por apoderarse de la brillante espada que tan dignamente ciñó el antiguo conquistador del Perú.

MAT. Me alegraré mucho de oir los hermosos metros de Beña despues de tantos años que los leí por primera vez.

YO. Escucha.

AL VALIENTE BRIGADIER D. JUAN DOWNIÉ.

Oda.

Musa, que de los ínclitos varones
Diste á Osiän divino
El ensalzar las bélicas acciones
En canto peregrino,
Que acompañaba con su voz sonora
De oro y marfil el arpa encantadora;

Da poder celestial hoy á mi acento,
Que á los astros levante
Sobre las alas rápidas del viento
El ánimo constante
Del que es honor de la escocesa gente,
Y émulo digno de Fingal valiente.

—

En su sangre dos veces ya teñido
Iba Downié el osado
Tras el francés por su valor vencido;
Y de uno y otro lado
La muerte y el terror le rodeaba,
Y atónita Sevilla lo miraba.

—

Cuando al bajar la plácida victoria
Del azulado cielo,
A coronarle de luciente gloria,
Llegó con raudo vuelo
Ardiente, férreo globo despedido
De hueco bronce en hórrido estampido,

—

Que el magnánimo rostro traspasara
Con horrorosa herida
Y del fuerte bridon le derribara
En súbita caida,
Cuando los enemigos orgullosos
A su presa corrian afanosos.

—

Mas del carro de nubes entretanto
Fingal, que lo veia,
Con el celeste impenetrable manto
Al herido cubria,

Que apoyado en el pomo de la espada,
Su vida sostenia desmayada.

—

«Hijo, le dice, si á la cruda suerte
»Rendirte hoy es forzoso,
»Tambien el cielo de la fiera muerte
»Te libra generoso.
»Poco serás, te juro, prisionero;
»Yo en tanto guardaré tu noble acero.»

—

Sea, Downié responde: mas mirando
Que cerca peleaba
De sus valientes el guerrero bando,
Hácia ellos señalaba,
Y á Fingal sonriendo le decia:
¿Quién mejor guardará la espada mia?

—

Y superior entonces á sí mismo,
El noble acero lanza
En prueba de su esfuerzo y heroísmo,
Que á los suyos alcanza,
Y entre prisiones queda y no suspira,
Porque, feliz, su espada libre mira.

—

MAT. Te agradezco muy cordialmente la grata satisfaccion que me has dado, recitándome la patriótica oda de Beña.

YO. Oye ahora algunos versos de su prólogo citado á la tragedia susodicha. Despues de elogiar el vate á Junio Bruto, Colatino y demás ciudadanos vencedores del criminal Tarquino, dice así:

Tal fué, españoles, el origen alto
De la grandeza del látino imperio,
Tal el orígen es de vuestra gloria,
Vuestro poder y vuestro nombre eterno.
Si entonces el romano enardecido
Sobre el cadáver de Lucrecia yerto,
Juró venganza y muerte á los tiranos,
Muerte y venganza con igual esfuerzo
Intrépidos jurásteis por la sangre
De Daoiz, de Velarde y de otros ciento.
Víctimas generosas de la patria,
Que no existiera si viviesen ellos.
Vosotros, sin temer el poderío
Del monstruo á quien el mundo viene estrecho,
Como al feroz Tarquino los romanos,
Guerra, esterminacion, rencor eterno
Le jurásteis tambien, y á sus ministros
Vísteis como á Mamilio con desprecio.

Aludiendo el poeta á los antiguos triunfos de España contra las huestes republicanas de Roma, y á las memorables victorias de nuestras armas contra Napoleon Buonaparte, termina su notable y patriótico prólogo con los siguientes versos:

Roma, cual tú, gimiera esclavizada;
Cual tú, rompió de la opresion el cetro;
Vióse, cual tú, de nuevo envilecida,
Y señora del mundo vióse luego.
Tú misma, España, su poder burlaste,
Cuando hubo en ti, cual hoy, valientes pechos:

Tú, del tirano que á la Europa oprime
Desvaneces los bárbaros proyectos.
No temas, no, que en tu defensa blande
La libertad su vengador acero;
Y escrito está en el libro del destino,
Que es libre la nacion que quiere serlo.

Ahora nuestros vates, ni escriben tragedias como las de Huerta, Cienfuegos y Quintana, ni comedias como las de Moratin, á quien los mismos franceses llaman el *Moliere español*, despues que lo han visto traducido en su idioma, ni odas tampoco parecidas á las del cantor de Pelayo, á la citada de Beña y de otros, que al principio de este siglo, y en otros siglos tambien, tenian por objeto celebrar y enaltecer nuestros héroes, y ensalzar las glorias de España, objeto muy propio de la poesía lírica. Hoy los vates contemporáneos se valen para sus cantos de argumentos y asuntos muy diversos por punto general, y que ninguna conexion ó analogía tienen con los loores de la patria. Tampoco hay por esta el entusiasmo que habia en los años 1834 y siguientes. Cuando á la corte llegaba alguna favorable noticia de victoria conseguida por D. Luis Fernandez de Córdoba, Espartero ú otro caudillo del ejército del Norte, ó se decia privadamente que aquella noche se leerian en el madrileño Liceo versos de Espronceda, de la Avellaneda, de Zorrilla y otros nobles ingenios, cualquiera de estas dos noticias

llamaba estraordinariamente la atencion, y casi no se hablaba de otra cosa en toda la villa y corte dos ó tres ó mas dias. ¡Cómo cambian los tiempos! ¡Cuánto hemos variado los españoles en menos de medio siglo! Si hubiera por entonces fallecido la inmortal cantora de Alfonso Munio, de Saul y Baltasar, ¡qué pomposos y concurridísimos funerales se hubieran celebrado en su muerte! Pero terminó sus dias en febrero de 1873, y fué silenciosamente conducida al Campo Santo, acompañada del clero de la parroquia y de pocos amigos y deudos.

MAT. ¿Y no asistieron al entierro los poetas y poetisas que residian en Madrid?

YO. Solo asistió la simpática doña Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, D. José Cervino, D. Luis Vidart, D. Antonio Arnau, y dos ó tres escritores mas.

MAT. Ya no estraño, que, indignado tú, publicáras pocos dias despues aquel soneto al fallecimiento de la Tula, que si mal no recuerdo, termina con estos dos tercetos:

—

Abren la tumba á la sin par cantora,
Y casi nadie al cementerio asiste
En que paz y perdon el alma implora.

—

¡Horrible ingratitud! ¡Epoca triste!
¿La fé y el pundonor brillan ahora?
¡Mi pátria, ó Dios! Mi pátria ya no existe.

YO. Por Dios te ruego, que mudemos de conversacion, si no quieres que me ponga malo al pensar la tristísima y deplorable situacion, el abismo de abyeccion y lamentable prosaismo, y sobre todo el abismo de calamidades y desdichas en que nos vemos metidos los españoles.

MAT. Es mucha verdad por desgracia. Si la Avellaneda hubiera vivido y muerto en los buenos tiempos de la Grecia, esta hubiera erigido estátuas á la memoria de tan eminente escritora; y lo mismo digo respecto de Breton de los Herreros y otros hombres de letras.

YO. Los españoles del dia solo piensan en realzar nombres ó apellidos de hombres políticos, camo el de Mendizabal, Rio Rosas, Madoz, Olózaga, etc., etc. ¿Quien recordará dentro de un siglo á muchos de nuestros politicones contemporáneos?

MAT. En cambio, mientras España sea España, no morirán, no es posible que mueran los perínclitos nombres de Balmes, la Avellaneda, Breton, Pacheco, Pastor Diaz, Duque de Frias, Duque de Rivas, Cea, Eguilaz, Príncipe, Cabanilles, y otros vates y escritores de alta y justísima nombradía, que son verdaderas glorias nacionales: Volvamos, si te parece, al *Ultimo dia de Numancia.*

YO. No hay inconveniente: espero tus observaciones, ya que has leido mas de una vez mi ensayo trágico, por cuya amabilidad te doy un millon de afectuosas gracias.

MAT. Pues no me las des, porque no soy merecedor de tamaño número de gracias afectuosas. Ya sabes que la literatura clásica me agrada sobremanera, me encanta verdaderamente. Aunque la tragedia tuya hubiera sido de un escritor anónimo ó desconocido para mí, la hubiera leido dos ó tres veces, ni mas ni menos que siendo obra tuya. Voy á olvidar por un momento que tú y yo nos conocemos, y tratamos con cariñosa amistad y cordial confianza hace más de medio siglo, es decir, desde nuestra adolescencia. Prepárate á severas interpelaciones.

YO. Habla cuanto quieras, y yo te contestaré si puedo; y si no callaré, y con mi silencio (y aun con mis palabras) te daré la razon, como es justo.

MAT. Comenzaremos por el prólogo. Estoy seguro que si este fuese recitado ante un público español por Isidoro Maiquez, Cárlos Latorre, Julian Romea, ú otro actor tan distinguido como aquellos, haria muy buen efecto el tal prólogo, por el patriotismo, ó sea por el españolismo acendrado y entusiasta que arde en todos sus versos desde el principio hasta el fin. Mas no apruebo algunas frases ó espresiones, y aun versos enteros, que se me figura has escrito con alguna precipitacion, y por tanto que debes *echar mano de la lima*, y aun *volverlos al yunque*, por valerme de las palabras literales de Horacio en su epístola á los Pisones, la cual, como recordarás, nos

hizo aprender de memoria nuestro buen profesor de latinidad, el cual por cierto sabia muy bien lo que se hacia.

YO. No la aprenden ahora en los colegios nuestros escolares, á pesar de ser *el Código del buen gusto*, como Laharpe llama á la poética del Venusino, imitando á Quintiliano y á otros eminentes críticos, que hablan con el mismo entusiasmo de aquella epístola admirable.

MAT. En el comienzo de tu prólogo dices así:

Como Inarco, jamás humilde zueco
He calzado; ni fúlgido coturno,
Imitando á Cienfuegos y Quitanas
Y otros ingenios, de la España orgullo.

YO. No ignoras que son *horacianas* las palabras *coturno* y *zueco* para designar la diferencia notable que hay entre la tragedia y la comedia, pues ya sabes que los actores de la antigüedad, para realzar su estatura en la escena, usaban del *zueco* en los dramas cómicos, y del *coturno* en la tragedia. Además, el difunto Quintana en su didáctico ensayo *las reglas del drama*, presentado á la Academia de la Lengua cuando abrió esta respetable Corporacion un certamen en 1791, dice imitando á Horacio:

Mas dulce voz, mas plácida armonía
Adquirió así tal vez; mas degradarse
Se vió el *coturno* con vergüenza un dia.

Otro terceto dice así:

Si nuevos personajes inventares,
Que dignos todos del *coturno* sean.

Hablando despues de la comedia, y del mas famoso Vate cómico de los siglos modernos, dice Quintana:

Moliere así para admirar al Sena,
Antes de la moral filosofía
El alma tuvo en los tesoros llena.
Despues ceñido el *zueco* de Talía,
La nacion y los hombres estudiaba,
Y provincias y pueblos discurria.

MAT. Me alegro que cites el *ensayo didáctico* del Píndaro español, porque lo aprendí al pié de la letra años pasados, y todavía lo conservo en la memoria.

YO. Tambien yo lo he leido y estudiado y meditado mucho, y no se me han olvidado no pocos de sus bellos tercetos.

MAT. Con uno de ellos te voy á dar una tunda terrible, sangrienta, que no te la quitará de encima la madre que te parió, ni persona alguna.

YO. Ola, ola: venga la tunda y venga el terceto.

MAT. Lloramos aún de Antígona el temprano
Y horrendo fin, y aún hiere nuestra mente
La triste Electra en brazos de su hermano.

No debe empero el escritor prudente
Oponerse con ciego atrevimiento
Del pueblo al gusto y de la edad presente.

YO. ¿Es el último terceto que acabas de recitar, el de la paliza sangrienta?

MAT. Cabalito.

YO. Pues oye, querido Matías, una historieta. ¿Conociste personalmente al predicador D. Castor Compañía (autor de las *Confesiones de un clérigo liberal*, y de otras obrillas), compañero mio de glorias y fatigas en el ejército del Norte, y en fin, amigo mio hasta el último dia de su existencia?

MAT. Tienes poca memoria, pues no recuerdas que tú, él y yo tomamos en tu casa chocolate juntos mas de una tarde, y dimos despues un largo paseo.

YO. Es verdad: me habia olvidado. No importa. Oyeme. Pasaba yo un dia por la plazuela de Santiago de esta villa, cuando tocaban á sermon en la torre de aquella Iglesia. Deseoso yo de oir al orador entré en el templo, y al tomar agua bendita vi subir al púlpito á dicho amigo, antiguo párroco de regimiento, como yo. Se abrió de brazos, comenzó á predicar y los oyentes á escucharle: oí todo su discurso sagrado con la mas profunda atencion, y al bajar de la cátedra del Espíritu Santo, me colé en la sacristía sin ceremonia ni cumplimiento, saludé al buen Compañía y le dí el parabien, como es costumbre, por su ser-

mon; sermon, que sea dicho de pasada, olia á sermon *improvisado* de dos leguas, como otros que solia predicar con frecuencia.—*¿Qué te ha parecido mi improvisacion?* me preguntó Don Castor.—Muy bien, le respondí, pero se me antoja (*salvo meliori*) que en tu peroracion has traido á colacion una sentencia del Padre San Gerónimo que no venia al caso.—*¿No venia?* (replicó el predicador sonriendo) *pues por eso la he traido yo.... de los cabellos ó de los cabezones.*

MAT. ¿Y la aplicacion de tu historieta?

YO. Me acabas de interpelar con el susodicho terceto de Quintana el capricho ó temeridad mia de escribir una tragedia, cuando las tragedias ya no se representan en los teatros de España. ¿No es así?

MAT. Así es: veremos por dónde sacas el caballo del atascadero.

YO. Si no hubiera mas dificultades y obstáculos que vencer para concluir con nuestra guerra civil, y para tranquilizar la España, y para llenar las agotadas y vacías arcas del Tesoro público, y para pagar todas las clases del Estado, inclusos los pobres maestros de escuela tan desatendidos, y el pobrísimo Clero español, tan vil y cobardemente calumniado por los ladrones y villanos mismos, que eran unos miserables sin oficio ni beneficio hace pocos lustros, y hoy tienen palacios, coches, caballos de regalo, quintas y casas de campo como los príncipes de antaño, y el tratamiento

de escelencia ó señoría no pocos, ni mas ni menos que los próceres antiguos, si no hubiera mas impedimentos que superar, repito, para salvar á la pátria agonizante y moribunda ó poco menos, pronto, muy pronto volvería de su mortal desmayo la pátria de los Alfonsos y Recaredos. No olvides los otros hermosos tercetos de nuestro laureado Vate.

El tiempo que anonada las naciones,
En el mismo sepulcro al fin derriba
Sus efímeros usos y opiniones,
Mas no la ley que permanente y viva
Manda y anima al corazon humano,
Y en el órden del mundo eterna estriba.

Tambien habla el buen Quintana

De algunas caprichosas hermosuras,
Que desdeñan tal vez un tierno amante,
Y se agradan de un fátuo en las locuras.
Así yo he visto al público inconstante,
A la divina Fedra despreciando,
Aplaudir un bufon vil é ignorante.

¿Qué te parecen estos metros del madrileño poeta?

MAT. ¿Qué me han de parecer? Muy bien. ¿Y qué sacamos en limpio de todos ellos?

YO. Pido la palabra, y sigue hablando el difunto D. Manuel Josef, como él firmaba siempre. A continuacion de los dos tercetos anteriores dice así, como recordarás sin duda:

Pero tú sus caprichos no cuidando,
  Harás que siempre en tu labor unidos
  El genio y la razon, vayan guiando.
Tus escritos entonce esclarecidos
  Se grabarán del mundo en la memoria,
  Consolando los pechos afligidos.
De la envidia y la crítica, victoria
  Alcanzarán, y de esplendor vestida
  En torno de ellos volará la gloria.

Matías carísimo, por lo mismo que ningun poeta en España escribe hoy tragedias con coros y prólogo como las antiguas, por lo mismo escribo yo la mia. Si alguno de nuestros dramáticos contemporáneos las escribiese, estoy seguro que serian muy aplaudidas del público español, y especialmente si versaran sobre argumentos pertenecientes á la nacion, y no sobre otros asuntos que poco ó nada interesan á nuestro país. Por esta razon (entre otras) fué escuchada con tanta indiferencia la de Ventura de la Vega. ¿Qué nos importa á nosotros la trágica muerte de Julio Cesar? Pues podemos estar contentos con el vencedor de Munda, que por disputar el poder á los pompeyanos fué el azote y el Atila esterminador de la antigua Bética, como el rey de los Hunos fué, siglos despues, el verdugo del mundo entero. Si otro Martinez de la Rosa escribiera un *nuevo Edipo español*, y no griego, desengáñate, nuestro público en Madrid y en otras partes iria cien y mas

veces al teatro, atraido por el vivísimo interés que le inspiraria un patriótico argumento, y aquí viene muy al caso lo que dice Quintana en la nota 9.ª al opúsculo susodicho:

«No pueden, sin injusticia, negarse al pue»blo español las dotes de ánimo propias para »gustar de la tragedia; imaginacion pronta, »que se afecta vivamente de las desgracias »agenas; sensibilidad, que simpatiza con »ellas; nobleza y elevacion en sus pensa»mientos..... Aquel, pues, llevará la palma, »que sepa dar á esta composicion la vida, la »marcha, el aire propio y acomodado á nues»tra índole y á nuestras costumbres: enton»ces podrá decirse que hay una tragedia ver»daderamente española.»

Si el difunto Vega hubiera tenido presente estas últimas palabras de Quintana, en lugar de la *Muerte de César* hubiera escrito una tragedia nacional, que indudablemente hubiera tenido un éxito mas feliz que el que tuvo aquella, tratándose, como se trata, de espectadores españoles, siempre entusiastas por las glorias de la nacion.

MAT. Todo eso está muy bien dicho, pero tambien es cierto que la ya citada tragedia de *Viriato*, á pesar de ser española, españolísima, y de haberla representado felicísimamente Romea y su esposa Matilde no pocas noches seguidas, no obstante no ha sido pedida por el público

posteriormente, á pesar del recurso de los periódicos, que tanto facilitan los medios de manifestar estos ú otros deseos.

YO. No olvides que en aquella tragedia los amores y celos de Viriato y Manlia ocupan mas lugar que el que debieran, en términos que perjudican y ahogan, digámoslo así, al patriotismo que debiera constituir la principal parte del drama.

MAT. Vuelvo al prólogo por un momento: Dices en él que Murat, el 2 de Mayo de 1808, para aterrar á los madrileños

«Desplegó su escuadron de Mamelucos.» ¿No podrian desaparecer estos entes de tus versos?

YO. No pueden ni deben desaparecer, porque aquellos soldados de Oriente, en cuya indomable ferocidad tenia tanta confianza el Duque de Berg, hicieron tan importante como triste papel en aquella espantosa jornada. Por cierto que no pocos de aquellos infelices esclavos del caudillo francés murieron en las calles de Alcalá, Cedaceros y Carrera de San Gerónimo, por sostener el poder de un déspota sanguinario, mientras los madrileños morian por su patria.

MAT. Tu ensayo trágico es en demasía sencillo, no tiene apenas complicacion, nudo que desatar, ó *enredo* que aclarar y desenredar al fin del drama.

YO. No olvides que yo en esto y en otras cosas me he propuesto imitar á los trágicos griegos, de los que ha dicho un gran crítico francés:

Qu'était la tragédie chez les Grecs? un chœur qui demeurait presque toujours sur le théâtre: point de divisions d'actes, très peu d'action, encore moins d'intrigue. No hay tragedia menos *enredada*, ó de mayor sencillez, que el *Edipo* de Sófocles, y lo mismo puede asegurarse del *Cina* de Corneille, de la *Athalia* de Racine, de la *Merope* de Maffei, y en fin del *Caton* de Addison, *la mas perfecta de las tragedias modernas*, si hemos de creer á los críticos ingleses. Por lo demás, una de las razones que me movió á escribir mi ensayo trágico (aparte de las que ya te tengo indicadas), es haber leido en *El Teatro Español*, impreso en París en 1738, que apenas hay tragedias en castellano que merezcan aquel nombre. *Pour de tragédies, les espagnols n'en font point; car on ne sauroit donner justement ce titre à quelqu'unes de leurs ouvrages, qui le portent sans le mériter.* Mas justo fué con nosotros otro escritor estranjero, es decir, el docto jesuita italiano, Francisco María Marsi, el cual en su *templum tragediæ*, despues del teatro moderno latino coloca al español.

Huc geminas, huc verte acies: en aspice quantos
Exerat in ludis hispana superbia faustus.
Olli majestas inerat, si faustus abesset,
Et potuit grandis, nisi grandior esset, haberi.

Si el Monsieur que publicó dicho *Teatro Español* hubiera consultado la *Biblioteca hispa-*

na de nuestro sábio Nicolás Antonio, la Galatea y el Quijote de Cervantes, y en fin, otras obras de ingenios españoles, no hubiera dado un fallo tan absoluto y arbitrario. Tambien debo añadirte (ya que ahora me ocurre esta idea), que he procurado *no afeminar*, digámoslo así, mi Numancia, por no incurrir en el gravísimo defecto de algunas tragedias francesas, que un crítico de aquella nacion echa en cara, y con razon, á los poetas trágicos de su país; no sin ponderar antes lo mucho que en su opinion aventaja al griego el teatro moderno de los franceses. *La galanterie*, dice aquel Monsieur, *à presque par tout afaibli tous les avantages, que nous avons d'ailler..... D'environ quatre cent tragedies, qu'on à données au théâtre, depuis qu'il est en possession de quelque gloire en France, il n'y en à pas dix ou douze, qui ne soient fondées sur une intrigue d'amour, plus prope a la Comedie, qu'au genre tragique.*

MAT. En España, solo Huerta y Quintana recibieron un público y solemnísimo testimonio de gratitud nacional por haber escrito, el primero su *Raquel* y el segundo su *Pelayo*. El vate de Zafra tuvo la alta honra de que el bondadoso Fernando VI y sus palaciegos, y casi los madrileños todos, que vieron con tanto placer y entusiasmo representar su tragedia, aprendiesen muchos de sus versos de memoria, y los repitieran á cada paso. Desde aquel escelente Monarca hasta el mas humilde y mo-

desto súbdito, recitaban sin cesar el comienzo verdaderamente magnifico del drama:

Todo júbilo es hoy la gran Toledo, etc.

Nada digo de Quintana, que fué coronado con la mayor pompa y solemnidad por la augusta mano de su régia alumna Doña Isabel II, con satisfaccion de todos los partidos políticos de España, tan discordes entre sí por otra parte. Loor á la patria de Alfonso el Sábio. Loor á Calvo Asensio y demás jóvenes escritores, que iniciaron ó apoyaron la coronacion de nuestro Píndaro, no inferior al de Tebas, segun han opinado preclaros helenistas.

Yo. A pesar de todo, forzoso es confesar que hizo mucho mas la Grecia, erigiendo estátuas de bronce á Esquilo, Sófocles y Eurípides, mandando además que se copiasen por hábiles pendolistas, y se archivasen y custodiasen con sumo cuidado las tragedias todas de aquellos tres eminentes vates, para que sirviesen de modelo á otros ingénios, y sobre todo *para el régimen mejor de las costumbres*, como dijo el orador Licurgo, opinion muy conforme á la de Timócles en su *Stobæo: Tragœdos primum considera, quam sint utiles omnibus*. Del mismo parecer era sin duda el docto Jesuita francés Carlos Porée, profesor de poética y retórica en París á principios del siglo pasado, cuando en su magnífico discurso latino sobre el teatro dice: *Theatrum schola informandis moribus idonea natura sua*

esse potest, culpa nostra non est. ¿Qué diria aquel piadoso y docto sacerdote, si viera ó leyera algunos dramas modernos que se representan en Madrid, París y otras ciudades? ¡Qué diferentes son de los que veian representar los Reyes Católicos á fines del siglo XV! ¡Qué diferentes de *La Sofonisba*, primera tragédia del Trisino, que se representó por primera vez en Roma el año 1520, cuya representacion honró con su augusta presencia el gran Pontífice Leon X! ¡Qué diferentes de la tragedia latina sobre *el martirio de San Lorenzo*, que en 1571 representaron los seminaristas del Escorial delante de Felipe II, segun nos dice el erudito P. José Sigüenza en su historia de San Gerónimo!

YO. Por eso yo puse el mayor cuidado *en excitar el terror y la compasion* de los lectores de mi ensayo dramático, *y formar ó rectificar las costumbres*, que es el principal fin de la tragedia, segun enseñan todos los preceptistas clásicos sin escepcion. Por lo demás, si no fuera una pedantería insufrible, bien fácil me sería aglomerar testualmente autoridades de los sábios Jesuitas Domingo de Colonia, José Juvencyo y otros escritores eclesiásticos no menos graves y entendidos, que escribieron sobre literatura, para corroborar lo que ya hemos dicho anteriormente con las palabras literales del P. Porée, referentes á la tragedia.

MAT. Me ha llamado la atencion, que cuando haces

viajar al numantino Aluro, dices espresamente *que visitó la Tebas de cien puertas en Egipto.*

YO. Lo hice así para no confundir la Tebas egipcia con la de Tesalia, y la Tebas de Beocia, que no tenia mas que siete puertas, en la que nacieron Hércules y Píndaro, príncipe de los líricos griegos; como las confundió un vate nuestro antiguo, cuando pone en boca de Deyanira estos dos versos, señalando á Tebas la de Tesalia:

Tebas, patria de Alcides,
Con muro de cien puertas adornada.

MAT. ¡Qué génio tan sublime el de Píndaro! Como ha observado un biógrafo de aquel gran vate: *La religion y la gloria de su patria alimentan sin cesar la fecundidad inagotable de su imaginacion de fuego.* Vuelvo á tu drama. Me han disgustado no poco dos licencias poéticas que te has tomado.

YO. Si no son mas que dos, no son muchas en verdad. Concreta la objecion.

MAT. Haces venir á Numancia desde Italia á la Sibila Albunea ó Tiburtina, y no ignoras que aquella Profetisa no estuvo jamás en España, y además vivió algo mas de un siglo antes de la guerra numantina.

YO. Pues buen puñado son tres moscas. Mas de tres siglos trascurrieron entre Eneas y Dido, y esta dificultad no impidió á Virgilio transformarlos en personajes contemporáneos, dan-

do lugar de este modo al mas bello episodio de su inmortal poema. Si hubiera yo presentado en Numancia á la mas antigua de las diez Sibilas, es decir á la Pérsica, llamada *nuera de Noe*, por algunos eruditos; ó á la Délfica, hija del tebano Tiresias, la que despues del cerco y rendicion de Tebas comenzó á ser consultada en el templo de Delfos; á la Eritrea, que predijo la toma y destruccion de Troya por los griegos, antes de embarcarse éstos para su famosa espedicion; ó á la de Cumas, llamada *Amaltea*, *Heróphila* y *Demóphila*, que presentó á Tarquino el Antiguo sus nueve libros de predicciones; ó, finalmente, á otras de las antiguas Sibilas, en tal caso tu interpelacion sería mas justa. Por lo demás, ¿quién ignora que se han escrito mil fábulas y absurdos sobre las Sibilas? Pero esto no impide que haya algun fondo de verdad en el asunto. Los Santos Padres y otros graves Doctores de la Iglesia, hablan de aquellas mujeres estraordinarias como de mujeres inspiradas por Dios. En Roma se consultaban los libros sibilinos en las grandes calamidades públicas. Los duunviros eran los encargados de su custodia, no pudiendo enseñarlos á persona alguna. Valerio Máximo nos dice, que el duunviro Atilio fué castigado con el horrible suplicio de los parricidas, por haber permitido á Petronio Sabino sacar una copia de ellos. Solo con un decreto especial del Senado podian leerse aquellos misteriosos escri-

tos. Augusto mandó guardarlos en dos cajas de oro. Sin duda Ciceron consiguió leerlos, cuando dice *que sus cláusulas eran acrósticas y escritas con el mayor artificio.* Virgilio, en su egloga 4.ª al nacimiento del hijo de Polion, alude visiblemente á la profecía de la Sibila de Cumas, cuando dice,

Ultima Cumæi venit jam carminis ætas,
Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo, etc.

En fin, hasta el nombre de *Sibilas* es digno de llamar la atencion, por derivarse de dos voces griegas, que significan *Dios* y *Consejo.* Estuve muy inclinado á preferir en mi drama á esta Sibila, porque escritores de nota le atribuyen la siguiente profecía: *Jesucristo nacerá de una vírgen, y aparecerá como luz. Creo en él.* Desistí, empero, al considerar que la Cuméa es mucho mas antigua que la Albunea ó Tiburtina.

MAT. La otra licencia tuya me parece mas inverosímil. Otros vates no se la hubieran tomado. No es fácil. Te has empeñado en dar cierto colorido, cierto matiz ó tinte religioso al *Ultimo dia de Numancia*, y no contento con hacer viajar á la postrera de las Sibilas hasta las orillas del Duero, supones que dos ó tres familias numantinas veneraban al verdadero Dios, y seguian y guardaban la ley natural, ni mas ni menos que los primeros pobladores de España, que sin duda no trajeron por acá la idolatría, como se sabe de cierto la trajeron despues los Celtas, y sobre todo los

Fenicios, los Griegos, Cartagineses y Romanos.

Yo. Ante todas cosas, ten presente que mi poemita no es una historia, en la que no es permitido faltar á los fueros de la verdad ni en un ápice tan solo. No es un imposible, ni mucho menos, que lo que yo supongo sucedia en Numancia durante el sitio en cuanto á la religion de algunos pocos de sus naturales, fuera una realidad, no solo en aquella poblacion, sino tambien en otras de nuestra patria. La constancia de los españoles antiguos y modernós (en cuanto á sus creencias religiosas especialmente), es constancia que asombró al mundo entero mas de una vez. Así como Melchisedech, rey de la antigua Salén. adoraba á Dios en medio de la general idolatría en el pais de Canaan, cuando el santo Patriarca Abraham llegó á él, ¿no hay razones para creer piadosamente que siglo y medio antes de la era cristiana, es decir, durante la agresion y asedio de Numancia por los romanos, se conservasen algunos pocos españoles ilesos de los horrores y tinieblas de la idolatría? Hace muy pocos años que ocurrió un hecho admirable en el Japon, que corrobora y hace verosímil mi modo de pensar en esta parte. Llegaron á dicho imperio algunos Misioneros de la gloriosa órden de santo Domingo, y al penetrar en una de sus interiores provincias, donde no esperaban encontrar ningun cristiano, vieron con la mas agrada-

ble sorpresa y santo júbilo, que existian allí algunos centenares de fieles, á pesar de no tener, para que los guiase por el camino del cielo, ni sacerdote, ni obispo ni pastor. En el siglo XVI y siguientes fueron allí martirizados algunos Misioneros Dominicos y Franciscanos, y otros neófitos japoneses, y aquella sangre preciosa fué una semilla fecundísima, que todavía está brotando y produciendo hoy dia el mas abundante fruto. Con el Rosario que aprendieron á rezar diariamente hace tres siglos los abuelos de aquellos piadosos indígenas, y que estos continúan rezando constantemente, y con el sacramento del Bautismo, que los mas ancianos administran á los niños cuando nacen, se conserva y perpetúa sin interrupcion aquella grey cristiana, con unas costumbres patriarcales tan puras, que fueron la edificacion y asombro de nuestros últimos Misioneros que allí anunciaron la fe de Jesucristo. Todavía viven algunos de estos dignísimos Dominicos españoles, mas dignos por cierto que otros desdichados, que con sus palabras, y obras, y peroratas, y escritos, se han empeñado en resucitar entre nosotros la civilizacion pagana, á pesar de ser tan repugnante y horrible como vemos en los historiadores, en los poetas y filósofos de la antigüedad.

Has dicho con mucha razon que los primeros pobladores de la Península ibérica, no era natural fuesen idólatras. Por consecuen-

cia forzosa, en buena lógica se colige que nuestros aborígenes aprendieron de ellos á venerar y adorar á Dios, y la observancia de la ley natural, sin mezcla alguna de los horrores y monstruosidades del Paganismo. Los celtas, que tardaron poco en penetrar en nuestro pais, debieron encontrar aquí muy arraigadas aquellas santas creencias; y además los celtas no se estendieron por todo el vasto suelo de nuestro pais, puesto que tan pocos monumentos nos quedan de su dominacion, y sobre todo de su idolatría, que es de lo que se trata. Yo solo conozco y he visto un triste recuerdo de los sangrientos sacrificios que ofrecia aquella raza nómada. Este monumento de muerte existe hoy, como existia hace cuatro mil años, en las faldas de Peñalara. *Carro del Diablo* le llaman vulgarmente los campesinos del vecino valle de Lozoya, y sobre todo los pastores y vaqueros que suelen en verano apacentar sus ganados por aquellas fragosidades tan amenas y frondosas de Guadarrama y Navacerrada. Tuve ocasion de contemplar de cerca en agosto de 1866 aquel druídico monumento religioso, en el que algunas Belledas derramaron sin duda la sangre de muchos infelices prisioneros de guerra y de otras víctimas humanas. Aquel altar de la idolatría consta de dos colosales piedras pulimentadas, y puestas una sobre otra. La que está encima es cóncava, y muy parecida á la concha superior de una gigantesca tor-

tuga. Se comprende muy bien la razon de que aquella enorme piedra tenga aquella forma y no otra, y es á fin de que la sangre humana de aquellos infernales sacrificios corriese fácilmente por el declive del ara, y no quedase encharcada en ella. Algunos hábiles mecánicos modernos, que han visto como yo la vetusta antigualla (segun me aseguraron en la Granja y Segovia personas graves), quedaron asombrados, como quedan siempre que ven obras ciclópeas (que no escasean en España), no siendo fácil comprender los medios de que se valian aquellas razas de hombres primitivas para mover y para pulir con tal perfeccion las dos piedras del mencionado altar, y otras aún mas grandes que se ven hoy dia en las provincias vascas y en otras partes de la Península, y sobre todo en las islas Baleares.

Para un poeta basta y sobra que un hecho sea algo probable ó verosímil, para que le sea lícito aprovecharse de él en un drama ó en otro poema. Lo que no es permitido á ninguno que escriba una obra séria en prosa ó en verso, es faltar á la verdad de los hechos con impudencia y cinismo, como han hecho y hacen al presente varios novelistas y vates, como por ejemplo el poeta aleman, que presentó en el teatro al príncipe Don Cárlos hijo del fundador del Escorial, como un héroe, como un modelo de virtudes, como un gallardo y gentil mancebo.

MAT. Buena pieza era el tal mocito. Lo que se puede y se debe decir en justicia, por hacerle algun favor, es que estaba loco de veras, desde que dió la fatal caida en la escalera de la Universidad de Alcalá, con la cual quedó lesionado su cerebro. Además, su facha era poco envidiable.

YO. Añade que sus instintos de hiena, manifestados mas de una vez en su corta existencia, nos prueban evidentemente que hubiera sido otro Don Pedro *el Cruel*, si por desgracia de España hubiera llegado á reinar en nuestra patriá. Al menos Felipe III, que por muerte de Don Cárlos sucedió en el trono, si no fué un gran rey ni mucho menos, gobernó con paz y moderacion, y hubiera reinado mas dignamente sin el favoritismo del de Lerma, y las intrigas del de Uceda y otros magnates.

MAT. Y ¿qué me dices del vate contemporáneo nuestro (á quien Dios haya perdonado), que en su drama verdaderamente diabólico, arrimó una hija espúrea al desdichado Carlos II, *el de los hechizos*? Y no contento con tamaño desatino, cometió otro no menor, convirtiendo en un mónstruo horrible y repugnante de crímenes al inofensivo y virtuoso Fray Froilan Diaz?

YO. Y ¿qué me dices tú del otro poeta, posterior al anterior dramaturgo, cuyo vate (que vive y bebe) hizo *asesino y malvado* en grado superlativo á Don Alfonso *el Batallador;* y por el

contrario, al lado de aquel rey, uno de los que mas gloria han dado á las armas españolas, aparece su consorte Doña Urraca, hija de Alfonso VI, como una Berenguela, como una Isabel la Católica, como una Doña María *la Grande*? ¡Doña Urraca la desdichada, á quien pudiéramos llamar la Mesalina del siglo XII! *Cur tam varie*?

MAT. Con muchas licencias y permisos autorizan á los vates dramáticos y no dramáticos Aristóteles, Horacio, Boileau, Vida, Luzan y demás preceptistas, ¿pero puede nadie que no esté loco, rematadamente loco, conceder á los poetas ni á nadie hacer, por ejemplo. cobardes á Hector y Aquiles, Gonzalo de Córdoba, Hernan Cortés y García de Paredes, y perversos á Recaredo, San Fernando y al buen Conde de Haro, y mala esposa (como la susodicha Urraca) á la española Doña Blanca, madre de San Luis, y á la zaragozana Santa Isabel, reina de Portugal? ¿Puede haber algun hombre de razon y juicio cabal que ose decir en una produccion de su cosecha que Homero, y Píndaro, y Virgilio, y Rioja, y los Argensolas solo fueron unos pobres copleros, y pintores de brocha gorda Apeles y Timantes, y Rafael de Urbino, y Murillo, y Velazquez, y el divino Morales? Y albañiles meramente Juan de Herrera y D. Ventura Rodriguez, y los que erigieron las catedrales de Leon, Toledo, Burgos y Sevilla?

YO. Eso fuera tan absurdo como llamar aprendices

de estatuarios á Fidias y al que hizo el Apolo de Bellvedere, y á Berruguete, Montañés, y otros no menos esclarecidos escultores. Tales licencias poéticas no lo serian, sino desatinos incalificables.

MAT. Así es.

YO. Si el amor propio no me alucina, las dos que yo me he tomado en mi ensayo trágico no pertenecen á ese género.

MAT. Eso lo han de decir los *Magistris nostris* de la literatura contemporánea, y el público si es que llega á representarse tu obrita. ¿Y si no se representa?

YO. No se hundirá la patria por eso.

MAT. Mas hundida en el fango y en un mar de sangre de lo que está al presente.....

YO. Dejemos á un lado la política. Ya sabes que esta señora me da mareos, ataques nerviosos, epilépticos, y hasta muermo, y perdona la espresion. No será el primer drama, de no escaso mérito, que tiene celebridad sin haber jamás visto el escenario.

MAT. Cita uno.

YO. Te puedo citar varios, por ejemplo, la *Polixena* del andaluz Marchena, que ni aun se ha impreso toda la tragedia, sino algunos fragmentos dados á luz por aquel penitente en las *lecciones de filosofía moral y de elocuencia española*, que publicó en Burdeos en 1819 y 20. Aquellas solas muestras, muy estimadas y encomiadas por nuestros literatos posteriores, han bastado para colocar á Marchena

entre nuestros vates trágicos mas estirados, así como tambien su oda á *Cristo Crucificado* y pocas composiciones mas, le dan un lugar honroso entre los poetas líricos. Me alegro sobre manera recordar á dicho escritor, porque es ocasion muy oportuna para añadirte, que cuando publiqué su biografía en mi voluminosa *Miscelánea*, no sabia yo una noticia que te alegrará mucho, como me fué grata á mí cuando la leí en el tomo de lá obra monumental del difunto viejo Rivadeneira, titulada *Poetas españoles* del siglo XVIII.

MAT. No lo ignoro, porque he leido muy despacio el hermoso y largo prólogo de tu buen amigo, el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto. Ya sé la noticia á que aludes, y es que Marchena por fin, aunque tan volteriano toda su vida. viendo tan cerca las orejas al lobo, ó mejor dicho, abrirse ante sus ojos el abismo insondable de la eternidad, lo pensó mejor, y murió como cristiano. Mas vale tarde que nunca.

YO. Loado sea Dios. De los arrepentidos es el reino de los cielos. Un momento de contricion bastó al buen Ladron para ganar el reino de los cielos. ¿Quién sabe, si al infeliz Marchena le sucedió lo mismo? Mucho debe esperarse de la misericordia divina, cuando el hombre estraviado la implora con todo su corazon y arrepentido de veras.

MAT. ¿Cuál es el otro drama inédito y notable por su nombradía?

YO. Es una famosa y larguísima comedia, tan larga que parece un libro y no un drama; tiene por título *La Infanta Tellina y el Rey Matarot;* su autor fue el famoso Padre Mulet, de la órden de Santo Domingo, y natural de Valencia del Cid. Mucho podria decirte de la biografía de aquel célebre religioso, especialmente de su viaje á Roma, donde llamó no poco la atencion por sus vastos conocimientos en ciencias eclesiásticas, idiomas antiguos y modernos, en matemáticas, literatura, etc.

MAT. No sería rana el fraile, cuando logró fijasen los ojos en él en la capital del orbe cristiano.

YO. Era además un hombre algo parecido al famoso Quevedo y á D. Diego de Torres, por sus estravagancias; estravagancias que por otra parte á nadie ofendian, y escitaban la hilaridad en las personas mas graves y caracterizadas en la Iglesia y el Estado. Su drama susodicho fue sin duda escrito en la juventud, del autor y en momentos de buen humor, por la jovialidad y gracejo que aparecen en todos sus versos. Pero repito, nunca ha podido ser representado en Valencia ni en otra ciudad donde se habla y entiende el Lemosin (porque está escrito en este dialecto) á causa de su desmesurada estension. El Padre Mulet no lo escribió sin duda para que saliese á las tablas de un teatro. No obstante, varias escenas se han representado mil veces en teatros caseros de dicha capital en el pasado y el presente siglo.

MAT. Lo sé muy bien, pues yo soy testigo de lo que

acabas de decir. Tambien añadiré, que el célebre sacerdote valenciano D. Agustin Aicart, cuando estaba en Londres por los años 1824, y esplicaba en inglés literatura española en aquella capital, tradujo al idioma de Pope y de Milton el poema del P. Dominico, con gran contentamiento de los literatos y poetas ingleses, que no podian leer el Quijote en su lengua original ni conocian nuestros dialectos.

YO. Oí la misma especie en 1828 al P. José Soriano, el autor, como sabes, de la *Maldicion de la casa*, amigo de Aicart y condiscípulo desde la adolescencia.

MAT. Antes que se me olvide, quiero hacerte una pregunta suelta, y es, si piensas encargar á alguno de tantos vates y literatos como cuentas entre tus amigos, el prólogo que ha de preceder á tu *Ultimo dia de Numancia.*

YO. Si te he de hablar con franqueza, así lo pensé por imitar á otros escritores y escritoras que buscan alguna firma acreditada, que autorice sus publicaciones. Pero pensándolo mejor, desistí por completo de mi primer propósito ó determinacion.

MAT. Lo apruebo por mi parte. Una de dos, ó la tragedia vale algo, ó no vale nada. Si algo vale, ella vivirá por sí sola sin auxilio ageno. Si es empero endeble y raquítica, como los niños que nacen enfermizos, no la harian vivir mucho tiempo ni los siete sábios de Grecia, ni el mismo Salomon, que se empeñase en prologuearla; así como á un enfermo de mortal

dolencia no le pueden salvar del inevitable *gori, gori*, todos los Galenos del mundo. Supongo, que no publicarás tu obrecilla, así, sola y escueta, y monda y lironda (como dicen en tu tierra), sino que, por el contrario, precederá alguna advertencia tuya, en que digas algo á los lectores de tus numántinos versos, para captar su benevolencia.

Yo. Tambien esto es inutil de todo punto. Ya recordarás, que dice con gracia uno de nuestros poetas contemporáneos mas estirados y formales, que esta clase de avisos á los lectores para hacerlos propicios, producen el mismo efecto que los amistosos discursos y versos laudatorios y tiernas peroratas en el cementerio, junto á los cadáveres que van á ser sepultados, cuyos elogios póstumos nunca logran resucitar al muerto, ni aun añadir un átomo de nombradía al poco ó mucho mérito que tenga el difunto.

Mat. ¿Quieres tomar un consejo mio?

Yo. No creo habrá dificultad en ello, porque viniendo de tu parte.....

Mat. Copia literalmente toda nuestra conversacion de esta hermosa tarde, y podrá ser un prólogo quizá no inoportuno.

Yo. No habia pensado en ello, pero bien mirado tal vez no sea un disparate. En fin, lo consultaré con la almohada, que suele ser muy buena consejera. Solo hay una dificultad no pequeña. ¿Cómo quieres que yo pueda acordarme de lo mucho que acabamos de ha-

blar? Si algun taquígrafo ó hábil estenógrafo como el docto y celebre Tiron (á quien debemos nosotros el saborearnos con algunos de los inmortales escritos de su antiguo señor, Marco Tulio) hubiera venido á nuestro lado y escrito nuestras palabras todas, tienes mucha razon. Pero ahora, con mi pobrísima y debilitada memoria, ¿cómo quieres que pueda realizar lo que me indicas?

MAT. Cortar y abreviar ó alargar, ó hacer lo que te parezca, y sales del paso.

YO. En fin veremos, como decia el ciego.

MAT. ¿Te acuerdas tú del Cura de Grustan D. José Solano?

YO. Ya lo creo, era escelente sacerdote, escritor infatigable, predicador no vulgar, buen humanista y hábil versificador, despues de haber sido en su juventud un oficial bizarro en la division del general Villacampa, que tan briosamente se batió contra las huestes de Napoleon. Yo le conocí ya muy viejo en casa de Mor de Fuentes en Monzon, al cual habia ido á visitar desde Grustan el buen clérigo, para leerle una tragedia sagrada *sobre la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.* Mucho gustó al autor de *Las Estaciones* el drama sacro del Cura, á pesar de lo descontentadizo que era el vate del Cinca con casi todos los versos ajenos. Si el buen Solano viniese ahora paseando con nosotros, él escribiria de la cruz á la fecha cuanto hemos hablado y mucho mas que hablásemos. ¡Qué memoria tan

feliz la suya! No he visto otra superior á ella.

MAT. Pero la has visto igual.

YO. No la recuerdo.

MAT. ¿Conociste al difunto D. Antonio Ferrer del Rio?

YO. Mucho. Conservo con el aprecio debido la edicion correctísima de la *Araucana*, que publicó á espensas y por encargo de la Real Academia española, y el curioso *Album* en dos tomos sobre nuestros mejores vates y prosistas contemporáneos, y alguna otra obrilla que publicó el mismo, y me regaló amistosamente. Ya sé lo que quieres indicarme. Ahora lo recuerdo. Tenia una memoria tan portentosa como Solano. Uno y otro oian un sermon ó discurso de una hora, ó leian veinte ó mas páginas de un libro cualquiera, y eran muy capaces de repetir ó copiar cuanto habian leido ú escuchado, sin variar una palabra.

MAT. Memorias de estas entran pocas en libra.

YO. Yo no he visto otras por el estilo, y la antigüedad solo cita á Mitrídates, rey del Ponto, que llamaba por su propio nombre á los soldados todos de su numeroso ejército; y en fin á nuestro Séneca que repetia cien dísticos que le recitaban una sola vez, ó mil nombres que oia pronunciar.

MAT. ¿Publicó algunos escritos el buen Párroco de Grustan?

YO. ¡Publicó muchos en Barbastro, pátria de los tres hermanos Argensolas, poetas todos tres.

MAT. Pues yo no tengo noticia mas que de Lupercio, secretario de la Emperatriz viuda de Maximiliano II, y de Bartolomé, Capellan de honor de aquella augusta señora, y despues canónigo de la catedral de Zaragoza.

YO. Pues estos dos cultísimos vates tuvieron otro hermano, llamado Fr. Pedro, religioso agustino, que tambien escribió no pocos versos, inferiores á los de Bartolomé y Lupercio, pero no indignos de ver la luz pública. Yo vi algunos de ellos manuscritos en la curiosa librería del difunto D. Braulio Foz, distinguido helenista aragonés y autor de algunos libros no escasos de mérito. El P. Pedro de Argensola no salió jamás de Aragon. Si hubiera venido á Madrid como sus hermanos, y los hubiera acompañado á Nápoles y á Viena, y hubiera frecuentado el trato de los hombres doctos en dichas capitales, y sobre todo hubiera cultivado las musas tanto como los otros dos, sin duda hoy el respetable Agustino disfrutaria en la república literaria de tanta nombradía como sus hermanos Lupercio y Leonardo; así como tambien el buen Cura Solano sería mas conocido como escritor, si hubiera publicado sus doctos y piadosos libros en Madrid, Valencia, Sevilla ó Barcelona. De todos modos, los que hemos leido sus escritos, recordamos con respeto el nombre de aquel digno sacerdote, continuador del religioso y admirable y sublime pensamiento de los Granadas, Avilas, Leones, Estellas y Arbioles, y

tantos otros sábios eclesiásticos antiguos, cuyos preciosos libros fueron, son y serán siglos y siglos joyas de inestimable valía en nuestro literario tesoro, y sobre todo la edificacion y el recreo de las personas timoratas y el estímulo para las cristianas virtudes.

MAT. Me has hablado antes del presbítero D. Agustin Aicart. Te voy á dar una grata sorpresa. Tú sabes que á principio de este siglo era uno de los mas elocuentes oradores de Valencia su pátria. No ignoras que en las actas impresas de la *Sociedad de Amigos del País* de aquella capital, publicó Aicart no pocos escritos, tanto en prosa como en verso, todos ellos para fomentar el bien público. Estás empero muy lejos de sospechar que yo sé de memoria una breve poesía de ocho estrofitas, escrita por D. Agustin y publicada en 1821. La recitó un niño premiado por dicha Real Sociedad, dando aquel á esta las debidas gracias en nombre de todos sus condiscípulos por la generosidad con que aquella respetable Corporacion fomentaba en Valencia la virtud y aplicacion de la niñez y adolescencia, que frecuentaban las escuelas establecidas y sostenidas con decoro y munificencia por la *Sociedad de Amigos del País*. Oye los primeros versos:

Hija, amiga del hombre,
Amable gratitud, ¿ves cuál corona

La Sociedad mi nombre?
Tú, pues, las gracias por mi lengua entona.
Canta un himno que diga
Cuánto los premios al saber ayudan,
Cuando en union amiga
Los tiernos niños por lograrlos sudan.
Al trabajo los llama
El dulce premio, y de virtud enciende
En su pecho la llama,
Que es la escuela y taller donde mas prende.
Por eso el niño ansioso
En provechosa agitacion contina
Bajo tu auspicio honroso,
¡Oh Sociedad! hácia su bien camina.
Mi alma se enardece
Al ver la gloria de la pátria mia,
Porque ya el niño crece,
Para ser hombre y ciudadano un dia, etc.

Yo. La naturalidad, y sencillez y candor infantil de esos bonitos versos, tan propios y adecuados en la boca de un niño, recuerdan las dotes poéticas que distinguen á Fr. Luis de Leon, á Melendez y á otros grandes poetas. Los ingenios de nuestros dias (hablando de todos y de ninguno) no suelen escribir con esa *difícil facilidad* que dijo Moratin, ó con

La facilidad dificultosa,

de que nos habla Argensola en uno de sus enérgicos tercetos. Verdaderamente no conocia yo la bella odita de Aicart, pero conozco

y tengo en mi librería el *Diccionario de la Rima*, que publicó aquel docto sacerdote en Barcelona en 1829. Es benemérito de las letras ciertamente el escritor valenciano, por haber dado á luz un libro como aquel *Diccionario.*

MAT. No soy de tu opinion.

YO. Dejame hablar un momento, y quizá lo seas. Ante todas cosas te diré, que la obra de Aicart no se parece ni poco, ni mucho, ni nada á las chapuceras y estúpidas *Silvas* del celebérrimo Diaz Rengifo, del cual habla con tanta gracia y verdad el chistoso y severo Vargas Ponce en su *Proclama del solteron.*

Antes habrá coplero sin Rengifo,
Y antes guedeja peinará la rana, etc.

MAT. Tiene mucha razon el docto encomiador de Alfonso *el Sábio*, y erudito escritor de otras obras apreciables, que premió dignamente la Academia de la Lengua.

YO. Pero no la tendrás tú, si quieres igualar al sacerdote Aicart con el bendito Rengifo. El voluminoso librote de este santo varon, regidor de Avila, solo sirve para hacer perder el tiempo y la paciencia y el buen gusto á los neófitos de las Musas, que comienzan á subir por las asperezas del Parnaso, y necesitan de andadores, para dar sus primeros pasos con mal seguro pie y temblorosa planta. La obra del D. Agustin puede guiar y conducir con

toda seguridad á los alumnos todos de Apolo, es decir, á los que comienzan, y á los que han terminado sus estudios poéticos. Ya sé yo, que el poeta que no encuentre en su tintero las consonantes que le hacen falta, puede y debe tomar otro oficio, y no escribir mas coplas en su vida, porque nunca pasarán de coplas frívolas los renglones iguales y simétricos, que el orgullo del tal coplero ose bautizar con el pomposo título de *versos* ó *poesías*. Todo esto es muy cierto, pero tambien lo es, que la mencionada Academia de la Lengua se está ocupando hace años en escribir *un Diccionario de la Rima*, que sin duda será mas completo que el de Peñalver y nuestro Aicart. Al de este preceden oportunamente un instructivo *prólogo* y unos *elementos* de poética, escritos con tan acendrado gusto, con tal juicio y talento, que no harian mal en estudiarlos con detenimiento algunos de nuestros jóvenes tonsurados en literatura, no pocos de los cuales *dejan los estudios y se meten á versificadores*. Por supuesto este prólogo y estos elementos poéticos, es lo que vale mas en el volúmen del clérigo valenciano, el cual no dió mucha importancia á su libro, pues lo publicó en nombre de *A. Tracia*, anagrama de Agustin Aicart.

MAT. Es de esperar que el *Diccionario de la Rima* por la Real Academia, *que limpia fija y da esplendor*, como obra de tan docta Corporacion, mejorará mucho el *Diccionario* del citado ecle-

siástico, que al fin no era mas que un hombre solo, y nunca un escritor puede hacer por sí lo que pueden hacer muchos, que se reunen para trabajar de consuno en una produccion literaria.

Yo. Ya que tú me acabas de recitar parte de la donosa odita del buen D. Agustin (cuya amabilidad te agradezco), oye otros versos del mismo, que tengo muy presentes. Los italianos tienen preciosas *cantatas* en su idioma, y sobre todo las de Metastasio, que quizá son las mejores de todas. ¡Cosa estraña! Nuestra literatura nacional, tan rica y abundante por otra parte, cuenta con muy pocos poemitas de este género. Yo solo conozco las bellísimas *cantatas* de Sanchez Barbero, de Moratin y de Tapia.

Mat. Pues yo conozco otra.

Yo. No la recuerdo. ¿Cuál es?

Mat. La que he leido en la primera y segunda edicion de tus poesías al nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Yo. Toma, toma. Me acordaba yo ahora de aquel ensayo poético (que escribí en 1830) como me acuerdo de las nubes de antaño. Oye los primeros versos de la *cantata* de Aicart, traduccion casi literal del *Te Deum*, que con tanta frecuencia resuena en nuestros templos, y rezamos los eclesiásticos todos los dias.

A ti Dios alabamos;
A ti, Señor de todo confesamos;

Cuanto en la tierra el sol alumbra y dora
A ti, Padre eternal, humilde adora.
A ti los Querubines,
Angeles, Potestades, Serafines,
Y á ti los cielos y sus coros claman,
Y *Santo*, *Santo*, *Santo*, te proclaman,
Señor Dios *Sabaot*. Llenó está el cielo
De tu gloria y poder, y lleno el suelo.

Despues de diez y ocho versos, que omito por la brevedad, continúa el vate con la siguiente

Aria.

Tú de la muerte fiera
El aguijon rompiste,
Tú los cielos abriste
Para el que fiel será.
Y el Padre omnipotente
Gozoso en tu victoria,
A su diestra, en su gloria
Sentado te ve ya,
Hasta que llegue el dia
En que juez verdadero,
Juzgues al orbe entero
Que esperándote está.

Version tan bella termina con este

Coro.

Y perdona, Señor, nuestras culpas,
Nuestras culpas benigno perdona;
Haz que brille tu gracia en nosotros;
Nuestra firme esperanza corona.

O Señor, ó Señor, tú me amparas,
En tu amor mi esperanza se apoya:
De ti espero por siempre ser salvo,
De ti espero llegar á tu gloria.

Si la anterior traduccion honra, como ves, al sacerdote poeta, no honran menos los versos que traduce de Horacio. Al hablar este de la tragedia, despues de mencionar á Tespis, que pasa por inventor de tan difícil género poético, dice el Venusino:

Post hunc personæ pallæque repertor honestæ
Æschylus, et modicis intravit pulpita tignis,
Et docuit magnumque loqui nitique cothurno, etc.

Oye cuán gallardamente hace hablar Aicart en el idioma de Garcilasó y Rioja al autor de la epístola á los Pisones:

La ignorada tragedia es comun fama
Que Tespis inventó, de pueblo en pueblo
Llevando sobre un carro á los actores,
Que enmostados sus rostros animaban
El canto y las acciones. Luego Esquilo
Añadió de las máscaras el uso,
Y la ropa talar y alto coturno,
Dando al estilo elevacion y fuerza.
No sin aplauso la comedia antigua
Tras esto apareció; pero bien pronto
Su mordaz libertad degenerando
En un vicioso esceso, hizo preciso

El freno de la ley: la ley fué dada,
Y avergonzado el coro, no pudiendo
Zaherir y dañar, fue enmudeciendo.

Aquí tienes, amigo Matías, traducidos muy bien en quince endecasílabos diez exámetros del arte poética de Horacio.

MAT. Ya veo yo, que el Cura Aicart sabia algo mas qué decir Misa en latin y rezar el Breviario.

YO. Como que era un humanista distinguido, y para que nada le faltase, además de los clásicos del siglo de Augusto, conocia tambien los griegos del tiempo de Pericles, por ser tan helenista como el mas hábil de los profesores de la lengua de Píndaro y Homero.

MAT. Por de contado el buen D. Agustin hablará largamente en sus elementos poéticos citados de la poesía dramática en general, de la comedia y de la tragedia en particular.

YO. Habla mucho y bien, como era de esperarse de su buen criterio y vasta erudicion.

MAT. Ya hace rato que nada decimos de *El último dia de Numancia.*

YO. Lo que es yo nada tengo que decir.

MAT. Pues á mí me ocurren algunas observaciones.

YO. Indícamelas con la confianza y franqueza de la amistad.

MAT. Voy á eso. Hablas de varias poblaciones de España tan antiguas como famosas, por ejemplo de *Tarazoan*, hoy Tarragona; de *Sálduba*, despues llamada Cesaraugusta, Zaracusta por los Moros, y por nosotros Zaragoza; *Cauca*,

hoy Coca, pátria (dicen) de Teodosio el Grande; de *Ródope*, hoy Rosas; de *Gadir*, despues Gades, y hoy Cádiz; *Aurelia*, llamada al presente Colmenar de Oreja; y finalmente de *Mantua*, ó ciudad fundada por Manto, aludiendo á Madrid.

YO. Supongo ya las dificultades ú objeciones que me vas á poner sobre el particular, y voy á contestar á ellas del mejor modo que me sea posible. Hablo en primer lugar de Tarragona, por ser ciudad de grande importancia, como sabes, siglos antes de la Era cristiana: por eso dió nombre á la España Tarraconense, es decir, á una gran parte de la Península Ibérica. El orígen y fundacion de aquella capital se pierde en la oscuridad de los tiempos prehistóricos. Su primitivo nombre Tarazoan (*reunion de pastores* en idioma caldeo) prueba casi con evidencia, que por allí ó cerca de aquella ciudad marítima vivian los iberos, nuestros primeros pobladores, y por consiguiente nuestros aborígenas primitivos, cuidando de sus rabaños, en tiendas como los árabes del desierto, ó en chozas ó casitas de madera y barro, precursoras de los magníficos palacios, que veinte siglos despues habitaron Augusto Cesar y sus ostentosos cortesanos, cuando le plugo al Emperador de Roma tomar baños en Tarragona, una de las mas populosas y magníficas ciudades entonces del imperio.

MAT. No me digas (porque ya lo sé) la razon que te

movió á recordar á *Sálduba* ó Zaragoza. Allí es venerada la Virgen del Pilar, allí te criaste y aprendiste á leer y escribir, por consiguiente, etc., etc. ¿Has estado en *Cauca*?

Yo. Vamos por partes. En España, ó mejor dicho, en Castilla la Vieja, hay tres poblaciones asaz reducidas, que hoy tienen el nombre de *Coca*. La mas populosa, y que no sin fundamento se cree ser la antigua *Cáuca*, dista pocas leguas de Segovia. Estuve en ella en 1838, y ví por dentro y por fuera en aquel pueblo, un palacio antiquísimo. Allí, y en otras poblaciones cercanas, dice la tradicion que nació el Gran Teodosio, como la casa solar que era de los Flavios. Esto es mas fácil de creerse que de probarse. He visto escritores castellanos que quieren que sea compatriota suyo el augusto padre de Arcadio y Honorio. Los andaluces, empero, sostienen con calor, que aquel emperador ilustre nació en Itálica. Para mí basta que sea español, como lo fué realmente, y una gloria nacional, para que el nombre de Teodosio sea muy grato á mis oidos, y mas á mi corazon. Por lo demás, en las inmediaciones de la vetusta *Cauca*, ví ruinas, y nada equívocos vestigios, que prueban fué en siglos remotos ciudad muy populosa. Esto me ha bastado á mí para dar por supuesto que habia allí alguna civilizacion en el tiempo del cerco numantino, no cabiendo la menor duda que entonces, como ahora y siempre, las grandes

ciudades son mas ilustradas que las aldeas y pueblos de escaso vecindario.

MAT. No me hables de *Gadir* y de *Rhodope*. Fundacion esta y colonia de los griegos que vinieron de Rodas, muy próxima además á *Emporion*, hoy Ampurias, mercado de toda aquella costa, y puertos una y otra á donde arribaban las naves de toda la Grecia y de Cartago, y de otras naciones; la fenicia *Gádir* mas populosa en aquellos tiempos remotos que al presente, si no se equivoca el P. Mariana y otros sabios, y ciudad marítima además, como *Rhópode*, estas dos poblaciones, españolas indudablemente, eran de no escasa importancia en el tiempo en que sitiaron los romanos á Numancia.

YO. Lo mismo puede decirse de *Aurelia*.

MAT. Eso lo dices tú muy pronto, pero no es tan fácil demostrarlo.

YO. Oyeme por un momento. Tú, que conoces la historia, y has leido mas de una vez los historiadores griegos y latinos, especialmente la parte que consagraron á narrar la segunda guerra púnica, encendida en nuestra patria por la ambicion, y codicia, y envidia y celos de cartagineses y romanos, no ignoras el empeño que tuvo Aníbal en sus luchas gigantescas con los celtíberos, por apoderarse de dicha poblacion muy próxima al Real Sitio de Aranjuez (*Aram Jovis*). La situacion y topografía de *Aurelia*, su inmediacion al Tajo, los escombros y ruinas vetustas algo

distantes de la que hoy se llama Colmenar de Oreja, hasta la próxima llanura, que tiene al presente el nombre de *Vall de guerra*, y sobre todo las espadas de fierro muy carcomidas y gastadas por las corrientes del rio, halladas casualmente en el fondo de sus aguas, alguna de las cuales se ve actualmente en la armería del Palacio Real de Madrid con júbilo y admiracion de los anticuarios; en suma, los esqueletos de elefantes y de caballos, y los muchos huesos humanos que se han encontrado en mas de una ocasion, con motivo de las escavaciones practicadas en aquella comarca, todas estas razones y otras que dejo á tu consideracion, nos manifiestan que *Aurelia* era una de aquellas grandes y populosas ciudades de la Celtiberia, que mencionan los escritores griegos y latinos; prueban además que *Aurelia* fué una poblacion murada, ó *plaza de armas*, como decimos hoy; y finalmente, que no lejos de aquella ciudad se combatió encarnizadamente, y quizá mas de una vez, en aquellos siglos lejanos.

MAT. ¡Qué poco previsores eran los españoles en tiempo de las guerras púnicas, y despues en las guerras contra los romanos!

YO. Menos previsores somos ahora.

MAT. ¡Hombre!

YO. ¡Mujer!

MAT. Esplícate.

YO. Pues no me interrumpas: te lo suplico.

MAT. Habla cuanto quieras.

YO. No seré largo.

MAT. Dificilillo será, porque cuando sueltas la sin hueso.....

YO. No abusaré de tu paciencia. Acabas de indicarme que en materia de política no veian ni olian mas allá de sus narices nuestros abuelos, contemporáneos de Orison (vencedor de Asdrubal), y de Viriato, triunfador cien veces de las huestes de Roma, y en fin de los héroes de Sagunto, Astapa, Numancia, Calagurris, Garden, etc., etc.

MAT. Así es la verdad: si en vez de las cien republiquillas de morondanga, en que estaba dividida y fraccionada la Península ibérica, hubiera habido una sola república, una república unitaria, compuesta de todos los descendientes de los iberos y celtas, y fenicios y griegos y hebreos, que vinieron á este país de bendicion antes que vinieran en mal hora Asdrúbal, Amílcar y demás caudillos africanos; *item* mas, si los sencillos y candorosos españoles no hubieran tomado parte, unos con los cartagineses y otros con los romanos, ¿hubieran estos y aquellos podido encender aquí la segunda guerra púnica, disputándose la posesion y dominio de nuestra infeliz pátria, ó por mejor decir la dominacion del mundo entero? Por ejemplo, si los mal aconsejados Turboletas no hubieran combatido en pro de Anibal y de su agresor ejército. ¿hubiera sucumbido la desdichada Sagunto?

YO. Imposible, y mas si otras de aquellas repúbliquillas tan enanas y liliputienses como la de Andorra y San Marino se hubieran puesto al lado de Sagunto, como debieron ponerse por propio interés y por patriotismo. Lo mismo puede asegurarse de la república de Numancia. ¿Hubiera sucumbido jamás la ciudad heróica, si los Arévacos, los Pelendones y demás españoles limítrofes hubieran imitado á los ciudadanos de la memorable y desgraciada Lucia?

MAT. Bien cara les costó á los españoles de aquella época la falta de union entre ellos mismos.

YO. Una friolera: primero los cartagineses y despues los romanos los uncieron á su férrea coyunda.

MAT. Lo mismo sucedió despues, y sucede en nuestros dias.

YO. Hablas como un Salomon, amigo Matías.

MAT. No te doy las gracias por el piropo, porque estoy diciendo una verdad como un templo. Si en las guerras de los españoles contra los moros hubieran estado unidos, como debian, los príncipes y pueblos cristianos de la Península, ¿hubiera dominado la raza de Agar 781 años en España? Imposible de toda imposibilidad. Pero desgraciadamente los reyes y los pueblos andaban con frecuencia al morro, y vivian como perros y gatos unos con otros; ¿y qué debia resultar de esta conducta, bien poco moral, y cristiana y patriótica por cierto?

Yo. Lo que vemos en la historia, que la guerra duró siglos y siglos, habiendo debido terminarse aquella á principios del siglo XII, ó poco despues.

Mat. Esplícate mas claro.

Yo. Así lo haré. Por un órden regular, con el casamiento en segundas nupcias de la famosísima y celebérrima Doña Urraca con Alfonso *el Batallador*, debieron salir de toda la Península los moros, de modo que no quedase uno para un remedio, como sucedió cuatro siglos despues en tiempo de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel. Pero por desgracia de España, y por desgracia de la Cristiandad, Alfonso I de Aragon y su consorte no eran Isabel I de Castilla y Leon y su marido D. Fernando el Católico. No debieron casarse *el Batallador* y la hija de Alfonso VI. No podian hacer buenas migas la reina castellana, *romántica* y algo mas (que es lo peor) y un soldado brusco y un poco bravío, que no tenia mas delicias ni mas descanso que vivir en los campamentos, y dar á los moros cada lanzada que temblaba el firmamento. Si Doña Urraca hubiera sido menos melindrosa y antojadiza y casquivana (por no decir otra cosa) y su segundo marido mas complaciente y poético, ni entre aragoneses y castellanos hubiera ardido la tea de la discordia, ni se hubiera dado lugar á guerras fratricidas entre ellos (hijos todos de la madre España); y por acabar de una vez, los moros hubieran en-

tonces salido de España para no volver, como salieron de Granada despues, es decir, á fines del siglo XV.

MAT. ¿Y todavía hubo poeta contemporáneo, que quiso hacer la apoteósis de la desdichada Doña Urraca, y convertir y trasformar á su marido en un asesino, en un parricida, en un móustruo del infierno?

YO. Se equivocó lastimosamente el tal vate. Lo que hay de cierto en la historia es, que Doña Urraca fué una mujer poco recatada y circunspecta, y poco amiga de su reputacion; y su marido, un aragonés algo cerril, y nada amable por consiguiente, cuando aquella *Penélope* castellana necesitaba de un esposo que supiera contemplarla y ser cariñoso con ella (como Dios manda á los casados), y sobre todo que no hubiera perdido jamás de vista á su casta Susana, ni aun en tiempos de combates y algaradas contra los moros, lo cual hubiera sido muy honroso para aquel matrimonio. No sucedió así; ¿y cuál fué el resultado?

MAT. Que el pobre rey tuvo que encerrar á su mujer en la fortaleza de Castellar; y algunos años despues Alfonso VII el emperador, hijo de aquella reina, se vió precisado á encarcelar á su madre augusta en el castillo de Saldaña. Esta fué la perínclita Doña Urraca, tan favorecida y poetizada en nuestros dias, como calumniado el rey *Batallador*, aquel honradísimo y valeroso monarca, que despues de conquistar á Zaragoza y cien poblaciones mas de

Aragon, y de ganar treinta batallas á los infieles, al fin, sorprendido en los montes de Fraga con pocos ginetes por una turba multa de moros, murió como bueno, y tambien los cristianos que le acompañaban; pereciendo todos á ejemplo de su rey, ensangrentando sus lanzas en los escuadrones enemigos.

Yo. En cambio la pudorosa Doña Urraca murió de un modo prosáico y miserable, nada honroso para una dama, y mucho menos para una reina cristiana y española. Y no hablemos mas del asunto. Peor es meneallo.

Mat. Permíteme que yo añada, que poco favor hacen á Doña Urraca los escritores antiguos y modernos, que se han visto precisados á mencionar su reinado de triste memoria. El Padre Isla, traductor de la historia francesa del P. Duchesne, hablando de ambos consortes, despues de nombrar á D. Ramon de Borgoña, primer marido de Doña Urraca, dice así:

Alfonso de Aragon esclarecido,
Su segundo marido,
De dos grandes batallas victorioso,
Y lo que es mas glorioso,
Venciéndose á sí mismo heróicamente,
Con tres coronas adornó la frente
De Alfonso Emperador, en edad flaca,
Hijo de D. Raimundo y Doña Urraca.

Esto dice en verso el historiador Jesuita. En prosa añade estas literales palabras: «Tenia

(el monarca aragonés) justos motivos para estar poco satisfecho de la conducta de la reina, princesa tan desviada de la modestia de su sexo y de la circunspeccion correspondiente á su soberanía, que ni la bastaba un marido, ni se contentaba con un solo cortejante; tan poco recatada en su desenvoltura, que ofendido el rey, la mandó encerrar en una torre. Despues añade el mismo escritor: conociendo el rey de Aragon que nunca bastaria la fuerza á hacer (á los castellanos) rendir la cerviz al yugo de sus leyes (las aragonesas), tomó la generosa resolucion de poner él mismo las coronas de Castilla y de Leon sobre las sienes de su legítimo heredero (Alfonso VII). Tuvo forma Doña Urraca de evadirse de la prision, y pasando á Leon, pretendió mandar como reina; pero su hijo, á quien el reino habia jurado y reconocido, la sitió en la misma corte, y la obligó á renunciar sus pretensiones y derechos á la corona. El historiador valenciano Ortiz y Sanz que se muestra mucho mas benévolo que otros escritores con Doña Urraca, despues de hablar de la guerra intestina que promovió aquella contra su hijo, dice así: La reina, como causa de los rumores del pueblo, temerosa de algun desacato, se retiró á Leon, dejando á su hijo la ciudad de Segovia. Basta y sobra de Doña Urraca, de feliz olvido.

El dicho mal aconsejado vate que falsificó la historia, y calumnió al *Batallador* y enal-

teció á su mujer, colocando en la frente de Doña Urraca una aureola de gloria, que hubiera estado mucho mejor colocada en la cabeza de su honrado y heróico y pundonoroso marido; el tal vate, repito, hizo otra fazaña semejante en otro drama, con el que manchó *por segunda vez* las glorias de Aragon, las inmarcesibles glorias de Aragon, por no haberse tomado la pena (como debió) de estudiar á los graves analistas aragoneses antes de escribir y publicar el segundo *maldito* drama, en el que sale á relucir el respetable nombre *D. Ramiro el Monje.*

YO. ¡Pobre *rey cogulla!* como le apellidaban por mote algunos malos súbditos de su tiempo.

MAT. Pero ese mote no le infamaba ni poco ni mucho. En cambio el calumniador poeta ha intentado deshonrar el venerable nombre del augusto padre de Doña Petronila, princesa de grata memoria. ¡Infeliz poeta! Es muy corto sastre para cortar y destruir con sus afiladas tijeras páginas asaz gloriosas de la historia de Aragon. El romanticismo exagerado ha producido inmensos daños á la poesía, á la historia, á la moral, etc., como que el tal romanticismo es *la anarquía literaria*, que ha corrompido el gusto, y trastornado la razon y desmoralizado el corazon de la juventud española, la de Francia, etc. ¡Que lo digan los muchos locos y locas que se han suicidado en nuestros dias por lecturas de dramas, folletines, noveluchas, coplas, etc.! ¡Que

lo diga aquel actor que años pasados hacia el infame papel *de Fr. Froilan Diaz* en el teatro de una de nuestras capitales de provincia.

Yo. No prosigas. Lo recuerdo muy bien, pues hablaron de tan desagradable hecho (que podia haber sido muy trágico) los periódicos españoles, y desgraciadamente la prensa estranjera.

Mat. Por supuesto los estranjeros folletinistas nos pondrian como hoja de peregil á los españoles, y con tanta mas razon, cuanto que en la ciudad donde se representaba el diabólico drama, los *de allende* fueron humillados y vencidos en nuestra guerra de la Independencia.

Yo. *Tu dixisti.* ¿Quién tuvo la culpa de que los de *allende* nos llamasen *bárbaros, ilotas, abencerrages* y *númidas*, y otros piropos?

Mat El autor de aquel horrible drama. Por fortuna, el actor que hacia el papel del P. Froilan, debajo del hábito de fraile dominico, que sacrilegamente vestia, llevaba uniforme de *nacional de artillería.*

Yo. El Angel de su Guarda le inspiró sin duda vestir aquel traje interior.

Mat. Si en lugar del uniforme se hubiera vestido de paisano en aquella ocasion, de seguro una turba populachera, que puñal en mano rugia y se preparaba á invadir y asaltar el escenario, hubiera degollado al supuesto fraile, como otras turbas del infierno habian asesinado hacía poco tiempo mas de cien inofen-

sivos religiosos en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Reus, étc.

YO. El comediante supo curarse en salud. Al oir las vociferaciones del vocinglero y amenazador populacho, y sobre todo relucir en sus manos cuchillos y navajas de Albacete, se despojó precipitadamente del hábito monacal, y ostentando su casaca militar y sus bombas y granadas en ella, dijo con voz estentórea: *Señores, yo no soy Fr. Froilan, soy un patriota, dispuesto á morir por la libertad en los campos de batalla.* Esta espartana arenga le salvó el pellejo.

MAT. Aquí tienes los efectos que producen en el vulgo (y en muchas personas que lo son, sin saberlo ellas) algunos dramas, como los del mencionado dramaturgo, que ha falsificado la historia de los reinados de D. Alfonso *el Batallador* y de D. Ramiro II de Aragon. Muy jóven todavía este príncipe, vistió la cogulla en el monasterio de San Ponce de Tomeras. Fué despues abad del de Sahagun, Obispo electo de Búrgos y Pamplona. y en fin prelado muy digno de Roda y Barbastro. A pesar de estas circunstancias, el desatentado autor del celebérrimo drama de que estamos hablando, pinta á D. Ramiro (cuya austeridad de costumbres ha celebrado la imparcial historia) como un casquivano mozalvete, que andaba persiguiendo las damas de la corte de su hermano; lo hace enamorarse perdidamente de la jóven Doña Isabel, hija de Don

Ferriz Maza de Lizana, uno de los prohombres mas ilustres del pais, la galantea, arrebata á la doncella la inocencia y el honor con la cooperacion y malas artes de una infame dueña. Esta vil Celestina muere violentamente, como debia morir, y la Isabel (que solo ha existido en el caletre del vate) es encerrada en una torre por órden de su irritado y severo padre. Se confiesa despues la infeliz con el mismo D. Ramiro (sin conocerle, y suponiendo que es otro monje), y el desdichado poeta pone en boca del sacerdote que acaba de confesar á la desgraciada jóven los siguientes versos:

Enlutada misteriosa,
Ya escuché tu confesion,
Y cual tú, no hubiera cosa,
Si eres mujer tan hermosa,
Como lo es tu corazon.
¿De qué he de absolverte yo,
Blanca azucena *inocente*?
¿Por qué, infame pié te holló?
Alza del suelo la frente,
Que á Dios no ofendiste, no.
¡Tú viniste á derramar,
Angel puro, en el altar
Las lágrimas del pecado!
Yo tambien, mujer, he amado.
¡Es tan hermoso el amar!
¡Pecado! Dale otro nombre.
Esa es la vida, es la luz.

El mismo Dios, no te asombre,
Murió, por su amor al hombre,
Enclavado en una Cruz.

Yo. Basta, Matías: no continúes por Dios.

Mat. Callo, y no recito por complacerte otros versos (endecasílabos por cierto) que son un coloquio entre D. Ramiro y el Abad de Tomeras. Son todavía mas impíos y sacrílegos que las anteriores quintillas. Hablando de estas y de aquellos en febrero de 1846 un entendido y juicioso crítico, decia en un periódico literario las siguientes frases: «Este es uno de los yerros de los poetas del dia, que creen que en el siglo XII se jactaban nuestros grandes y sábios de esa incredulidad y escepticismo, llamado ahora *despreocupacion*, y muy en boga entre *eruditos á la violeta y literatos de poco fuste*. No: entonces podia haber flaquezas y vicios, propios de nuestra enferma naturaleza; pero creian en Dios y (permítasenos lo vulgar de la espresion), creian en Dios á puño cerrado, lo mismo el rey que el vasallo, tanto el prócer como el último pechero.» Hasta aquí el sensato crítico. Si vivieran hoy los Argensolas, y vieran tan vilipendiados á dos de sus monarcas aragoneses, y oscurecidas las glorias de su pátria por el infeliz dramaturgo que nos ocupa, fulminarian contra él una sátira, como las que sabian escribir aquellos dos preclarísimos y dignos hermanos, que obligarian al pobrete á sellar su lábios para *in æternum*

et ultra. Pero volvamos á nuestro pleito, si no lo has por enojo. En tu ensayo dramático eres de parecer, que Madrid es la antigua *Mantua*, cuando ya sabes, que la opinion mas probable es que se llamó *Miaco* en siglos remotos, y que *Mantua* distaba no pocas leguas de la que hoy se llama la Villa del Oso y del Madroño.

Yo. Si te he decir lo que siento, soy de parecer (salvo meliori) que no es fácil demostrar de un modo que no quede la menor duda el sitio, por ejemplo donde estuvo la primitiva Madrid, Granada, Munda, Alcañiz, etc., etc. El *Diccionario de geografía antigua*, publicado por el Canónigo Cortés, da mucha luz sobre la materia, pero no pocas veces deja mil dudillas en el ánimo de los lectores. Asómbrate de lo que voy á decirte. Durante el sitio de Bilbao en Diciembre de 1836, ví á un soldado de mi batallon que llevaba en la mano dos gruesos volúmenes en pergamino. Me dijo que iba á encender el fuego con ellos, para guisar el arroz y tocino para su compañía, porque estaba de ranchero. Al oir yo aquella barbaridad, le tomé los libros de la mano, y le dí un par de pesetillas, las cuales él apreció mucho mas que todos los libros del mundo. Se alejó el pobre muchacho muy contento con su propina, despues de decirme que los habia cogido en el inmediato convento de Capuchinos de Deusto, que ardia á mi vista. Me aproximé al sitio, donde me esperaba mi asisten-

te con la comida, y queriendo yo antes de tomar mi frugal racion, leer algo de aquellos dos volúmenes, ví que eran dos manuscritos curiosísimos, llenos de erudicion, y escritos no sin gusto y elegancia. Era autor del mas viejo de los dos libros un fraile mercenario del convento de Burceña, cuyo religioso nació en Castilla en el primer tercio del siglo pasado. Por lo que leí en el prólogo del otro manuscrito, obra de un capuchino de Deusto, la obra del religioso castellano vino á manos del conventual de Deusto, vascongado de pura raza, y celosísimo como el que mas de las glorias de Cantabria y Vasconia. Pasé ratos muy agradables embebecido en la erudita lectura de aquellos dos libros en 4.º, que pasaban uno y otro de seiscientos fólios. El mercenario se proponia probar, que la verdadera Cantabria no fueron las Provincias Vascas ni Navarra, sino los pueblos de las montañas de Santander, y parte del reino de Leon y del Principado de Astúrias. Decia en la advertencia al *cristiano lector*, que escribir aquel volúmen le habia costado ocho años de contínuo estudio y trabajo. El buen capuchino se propuso derrotar al mercenario, y para eso no perdonó medio, ni fatigas, ni vigilias, para demostrar que ni una sola poblacion castellana, leonesa ó asturiana perteneció á la famosa Cantabria. Algo se acaloraba alguna vez el vascongado contra el hijo de Castilla, pero sin desmandarse jamás, ni olvidarse que era

un sacerdote, y que su adversario habia dicho Misa muchos años en latin, ni mas ni menos que el Padre Santo de Roma. Despues de leer yo, y estudiar y meditar despacio aquellos dos manuscritos, formé mi opinion, y es que uno y otro laborioso escritor tenian y no tenian razon con frecuencia. Con la historia en la mano puede demostrarse, que es mas claro que la luz del sol, que las provincias hermanas formaron nō pequeña parte de la antigua Cantabria, así como tambien que pertenecieron á ellas algunas poblaciones, que están hoy fuera del radio que ocupan los vascos y encartados. Tambien hay mucho fundamento para creer, que el idioma eúscaro se habló en siglos muy lejanos en toda ó la mayor parte de la Península ibérica. Pero no tienen ni sombra de razon los eruditos navarros y vascongados, que sostienen que aquella lengua es la mas antigua del mundo, y añaden con mucha frescura, que Dios y Adan y Eva hablaron el vascuence en el Paraiso. Algun erudito zamorano he conocido y tratado con mucha confianza, que me decia con mucha formalidad hace pocos años, que todavía no estaba demostrado completamente si Numancia fue la pequeña Garray, como sostienen unánimes los sábios modernos, ó si fue Zamora, como opinaban algunos de los antiguos.

MAT. No es estraño que un zamorano quisiera ser oriundo de los numantinos, y participar de

sus glorias. El amor patrio y el amor propio deben limitarse á lo que es justo y debido.

Yo. Decíamos hace poco, que la division y la discordia era el distintivo y como la herencia de nuestros compatriotas.

Mat. Ojalá fuera mentira esa verdad. Desde los tiempos pre-históricos hasta hoy dia de la fecha, los hijos de èste país, en lugar de unirse y aliarse en estrecho lazo en contra de estranjeros invasores, se dividieron y subdividieron unos españoles de otros españoles, y por eso estamos tan medrados. Por eso los cartagineses, y despues los romanos, llegaron á dominar siglos y siglos el pais. Los moros mismos no hubieran triunfado tan fácilmente en el Guadalete, sin las discordias de las dos régias familias de Witiza y Rodrigo, y si este desdichado monarca, en guerra entonces con los vascones, hubiera contado con los auxilios y cooperacion de tan briosa gente.

Yo. No olvides la turba multa de hébreos tránsfugas, que abandonaron en el combate las banderas de su pátria y se pasaron al campo de Tarik.

Mat. Tan buenos españoles eran esos hijos de Israel, como el Obispo D. Opas, y Sisiberto y Ebas, que imitaron á los judíos en aquella ocasion y rudo trance, siendo aún mas criminales que los dicho hebreos, por ser cristianos los tres, y de sangre régia, que es otro *item* mas; circunstancia que acrecienta la negrura de tan horrible y fea traicion.

Yo. No hablemos de la falta de union y armonía despues entre nuestros reyes, que en lugar de batir de consuno al enemigo comun, se degollaban los cristianos por ambicion ú otras bastardas pasiones de sus príncipes, mientras la morisma acrecentaba y estendia su dominacion en nuestro suelo. Mejor fuera, que no se hubiera realizado el fatal y malhadado bodorrio de la susodicha Doña Urraca y de Alfonso *el Batallador*. Por fortuna, siglos despues, loado sea Dios, vinieron los *Reyes Católicos*, que arrojaron para siempre de España á la raza de Ismael. Mas vale tarde que nunca.

Mat. Pero los españoles, ni por esas ni por las otras. ¿Cuando escarmentaremos en cabeza propia?

Yo. Nunca jamás.

Mat. Mira cómo escarmentaron nuestros abuelos á principios del siglo pasado en la guerra de sucesion, que solo duró trece años, matándose como tigres, castellanos contra aragoneses, y estos contra aquellos, ni mas ni menos que lo habian hecho sus progénitores en los reinados tristísimos de D. Pedro el *Cruel* y Don Pedro *el del Puñal*. Vaya un par de Pericos.

Yo. Pues D. Pedro el de Portugal y Cárlos *el Malo*, de Navarra, contemporáneos de los otros dos penitentes, no eran mejores. Horrible fué el siglo XIV en España.

Mat. ¿Por qué no escarmentaremos los españoles del dia con tan terribles lecciones como nos da la historia nacional?

YO. Doctores tiene la pátria muy autorizados, y peripatéticos y sabijondos para contestarte.

MAT. Mientras algunos y aun los mas de esos galenos, que sin llamarlos nadie para pulsar á la moribunda España se han empeñado en curarla, unos con recetas prusianas ó inglesas, y otros con menjurges de Francia, Austria, Italia ó Rusia; mientras los tales curanderos (Dios me libre de sus mános y sobre todo de sus uñas) no varien de sistema, y en vez de acudir, como deben, á la farmacopea española, recurran solo á boticas de *estrangis*, la pobre enferma seguirá tan malita, que no será imposible que le canten el gori, gori, y tengan que enterrarla de limosna como á los pobres de solemnidad, mientras los matasanos encargados de su curacion, se rian y se mofen de la desventurada y triste difunta, gozando en paz y sosiego de lo que robaron á la misma; si antes el pueblo del Dos de Mayo, el pueblo de Bailén y Zaragoza y Gerona, el pueblo español, por decirlo de una vez, no muestra sus uñas de leon, y las ensangrienta en sus verdugos, y espoliadores y opresores inícuos, como las ensangrentó contra Murat, y contra sus hordas de bandidos. Si viviera Cervantes, y viera la actual situacion de España, es bien seguro que llorando lágrimas de sangre y con voz de trueno, repetiria aquellos sus patrióticos, y nobles y valientes versos de su *Numancia.*

¿Será posible que contino sea
Esclava de naciones estranjeras,
Y que un pequeño tiempo yo no vea
De libertad tendidas las banderas?
Con justísimo título se emplea
En mí el rigor de tantas penas fieras,
Pues mis famosos hijos y valientes
Andan entre sí mesmos diferentes.
Jamás en su provecho concertaron
Los divididos ánimos briosos,
Antes entonces mas los apartaron,
Cuando se vieron mas menesterosos,
Y ansí con sus discordias convidaron
Los bárbaros de pecho codiciosos
A venir y entregarse en mis riquezas,
Usando en mí y en ellos mil crudezas.
Sola Numancia es la que sola ha sido
Quien la luciente espada sacó fuera,
Y á costa de su sangre ha mantenido
La amada libertad suya primera, etc.

Yo. ¡Qué noble y pundonoroso, qué ilustre y distinguido español era el Manco de Lépanto! Algo mas leal y elevado era su corazon que el de los Lermas y Olivares, y sobre todo que el de no pocos de nuestros contemporáneos mandarines, que tienen en tal situacion á la madre pátria, que está poco menos que con el estertor de la agonía y las convulsiones de la muerte. ¿Qué importa esto á las dos ó tres docenas de satrapillas desapiadados que asesinan á España, si mañana ú otro dia, que

sucumba la nacion, marcharán muy frescos allende los Pirineos ó los mares, y vivirán con sus rapiñas como Sardanápalos en tierra estranjera? Pueblo español, despierta. No tienen la culpa ellos; la tieńes tú solo, porque duermes como una marmota, ó como el mas beodo de los suizos. Despierta, pueblo español.

MAT. Desde 1814 al 20 y 23 hubo tal corduŕa y acierto en el gobierno español, que resultó por consecuencia precisa la anarquía, causa de la invasion de las tropas del Duque de Angulema. La pobre enferma, la infeliz España, ¿curó con aquella tremebunda y peligrosa cantárida? *Minime gentium:* de ningun modo. Falleció el Rey Fernando y siguió la guerra fratricida de siete años. Murieron casi un millon de españoles, unos por la Niña Doña Isabel, los otros por su tio. Los *moderados* esperaban el remedio de parte de la Francia, los *exaltados* aguardaban de los ingleses la salvadora panacea. Don Cárlos solo confiaba en los soberanos del Norte, mas aquellos Señores no le enviaron jamás ni una peseta ni un soldado. El único que le enviaba de cuando en cuando algunas monedillas era Cárlos Alberto, padre de Victor Manuel, escusándose siempre de que el áspero y estéril y escurrido Piamonte no daba más de sí. Concluyó aquella guerra civil, que al cabo de treinta años parió la segunda guerra intestina en las presentes calendas.

Yo. A mi marido le nació una potra, y esta es otra.

Mat. ¿Cuándo terminará?

Yo. Pregúntaselo á Dios, porque lo que es los hombres.....

Mat. Pues para ese viaje no necesito yo alforjas tuyas.

Yo. ¿Pero quieres que yo sea adivino?

Mat. Hablemos de tu Numancia.

Yo. Mejor será, y que olvidemos la política y el sombrío porvenir que nos espera, si es que Dios no hace un milagro con España. Opino tambien que hagamos punto redondo sobre mi ensayo dramático, tanto mas cuanto que me canso de hablar sobre asunto ó negocio tan baladí.

Mat. Pues yo no. Me alegro, que ya que imitaste á los trágicos griegos en intercalar coros en tu poema, hayas imitado igualmente á nuestro Séneca y trágicos latinos, dando con un prólogo comienzo á tu obrilla.

Yo. Me pareció que no hacia un disparate, y mas recordando el patriótico prólogo de Beña en la tragedia de *Roma libre*, como ya te manifesté anteriormente.

Mat. Creo me has indicado que, antes de comenzar tu ensayo, leiste cuantos dramas sobre el sitio numantino se han publicado en España. ¿Cuál de todos ellos te ha parecido el mejor?

Yo. *La Numancia destruida* de Ayala, *presenta un cuadro sublime, y abunda en pensamientos nobles, espresados con dignidad y energía*, como dice muy bien Martinez de la Rosa.

MAT. Los metros que te he recitado poco há de Cervantes, tambien respiran entusiasmo y el mas ardiente patriotismo.

YO. ¿Y qué estraño es, si el autor de *El Quijote* es uno de los españoles, que mas honraron á su país? Oye las literales palabras del francés Mr. Weis, profesor de historia hace pocos años en el colegio Real de Borbon. Despues de hablar del docto filólogo Pedro Simon Abril, traductor de Plauto y Terencio y de las epístolas de Ciceron, del Maestro Perez que tradujo la *Électra* de Sófocles y la *Hécuba* de Eurípides, y de otros sábios españoles, dice así aquel Monsieur:

«Tales fueron los principios del arte teatral »en España. En tiempo de Felipe II tomó la »literatura dramática un vuelo mas libre y »atrevido, pues abandonando la imitacion de »los antiguos, produjo tres grandes hombres, »cuya sucesion y diversidad de talento recuer»da á Esquilo, Sófocles y Eurípides. Mientras »los ejércitos de Felipe II llevaban á los últi»mos ámbitos del mundo la gloria del nombre »español, Cervantes mutilado en la gloriosa »jornada de Lepanto daba á luz su *Numancia*, »que puede figurar dignamente al lado de los »*Persas* de Esquilo, porque se encuentra en ella »igual giro, igual vigor, igual patriotismo que »en la del soldado de Salamina. Al mismo »tiempo escribia Cervantes su *Sátira* inmortal, »y se elevaba á la altura de los escritores mas »grandes de todos los siglos. Lope de Vega esc

»soldado de fortuna, que se libró del naufra»gio de la *invencible armada*, hacia admirar á »España y á la Europa entera su brillante y »fecunda imaginacion. El grave Felipe II sa»lia á la ventana de su palacio para designár»sele á los estranjeros que estaban en su cor»te, y se felicitaba de contar entre sus súb»ditos á un escritor que era el ornamento de »su pátria. Por último apareció Calderon de »la Barca, el representante mas lucido del »arte teatral en España, poeta lleno de origi»nalidad, de profundidad, de inspiracion, á »quien se puede juzgar con variedad, pero »sin osar nadie desconocer su incomparable »ingenio.» Hasta aqui Mr. Weis. Cuando tengas ocasion, amigo Matías, compara los versos de la *Numancia* de Cervantes, y los versos todos del fecundísimo Lope de Vega y del sacerdote ejemplarísmo D. Pedro Calderon, y los versos todos de nuestros vates de los siglos XVI y siguientes con los versos del *Cárlos II el Hechizado*, y de los otros *dos dramas citados*, en que se falsifica la historia, y se pretende y osa denigrar á nuestros monarcas; compara, repito, las ideas, la sana moral, la piedad cristiana de nuestros antiguos poetas con el escepticismo, y la incredulidad y prosaismo estúpido de algunos vates del dia, haz este curioso paralelo, y despues hablaremos. Por de pronto en varios modernos poetas no hay un *átomo* de aticismo, como le hay abundantísimo en Fr. Luis de Leon,

Garcilaso, Melendez, Lista, Reinoso, Arriaza, Espronceda, Ventura de la Vega, Arolas y la Avellaneda. Hay mas: los muy señores mios á quienes aludo, no saben, ni sabrán jamás lo que es *aticismo*, como lo sabian los Argensolas y Francisco Rioja, D. Leandro Moratin, D. Nicasio Gallego, Martinez de la Rosa, etc., etc., que, si no me equivoco (y creo no equivocarme) son los poetas de mas aticismo que tenemos en España: *aticismo*, palabrilla cuyo significado se siente mejor que se esplica, á pesar de la exactísima definicion que de ella da el *Diccionario* de la Academia española. Y punto redondo: habla tú, querido Matías, porque me canso de hablar, y perdona mi larguísima charla.

MAT. ¿Piensas tú que tendrás imitadores en esta clase de dramas? Mas claro, ¿crees que otro vate escribirá una nueva tragedia sobre el numantino cerco?

YO. No soy profeta por desgracia mia, pero te diré una verdad, y es que me alegraria con todo mi corazon y con toda mi alma que alguno de nuestros vates dramáticos contemporáneos, tan ventajosamente conocidos en los principales teatros de España y Ultramar, escribiese otra *Numancia*, no romántica, como la mayor parte de los dramas que están mas en boga el dia de hoy, sino tragedia clásica, como las de Huerta, Cienfuegos, Quintana y Jovellanos, aunque el *Munuza* de este grande hombre es no poco inferior á la *Raquel*, al *Pitaco*,

y al *Pelayo*. Creeria yo adquirir un lauro, si otro, siguiendo mi ejemplo, escribiese otra *Numancia*, tan bella, tan sublime y conmovedora como el *Edipo* de Martinez de la Rosa, la mas hermosa de las tragedias españolas, como el *Sí de las niñas* es la mejor comedia de las no pocas modernas, que tanto honran y embellecen á nuestra rica literatura.

MAT. Tú no tienes presente lo que decia en letras de molde hace ya quince años tu difunto amigo Cavanilles.

YO. Dímelo, pues, para saberlo ó para recordarlo.

MAT. En la segunda edicion de sus preciosos diálogos dice estas literales palabras: *Pasó la moda. A las comedias heróicas sucedió la tragedia al estilo de Sófocles y Eurípides; pero ya no se escriben tragedias ni comedias heróicas. Los autos sacramentales se prestaban en su ejecucion á irreverencias, y los prohibió el Consejo de Castilla; y las comedias de capa y espada desaparecieron, sucediendo en su lugar las que hoy se llaman comedias de costumbres. Dos géneros hay nuevos, el drama horripilante y la zarzuela.*

YO. ¡Qué palabras tan bien dichas, sobre todo colocadas en el diálogo referente al Capellan de Honor del rey-poeta, D. Pedro Calderon de la Barca!

MAT. Ola, ola, ¿con que las conoces?

YO. No que no. Podria olvidarlas despues de haberlas leido mas de veinte veces.

MAT. ¿Tanto has estudiado el bellísimo libro del buen

Don Antonio, á quien con tanta confianza trataste en los últimos años de su vida?

Yo. ¡Pobre Cavanilles! ¡Quién se lo hubiera dicho á él. Oye, querido Matías, una curiosa noticia. Ya sabes, que pocos años antes de su fallecimiento el amigo de que estamos hablando, publicó los primeros tomos de su historia de España.

Mat. Ya lo sé, y los he leido mas de una vez, porque es una obra importantísima.

Yo. Debiera escribirse en letras de oro, y lo mismo sus *diálogos* político-literarios.

Mat. Opino lo mismo.

Yo. Me alegro. La última vez que yo ví en la calle á Cavanilles, fué en la Puerta del Sol. ¿Quién me habia decir á mí, que á los pocos dias, aquel hombre al parecer tan robusto, habia de morir? Nos encontramos casualmente en dicho sitio, á la hora del paseo, y tomamos juntos la calle de Alcalá para dar cuatro vueltas por el Prado.—¿En qué lleva usted *la Historia de España*? Le pregunté yo.—Ya tengo casi concluido el importante y largo reinado de Felipe II.—Gran *Monarca*, pero *hombre* muy poco simpático. Los aragoneses le queremos poco, pero le perdonamos el suplicio de Lanuza, injusto á todas luces, porque en aquélla espantosa crisis para la religion de Jesucristo, supo con su mano de hierro sostener en España la *unidad católica*, que tanto nos convenia á nosotros y á la Europa entera. No supieron hacer esta hazaña ni el rey de Fran-

cia, ni el Emperador, ni los príncipes y pequeños soberanos alemanes.—Tiene usted mucha razon, me interrumpió Cavanilles: el hijo del César Cárlos V, valia mucho como rey, como hombre valia menos. ¿Sabe usted amigo D. Gaspar, que el fallecimiento del fundador del Escorial me tiene loco hace muchos dias? ¿Sabe usted qué no sé *cómo matar en las páginas de mi historia á Felipe II*?—¡Pobre historiador! A los diez ó doce dias de esta conversacion junto á la fuente de la Cibeles, el dignísimo español D. Antonio Cavanilles estaba en la eternidad.

MAT. Por eso concluye su historia en la muerte del príncipe D. Cárlos, tan manoseado y enaltecido por novelistas y dramaturgos, que han querido poetizarlo para perjudicar á su padre Felipe II, faltando á sabiendas á la verdad y á la historia, y aun al decoro propio y al gusto.

YO. Si Napoleon III hubiera tenido la energía y la firmeza inquebrantable de aquel monarca vallisoletano, es bien seguro que al *sobrino de su tio* no se le hubieran subido á las barbas ni el viejo Guillermo, ni Bismark, ni los hulanos.

MAT. Tampoco hubiera caido el trono de Pelayo en setiembre de 1868 si hubiera reinado entonces en España el que reinó desde 1556 hasta 1598; ni tampoco hubiéramos presenciado aquella catástrofe, si al lado de Doña Isabel II hubieran brillado espadas en el ejército de la nacion,

como las espadas del príncipe de Parma, de D. Juan de Austria y del Gran Duque de Alba (*los primeros tácticos de su época*, como les llama Mr. Weis), y si hubiera tenido la augusta señora consejeros de la Corona como los que tenia el fundador del Escorial.

YO. Hazme favor de no hablar de política, porque ya sabes tú y todos mis amigos, que aborrezco la tal política mas que un dolor de costado, mas que el cólera-morbo, mas que todas las plagas de Egipto. La política mal entendida y peor practicada ha perdido á España, á la Europa, al mundo entero. Ahora todos son políticos ó politicones, menos yo.

MAT. Pero, hombre, si yo no hablo de política. Hablo solo de Historia.

YO. Pues deja esas historias para mejor ocasion. Hablemos del amigo Cavanilles. Tú me has citado palabras de sus diálogos. Oye las siguientes de la página 55. Despues de hablar Don Pedro Calderon de su amigo Lope, dice así el buen sacerdote: *Me elevé á otra altura, á la vida ideal, á la fantástica; á veces toqué el caramillo pastoril, calcé otras veces el coturno de la tragedia, y aun hice sonar la trompa épica. Siempre respeté la decencia, siempre traté de cautivar al auditorio, apoderándome de su atencion, inspirándole un interés creciente....* Cinco páginas despues, continúa Calderon: *Conociendo la época en que escribia, traté de dar direccion á aquella juventud. Yo enseñaba á los hombres á respetar su palabra, á servir á*

sus reyes, á dar culto á su dama, á ser valientes, á no permitir que se empañára su honra. Mira en *El Alcalde de Zalamea* respetado el principio de autoridad pública; en *Secreto agravio* y el *Médico de su honra*, el poder marital. «Siempre me hallarás sobre la brecha: siempre moralizando al país. Gritaba á aquellos »donceles: Sed nobles, sed caballeros, sed va»lientes, sed generosos. Desleal el que falta »á su rey, vil el que ofende al débil, malvado »el que transige con su honra. El honor es »una religion, la palabra es santa, el miedo »villano. Yo pinté al caballero Español, etc.»

MAT. Para que tú no te lo hables todo, déjame concluir á mí con algunas sentencias de las comedias calderonianas.

YO. Concluye: es muy justo.

MAT.

Que es la sangre de los nobles
Patrimonio de los reyes.

Detened, Señor la espada,
Que en la sangre de un rendido
Mas que se ilustra se mancha.

Al cuerpo lo viste el oro,
Pero al alma la nobleza, etc., etc.

YO. ¡Qué dignísimo español, qué caballero, qué grande hombre era D. Pedro Calderon de la Barca!

MAT. Fue la gloria y prez de los Capellanes de Ho-

nor de su tiempo, lo mismo que D. Luis de Góngora y Argote.

Yo. Uno y otro Sacerdote son *beneméritos* de la Iglesia y del Estado, y el orgullo de la nacion española. ¡Y hubo un historiador estranjero que osó llamar sarcásticamente *Poeta de la Inquisicion* á Calderon de la Barca! ¡Y hubo españoles que tradujeron en castellano aquella calumiosa historia! Oye, amigo Matías, tú, que eres tan buen patricio, oye algunos versos mas de aquel gran poeta, para que puedas de nuevo saborearlos, porque estoy seguro los has leido mas de una vez. *El Alcalde de Zalamea* responde á Lope de Figueroa:

Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar, pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma solo es de Dios.

En el *Médico de su honra* el rey D. Pedro dice:

El honor es reservado
Lugar, donde el alma asiste,
Yo no soy rey de las almas,
Harto en esto solo, os dije.

¡Qué bellas y nobles palabras! ¡Qué respeto ante el sólio del Monarca! ¡Qué sentido moral tan cristiano y sublime! Viva D. Pedro Calderon. ¿Escriben así algunos dramaturgos

del dia? ¡Valgame Dios! No podré (dice Schlegel en su curso de literatura dramática), *no podré encontrar una imágen mas perfecta de la delicadeza con que Calderon representa el sentimiento del honor, que la tradicion fabulosa del armiño, que dice, se resigna á la muerte cuando es perseguido por los cazadores, antes que atravesar un pantano donde se manche su blanca piel.*

MAT. ¿Algunos dramas que suelen representarse al presente, enseñan al pueblo y á las clases todas la sana moral, el españolismo acendrado, el heroismo ardiente que nos enseñan los calderonianos dramas?

YO. Eso no me lo preguntes á mí, sino á los que frecuentan los teatros.

MAT. Pues cuando éramos jóvenes, fuiste conmigo alguna vez, á ver el *Pelayo* de Qüintana, el *Edipo* de Martinez de la Rosa, el *Guzman el Bueno* de Gil y Zárate, el *Munio Alfonso* de la Avellaneda, y el *Saul* y el *Baltasar* de la misma.

YO. Dices la verdad, y debo añadir que por ver el *Baltasar* vine á Madrid desde Aranjuez, donde me hallaba de jornada con la corte. Por cierto, que me sucedió una cosa digna de contarse, y es que al dia siguiente de aquella representacion, fuí á felicitar al eminente poeta con faldas. Me regaló por supuesto un ejemplar de su nuevo drama. Me despedí de la Tula, y con su *Baltasar* en la mano encontré á poca distancia de su casa otra dama

entrada en dias, muy romántica, y sobre todo muy picada de hábil y sentimental escritora. No bien nombré el *Baltasar*, me dijo con énfasis y autoridad y marcada ironía, *que aquel drama no era mas que un plagio mal hecho del Sardanápalo de Lord Byron*. Escuché á la vetusta ninfa como quien oye llover, y por no oir mas majaderías, me separé pronto de ella. Ya sabes que nunca me ha gustado que me cuenten las cosas, sino que soy muy amigo de verlas por mis propios ojos, para que nadie me engañe. En aquellos momentos yo no habia visto ni por el forro las obras dramáticas del vate inglés, y sin perder instante fuí á visitar á mi carísimo D. Juan Eugenio Hartzembusch. Con su amabilidad acostumbrada me prestó para leer el teatro de Byron, traducido al francés, y á las pocas horas tomé el tren y llegué al Real Sitio susodicho, sin la menor novedad en mi importante salud. Antes de trascurrir veinticuatro horas desde mi llegada á las orillas del Tajo, ya habia yo leido y aun estudiado el *Sardanápalo* y el *Baltasar*. No pega aquí el pedantear, y por consiguiente no viene al caso hacer el paralelo de los dos dramas, ni tampoco presentar el cotejo del estúpido, afeminado y despreciable rey de Asiria y del último Monarca de los babilonios, cuyo príncipe, aunque no valia mucho, al menos se acordaba de que era hombre, lo cual olvidó el Ninivita al disfrazarse de mujer, al coser, hilar y dar-

se colorete, todo por complacer á sus concubinas. Lo que es preciso consignar, es que el drama español y el inglés se parecen como el huevo y la castaña, como una guinda y un limon, como la amenas márgenes del Guadalquivir y las del sombrío Támesis; en fin, como se parece á las islas Británicas la reina de las Antillas, pátria de la inmortal escritora.

Mat. La susodicha romántica añeja quizá no habria leido en su vida ni el uno ni el otro drama.

Yo. Tengo razones no despreciables para creerlo así.

Mat. ¡Pobreza, pobreza! ¡Envidia, envidia! Volvamos la hoja.

Yo. No la volvamos por un momento. Ya sabes que la maldita envidia causó la desastrosa muerte de Scipion Emiliano, el triunfador en Zama y el destructor inhumano de Cartago y Numancia, y el opresor y verdugo de nuestra pátria, tan sin ventura entonces como en las actuales y tristísimas circunstancias.

Mat. Bien haces tú en anunciar por boca de la Sibila al tercer Scipion el aciago fin, que estaria él bien lejos de esperar.

Yo. En las repúblicas hay mucho de esto. Cuando un ciudadano sobresale entre los otros por sus virtudes, como Sócrates y Focion, por sus proezas como Temístocles, Anibal y el mismo Scipion, de quien hablamos, por su elocuencia como Demóstenes y Ciceron, etc. Luego, luego, etc.

MAT. No suele morir en paz, ni en cama de flores, el tal ciudadano. Que lo diga la infernal república francesa de 1793. Bien caro le costó al feroz Robespierre su último elocuente y aun sublime discurso, *sobre la necesidad de reconocer y adorar al Sér Supremo.*

YO. ¡Cosa estraña! Aquel hombre desalmado pronunció mil discursos de sangre y esterminio en la tribuna de la Convencion, en los Jacobinos, en los Franciscanos y en otras partes, y sus cólegas, tan horribles mónstruos como él, lejos de irritarse, le aplaudian frenéticos, fomentando sus instintos de hiena; y cuando se empeñó en proclamar la existencia de Dios, y de que la Francia no continuara en su infernal atèismo, esta loable hazaña lo arrastró á la guillotina, por haberse mancomunado en contra suya toda aquella asamblea de Satanás, á impulsos de la envidia y de la soberbia; porque los convencionales de mis pecados no pudieron llevar en paciencia que el tal Maximiliano descollase entre ellos, como político, y aun como orador. Maldita igualdad aquella! Maldito aquel diabólico republicanismo!

MAT. *Yo canto las tiernas y dulces memorias, etc.* Este y los otros versos de tu tercer epígrafe á la tragedia (segun dices), son de Doña Isabel Cheix y Martinez. ¿Sabes que es la primera vez que oigo el nombre de esta señora?

YO. Lo mismo me sucede á mí. Pero aquella dama es indudablemente una distinguida poetisa.

como se colige de su preciosa leyenda el *Rey mártir*, premiada por la *Academia de buenas letras de Sevilla*, á que tengo la honra de pertenecer.

MAT. ¿Quién es ese rey mártir?

YO. ¿Quién ha de ser? San Hermenegildo. Bajo un sobre me enviaron hace pocos meses desde aquella capital la leyenda, que, repito, es lindísima.

MAT. Hemos hablado de algunos metros de Aicart, de Beña, y otros, mas yo no conozco ningun verso del Cura Solano. ¿Recuerdas alguna composicion poética de este ilustre y memorioso aragonés?

YO. Recuerdo algunas estrofas suyas, y te las voy á recitar. Advierte que son inéditas. Me regaló una copia de su poemita el mismo vate. Los escribió á fines de 1830. Se hallaba entonces de guarnicion en Barbastro el regimiento de Saboya. Los jefes y oficiales de tan distinguido cuerpo, con motivo del cumpleaños del rey (14 de octubre), en obsequio del Monarca dieron un refresco y un baile, convidando, como era regular, al Ayuntamiento y demás autoridades, sin olvidar por supuesto á las damas y caballeros principales de la poblacion. Los comisionados, al repartir las esquelas de convite, ó se olvidaron ó no quisieron acordarse de un ciudadano particular, que por su desgracia solia con frecuencia caer en la mala tentacion de hacer coplas, aunque tenia tanta gracia para ello como para capar lagarti–

jas. Montado en cólera el buen señor por aquella omision, olvido ó lo que fuese, se descolgó con unas llamadas *espinelas* por mal nombre, que podian arder en un candil. En ellas osaba injuriar calumniosamente al coronel Wbarleta (que años despues murió de mariscal de campo), á la oficialidad de su regimiento, á varios regidores y caballeros, y sobre todo á no pocas señoras de las invitadas á la cívica funcion. Los militares quisieron ejercer *justicia catalana* contra el cobarde calumniador, pero la prudencia y energía de Wbarleta, y la nobleza y generosidad de las damas consiguieron el perdon del delincuente poetastro. El buen Cura de Grustan se hallaba casualmente en Barbastro, con cuyo motivo contestó al decimista con una odita sencilla y fácil, de la que se hicieron cien copias, que corrieron de mano no solo por dicha ciudad, sino por otras poblaciones de la comarca. Oye el epígrafe.

Habló el Buey y dijo mu,
Cantó el asno y rebuznó,
Bailó el potro y tiró coces,
Jugó el gato y arañó.

La tercera estrofa dice así:

Los mismos Argensolas, tus paisanos,
Los Cadalsos, Iglesias y Marciales
Al sacro Apolo alzaron voz y manos
Pidiendo, cual fiscales,

Que alto ingenio negara
Al que su pátria mancillar osára.

5.ª

El Dios entonces, en señal de anuencia,
Su cetro inclina, y con feliz sonrisa,
Que claramente esplica su clemencia,
A la turba indecisa
Que atenta le venera,
Se digna contestar de esta manera:

6.ª

«Claros varones, gloria de mi imperio,
»Otorgado teneis cuanto pedíais,
»No sufran hoy pesar ni vituperio
»Las que antes divertíais
»Con rimas placenteras
»Del Ebro y del Jalon verdes riberas.

9.ª

»Jamás espere pues el sacro impulso
»Que nutre el pecho del poeta sábio
»Ese vil moscardon, coplero insulso,
»Que con inmundo labio,
»Y mas que inmundo verso
»De las damas zahiere el honor terso.

10.

»Satirice, si gusta, en mala prosa,
»Que yo se lo prohibo en metro y rima,
»Y si su pluma torpe y venenosa
»Tal orden desestima,

»En él haré verdades
»Las que en fábulas son moralidades.

15.

»De este modo el honor de las señoras
»Quedará bien sentado; sus modales,
»El respeto á que son tan acreedoras,
»Las fórmulas sociales,
»La urbanidad en suma,
»De hoy mas no temerán tu infame pluma.»

16.

Ni á viuda, ni á doncella, ni á casada
¿Permitir diversion, hombre villano?
¿La esclavitud de la mujer te agrada?
¿Te llamas tú cristiano,
Cuando dice tu copla
Que es tu pátria, malsin, Constantinopla?

17.

Ni allí hoy lo sufre Mahamud reinante,
Ni en el vencido Argel la culta Francia.
¿Y no te es en Barbastro disonante?
En tu crasa ignorancia
No conoces apenas,
Que á la mujer degradan las cadenas.

20.

¿Hay mas culta, mas noble, mas decente
Que la oficialidad de nuestra España
De Norte á Sud, de oriente al occidente?
Pide á tu Musa-raña,

Te enseñe con trabajo
Bolas á fabricar..... escarabajo, etc.

El indignado vate endilgaba despues por via de post-data al mal aconsejado coplero, el siguiente soneto del celebérrimo D. Diego de Torres:

Todo cuanto está escrito en lo criado
Sirve para enseñanza de los fieles,
Y entre moros, católicos é infieles
No hay papel que no viva acomodado.
Algunos sirven de envolver recado,
Otros de acreditar otros papeles,
Otros sirven de suelo á los pasteles,
Y otros para limpiar el ojaldrado.
Vino vuestro papel, pero mi estante
Lo arrojó de su honrado frontispicio
Por sucio, mal limado y mal sonante:
Y yo que deseaba darle oficio,
Antes que otro me empeñe, allí al instante
Lo acomodé por gorro del..... servicio.

MAT. No deja de ser chistoso el soneto del Piscator de Salamanca; pero su última palabra levanta el estómago.

YO. Lo mismo sucede con el precioso cuadro de Santa Isabel reina de Ungría, cuando vemos aquel pobre tiñosillo que se está rascando la cabeza; y en esto cabalmente se cifra no escasa parte del mérito de aquella admirable pintura: *Ut pictura poesis*.

MAT. No conocia ese donoso poemita. Pero volvamos, si te parece, á los Madriles por ese mismo paseo de las estátuas de nuestros antiguos reyes, donde te encontré hace dos horas, con cuyo plausible motivo hemos dado un largo paseo, y en verdad que no hemos andado mudos uno y otro.

YO. Siempre que he visto esas estátuas y sus compañeras las de la Plaza de Oriente, echo de menos á muchos reyes de Aragon y Condes de Barcelona, no menos preclaros, en verdad, que los monarcas mas ilustres de Castilla y de Leon, de Astúrias y Oviedo.

MAT. El que mandó hacer esas estátuas, no tuvo presente el famoso dístico latino:

Bœtica mittit equos, Tauros Jarama feroces,
Insignes Castella duces, Aragonia Reges.

YO. ¿Has leido la parafrástica y bellísima traduccion del Canónigo de Huesca D. Manuel Salinas, que tantos otros versos latinos vistió á la española con tanta elegancia y gusto?

MAT. Solo conozco sus versiones de Marcial el bilbilitano, versiones que tanto celebra D. Juan Iriarte.

YO. Pues oye:

Caballos da Andalucía,
Hermosos cuanto veloces,
Toros Jarama feroces
Que en frondosos bosques cria.

Castilla al campo conduce
Sus capitanes valientes,
Mas los reyes escelentes
Solo Aragon lòs produce.

MAT. Hemos llegado por fin al monumento del Dos de Mayo. Sentémonos, si te place al pié de esa pobrísima columna, que debiera ser de mármol de Macael ó de otras poblaciones de España, donde abunda esa hermosa piedra para estátuas, columnas, etc. Si al menos ese mezquino y prosáico monumento fuera de una pieza, como los obeliscos de Egipto! ¿No merecian mas Daoiz, Velarde, Ruiz y demás héroes que se sacrificaron voluntariamente por su religion, por su pátria y por su rey, dando comienzo á la sublime, á la homérica epopeya de nuestra guerra de la Independencia?

YO. No toques ese punto, porque la indignacion me hará decir lo que decir no quisiera. Punto redondo.

MAT. ¿Por qué no escribes una tragedia á las víctimas del Dos de Mayo de 1808?

YO. *Non possumus.*

MAT. Pues *quien hace un cesto, hace ciento.*

YO. *Si le dan mimbres y tiempo.* Como yo no tengo ni lo uno ni lo otro, lo dicho, *non possumus.*

MAT. Acuérdate que no querias obedecer á tu maestro Gallego, á pesar de lo mucho que le respetabas, y de que lo oias en materias literarias como á un Quintiliano ó á un Horacio; y

no obstante, sin indicártelo nadie, y solo por haber leido en un periódico francés elogios del inédito drama de la señorita Blanca Gasó, has escrito hace pocos meses tu *Ultimo dia de Numancia.*

YO. Solo en un caso, en uno solo, osaria yo escribir mi segundo ensayo trágico.

MAT. ¿Y cuál es? Supongo que puede saberse.

YO. No es ningun secreto de Estado. Si mi numantino drama se representase en algun teatro de Madrid, Sevilla, Barcelona, Zaragoza, Valencia, etc., etc., y hallase favorable acogida en el público, *item mas* en los literatos, entonces y solo entonces, sacudiria yo la pereza, tomaria la péñola, y escribiria mi segundo ensayo trágico: *Las víctimas del Dos de Mayo*. Hay mas, si en lugar de ser yo, como soy, un clérigo (y cesante por añadidura) fuera yo *gobierno*, ó rico propietario, hoy dia de la fecha, imitaria el ejemplo de laudable patriotismo que dió años pasados el respetable anciano Beltran de Lis.

MAT. Ya lo recuerdo. No habrás olvidado que estuvimos juntos en el palacio de Villahermosa, cuando fué laureada la Avellaneda por mano del Infante D. Francisco en nombre de S. M. la Reina, ausente á la sazon de Madrid.

YO. Es cierto. Ya sabes que el jóven Beltran de Lis, hijo de dicho anciano, fue fusilado en Valencia con otros desgraciados, que en 1818 quisieron proclamar en aquella capital el Código gaditano. En 1845 se hallaba en capilla

para morir arcabuceado el coronel D. Mauricio Rengifo, á quien conocí y traté mucho, porque fue segundo comandante de mi batallon *Inmemorial del Rey*.

MAT. Creo que ese jefe tuvo muchas y ruidosas vicisitudes en su vida, algo borrascosa y novelesca.

YO. Las tuvo realmente.

MAT. Cuéntame alguna.

YO. Ante todas cosas te diré, que Rengifo era un hombre pequeñito; no tenia los cinco pies de estatura, que yo tengo. No obstante era un valiente, un valiente de valientes.

MAT. ¡Ola! ¡Bien por los pequeñitos! Los hombres muy larguiruchos no suelen ser los mas bravos y arrojados en los combates.

YO. Ya se conoce que tú tienes la estatura de un perro sentado.

MAT. Mire usted quién habló. Ya sabes que años pasados nos medimos por broma, y resultó, que eres mas alto que yo un canto de peseta.

YO. Algo es algo. Hablando con formalidad, y dejando chanzas aparte, he observado mas de una vez y mas de veinte en los campos de batalla, que los guerreros de poca estatura, nunca se quedan atrás de los buenos mozos. Podria citar cien ejemplos. Me contentaré por la brevedad con pocos. El valeroso Espartero, los intrépidos generales Conde de Mirasol y Alesson (dos enanillos), el bizarro mariscal de campo Buceta, el denodado hasta la teme-

ridad D. José María Barona, en fin el citado Rengifo.....

MAT. Si no estoy trascordado, en 1831 estuvo otra vez en capilla para ser ahorcado en Granada el buen D. Mauricio.

YO. Es cierto. Tomó parte en la conspiracion de Torrijos, Mina, Chapalangarra, etc.

MAT. ¿Y cómo salió de la capilla?

YO. La noche anterior á su suplicio, cayó gravísimamente enfermo el verdugo de la ciudad de los Abencerrages, Vicente Pita, por cuyo motivo, el tribunal, que habia condenado á muerte á Rengifo pidió al rey el perdon. S. M. lo concedió, y el sentenciado fue á Ceuta, de donde salió amnistiado en 1834.

MAT. ¿Y no obstante se metió en otra conspiracion?

YO. Y se le volvió á condenar al suplicio, pero perdonado por Doña Isabel II salió á la calle muy poco tiempo despues. Este generoso perdon de la Reina inspiró á Bertran de Lis la noble y cristiana idea de ofrecer una razonable cantidad, para laurear el ingenío que mejor cantase en una oda aquel rasgo de clemencia de la bondadosa y augusta señora. Se ofrecieron dos premios y ambos los adquirió la jóven Avellaneda. Repito lo susodicho; si yo fuera hombre adinerado, ofreceria mil duros, y además una corona de oro como la de Quintana, al autor de la mejor tragedia: *El Dos de Mayo*.

MAT. Ilusiones tuyas.

YO. Pero ilusiones muy nobles y honrosas. Permi-

teme que te repita y haga mias (digámoslo así) las palabras literales de Fernan Caballero, que son las siguientes. «Mi intencion es »la rehabilitacion de cuanto con grosera y »atrevida planta ha hollado el nunca bien »ponderado siglo XIX. Rehabilitacion de lo »santo, de lo religioso, de las prácticas reli- »giosas y su alto y tierno significado; de las »costumbres españolas puras y rancias, del »carácter y modo de sentir nacional, de los »lazos de la sociedad y de la familia, del fre- »no en todo, y sobre todo en esas ridículas »pasiones que se afectan sin sentirse (porque »afortunadamente una gran pasion es rara); »las virtudes modestas, como las de *Lágri- »mas*, preferibles á las que se pavonean y se »ostentan.»

MAT. ¡Qué admirablemente escribe Fernan Caballero!

YO. No eres tú el primero que lo dice ni el último que lo dirá.

MAT. Ya sé que te honras con su amistad.

YO. Mucho que sí.

MAT. ¡Qué diferencia hay de Fernan Caballero á Jorje Sand!

YO. La misma que hay del cielo al infierno.

MAT. Lo mismo puede asegurarse de los escritos de Fernan con otras *No-verlas* de escritores y escritoras españolas, que viven y beben al presente.

YO. Opino lo mismo, y no digo salvo *meliori*, porque en esto ni me equivoco, ni es posible equivocarse.

MAT. Soy de tu parecer.

YO. Bendito sea Dios que una vez al menos no discordamos.

MAT. Antes que nos alejemos de este monumento de nuestras glorias, quiero que satisfagas un capricho mio.

YO. Venga el caprichito.

MAT. Recítame tú soneto á las víctimas de aquel memorable y sangriento dia.

YO. ¿No puedes leer el soneto en mi *Miscelánea religiosa, política y literaria?*

MAT. Hombre, no te hagas rogar, como las pollitas melindrosas y románticas, para que toquen el piano, ó canten, ó reciten algunos versillos de su cosecha.

YO. Oye el soneto. Antojos, ó mejor dicho tonterías tuyas.

LAS VICTIMAS DEL DOS DE MAYO.

Tribuno despiadado y turbulento,
Instigador de bárbara campaña,
En que los hijos de la madre España
Se despedacen con furor sangriento;
Tú que miras el noble monumento
Donde yacemos de estranjera saña
Víctimas cien y cien, tras una hazaña
Digna del español heróico aliento;
No, no por opiniones de partido,
Que á la pátria infeliz hielan de miedo,
Hemos el *Dos de Mayo* fenecido.

Afrontamos la muerte con denuedo
Por vencer al *tirano aborrecido*,
Por el trono y la fe de Recaredo.

No olvides que escribí este soneto, y lo publiqué en *El Correo de la Moda*, que tan dignamente dirije la Señorita Doña Angela Grassi (una de nuestras mas ilustres y laboriosas escritoras contemporáneas), cuando hacian sus infernales fazañas los cantonales en Almería, Cartagena. Málaga, Sevilla, Cádiz, etc.

MAT. Lo tengo muy presente. Creo que tambien escribe en dicho periódico Doña Joaquina Balmaseda, modelo de amor filial y de virtudes cristianas (como la Grassi), y distinguida escritora además.

YO. Y crees la verdad, y hablas como un libro en todo cuanto acabas de decir.

MAT. Ahora me ocurre otro capricho.

YO. Ya te vas paréciendo á las mujeres cuando *están en dias de gracia*, como dicen en Aragon.

MAT. Mira, no me regañes, y sín replicar, recítame en un momento el otro soneto que improvisaste el dia 8 de octubre de 1868 por la tarde, soneto que quisiste limar y corregir despues, y gracias á mí, que te aconsejé no quitaras ni añadieras ni una sílaba ni un tilde, lo has dejado como lo improvisaste.

YO. Ya te entiendo, pero confiesa que hoy estás algo pesado y hasta impertinente. Voy á darte gusto. Antes empero debo contarte la bre-

ve historia de aquel soneto, el primero y último *improvisado* por mi parte. No sucede lo mismo con otros sonetos mios, alguno de los cuales he corregido y borroneado cuatro, seis y mas veces.

MAT. Y no obstante, lo que es á mí me gustan menos que el otro, que está como salió la primera vez de tu pluma y tintero. Venga la historia del soneto, dirigido á S. M. la Reina Doña Isabel II (Q. D. G.)

YO. Doy principio. Haré un esfuerzo por no ser largo. A principios de 1868, una mañana muy cruda de febrero vino á visitarme mi compañero D. Manuel Iglesias y Barcones, hermano del Sr. D. Tomás, Patriarca entonces y Pro-capellan Mayor de la Real Capilla. Ya sabes que este señor era además Limosnero Mayor de Palacio, con cuyo motivo, por mano de su hermano D. Manuel y de otros eclesiásticos de su confianza, solia repartir el prelado las muchas limosnas que hacian Sus Majestades la Reina y el Rey entre los menesterosos de Madrid, y en los establecimientos de Caridad y penuria de esta corte. Ten presente además, amigo Matías, que yo en mi despachito ó estudio, y en frente de mi pupitre tengo colocada en la pared la magnífica estampa de la Vírgen del Pilar, fotografía verdadera de la Santa Imágen que se venera en Zaragoza, estampa que nos regalaron el Rey y la Reina á sus Capellanes de Honor, y á varias personas de Palacio, y aun á otras

que no tenian ocupacion ni empleo en la régia mansion.

MAT. Acuérdate, que te acompañé cuando fuiste á pagar la onza de oro que te costó el marco dorado y el cristal de aquella hermosísima estampa.

YO. Es la verdad. Era, como te acabo de indicar, una de las mas frias y pulmoniacas mañanas de febrero de dicho año, cuando al ver entrar por mi casa al amigo D. Manuel Iglesias, despues de saludarnos afectuosamente, tomé el sombrero y el manteo, fuimos juntos á repartir cincuenta duros entre los pobres mas necesitados de mi barrio, cuyas casas ó mejor dicho boardillas yo conocia muy bien por los fidedignos informes que me habia dado anteriormente el digno teniente mayor de la parroquia. Despues de subir mas de ochenta escalones llegamos á un sotabanco, y vimos un espantoso cuadro de miseria, que nos desgarró el corazon á los dos clérigos. Figúrate cinco niños, que cabian *sin agacharse* debajo de una mesa, con el hambre retratada muy al vivo en sus caras amarillentas, y á corta distancia de aquellas pobres criaturas á su abuela, enferma y postrada en un miserable jergon. Nos dijo la anciana llorando, *que el padre de aquellos infelices niños estaba en el hospital; que la madre, lavandera de oficio, se hallaba trabajando en el rio en aquella hora; y por fin, que no habian tomado el menor alimento desde el dia anterior.* Compadecidos

de tanta pobreza y de tamaña y apremiante necesidad, pusimos ambos sacerdotes dos duros cada uno en la manita del nieto mayorcillo, que corriendo fue y colocó los 80 reales en manos de la abuela. La cantidad por nuestra parte hubiera sido mayor, si hubiera sido menor el número de menesterosos á quienes teníamos que atender. Ya supondrás, sin que yo te lo indique, que lo primero que digimos una y mas veces mi compañero y yo, fue *que aquellas y otras limosnas eran de parte de S. M. la Reina, por cuya importante salud y por la de toda su augusta familia debian rogar mucho á Dios y á su Santísima Madre la abuela y padres de aquellos nietecitos.* Así lo prometió la anciana, por supuesto besándonos la diestra, y besando los cuatro duros muchas veces. La tarde mencionada, 8 de octubre de 1868, estaba yo tranquilamente rezando Vísperas con el Breviario apoyado en mi pupitre, cuando debajo del balcon de mi despachito, oigo voces súbitas y horribles vociferaciones (y alguna blasfemia entre *mueras* y *vivas*), dejo mi libro de rezo, me asomo al balcon, y veo un grupo de gente haraposa y *despelindrajada* dando gritos espantosos contra *la Reina y contra los Curas.* Pásmate y asómbrate de veras, Matías queridísimo. La que mas voceaba y mayores desatinos decia contra S. M. y contra nosotros pecadores era la vieja, la maldita vieja de marras, que por las manos consagradas de dos Curas habia re-

cibido las veinte pesetas de limosna de que te he hablado.

MAT. Si no estuviéramos en el último tercio del siglo del *filosofismo*, del *crausismo*, del *pedantismo*, del *indiferentismo*, del *ateismo*, del *materialismo* y de otras alimañas, hijas todas del *abismo*, como *oscurantismo*, ó tinieblas, que es lo mismo, lo mismo, lo mismo.....

YO. Hombre, hombre, tú te olvidas que has tenido la fortuna de nacer en el siglo de las luces.

MAT. Pero luces *apagadas*. Si dijeras que vivimos en el siglo de los fósforos, de las candilejas, candiles y linternas, ó en el siglo de los fuegos fátuos, podrias tener mucha razon.

YO. Un siglo en que nacieron en nuestro suelo el presbítero Balmes, Fernan Caballero, el Padre Ceferino Gonzalez, á quien los alemanes llaman el *segundo Balmes*, así como al hijo inmortal de Vich apellidan el *español Bossuet* los franceses, merece ser calificado con mas consideracion y respeto.

MAT. Una golondrina ni tres golondrinas no hacen verano. Te iba á decir anteriormente, que si no viviéramos en el presente siglo, hubiera llamado *bruja del infierno* á la maldita vieja susodicha.

YO. Y no te faltaria razon para ello. ¡Qué abismo tan insondable es el corazon humano. ¡Qué débil y flaca y miserable y corrompida es nuestra naturaleza! Apenas vi yo á la harpía y comparsa blasfemar y decir improperios contra la Reina y contra los eclesiásticos, me

retiré precipitadamente del balcon, me volví á sentar, cerré los ojos, y me entregué silenciosamente á los mas tristes y melancólicos pensamientos. Así permanecí mas de un cuarto de hora, abrí los ojos, ví la colosál estampa de la Virgen del Pilar, recordé la augusta Señora que me la habia regalado, tomé la pluma y una cuartilla de papel; y sin levantar mano, escribí de este modo:

SONETO.

—

Cuando Isabel, de España ayer señora,
Hundido ¡ó mengua! de Pelayo el trono,
En lamentable y mísero abandono
Lejos del Ebro solitaria llora;
Cuando la gracia del Señor implora,
Y dice en su dolor: *Yo los perdono,*
A pesar de la saña y del encono
Con que obcecada plebe me desdora;
Anciano sacerdote al pié del ara,
Ante la imágen Santa de María,
Que tierna Madre al afligido ampara;
Proteged á la ibera Monarquía
(Esclama con fervor), *Virgen preclara,*
Proteged á la augusta Reina mia.

Tengo el corazon oprimido de dolor con tales recuerdos. No puedo hablar mas. Dime tú algo, amigo Matías, que me distraiga y consuele un poco. Habla de lo que te parezca,

pero con la condicion de que sea sobre otro cualquier punto menos triste, y me harás un favor.

MAT. Voy á complacerte de grado. Yo tambien me iba melancolizando. Voy á decir dos palabras sobre Esquilo, trágico vate de los mas antiguos de la Grecia, y no muy inferior á Eurípides y Sófocles, que vinieron despues, los cuales, si lograron superarle, estuvieron muy lejos de eclipsar el indisputable mérito de sus noventa tragedias, aunque desgraciadamente solo han llegado siete hasta nosotros. ¡Ciudadano dignísimo de Eleusis! Antes de ser un gran poeta fué un héroe en los gloriosos combates de Maraton, Salamina y Platea.

YO. Casi lo mismo podemos decir de nuestro coronel Cadalso, que primero fue un vate ilustre, y despues un soldado valiente, que sacrificó su vida por la pátria en el sitio de Gibraltar el infausto dia 27 de febrero de 1782. *Por su boca hablaban lás Musas y las gracias*, como habrás leido en las cartas del *Filósofo rancio.* Algunos soldados del escuadron de caballería de Santiago, que él acaudillaba, arrojándose al suelo, al oir el disparo de una granada que lanzaron los ingleses, dieron voces á su digno jefe, para que evitase el golpe fatal del horrible proyectil. Mas el pundonoroso y denodado vate no hizo caso de aquella filial indicacion, y herido en la sien cayó cádaver, víctima de su lealtad y bizarría.

Silencio augusto, bosques pavorosos,
Profundos valles, soledad sombría,
Altas desnudas rocas,
Que solo precipicios horrorosos
Mostrais á mi azorada fantasía;
Tú, que mis ojos á llorar provocas,
Y al hondo abismo tocas,
Rodando, ó fuente, de la escelsa cumbre:
Marchitos troncos, que la edad primera
Vísteis del tiempo, y á la dulce lumbre
Con frente altiva y fiera,
De la alba Luna que esclarece el mundo
Cerrais la entrada en mi dolor profundo;
¿Vuestra mas triste y fúnebre morada,
Dó está, y el laberinto mas umbrío,
Do mi melancolía
Del silencio y del duelo acompañada
Se pierda libre? El sentimiento mio
Huye la luz del enojoso dia
Y el canto y la alegría,
Cual ave de la noche, el sol dorado.
Solo este valle lóbrego y medroso,
De riscos y altos árboles cercado,
Que en eco lastimoso
El nombre infausto de mi amigo suena,
Mi pecho adula y su dolor serena.

MAT. ¡Qué magníficos son esos versos con que principia Melendez su oda elegiaca á la prematura y gloriosa muerte de su amigo y maestro el dulcísimo Dalmiro! Desde 1817 en que murió Batilo, no se han escrito mejores versos en

España. Tambien son muy bellos los metros líricos de Cadalso, aunque inferiores á los de su alumno Melendez, muy superiores empero á los endecasílabos pareados de la tragedia *Sancho García*, tragedia clásica del mismo Cadalso, representada mas de una vez en los teatros de Madrid, impresa despues en 1778 con el nombre de *Juan del Valle*, y posteriormente con el de su autor. Nuestro gaditano Cisne, como trágico valia menos que Esquilo, á quien tanto debia el teatro de su pátria.

Yo.

Es la verdad. El perfeccionó la tragedia, inventada por Tespis, dió una máscara á los autores, un traje ostentoso y el calzado además llamado *coturno*. Esquilo fue el rey de la escena trágica en Atenas, hasta que en su ancianidad se presentó el jóven Sófocles. ¡Pobre viejo! Viéndose vencido por aquel nuevo alumno de Melpómene, salió de su pátria, y se domicilió en Siracusa, corte del ilustrado rey Hieron, protector decidido de las letras. Allí dulcificó la amargura de haber sido superado por Sófocles, con la benevolencia que mereció al espléndido monarca, que gustaba mucho de la elevacion y energía de sus versos, defectuosos alguna vez por su aspereza y escesiva hinchazon, pero siempre notables por su fogoso patriotismo y por el respeto profundo á la religion de sus mayores. No imitan en esto, como debieran, al vate griego algunos vates dramáticos españoles del dia, que osan

ultrajar la religion divina del Crucificado, sin acordarse que son españoles. Tengo á tu disposicion la edicion de las siete tragedias de Esquilo, únicas que nos quedan, impresas en Londres en 1663 por el sábio Stanley, con la version latina y eruditos comentarios que consultaste mas de una vez en la biblioteca del difunto Marqués de Morante, el cual poseia tambien la edicion de Glascow, hecha en 1746 y que pasa por la mas notable por su tipográfica belleza.

MAT. ¿Qué estraño es que Esquilo se muestre en sus versos todos tan amante de las glorias de su pátria, como respetuoso con los Númenes falsos del Paganismo? Lo mismo observamos en las tragedias de Sófocles y Eurípides, en las admirables odas de Píndaro, y por decirlo de una vez, en los poemas todos de los vates griegos. Concretándonos á la *tragedia*, sabido es que tenia un carácter especialmente religioso, filosófico y popular. Por lo demás el *Prometeo encadenado*, una de las mejores tragedias que de Esquilo ha perdonado el tiempo, nos asombra tanto por su elevacion y sublimidad, como por su admirable sencillez, por ser muy escasa la *accion* de aquella tragedia, en la que puede decirse no aparece el desenlace: porque el poeta *se contenta con presentarnos magníficos cuadros, en los que se ven figuras imponentes, que asombran por la grandeza y atrevimiento de sus rasgos*, como ha dicho oportunamente el docto D. Eduardo

Mier. Este laborioso escritor, á quien siento mucho no conocer personalmente, publicó hace años algunos curiosos artículos sobre Esquilo, y en ellos traduce en bellísima prosa castellana un soliloquio precioso de Eteócles en la tragedia *Los siete delante de Tebas*, soliloquio que siento no recitar porque se va haciende tarde,

Et jam summa procul villarum culmina fumant,
Majoresque cadunt altis de montibus umbræ,

como dice el buen Virgilio. ¡Qué lindísima perífrasis del Mantuano, para indicar que se aproxima el anochecer! No estraño que el célebre D. José Nicolás de Azara acostumbrára decir: *no sé como hay hombres que osen hacer versos, despues de leer al Cantor de Eneas.*

YO. Tenia razon el gran diplomático, y notable escritor además.

MAT. Y espléndido Mecenas por añadidura de los que cultivaban las letras, las ciencias y las artes. Pocos Azaras aparecieron despues de la muerte de aquel insigne aragonés.

YO Es una verdad como cualquiera otra.

MAT. Nada digo de Eurípides y Sófocles, como convendría tal vez. Pero es ya tarde, y lo dejaremos para mejor ocasion.

YO. Es cierto: Esquilo fue el Cornell de los griegos, y Racine y el autor de la Zaira y de Mahomet, son el Sófocles y Eurípides de los franceses.

MAT. Voy á decirte pocas palabras mas sobre *El Último dia de Numancia*, y nos volveremos hácia los Madriles, si te parece. Me alegro que aparezca en tu ensayo trágico el ídolo Endovélico, y no otro, porque es muy probable que aquel falso númen, como sabes, era generalmente adorado por los idólatras habitantes de nuestro suelo, antes de la dominacion romana, por lo menos en el centro de la Península, en las costas andaluzas y sobre todo en Portugal, donde en varias ocasiones hánse encontrado inscripciones y aun estátuas deformes de *Endóvelico, Andovélico* ó *Eñovelio*, que con estos tres diferentes nombres era, segun parece, conocido el ídolo. Creo, si no estoy trascordado, que en la provincia de Alentejo, es donde mas inscripciones y antiguallas referentes al tal ídolo se han hallado, al hacer escavaciones, ó al derribar vetustos monumentos de la antigüedad. La que tiene tambien mucha verosimilitud en mi concepto es la opinion de los que creen, que Endovólico era *el Dios de la guerra* entre los fenicios y españoles primitivos, como Marte lo era de los griegos y romanos. De seguro se han equivocado completamente los anticuarios que han confundido á Endovélico con Cupido y Apolo, con Serapis y Esculapio. Dejando esto á un lado, te diré que me ha chocado no paco un gordo anacronismo que se le escapa al sacerdote Aluro, hablando con Scipion, al mencionar la idolatría de los romanos y

griegos. Aquel sábio numantino dice que Roma

»Aceptó de los griegos las deidades,
»Las aceptó tambien de otros paganos
»Con respeto servil, etc.»

Tú sabes, amigo mio, que los nombres *paganos* y *paganismo* para designar la *idolatría* y los *idólatras*, ó sean el *gentilismo* y los *gentiles*, no se conocieron en el mundo hasta el reinado de Teodosio el jóven, es decir, algunos siglos despues del numantino cerco. No ignoras que en el idioma de Ciceron y Virgilio, la palabra *pagano* quiere decir lisa y llanamente *aldeano*, como derivada de *págus pagi*, *aldea ó poblacion chica.* Como despues del floreciente reinado de nuestro Teodosio el Grande, las grandes poblaciones del imperio romano eran afortunadamente cristianas, salvas ligeras escepciones, la idolatría y el politeismo desacreditados y vencidos en los pueblos civilizados y estensos, tuvieron que refugiarse en las aldeas, en cuyo tiempo comenzó á llamarse *pagorum incolas* ó *paganos* á los campesinos, que algunos siglos despues todavía conservaban el culto supersticioso de los ídolos antiguos. Lo mismo sucede hoy dia en el imperio moscovita, y sobre todo en la *Rusia Blanca*, donde quedan algunos millones de idólatras. Por lo demás, ¿quién no tiene noticia de las *paganalias* ó *paganales*,

fiestas religiosas de los romanos, que, segun Dionisio de Halicarnaso, estableció Servio Tulio, mas bien por un principio de política que por venerar á los dioses de Roma?

YO. ¿No te he dicho ya, querido Matías, que mi ensayo trágico es un poemita y no una disertacion histórica, en la que no sería tolerable por lo absurdo un anacronismo, ni chico ni grande? ¡Vaya un anacronismo el mio! En fin, *peccata minuta*. Si las composiciones métricas quieres examinarlas con el compás en la mano, frescos están los poetas; y no olvides que el susodicho autor de la Henriada, que pasa por el mas notable de los trágicos vates de aquella nación, despues de Racine, ha dicho y no una vez sola, *que las tragedias admiten mas licencias poéticas, ó sea mas libertad que el poema épico.*

MAT. ¿No recelas que algunos te critiquen y censuren con acrimonia y aspereza acaso, que siendo tú sacerdote del Altísimo, y además hallándote ya por tu ancianidad con un pié en la sepultura, te ocupes en escribir versos dramáticos, en lugar de pensar en la mortaja?

YO. Mas viejo era Lope de Vega, y no eran jóvenes tampoco D. Pedro Calderon y D. Antonio Solís, y escribian tambien y cultivaban el mismo género que yo, con la sola diferencia, que aquellos sacerdotes dignísimos, eran mas laboriosos que yo en esta parte, y en todas. Tampoco he olvidado el chiste *horrible* ó percance *curioso*, que le ocurrió al buen

D. Alberto Lista y Aragon, que fue el maestro y director (lo mismo que D. Juan Nicasio Gallego) de casi todos los jóvenes españoles y americanos, que cultivaban las letras en el patrio suelo ó mas allá del Atlántico, y escribian en el idioma de Cervantes.

MAT. Tengo noticia de aquel hecho escandaloso ocurrido en 1825, cuando en un periódico de Madrid publicó el buen D. Alberto su hermosa odita á la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo:

Vírgenes de Judea
El tierno canto oid. Hiere la esposa
El arpa deliciosa,
Que á su pastor recrea,
Y canta sus loores,
Entrando en la mansion de los amores.
«Bálsamo derramado
»Es tu nombre suave. La pastora
»Deja, al rayar la aurora,
»Pacer libre el ganado;
»Al dulce olor anhela,
»Y en pos de ti por la pradera vuela.»

YO. ¡Qué bella imitacion del *Cantar de los Cantares* de Salomon!

MAT. Todavía son mejores estos otros versos en que el vate andaluz imita á Isaías y otros profetas:

»Sí: yo te ví pendiente
»Del duro leño, y enlutado el cielo

»Cubrió de negro velo
»Su faz resplandeciente:
»Los rios se turbaron,
»Y los eternos montes vacilaron.
»Y en la mansion oscura
»De silencio y de muerte pavorosa,
»Bajo la dura losa
»Se eclipsó tu hermosura,
»Cual entre el hielo frio
»Sepulta al lirio el aquilon impío, etc.»

Ni al mismo demonio podia ocurrirle la absurdísima idea de que este precioso poemita habia sido escrito y publicado por el poeta para lamentar la muerte del infortunado Riego, ahorcado en la Plaza de la Cebada dos años antes.

YO. Y sinembargo, tan diabólico pensamiento ocurrió á varios envidiosos de Lista (obcecados además por el fanatismo político) que no se avergonzaron de contar el ridículo cuento al Rey, con la santa y piadosa intencion de que persiguiera y castigara al inofensivo y pacífico vate. Afortuñadamente para este, Fernando VII tenia mas entendimiento y menos malicia que aquellos malsines, y despreció aquella cobarde y alevosa acusacion, y se rió en las barbas de los viles acusadores, mandándoles que no volvieran á poner sus piés en la Cámara Real. Lo mismo sucedió en aquella época á un villano ugier, que dijo al monarca, *que otro ugier compañero suyo*

hacia años en la saleta de Palacio, habia proferido una frase muy bestial y soez contra S. M. El Rey llamó inmediatamente al acusado, le dijo con bondad paternal, *que no hablase mal del que daba el pan cotidiano á él y á toda su familia*, y amenazó al delator, que lo mandaria arrojar por un balcon de Palacio si volvia á molestarle con insidiosas habladurías.

MAT. Si todos los príncipes y magnates hicieran lo mismo, es bien seguro que habria mas paz y moralidad en los palacios. Dejando esto á un lado, no sé por qué me ocurre en este momento el ya citado historiador estranjero Mr. Sismonde de Sismondi, al cual tengo poca inclinacion por su falta de miramiento y consideracion á los españoles, á los que debió hacer justicia al menos, ya que el buen monsieur no quisiera hacernos favor. Despues de decir literalmente: *Calderon es en efecto el verdadero poeta de la Inquisicion: animado por un sentimiento religioso, que brilla en todas sus composiciones, no me inspira mas que horror por la religion que profesa*, despues de estas frases incalificables de aquel mal aconsejado Monsieur, en las que brillan *por su ausencia* el sentido comun, y especialmente el sentido moral; al mencionar el mejor soneto quizá de la lengua española, es decir, aquel de Lupercio Argensola, que comienza *Imagen espantosa de la muerte*, no inferior de seguro al bellísimo de Filicaya, *¡Italia Italia!* etc., con el que tan justamente se envanecen los ita-

lianos, dice el Sr. Sismonde: *En este soneto..... veo al lado de una grande majestad de imágenes, de estilo y de armonía, una oscuridad de pensamientos y de espresiones, que pueden considerarse como los primeros preludios del mal gusto.*

Yo. Podria con razon replicarse al historiador, que la oscuridad y ofuscamiento y tenebrosidad está en su *entendimiento*, y no en la despejadísima cabeza del poeta aragonés. ¿Y qué me dices, amigo mio, de los piropos con que regala el historiador á nuestra pátria en general, cuando dice sin rebocillo de ningun género: *Que no hay ninguna historia manchada con mas perfidias que la de España; ni gobierno ninguno que se haya burlado mas de sus juramentos ni de sus mas sagradas promesas*? Pero consuélate, Matías, porque despues corrige y enmienda, ó atenúa y desvanece tamaños desatinos de su *bien* tajada peñola el *grande* historiador, afirmando bajo su palabra de escritor imparcial, que en el siglo XVI *la crueldad habia llegado á ser el carácter del simple soldado español, tanto como la doblez y el maquiavelismo el de sus jefes: los hombres mas ilustres de este período se ven manchados por rasgos de perfidia, que no podrian compararse con los de ninguna otra historia.* El Monsieur de mis pecados cita poco despues *nominatim* á estos guerreros españoles, que son nada menos que el *Gran Capitan*, el *Conde Pedro Navarro*, el *Duque de Alba*, *Antonio de Leiva*, etc.

Añade otrosí el *veracísimo y preclaro escritor: Que son tantas las acusaciones, tantos los envenenamientos y asesinatos que pesan sobre ellos, que suspendiendo dar crédito á cada uno, todos juntos no manchan menos la memoria de estos pretendidos Grandes Hombres.* Todo esto empero es *nadería*, como diria Santa Teresa de Jesus, si se compara con la negra pintura de los monarcas y sacerdocio español, aunque á decir verdad, tambien les tóca algo y aun algos á los eclesiásticos italianos, franceses, etc., en la descripcion espantosa que hace de nosotros y de los reyes españoles aquel timorato y concienzudo y religiosísimo varon.....

MAT. Hazme favor de callar y no volver á mentarme en todos los dias de tu vida á Sismonde de Sismondi, si no quieres que me sulfure y riñamos. Quiero hablarte de otro *penitente de corbata*, español por mas señas, que se educó en Toledo en casa de un tio suyo, respetable prebendado de aquella Primada Iglesia, cuyo sobrino, que es de quien hablo, salió de las orillas del Tajo, y visitó las del Rhin y del Danubio, y que sé yo cuántos otros rios, en donde se dejó la fe cristiana de sus padres, y aprendió el filosofismo aleman, que procuró despues enseñar á sus alumnos de la Universidad madrileña.

YO. Aquí es donde deben repetirse, pero derramando lágrimas de sangre, los hermosísimos versos de Lista:

Dichoso aquel que no ha visto
Mas rios que el de su pátria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba.

Ya sé que aludes á D. Julian Sanz del Rio, de cuyos escritos habria mucho que hablar; pero por ser ya algo tarde, será mas cuerdo dejarlo para otra ocasion.

MAT. No obstante es forzoso no olvidar *el compendio de la Historia Universal* escrito en aleman por el Dr. Gr. Weber, catedrático de historia en la Universidad de Heidelberg, que tradujo y aumentó con varias consideraciones y notas nuestro hombre, publicando los dos primeros tomos en Madrid el año 1853. Ignoro si los dos últimos, que prometió Sanz del Rio, se imprimieron posteriormente. Lo mas notable es que teniendo no pocos errores el original de la obra, lejos de corregirlos el traductor, los aumenta con otros de su cosecha. En la imposibilidad de especificar unas y otras equivocaciones, que sería negocio muy largo, aunque no difícil, me concretaré á decir que en la página 297 del primer volúmen dice el *español* Sanz del Rio, *que no debemos los españoles hacer mérito de la defensa de Numancia, aunque heróica, porque en aquella primera edad hallamos donde quiera lo mismo.*

YO. De esas frases de nuestro filósofo resulta, que todos y en todas partes eran *numantinos* al ver invadido su suelo natal por estrañas gen-

tes; lo cual es falso falsísimo. Tambien se sigue la consecuencia precisa, que han sido y son unos pobres mentecatos los poetas, los historiadores, y en fin, cuantos en prosa, en verso, de palabra y por escrito han encomiado el heroismo de Numancia, de Gerona, Zaragoza, etc. En la página 336 dice el mismo *sábio: Sin duda era una pasion la que dominaba á César* (*como á Alejandro y á Napoleon*). *pero esta pasión se confunde casi con la virtud.* Ya lo ves, segun este *profundo y juicioso* pensador, Timur y Atila y demás opresores de la humanidad eran *casi* unos Santos. Cuando se pierde el sentimiento religioso, como lo perdió Sanz del Rio, ¿qué es lo que queda en el corazon humano? Un vacío espantoso, en que no caben moralidad, virtud, elevacion, patriotismo, en fin, cuanto de noble y bello merece respeto y consideracion en el mundo.

MAT. Por eso es tan digno de loa otro español del siglo pasado, sacerdote dignísimo, y cultivador infatigable de las Bellas Letras desde su adolescencia hasta la senectud. El buen abate D. Manuel Lasala es la gloria de Valencia su pátria, y sus tragedias *Ormesinda, Ifigenia en Aulide, Juan Blancas* y *Lucía Miranda* serian mas conocidas en España, si no se hubieran escrito en Italiano, para representarlas en los teatros de Ferrara y Bolonia, lo cual se realizó mas de una vez con grande aplauso, cuando residia el autor en aquellas cultas ciudades. Su tragedia española *Sancho Abar-*

ca realzó notablemente los *ejercicios literarios* que en 1765 ofreció el Seminario de Jesuitas de Valencia al público de aquella populosa capital y al Conde de Aranda, que presidió, como capitan general entonces de los reinos de Valencia y Murcia. El *elogio* que escribió Lassala del gran cardenal Gil Carrillo de Albornoz, sus hermosos poemas *á la conquista de Valencia,* y al triunfo de nuestras armas en Menorca, dominada anteriormente por los ingleses, manifiestan el acendrado españolismo, y el talento y gusto del estimable escritor. Loor al buen Abate, entre los Arcades de Roma, *Eurilio Cleonco.*

YO. Haciendo ya tanto tiempo que estamos hablando de ingenios que se dedicaron á la amena literatura, no sé por qué ni tú ni yo no nos hemos acordado del nombre de la monja Hrotsvitha, una de las mujeres de mas talento, que se han conocido.

MAT. Es cierto. Nos causa un verdadero asombro al considerar, que aquella preclara Benedictina escribiera sus bellísimas leyendas religiosas y sublimes tragedias en el siglo X. Feliz el monasterio de Gandershein, donde como sol resplandeciente brilló aquel portentoso ingenio, cuyos destellos deslumbran todavía en la actualidad, cuando se fija la atencion en sus admirables poemas. Feliz el Arzobispo de Colonia y su hermano Oton I, que protegiendo entonces los estudios greco-latinos, y llamando á su pais distinguidos profesores de Bizan-

cio, y adquiriendo á peso de oro preciosos Códices para las bibliotecas de las Abadías alemanas, impedian del modo mas eficaz que acabara de estinguirse el fuego sagrado de las ciencias y las letras, coadyuvando al mismo tiempo á que se desarrollase prodigiosamente el ingenio de Hrotsvitha. Merecen en verdad nuestra gratitud y elogios Philarete Chalses, Mr. Magnin y Villemain, que han hecho curiosas investigaciones sobre los escritos de aquella mujer estraordinaria.

Pero ninguno ha ilustrado tanto esta materia curiosísima, como mi escelente amigo D. José Fernandez Espino en los eruditos artículos que publicó años pasados en la sevillana *Revista de ciencias y artes*. De su instructiva y gratísima lectura se colige, *que la escritora se propuso en sus dramas la piadosa y noble empresa de ensalzar la virginidad y la fe cristiana, lo cual consiguió cumplidamente; que Hrostvitha, adelantándose prodigiosamente á su siglo, aparece en él como un milagro de saber y de inteligencia, teniendo además otra cualidad no menos estimable, que es reflejar en sus dramas los sentimientos y las ideas de sus contemporáneos;* que *Galicano* protagonista de su primer drama, en que intervienen el Gran Constantino y su hija Constanza, y da comienzo cuando Galicano va á emprender la guerra contra los Scitas; que *Dulcisio* (gobernador de Tesalónica), tragi-comedia, en la que las tres vírgenes cristianas Agape, Irene

y Chienia triunfan de Diocleciano, muriendo heróicamente por conservar ilesas su integridad y su fe religiosa; que *Calímaco*, tragedia que ofrece un vivísimo interés siempre creciente, por hacer en ella un papel importante el Evangelista y Apóstol San Juan, Maestro de Drusiana, la que á pesar de haber hecho voto de castidad, se vió precisada contra su voluntad á casarse con Andrónico; que el *Abraham*, en fin, la *Sapiencia*, el *Panucio*, y demás obras poéticas de Hrostvitha son un verdadero prodigio del arte en aquel tiempo y en todos los tiempos.

MAT. Añade que aquel ingenio femenino se asemeja no poco al grande Homero, por haber este brillado nueve siglos antes del Cristianismo, y la ilustre hija de San Benito en el siglo X, es decir, en el siglo mas oscuro y tenebroso de la Edad Media.



ÚLTIMO DIA DE NUMANCIA,

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS.

Numancia, horror de Roma fementida,
Mas quiso ser quemada que vencida.

(P. FRANCISCO ISLA.)

¡Oh muros de esta ciudad!
Si podeis hablar, decid,
Y mil veces repetid:
Numantinos, *libertad.*

(CERVANTES.)

Yo canto las tiernas y dulces memorias
De aquellas edades, do luz prestó el sol
A grandes hazañas, á espléndidas glorias,
Que aun son claros timbres del pueblo español.

(ISABEL CHEIX Y MARTINEZ.)

PERSONAS.

MEGARA, PADRE DE
HIMILCE, PROMETIDA Á
RETÓGENES.
ALÚRO, HERMANO DE MEGÁRA.
SIBILA ALBUNÉA.
TERMA, VIUDA.
UN SACERDOTE IDÓLATRA.
SCIPION.
YUGURTA, PRÍNCIPE AFRICANO.
UN CENTURION.
PUEBLO, SOLDADOS, NIÑOS, ETC.

La escena toda es en la Plaza Mayor de Numancia. Comienza por la mañana, y termina poco despues de anochecer.

AL PUEBLO ESPAÑOL.

PRÓLOGO.

Pueblo español, esclarecido pueblo,
Benévolo recibe este tributo
De paternal cariño, que te ofrece
Un anciano ya próximo al sepulcro.
Como Inarco, jamás humilde zueco
He calzado; ni fúlgido coturno,
Imitando á Cienfuegos y Quintanas,
Y otros ingenios, de la España orgullo.
Si Melpómene empero inexorable,
Su diestra armada con puñal agudo,
Mi senil fantasía no acalora,
Me inflama Hesperia con su nombre augusto.
Me inflama la alta gloria de mi pátria,
El renombre me inflama sin segundo
De poblacion celtíbera, que invicta
Eclipsó á Troya, y eclipsó á Sagunto.
Me inflaman los perínclitos laureles
De Megára, Retógenes y Aluro,
Soldados de Numancia, y me complace,
Como digno español, cantar su triunfo.
El triunfo aquel que, estremeciendo á Roma,

De la ibera Península verdugo,
Siglos ya mas de veinte está asombrando
Al orbe entero, de sorpresa mudo.
Prepara enternecido, noble pueblo,
Guirnaldas melancólicas de luto,
Para adornar con lágrimas la frente
De aquellos españoles moribundos,
Que prefirieron muerte espantadora
Al yugo del esclavo, al férreo yugo,
Al yugo que degrada y envilece
Mas que la muerte y el cadalso injusto.
Si cayó la ciudad que el Duero baña,
Víctima sucumbió del infortunio,
Mas no vencida, no; porque sus hijos,
Sin fosos ni castillos y sin muros,
Al empuje de cien y cien legiones
Oponiendo sus pechos por escudo,
Osaron afrontar imperturbables
Todo el poder de Roma, todo junto.
Mas al poder de Roma no fue dado
A Numancia humillar; tan solo pudo
Domeñarla con hambre y sed rabiosa
Y peste asoladora, que difuntos
Dejó á sus defensores. El caudillo
Del sitiador ejército, á quien plugo
Imitar, no á leones de Getulia,
Sino á la hiena vil y al zorro astuto,
El bárbaro Scipion..... no domó nunca
El patriotismo, el patriotismo puro,
Que en los pechos ardia numantinos,
Cual arde el sol en el fogoso julio.
¿Pero qué mucho, si españoles eran

Aquellos ciudadanos? Hasta el vulgo
De estranjeras naciones reconoce,
Y pregona do quier hidalgo y justo,
El amor que á la noble independencia
Profesan en mi pátria de consuno .
Todo sexo y edad y clases todas,
Desde el niño hasta el viejo mas caduco.
Que lo pregunten la vecina Galia,
Y el que bebió en el Rhin y en el Danubio,
Y el aterido Sármata y el Belga,
Y el descendiente del antiguo etrusco,
Que lo pregunten al Guadiana y Betis,
Y al Ebro y Llobregat, que corren turbios
Y rojos todavía con la sangre
De guerreros cien mil, que vencer supo
La belicosa España cuando quiso
El primer Napoleon, torvo y sañudo
Envilecernos, cual hollado habia
Al prusiano, al austriaco y al ruso.
En vano al vil Murat vió Manzanares
Desplegar su escuadron de mamelucos
Al inmolar las víctimas de Mayo,
Cuyo valor infortunado opuso
Valladar formidable al impetuoso
Desbordado torrente, con que al mundo
Inundaban de sangre las falanges,
Precursoras de escándalo y de luto:
Huestes dignas del Corso, envanecido
Por haber profanado con pié inmundo
Las egipcias pirámides, y en Roma
Templos y catacumbas y sepulcros.
Gimió triste Madrid, ensangrentados

Y deformes al ver los hijos suyos,
Del mortífero plomo..... no en las lides.....
Por la traicion del adalid perjuro.
Del francés adalid, desapiadado,
Del gran Duque de Berg, que furibundo
Hizo verter de sangre de españoles
Y llanto de españolas un diluvio.
De la opresa Madrid á los gemidos,
El hispano leon rugió iracundo,
Despertaron los manes de Numancia
En sus fosas y túmulos vetustos,
Y al golpear con lanzas ponderosas
Los broqueles de hierro y los escudos,
Numancia, repetian, y *Numancia*,
El eco retumbaba tremebundo.
De la invicta ciudad al ronco acento
El fuego patrio, que dormia oculto
En españoles pechos, rompió airado
Con la furia y ardor con que el Vesubio
Inflama nubes, y oscurece al dia,
Y hace temblar al águila de susto,
Al cobijar en apartada cumbre
Con maternal amor sus aguiluchos.
Así tembló el Sultan, que en su demencia
El solio codiciaba de Ataulfo,
Despues de hollar de Carlo-Magno el trono,
Y usurpar de San Luis el cetro augusto.
Tembló, tembló Napoleon el grande
Cuando el pueblo español, fiero y ceñudo,
Defendia su noble independencia,
Cual no la ha defendido pueblo alguno.
Respiró Europa, y del cruel tirano

Humilló la arrogancia y el orgullo,
Imitando á españoles, que lidiaban.....
Unidos..... cual si fueran solo uno.
La fama entonces en clarin sonoro
Pregonó audaz, que se debia el triunfo
De la europea libertad á España,
Suelo de lealtad el mas fecundo.
Pátria, pátria infeliz, víctima hoy dia
De discordias, horrores y disturbios,
¡Pudiera con mi vida yo salvarte!
¡Yo, el mas inútil de los hijos tuyos!
Quiera el cielo á los tristes españoles
Dar benéfica paz, y todos juntos
(No cual hoy divididos) podrá España
Ser otra vez admiracion del mundo.

Julio de 1873.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la Plaza Mayor de Numancia con edificios medio arruinados, y despidiendo fuego y humo algunos de ellos.

ESCENA PRIMERA.

MEGARA, RETÓGENES *vendada la mano izquierda, y un ciudadano que tremola una bandera.*

Un coro de jóvenes de ambos sexos, acompañados de otras personas, cantan el siguiente

HIMNO.

CORO.

Indomable Numancia,
Tremola tu pendon,
Y humilla la arrogancia
Del romano Scipion.

1.ª

La enseña de victoria
Al viento desplegad:
Con ella teneis gloria,
Con ella libertad.

2.ª

Invictos ciudadanos,
Antes, antes morir
Que á un millon de romanos
Nuestras armas rendir.

3.ª

De Hostilio y de Pompeyo
Supísteis ya triunfar:
¿No podrá igual denuedo
A Scipion aterrar?

4.ª

En brazos de la suerte
Venga, venga veloz
La inevitable muerte,
La muerte mas atroz.

5.ª

¿De qué sirve al esclavo
El aliento vital?
Mejor es para el bravo
La pira funeral.

6.ª

Libres nacido habemos
Para libres vivir,
Y libres viviremos
Hasta libres morir.

7.ª

Perínclita *Numancia*,
Con heróico valor
Desprecia la jactancia
Del fiero sitiador.

8.ª

Si gimes oprimida,
Española ciudad,
No caerá envilecida
Tu dulce libertad.

9.ª

Laurëado en la historia
Nuestro noble teson,
Será la mayor gloria
De la ibera nacion.

10.

Pátria, pátria española,
Su bandera otra vez
Hoy *Numancia* tremola
Con honra y altivéz.

CORO.

—

Indomable Numancia,
Desplega tu pendon,
Y humilla la arrogancia
Del romano Scipion.

MEG. Mancebo numantino, prez y gloria
Del pueblo mas invieto y desdichado,
En nombre de sus héroes te doy gracias
Por el postrer esplendoroso lauro,
Con que acabas de ornar tu sien, ceñida
Con otros lauros mil. Noble soldado.....
¡O terrible dolor! ¿De nuevo herido?
Recibe el que te doy cordial abrazo
Y retírate luego, y en tus lares
El maternal cariño y el descanso
Reparen tu salud, salud preciosa
Para salvar la pátria.
RETOG. Ilustre anciano,
Antemural de la ciudad invieta,
Dignísimo adalid de los bizarros
Hijos del manso Duero.....
MEG. Basta; dime
Donde esa nueva herida.....
RETOG. ¿Y cuándo, cuándo
Te podré llamar *padre*, gran Megara?
¿Cuando me otorgarás la blanca mano
De la divina Himilce?
MEG. Hija del alma,
¡Con qué ardor lo deseo, amigo caro!
Deja empero, Retógenes, que aplaque
Su enojo el Hacedor de los humanos,
Que á la ciudad infortunada aflige
Hace ya bien cumplidos catorce años
Con espantosa guerra y cruel hambre
Y enfermedades cien. Cuando venzamos
Al fiero sitiador, cual ya vencimos
En anteriores lides..... Breve plazo

Concede, ó Numen, que en el cielo imperas
A las calamidades y trabajos,
A tamañas miserias y desdichas,
Que con valor sufrimos resignados.
Pueda el mas infelice de los padres
De digno esposo en los amantes brazos
Dejar pronto á la que es de sus entrañas
Porcion la mas querida, y dulce encanto
De toda la república..... Paloma,
Que persiguen cual buitres y milanos,
Esos desapiadados invasores,
De Dios y de sus leyes adversarios.

RETOG. ¿Sabes, Megara, que el feroz Yugurta
Por los dioses del Africa ha jurado
Arrebatar á tu preciosa Himilce
De Numancia?

MEG. ¡Yugurta! Rumor falso.
¿Quién te dió esa noticia?

RETOG. La aseguran
Algunos prisioneros africanos,
Que el buen Aluro sorprendió ayer tarde,
En los vecinos montes emboscados.

MEG. Dios mio, compasion; tu enojo aplaca.
Pueda en sus infortunios este anciano
Al cerrar á la luz del sol sus ojos
Para siempre, mirar depositado
Su tesoro en poder de fiel marido.
Hija del corazon, ¿quién, quién tu amparo
Será al morir tu padre? ¿Quién? Tan solo
El valiente Retógenes, gallardo
Guerrero de Numancia sin segundo.
Hechos tan repetidos, cual preclaros

Lo acreditan valiente de valientes.

RET. Perdona, padre mio.

MEG. Di á mi hermano,
El respetable sacerdote Aluro,
Que esta mañana indisoluble lazo
Quiero que él autoriċe entre mi hija
Y el mas gentil y bravo de los bravos.
Pero nada le digas: aquí viene.

ESCENA II.

ALURO *y los dichos.*

ALUR. Salud y albricias, nobles ciudadanos.
Salud, Megara, lo que estás diciendo
Oí al venir de tus paternos lábios.
Albricias; mi carísimo sobrino *(Mirando á Retógenes.)*
Eres desde hoy..... Callad, que voy á daros
Una rara noticia, que os asombre,
Cual suspenso y atónito ha dejado
No solo á mí, sino á otros igualmente.
Acaba desde el fértil bello Lacio
De llegar una jóven misteriosa,
Por Himilce y su padre preguntando.

MEG. ¿Viene desde la Italia? Espía, espía.

RETOG. De seguro es espía del romano.

AL. No lo creo: escuchadme complacientes.
Es de moreno rostro y agraciado,
Gentil presencia, y ojos y cabello
Negros cual de la noche el negro manto.
Túnica ciñe oscura, que realza

Y añade majestad, pompa y ornato
A su talante digno de la Reina
Mas famosa que en Asia ha gobernado.
Lleva pendiente al cuello un arpa de oro,
Y papíros egipcios en la mano,
Y en su frente serena resplandecen
La santa inspiracion y el entusiasmo.
Su mirada es de tímida gacela;
Habla poco, y parece fiel retrato
De pudorosa vírgen, que tan solo
Con doncellas y niños ha tratado.
Cuando el éther contempla embebecida,
Sus bellísimos ojos son dos astros,
Que eclipsan á otros fúlgidos luceros
En claras noches del florido mayo.
De Sibila Albunea se da el nombre,
Añadiendo, que viene por mandato
De *Aquel* que, omnipotente, de la nada
El mar y tierra y cielos ha criado.
¿Mas qué voces escucho? *(Varias voces.)*
«Viva, viva
»De Himilce la beldad: viva mil años
»La estranjera feliz, que la acompaña:
»Vivan de ambas la gracia y los encantos.»

ALUR. Ya el entusiasta pueblo numantino
Contempla con respeto y admirado,
Y á gritos victorea y preconiza
A la gallarda jóven de quien hablo.
Mas miradla, miradla, pues ya asoma
Con Himilce.

ESCENA III.

Sibila, Himilce, *y los mismos.*

Aluro. Feliz, feliz hermano,
Que tal hija debiste al alto cielo
Al comenzar el cerco malhadado.
Aproxímate mas, cara sobrina,
Y á tu padre y á mí besa la mano,
Cual te encargaba la mujer piadosa
Que te dió abrigo en maternal regazo.
Y tú, jóven modesta, que á este pueblo
Hace momentos pocos has llegado,
Dile á Megára, nuestro digno jefe,
Digno por su virtud y por sus años,
Dile al punto la causa de tu viaje,
Y añade lo que sea de tu agrado,
Pues tu venida en tales circunstancias
Nos causa admiracion: ¿por qué negarlo?
Meg. ¿De dónde vienes, candorosa jóven?
¿Llegaste sola de país lejano
A triste poblacion, que es al presente
De sangre y de furor anfitëatro?
Sibil. Te diré la verdad hija del cielo:
Vengo, Señor, del enemigo campo,
Do hablé con Scipion hace dos horas,
Y con Yugurta, Príncipe africano.
Dijéronme los dos, que esta mañana,
Cual de anhelada paz parlamentarios,
Vendrán á visitarte, porque ansían
A la guerra dar fin, y firmar pactos.

MEG. Que vengan cuando quieran... ya lo saben,
De guerra ó paz, aquí los aguardamos
A pié firme, á pié firme. Mas no esperen
Con villanas lisonjas engañarnos.
No olvidé á los Lusones todavía,
Ni la infame traicion del pueblo Malio,
Ni ardides de Scipion en Sedetania,
Ni en Termancia sus pérfidos amaños.

SIBIL. Respetable Megára, al retirarme
Del campamento próximo romano,
Me acompañaba mi nodriza, que ahora,
Cadáver aún caliente y mutilado,
Yace cabe la puerta de Numancia
Mas cercana al raudal del Duero manso,
Por proyectil herida en la cabeza,
Que le asestó el ejército contrario.
Allí insepulta, va á ser devorada
Por famélicos perros y por grajos,
Si tu piedad y religion no impiden
Profanacion y escándalo tamaño.

MEG. Hijo mio Retógenes, al punto
Dispon que un escuadron de veteranos
La difunta acompañe al cementerio,
Donde yacen, ay mé! guerreros tantos. (*Sale Retógenes de la escena.*)

SIBIL. Religioso adalid, gracias, mil gracias,
Y perdona este lloro que derramo.

MEG. Jóven, ¿dónde naciste?

SIBIL. Allá en Italia,
No muy lejos de Roma, fatal antro
De hienas y de tigres carniceros,
Y lobos y feroces leopardos:

Tales son sus procónsules famosos,
Y tales sus caudillos y soldados.
¡Qué ambicion! La República romana
Tan solo anhela al territorio hispano
Y al orbe sojuzgar, al orbe entero,
Cual si de ovejas fueran vil rebaño.
De allí las aves de rapiña vienen,
Que de los pobres pueblos el erario
Sin piedad arrebatan, sus gemidos
En mar de sangre con furor ahogando.
Allí nacieron Scipion y Servio,
Cayo Hostilio el cobarde y Quinto Fabio,
Y esa turba funesta de sayones
Que están á vuestra gente asesinando;
Allí Galba el atroz, que en Lusitania
Mató aleve al intrépido Viriato,
Porque vencer al héroe esclarecido,
Vencerle en buena lid, no le fue dado.
Allí mil estranjeros aparecen
De las tribus y pueblos mas lejanos,
La frente envilecida, degradada
Con el hierro fatal de los esclavos.
Allí por fin.....

ESCENA IV.

Un Soldado, *y los mismos.*

Sold. Mi General, dos gefes
De nuestros implacables adversarios
Por ti preguntan.

Meg. Vengan al momento.

A recibirlos marcha, dulce hermano. *(Se retira Aluro.)*

SIBIL. ¡Conquistadores! Plaga, que á la tierra
Los cielos en su cólera arrojaron,
Para oprimir los míseros mortales
Un despota ambicioso. Mas en vano
Es declamar, Megara. ¿Por qué Hesperia
No se levanta audaz como un soldado,
Y se lanzan intrépidos sus hijos
Contra el poder del pérfido romano?
¿Por qué los valerosos españoles,
En peligro comun todos aliados,
No destrozan las águilas de Roma,
Cual unidos pudieran?

ESCENA V.

SCÍPION, YUGURTA *y los anteriores.*

SCIP. Esa mano
Honre á la diestra mia, buen Megára,
Que si en hidalga lid somos contrarios,
Hoy vengo aquí de paz, y es noble y justo
Que los dos nos tratemos como hidalgos.
Deseo mas que tú, Megara mio,
Terminar vuestras cuitas y quebrantos.

MEG. Así lo patentizan los furores,
Que sueles desplegar. ¿Has terminado
De envenenar el Duero, el Tera y fuentes,
Y hasta el vecino y miserable lago
De cenagosas llovedizas aguas,
Do no quieren beber ni aun los caballos?

SCIPION. Dije vengo de paz, y tambien viene
Ese vástago régio mauritano,
Y venimos, cual ves, sin digna escolta,
Que á jefes acostumbra acompañarnos.
La hidalguía española bien merece.....

MEG. Di pronto, General, di pronto y claro
De paz las condiciones con que brindas.

SCIPION. En pocos, en brevísimos vocablos
Manifestarlas quiero. Municipio,
Municipio desde hoy será romano
Esta heróica ciudad.

MEG. ¿Qué? No prosigas.
Oir no quiero mas, Prontó marchaos,
Tú y el sin par Yugurta. De Numancia
Quieren antes morir los ciudadanos,
Que de injusto invasor sufrir el yugo.
Ola, venga mi guardia, y que escoltados
Los dos embajadores luego salgan
Por la arruinada puerta del ocaso,
Arruinada cual todas, no los mate
En su justo furor el populacho.
¿Lo escuchais, estranjeros? Huid pronto,
Scipion, y tú, Príncipe, que aliado
Del enemigo de tu pátria, amenguas
Los que adquiriste un dia nobles lauros.
Partid sin deteneros un momento,
Que si tardais un poco en alejaros,
Me temo que os degüelle y os arrastre,
Frenético de cólera, indignado
El numantino pueblo.

SCIPION. Buen Megára,
Un momento..... no seas inhumano

Con la triste ciudad, que el heroismo
Enaltece español. ¿No ves, cuitado,
Que en este mismo dia todos; todos
Dejareis de existir, si yo lo mando?
MEG. ¿Qué nos importa? Moriremos libres,
Libres, libres, cual todos anhelamos.
Scipion, no podrás con fiero orgullo
Encadenar á marfilino carro
Un solo numantino, ni uno solo,
Y españolas banderas ostentando,
No entrarás vanidoso allá en los templos
De la Victoria y del bifronte Jano.
Las fértiles campiñas, que ameniza
Fecundo Tiber en su curso raudo,
No verán, Scipion, tu dulce triunfo,
Ni escucharás allí vivas y aplausos
Y víctores de júbilo, que ansías
Con impaciencia tanta y ardor tanto,
Por vencer á españoles con tus armas,
Por haber á Numancia domeñado.
¿Oyes, oyes fatídico gemido
Resonar en el cerro mas cercano,
Con que triste corneja nos anuncia
Agüero melancólico? Graznando
Sobre nuestras cabezas, mira, mira
Nube de cuervos, nube de milanos
Y de buitres horrendos. Tus oidos
¿No escuchan los aullidos prolongados
De los perros y lobos, que rabiosos
De voraz hambre vagan por los campos
Y estériles contornos de Numancia,
Por la venganza vuestra ensangrentados?

Scip. Mi querido Megara, no recuerdes
Horrores de la guerra necesarios,
Pues quiero establecer entre nosotros
De perdurable paz solemnes pactos.
Meg. Enternécense riscos insensibles,
Pero no se enternecen los romanos
Al contemplar de la infeliz Numancia
El que presenta pavoroso cuadro.
Hambrientas alimañas por do quiera
En torno de nosotros van buscando
Cien montones de cuerpos insepultos
Para clavar sus uñas. Una mano,
Una mano piadosa nunca, nunca
Esos héroes, ¡ay me! sacrificados
De su patria en las aras, á la tierra
Entregarlas podrá con tierno llanto.
Scip. Por los Dioses de Roma te suplico....
Meg. Scipion y Yugurta sanguinarios,
Oid, oid. Las venerandas ruinas,
Si es que hienas no sois ó leopardos,
Mirad respetuösos. Allí yacen
Por inmundo reptil ya profanados
Mis carísimos hijos y mis nietos,
Y mis padres, mi esposa y dos hermanos.
Oid, hombres feroces mas que el oso
Nacido en riscos de Sarmacia blanco,
Oye, caudillo sin entrañas; oye,
Chozno de reyes, tú: no, no os engaño.
Grande Scipion, no triunfarás en Roma;
Lo pronostica moribundo anciano,
Al ver ya abrirse ante sus pies las puertas
De la sombría eternidad. El vasto

Cementerio contempla, que esas calles
Y plazas y esos templos y palacios
A tus ojos presentan. Los regueros
Contempla de la sangre, que humeando
Pide al cielo venganza contra Roma,
Y contra sus legiones de sicarios,
Que de inocente sangre numantina
No se vieron jamás, ni verán hartos.
Mirad, mirad, si es que los ojos vuestros
No son de basilisco.....

SCIP. Desgraciado,
Respetable Megara, mejor suerte
Sin duda mereceis por tanto y tanto
Heroismo y constancia. ¿Cuándo Roma
Luchó con estranjeros adversarios
Tan valientes y nobles cual vosotros?
¡Si quisieras oirme! Seré parco,
Y lacónico y breve en mis palabras.

MEG. Habla, pero muy poco, estoy cansado
Y voy á retirarme.

SCIP. Si me entregas
(Cual te pedí otra vez) á Segedános,
Que acogiste algun dia y aquí viven,
Cual rebeldes á Roma, pues Viriato.....

MEG. Calla, Scipion, ¿y tú eres el caudillo
A quien dan el renombre de *bizarro*
Y *noble* los que suelen allá en Roma
Llamarse en alta voz republicanos?
¡Entregar yo españoles á verdugos,
Como son los que un tiempo asesinaron
A traicion, á traicion á ilustre jefe,
Por no poder en el sangriento campo

Del honor derrotarle ó sorprenderle!
Adalid. gloria de mi suelo patrio!
Adalid sin ventura!

YUGUR. Buen Megara,
Yo, príncipe no indigno mauritano,
Vengo tan solo..... ¿quieres por esposa
Darme tu Himilce, delicioso encanto,
Amor y orgullo de su digno padre,
Honor y prez del territorio hispano?
Himilce bella, venturoso el hombre.....

MEG. Sella, sella, infeliz, tu impuro labio,
Y á profanar no vuelvas con tu lengua
El dulcísimo nombre y regalado
De la vírgen Himilce. ¿Qué delirio
Te domina, frenético africano?
¡Si estuviera Retógenes presente!

EXCENA VI.

RETÓGENES *y los dichos.*

RETOG. Aquí está ya Retógenes. Menguado,
Vengativo Yugurta!

MEG. Dispensadme (*A Scipion y Yugurta.*)
El favor de marchar.

ALURO. Querido hermano,
Permite que mi alumna candorosa,
Bellísima hija tuya con su agrado,
Con su filial cariño te distraiga,
Y entone dócil apacible canto
Con su dorada lira, que disipe

La justa indignacion, que cual nublado
Tu venerable frente ahora oscurece.

MEG. Canta, hija mia, canta, que este anciano
Mas consuelo no tiene en sus tristezas,
Viudez, y soledad y desamparo,
Que tu modestia y gracias. Si tu madre
Escucharte pudiera! Los romanos
A los hijos de España y de otros pueblos
Suelen sin distincion apellidarnos
Bárbaros, cual si fueran los latinos
Mas que nuestra nacion civilizados.
Orgullosos!

ALURO. Sin duda ellos ignoran
Que Hesperia en sus colinas y peñascos
Grabó en metros lacónicos los hechos
De nuestros capitanes mas bizarros,
Que vencieron un dia á los fenicios,
Y á los hijos de Grecia y de Cartago.
Quizá no sabe Roma que tenemos
Nuestras leyes tambien del fértil Cauno,
Y de Pirene y Peñalara escritas
En riscos cien y cien. Así los lábios
Del sacerdote ó de la casta madre,
Del jóven padre ó del abuelo anciano,
Cuando miran los hijos ó los nietos
Aquellos caracteres entallados,
A la niñez y juventud enseñan
Preceptos de moral, el amor patrio,
Veneracion á la vejez, en suma,
Todo lo que halla el corazon humano
Esculpido en su fondo, cuando quieren
Los mortales oir, no dominados

Por insana pasion, la voz tranquila
De razon natural.

SCIP. No lo ignoramos
En Roma, capital, donde se aprende
El saber todo de la tierra. ¿Acaso
No brillan como el sol las altas glorias
De la ibera nacion?

ALUR. ¿Saben los sabios
De la ciudad de Rómulo y de Numa
Que en los fértiles montes elevados,
Cuyas laderas con afan cultivan
Astúres y celtíberos y vascos,
Saben morir los héroes españoles
En afrentosa cruz ú otro cadalso,
Escupiendo á sus bárbaros verdugos,
Belísonos cantares entonando,
Sublimes himnos, himnos inmortales,
Que en amor de la patria noble y santo
Inflaman á los otros compatricios,
Al perseguir con rabia á sus tiranos
Y arrojado furor? ¿Saben en Roma
Que en la inmortal Numancia no adoramos
Númenes criminales como Jove,
Saturno, y Venus, y Mercurio y Baco?
¿Y Roma quiere con jactancia impía
A España avasallar, para *ilustrarnos*?
Roma, de vil supersticion emporio,
Que si venció á los griegos sus contrarios.
Aceptó de los griegos las deidades,
Las aceptó tambien de otros paganos
Con respeto servil! ¿Saben en Roma,
Que aquí reside religioso bardo,

Cantor humilde del supremo Númen.
Que dió al fulgente sol y demás astros
La deslumbrante luz que anima el globo,
Do los pobres mortales habitamos?

SCIP. Ya con admiracion, amigo Aluro,
Oí que tú reconditos arcanos
De la filosofía has aprendido
En liceos de Atenas afamados,
Despues de visitar tumbas de Menfis,
Muros de Babilonia y santuärio
De la hebrea Salén y las cien puertas
De Tebas, la de Egipto.

ALUR. ¿Cuándo, cuándo
En Roma supondrán, que un numantino
Conoce los primores, los encantos
De Sófocles, Demóstenes y Homero,
De Tirtéo, de Píndaro y de Safo?
¿Estudian los filósofos de Roma
A Salomon y á Job? ¿Vieron los salmos
Y de Moisés los himnos? ¿Han leido
De Israel los Profetas inspirados?
Dirás á la ciudad de siete montes
Habita aquí longevo ciudadano,
Que las glorias aún canta de su pátria,
Y su valor inspira y entusiasmo,
No de Numancia á valerosos hijos,
Sino á tímidas niñas y muchachos
De otro país, ovejas y corderos
En fogosos leones trasformando.
Mas canta ya, hija mia, dulce alumna,
Que cual padre conduje yo al Parnaso;
Canta ó súspira, tórtola doliente

De los montes hoy dia solitarios,
Donde en mejores dias te escuchaban
Tu buena madre al par de tus hermanos
Y otros héroes. Oid, oid atentos,
Yugurta y Scipion.

YUG. Abra sus lábios
La dulcísima alondra de estos valles.
Para dejar atónitos, pasmados
Al cielo, tierra y mar.

RETOG. Calla, Yugurta.

SCIPION. Canta preciosa niña, te escuchamos.
(*Himilce pulsando la lira.*)

HIMNO.

—

I.

Amables compañeras
De mis verdes abriles,
Encantos infantiles
Mostrando plañideras,
O candorosas vírgenes,
A mi lado venid.

II.

Hoy lloro de mi madre
La muerte prematura,
Que espiró sin pavura
Abrazada á mi padre,
Combatiendo magnánima
Por su pátria en la lid.

III.

A la noble matrona,
Que con su digno esposo
Busca el fin mas glorioso,
Indulgente perdona;
¡Perdona, ay! esa víctima,
Aciago proyectil.

IV.

A la honesta señora,
De virtudes modelo,
Defiende, santo cielo,
Con mano protectora,
Cual te lo ruegan flébiles
Mi boca y lábios mil.

V.

Mas no me oyó del cielo
La cólera iracunda,
Y herida y moribunda
Rodando por el suelo,
Mi madre ¡ay! amantísima
En el polvo cayó.

VI.

Cayó..... y al sol fulgente
Miró con amargura,
Y ál besar con ternura
De mi padre la frente
La heroina ya pálida
Mi nombre pronunció.

VII.

De la inmortal *Numancia*
Heróicos defensores,
Mi dolor de dolores
Solo vuestra constancia
Y patriotismo bélico
Pueden dulcificar.

VIII.

Vengad en este dia
De mi madre la muerte,
Y al mas brioso y fuerte,
Llorando de alegría,
Cual amorosa cónyuge
Mi mano voy á dar.

IX.

Y vosotras, doncellas,
De España prez y adorno,
Llegad, seguidme en torno
Tan puras como bellas,
Con siemprevivas fúnebres,
Emblema del dolor.

X.

Al bosque de arrayanes,
De mi orfandad testigo,
Venid, calmad conmigo
Los irritados manes
De mi madre con lágrimas,
Tributo del amor.

MEG. Sola, sola tu voz, amada hija,
Puede mis penas y dolor amargo
Adormecer dulcísima: tú eres
La rica perla de tu suelo patrio.
Abrázame, paloma.

ALUR. Y á tu deudo.
Los que llamais en Roma á los hispanos *(Mirando á Scipion y Yugurta.)*
Bárbaros, ignorantes, sin cultura,
¿No oísteis con placer el tierno canto
De esa inocente jóven? Si las zonas
De España recorreis, que baña el Tajo
Y otros rios; en Sálduba, en Aurelia,
En la ciudad que nos recuerda á Manto,
Tarazoan y Cauca y otros pueblos,
Escuchareis no menos admirados
Himnos de gloria, cánticos marciales,
Inspiracion del férvido entusiasmo
Que anima á nuestros vates.

MEG. Hija mia,
Ven acá, y tú tambien, mozo gallardo,
Y abraza, buen Retógenes, dichoso,
Abraza á tu mujer, ya que bizarro
La vida me salvaste con tu lanza
En la postrera lid contra el romano.
Caido y muerto mi alazan brioso,
Y mal herido tu árabe caballo,
A pié firme esperaste á un elefante,
Su torre y diez guerreros despreciando.
Mató al coloso tu ferrada maza,
Con tu arrojo impidiendo temerario,
Que pasára á poder del enemigo

De *Numancia* el pendon desde mi mano.

SCIPION. Vivan los héroes de *Numancia* ilustres. *(Voces del pueblo.)*

A Retógenes dicha y nobles lauros.

MEG. A los buenos esposos con tu diestra
Sacerdotal bendice, Aluro hermano,
Y el cielo bondadoso los bendiga. *(Gritos espantosos.)*
A las armas..... las armas..... los contrarios.....
A las armas..... ya llegan..... á las armas.....
Viva *Numancia*..... Mueran los tiranos.

Scipion desenvaina la espada, le acomete Retógenes, y riñen. Al verlos, se desmaya Himilce. La arrebata en sus brazos Yugurta en medio de la confusion. Megara y Aluro se colocan á la cabeza de los numantinos armados, que lidian con soldados romanos al presentarse estos en la plaza. Sigue furioso Retógenes, despues de herir á Scipion en la frente, y llamando á su esposa con destemplados gritos, y denostando iracundo á Yugurta. La Sibila, impávida y serena, sigue las huellas de Retógenes.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Scipion, Megara, *aquel con una venda en la cabeza.*

Meg. Si por fortuna y para dicha tuya
Yo no fuera español y numantino,
Scipion, moririas al momento
Clavado en una cruz.

Scipion. Noble caudillo,
Escuchar dígnate razones breves.
Supongo que serás justo conmigo,
No sospechando, no, que esta algarada
Sería yo capaz.....

Meg. El fementido,
El villano Yugurta, estoy seguro
La preparó, para robar inícuo
La mas preciosa joya de Numancia,
El tesoro de España..... ¡Y te he perdido,
Hija del corazon!

Scipion. Megara ilustre,
No temas por Himilce, yo lo afirmo.
A la Sibila llama y á tu hermano,
El sacerdote y sábio distinguido,
Y á dos ó tres doncellas y matronas,
Que acompañen tu hija á este recinto,

Y lo verás con su gentil presencia
Realzado á mi voz y embellecido.

MEG. ¿Y si el Senado desaprueba en Roma?

SCIP. Dame, dame al momento un pergamino
Para dictar mis órdenes; tus lábios
Con entrañable y paternal delirio
A Himilce besarán: puedes creerme,
Yo, Megara, tambien ávido ansío
Contemplar á tu niña encantadora
En brazos de Retógenes invicto,
Así como tambien quiero á Yugurta
Dar cual merece su ejemplar castigo.

ESCENA II.

Se presenta RETÓGENES *de bracero con su esposa. Acompañan á los dos la* SIBILA *y* ALURO, *y en pos de ellos varios numantinos con cabezas de romanos en la punta de sus lanzas.*

RETOG. Scipion, llega tarde tu justicia.
El infame africano que, atrevido,
En mi cara mitad puso los ojos,
No volverá cual sátiro lascivo
A mirar las beldades españolas.
Al pie del muro su cadáver frio
Queda para escarmiento: que en mi patria
Afrentoso baldon no consentimos.
Mas murió con valor el Mauritano.
Es verdad, y en decirla no vacilo,
Su presa defendiendo valeroso,
Como leon de su pais nativo.

SCIP. Retógenes, te doy la enhorabuena
Por tu victoria..... Y dí ¿guardas conmigo
Rencor ó ciego encono, que deshonre
A contrario leal?

RETÓG. Nunca he creido,
Romano general, tuviste culpa
En ese rapto pérfido.

SCIP. Tu amigo
Soy y seré, si con tan dulce nombre
No te desdeñas, capitan invicto,
De honrarme, y tanto mas, si en este dia
Mi opinion favoreces, cual confío,
Exhortando á Megara á hacer las paces,
Y á firmar un tratado noble y digno.
¿Será posible no desistais nunca
De vuestra pertinacia y desvarío,
Rechazando al ejército de Roma,
Contrariando las leyes del destino?
¿Qué pueblo, qué nacion hasta el presente
Al romano poder ha resistido,
Como la fiera indómita Numancia?
Si quisiérais oir consejos mios.....

MEG. No hables mas, Scipion.

SCIP. Oye razones.

MEG. ¿Razones ó sofismas? Te lo he dicho;
Este es un pueblo libre, y libre quiere
Morir, y morirá libre y tranquilo.
Ya lo sabes: la muerte, antes la muerte
Y la peste y el hambre y esterminio
De cuantos viven en la patria mia,
Ancianos como yo, mozos y niños,
Y cándidas doncellas y matronas,

Casadas y vïudas y mendigos
Y gente acomodada..... Todos, todos
La garganta daremos al cuchillo
Del fiero vencedor por no humillarnos
A la servil cadena envilecidos.
Morir, morir. Si á hundirse llega un dia
El azul firmamento en el abismo,
Opondrá á sus ruinas tremebundas
Su impertérrita frente el numantino.

SCIPION. ¿Y te resignas á perder tu Himilce?
¿A perder de hermosura ese prodigio,
Y su filial ternura y sus caricias
Para siempre, ó Megara?

MEG. Me resigno.

SCIPION. ¡O corazon de bronce! ¿Dó naciste?

MEG. En España, Scipion.

SCIPION. Los altos riscos
Te engendraron del Atlas.

MEG. Es mentira.
De la Libia no soy: soy numantino.

SCIPION. No quiero proseguir.

MEG. Marcha á tu campo.

SCIPION. Adios, Himilce, adios; tus atractivos,
Tu candor y tus gracias me enternecen,
Y tus abriles bellos y floridos.
Pronto, muy pronto, víctima.....

MEG. Mi llanto
Correrá amargo, correrá hilo á hilo,
Mas correrá primero que mi patria
Entregue vil á bárbaro enemigo.

SCIPION. Corazon sin piedad, de tu presencia
Con dolor y amargura me retiro,

Y lloro..... Tú, tambien, triste Megara,
Al ver tu Himilce ya cadáver frio,
Por la ferocidad de cruel padre.....

HIMIL. ¿Eso es ferocidad? Es heroismo.

SCIPION. Ojalá el cielo ablande bondadoso
Tu corazon, Megara, empedernido.

HIMIL. Scipion, no lo esperes, y un momento
Oye el plácido son del plectro mio.

HIMNO.

—

I.

Destruyan las penas
Al pueblo infeliz,
Que á férreas cadenas
Doble su cerviz.

II.

Patria sin ventura,
Poblacion leal,
En la edad futura
Serás inmortal.

III.

Tu noble civismo,
Del grande Scipion
Holló el heroismo,
Holló su pendon.

IV.

De Hesperia, ó Numancia,
Hoy es alto prez
Tu fiera constancia,
Tu digna altivez.

V.

Un dia la España,
Si algun opresor
Intenta con saña
Y ciego furor

VI.

Declararle guerra,
La España dirá:
«Numancia que aterra,
»Hijos, dónde está?

VII.

»Nunca la memoria
»Del pueblo olvideis,
»Que murió con gloria.
»¿No lo imitareis?»

VIII.

¡Miserable vida,
Esclavos vivir!
La patria querida
Nos manda morir.

IX.

Numancia valiente,
Que no vea el sol
Doblegar la frente
Al noble español.

X.

Viva, ciudadanos,
La ibera nacion,
Mueran los tiranos,
Muera la opresion.

SIB.

Ya que la dulce Lira de esa jóven,
Mi hermana, mis delicias, has oido,
Escucha, General, de la Sibila
El fatídico y negro vaticinio.
Tiembla, opresor cruel de los humanos,
Tiembla, tiembla, Scipion, despavorido,
Al oir los acentos que me inspira,
No fabuloso númen del Olimpo,
Que adorais los romanos y los griegos,
Y otros míseros pueblos oprimidos
Por vuestras armas y ambicion insana,
Sino el Númen eterno, el Sér divino,
A cuya voz del tenebroso caos
Salieron esos orbes de zafiro,
Y fúlgidas estrellas y luceros,
Y el sol que eclipsa á todos con su brillo,
Y la pálida luna, de la noche
Reina inmortal, consuelo de afligidos,

Que buscan en los bosques y las selvas
A la opresion y angustias lenitivo.
¿Por qué, por qué hostilizas á este pueblo,
Modelo de clemencia y patriotismo,
Que pudo degollar con justa ira
Las vencidas legiones de Mancino?
Roma, bárbara Roma, ¿así pretendes
Estender tu influencia y tus dominios.
Y del orbe llamarte la señora,
Y tus tesoros acrecer malditos
Con el sudor y sangre de cien pueblos
Que por desgracia están hoy desunidos,
Siendo hermanos, cual de unos mismos padres
(Como los españoles) todos hijos?
Union, union, amados españoles.
Por vivir en discordia divididos,
De agresores tiranos estranjeros
Víctimas ¡ay! sereis siglos y siglos.

SCIPION. ¿No sería mejor que secundases
Mi noble, mi pacífico designio
De terminar con la infeliz Numancia
La desastrosa guerra, que abomino?
¿No sería mejor?.....

MEG. Mientras oprimas
A la ciudad con apretado sitio,
La capitulacion es imposible:
Guerra á muerte, Scipion; te lo repito.

SIBIL. Si una sola República formára
De ciudadanos por la paz unidos
La valerosa gente que hoy habita
De la ibera Península el recinto,
¿Osarian las águilas de Roma,

Osarian alzar vuelo atrevido
Hácia Pirene, á Ródope y á Gadir,
Y á las vegas del Duero cristalino?
Dia vendrá feliz allá en remota
Época venturosa..... Un cetro mismo
Regirá paternal mil y mil pueblos,
Imitadores de Numancia dignos.
Dorado siglo brillará en España
El dia aquel en que africanos, indios,
Y los del Asia, todos compatriotas
Tendrán un solo idioma, un solo rito.
Tus altas glorias, ínclita Numancia,
Resonarán en inmortales himnos
Do quier entonces, infamando el nombre
De Scipion Emiliano, atroz caudillo.
Romano general, escucha, escucha;
Morirás; morirás como un bandido,
Ahogado en triste lecho, sin la gloria
Con que sabe morir el numantino.
Incendia, ó Scipion, destruye, arrasa
Con soldados cien mil á ti sumisos
Esta pobre ciudad, cual arrasaste
Á Cartago infeliz; mas tu destino
Será morir oscuro..... vil envidia
Y vil sicario á la traicion vendido.....
¿Ries de mis palabras; necio, ries
Del funeral anuncio? Yo lo digo,
Y lo dice severa por mi boca
La voz omnipotente del que dijo:
Sea la luz, y apareció dorando
La luz al caos con horror sombrío.

SCIPION. ¿A mí con profecías?

SIBIL. Cuando corte
Puñal agudo de tu vida el hilo,
Dirá la fama la verdad, que anuncio
De Numancia al sacrílego asesino.

SCIP. ¡Mujer desvergonzada!

SIBIL. Ciñan lauros
Con española sangre enrojecidos
Tu frente sin pudor; Dios justiciero
Te impondrá de ese crímen el castigo.
Mientras haya españoles en el mundo,
Mientras haya españolas, que á sus hijos
Amen cual tiernas madres, tu renombre
Maldecirán, maldecirán á gritos.
Desdichado renombre, atroz verdugo,
Renombre para siempre aborrecido,
Que ha de servir á mil generaciones
De escándalo, de horror y de ludibrio.

(Scipion, con visibles muestras de indignacion, quiere responder á la Sibila, pero ciego y ahogado por la cólera, desaparece silencioso de la escena.)

ALUR. Ya no dudo, estranjera, ya no dudo.
Que por tus lábios habla el cielo mismo.
Como habló otra Sibila, que allá en Roma
Se presentó exigente al Rey Tarquino.
Mas cuéntanos la causa que hácia Hesperia
Movió tus plantas. ¿Nadie los peligros
Te indicó de Numancia, y desventuras,
Que en la ciudad magnánima sufrimos,
Y sufren por do quier los españoles
Desde el dia fatal, dia maldito,
Que por la vez primera en estas zonas

Las águilas de Roma volar vimos?

SIB. Escuchad, escuchad. Lúgubre, opaca.
Desde su negro y pavoroso disco
Sangrienta y formidable despedia
La triste luna resplanderes tibios.
El huracan horrísono bramaba,
El azul firmamento oscurecido
Rasgaba el rayo aterrador, y al trueno
Respondian lamentos y suspiros,
Carcajadas histéricas, blasfemias,
Preces humildes, llanto y alaridos,
Y el turbulento mar, que en sus furores
Batia sin cesar playas y riscos.
Yo en cueva solitaria venerando
De Dios la Providencia y poderío,
Prosternéme en el polvo silenciosa,
Sin escrutar arcanos y designios,
Que los ciegos mortales no penetran
En su ignorancia estúpida sumidos,
Si la mano de Dios no abre á sus ojos
Del porvenir el misterioso libro.
Exhalé humilde y férvida plegaria
De fe y amor, cual inocente niño,
Cuando suplica tímido á su padre,
Que lo escucha bondoso y compasivo.
No bien subieron hácia el éter puro
Blandos acentos de los lábios mios,
Calló la tempestad, y alto silencio
Remplazó de repente al bronco ruido.

ALU. Así, tras los horrores del diluvio,
Que borró de la tierra á los inícuos
Descendientes de Adan, sonrió el Iris.

De paz y de esperanza grato signo.

SIB. Al punto con los ojos ó la mente
Vislumbrar parecióme de improviso
Genio inmortal con alas en los hombros,
Mas bello que el lucero matutino.
«Yo soy el ángel tutelar (me dice)
»De la ibera nacion, donde el fenicio
»Sembró de la infernal idolatría
»La simiente que dió frutos malditos.
»Parte veloz, Sibila, hácia Numancia,
»Donde el vulgo tributa culto impío
»Al ídolo Endovélico, labrado
»Por el mas hábil escultor de Tiro.
»¡Obcecados idólatras!..... Anuncia
»Al pueblo infiel, que si el pagano rito
»Por el culto abandona del Eterno,
»Triunfará de Scipion el numantino.»
Calló su boca, y resonó en la esfera
Melodía mas plácida al oido,
Que en pos de larga ausencia á triste madre
Inesperada voz de amado hijo.

ALUR. ¡Vision consoladora! Quiera el cielo
Mirarnos tan benévolo y benigno,
Que aquí todos adoren al Eterno,
Protector de Israel contra el egipcio.

MEG. Mas de una vez, Sibila, el buen Aluro
Haciendo esfuerzos nobles, inauditos
De religioso celo y de elocuencia,
La ciega idolatría alejar quiso
De esta gran poblacion: ¡mas ay! en vano
Augures de Endovélico y ministros
O sacerdotes, á mi dulce hermano

Vencieron por la plebe protegidos.

SIB. Sabedlo, ciudadanos de Numancia.
Feliz hermana tú, que has merecido *(á Himilce)*
Escuchar de mis labios la primera
De tu dichosa pátria los destinos.
Los destinos de Iberia portentosos
Que asombrarán en venidero siglo,
Cuando á las plantas de la España el mundo
Su poderosa voz oiga sumiso,
Y respete sus órdenes, y aprenda
El idioma bellísimo nativo
Del español: el sol en sus provincias
Entonces nunca esconderá su brillo.
Entonces vogarán por mar ignoto
Buscando otro hemisferio los navíos,
En cuya enseña brillarán radiantes
Los leones, las barras y castillos.
Entonces de este suelo venturoso
De fe al impulso y noble patriotismo,
Saldrán luces espléndidas, que alumbren
A los del mundo límites distintos.
¡Dias de paz y gloria!

ALURO. Brille pronto
Esa aurora feliz, que el cielo pio
Promete por tu boca á los hispanos,
Hoy en las sombras del error hundidos.
Mas ¡ay! somos muy pocos en Numancia
Y en toda la nacion los que seguimos
Y fieles conservamos tradiciones,
Que nuestros pobladores primitivos,
De Tubal raza, en esta region fértil
Dejaron al morir. Bien pronto vino

Mercader codicioso de Fenicia,
Tras el aureo metal dado al olvido
Por nuestros aborígenes pastores,
Que vivian dichosos y tranquilos
En sus móviles tiendas y cabañas,
Rindiendo al Criador culto sencillo.

MEG. Dichosa Iberia, mil veces dichosa,
Si jamás, si jamás hubiera visto
La detestable raza de Fenicia
Y al mercader de Rodas y Zacinto.

ALUR. Por las playas pacíficas de Calpe
Aparecieron los veleros pinos,
Que de lejano mar nos trasportaban
Con fútiles adornos y utensilios
Idolos á millares de madera,
De bronce, de cristal, de barro fino,
Toscas obras del arte, ó primorosas,
Que adquirian los pobres y los ricos.

SIBILA. Dia aciago y fatal, en que al Ibero,
Por culpa de estranjeros, los delirios
Y artefactos del hombre miserable
Plugo adorar.

ALUR. Desde el momento mismo
La torpe, la exicial idolatría
Se estendió desde Gádir á los riscos,
Donde el Sicóris nace, como nube
Que destruye los campos en estío,
O cual contagio que inficiona el aire.
Cuyo influjo pestífero y maligno
Deja vastos imperios florecientes
En vasto cementerio convertidos.
Con los númenes falsos estranjeros

La molicie, el desórden y los vicios
Al candor sucedieron y costumbres
De religiosos íberos antiguos.
Comenzaron la guerra y la barbarie,
Los odios, el furor, el fratricidio
Entre los que pedian á la tierra
El oro en sus entrañas escondido.
Su independencia empero conservando
El valeroso, indómito y altivo
Indígena español, holló iracundo
Enseñas cien y cien del sagaz Tirio,
Y tambien del falaz y belicoso
Cartaginés, á quien llamó en su auxilio,
Para vencer traidores, de consuno
De este país á hospitalarios hijos.
Abominable estirpe de Cartago
Introdujo en España sacrificios
De humana sangre, y ofreció en hogueras
El holocausto de inocentes niños.
¡Desventurada Hesperia!

SIBILA. ¡Qué desdichas!

ALURO. Desventurado el pueblo numantino
Que, ciego todavía, ante las aras
A Endovélico adora envilecido,
Del ídolo en la lanza confiando
Que triunfará por fin del enemigo,
Degollando á Scipion y sus falanges
Al pie de nuestros muros derruidos!
¿Quién osa de la plebe abrir los ojos,
Y tal supersticion y fanatismo
Temerario curar, si no le es dado
Maravillas obrar y hasta prodigios?

¿Qué estraño que esa ciega muchedumbre
Pida su libertad al suicidio,
Y quiera arder sus templos, lares, todo.
Y matar á sus padres y á sus niños?
Nosotros los creyentes moriremos,
Mas moriremos de la espada al filo,
Combatiendo á valientes adversarios,
Y no á manos de deudos y de amigos.

SIBILA. La desesperacion del suicida
Reputa cual valor el paganismo,
A los ojos del hombre religioso
Es cobardía, y además delito.

ALURO. Yo solo en este pueblo, sacerdote
De *Aquel* que el agua ensangrentó del Nilo.
Calma los mares, y al mover sus cejas
Retiemblan las montañas de granito,
Y truena el firmamento y arde el rayo,
Y al vacilar los polos, de improviso
Con su mirada acalla las tormentas,
Y asoma el sol, y canta el pajarillo;
Unicas tres familias, que en Numancia
De invasores estraños enemigos
No aprendieron estúpidos errores,
Y á Dios acatan como buenos hijos,
¿Dí, Sibila, pudiéramos nosotros
Con un dique oponernos quebradizo
Al desbordado y destructor oleage
Del idólatra pueblo enfurecido?
Todos hasta morir combatiremos,
Todos sin distincion; que el patriotismo
Nos une y el honor..... Dichoso el pueblo.
De fe divina por el lazo unido!

LA SIBILA PULSANDO EL ARPA.

HIMNO.

—

I.

(Apenas comienza el himno, vienen á oirle muchos guerreros armados y personas de todas clases, edad y sexo. y entre ellas el sacerdote idólatra, que habla despues de cantar la Sibila.)

Oid, oid, numantinos,
El arpa de la Sibila,
Que sosegada y tranquila
Va sus cuerdas á pulsar,
Pues gloria y altos destinos
En época venidera
Quiero á la nacion ibera,
Quiero inspirada anunciar.

II.

¿Contemplais el siglo de oro,
Contemplais en lontananza
Dias de paz y bonanza
Entre cambiantes de luz?
El almo Númen que adoro,
Aunque velado se encubre,
Clara á mis ojos descubre
Ensangrentada una cruz.

III.

Ara del amor divina,
Donde el Cordero inocente
Morirá, cuando la frente
Enlute pálido el sol.
Al pie de la cruz se inclina
Prosternado en triste duelo
El natural de este suelo,
El religioso español.

IV.

Del vil polvo de la tierra
Que tocó de Dios la mano,
Como el réptil y el gusano,
El primer padre nació.
Mas la serpiente que aterra
Con su malicia y su nombre,
Hizo sucumbir al hombre,
Que inobediente pecó.

V.

Feliz culpa! Ved al Verbo,
Hijo de la Vírgen madre,
Hijo del Eterno Padre,
En un establo nacer.
Y ved al rebelde siervo,
Libre ya de su cadena,
Allá en la region serena
Triunfando de Lucifer.

VI.

Dichosa mil y mil veces
Sálduba que el Ebro baña,
Sálduba, gloria de España,
Hoy idólatra nacion,
Cuando cánticos y preces
Oiga la Madre doncella,
Que allí estampará su huella
Cual tierra de bendicion.

VII.

Desde tan solemne dia
Viajeros de opuestas zonas
Adornarán con coronas
El sagrado pedestal,
Do entre hossanas de armonía,
Inspirados por el cielo,
Brillará honrado aquel suelo
Con la planta virginal.

VIII.

Repúblicas, monarquías
Y poderosos imperios
De distintos hemisferios
Envidiarán el blason,
Con piadosas melodías
Venerando humilde el mundo,
Privilegio sin segundo
A la española nacion.

IX.

Mas hoy, infeliz Numancia,
Tu fatal suerte me arredra,
Si al ídolo, muda piedra,
Adora tu ceguedad.
A pesar de tu constancia
Que aterroriza al romano,
Tu heroismo será en vano,
Desventurada ciudad.

X.

Arroja, Numancia, al fuego
Ese inútil simulacro,
Y al Númen adora sacro
Que inspiraba al rey David;
Y sucumbir verás luego
Para siempre á tu adversario,
Pues denuedo estraordinario
Lo destrozará en la lid.

ESCENA III.

Sacerdote idólatra y los mismos. Mientras la Sibila canta las últimas estrofas, este sacerdote hará estraños visages y aspavientos, escandalizado con las palabras de aquella.

SACER. Muera la bruja.
PLEBE. ¡Muera!
SACER. ¡Muera, muera!
La que intenta engañarnos con hechizos
Y absurdos y fatídicos anuncios,

Y con labio procaz, con labio impío
Del augusto Endovélico se atreve
A blasfemar. El ínclito heroismo
Con que afrontamos el furor de Roma,
¿A quién, á quién lo debes, pueblo invicto.
Sino al Dios inmortal que nos protege,
A ese Dios inmortal de quien ministro
Y sacerdote soy, como lo fueron
Mi padre y mis abuelos? ¡Qué delirio!....

PLEBE. Muera la bruja, ¡muera,

SACER. ¡Muera, muera!

SIBILA. Infelices, prestad atento oido,
Y sabreis la verdad, la verdad clara,
Mas clara y luminosa que el sol mismo.

SACERD. ¡Qué obcecacion, Numancia valerosa,
Un momento dudar del poderío
Con que escuda Endovélico á este pueblo,
Tan tierno en su piedad, como aguerrido!
A Endovélico nada es imposible;
¿Deseais verlo? Pues venid conmigo
A ofrecer en sus aras prosternados
Sangriento y agradable sacrificio.
Venid, venid á contemplar sus ojos,
Con grave majestad tal vez sombríos
Y torvos y sañudos. Estrañarlo
No debeis, miserables numantinos.
Hace ya cuatro dias que su templo
No está cual otras veces concurrido,
Ni sangre de animales lo enrojece,
Ni el incienso perfuma aquel recinto.
¿Y te asombras. ó pueblo infortunado,
Que Endovélico muestre su desvío

Y justa indignacion, cuando tú olvidas
Su eficaz proteccion y beneficios?
¿Y te asombras, ó pueblo infortunado,
Que el invasor ejército enemigo
Avance de Numancia hasta las puertas,
Y hasta las ruinas del que fue..... castillo?

SIBILA. Tu lengua enfrena, sacerdote iluso.

SACERD. Endovélico reina en el Olimpo,
Y tú, impostora infame, solo vienes
A entregar la ciudad al enemigo.

PLEBE. ¡Muera, muera!

SACERD. ¡Qué horror! en esta plaza
Donde quedan tan pocos edificios,
Ruinosos todos, puede ya el Senado
Tan solo congregarse. ¿Es permitido
Penetrar hoy en los modestos lares
Del artesano y labrador sencillo,
Ni en solariegas casas y palacios
Del senador y propietario rico?
Todo yace en rüinas, todo yace
Por fieros proyectiles destruido,
Con que nos hostilizan dia y noche
Un ejército y otro sin respiro
Hace ya catorce años. Contra Roma,
Caverna de ladrones y asesinos,
Ya tan solo valernos con su ayuda
Endóvelico puede compasivo.

PLEBE. *Muera, muera* la bruja, *muera, muera.*

SIBILA. Pero escucha razones, pueblo invicto.

PLEBE. *Muera* la bruja, *muera.*

SACERD. ¿Qué razones?
Eres de Roma espía..... Me horrorizo.....

Si el sacro Númen con su lanza hiere
Marmóreo pavimento del antiguo
Y venerando templo, do este pueblo
Lo adora con amor, al repentino
Y sobrehumano golpe de su diestra,
Con sorpresa vereis despavorido
Al numeroso ejército contrario,
Cual un tiempo las huestes de Mancino.
Así respirará la dulce pátria,
Y las águilas, que hoy del enemigo
Amagan á estas ruinas en el polvo
Como el réptil, serán torpe ludibrio
De Numancia, y baldon de Roma eterno,
Y el tercer Scipion por fin vencido,
Su desesperacion y su ignominia
En el destierro llorará proscrito.

SIBILA. ¡Qué error! ¡Qué ceguedad!

PLEBE. La espía muera.

SACERD. Para tener á nuestro Dios propicio,
Inmolé esta mañana religioso
En holacausto montaraz novillo.
Respetuöso augur me acompañaba,
Y el vuelo de las aves y el graznido
Al consultar entrambos, la venida
De esa jóven sacrílega supimos.

SIBILA. ¡Infeliz sacerdote!

SACERD. Las entrañas
Al herir de la víctima, nos dijo,
Nos dijo así con ronca voz el Númen:
Venganza y muerte justiciero pido,
Muerte y venganza! ¿Oís? aplacar quiere
Al Dios airado mi fatal cuchillo,

Derramando la sangre criminosa
De la estranjera audaz. Muera el impío
Que defenderla osare.

PLEBE. *Muera, muera.*

SACERD. Quien su perdon implore, es enemigo
De Numancia inmortal, y morir debe
Cual traidor á la pátria.

HIMIL. Me han herido.

SACERD. ¡A mí tambien! ¡Venganza! A la impostora
Sacrificad, conciudadanos mios,
Si deseais triunfar, cuando la pátria
De caer para siempre está en peligro.

SIBILA. ¡Te perdono, infeliz!

PLEBE. ¡*Muera* la espía!

SIBILA. A todos os perdono, numantinos,
Pues lo manda así Dios que es nuestro padre...
Todos, todos, mi Dios, somos tus hijos. *(Herido el Sacerdote al mismo tiempo que Himilce. espira un momento despues de hablar. Megara. Retógenes y otros se apresuran á socorrer á la moribunda jóven. Continuan cayendo piedras y flechas del campamento romano, que hieren á varios soldados, mujeres y niños. Retógenes retira en sus brazos á la espirante esposa, mientras cae el telon muy lentamente.)*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

MEGARA *enjugándose las lágrimas.*

MEG. ¡Qué dirian los bravos numantinos
Si vieran sollozar, cual pobre niña,
A compañero de armas y de gloria,
A jefe que sus huestes acaudilla!
Al mas antiguo y viejo veterano
De belicosa poblacion invicta,
Que á la cruel república de Roma
Tan solo con su nombre atemoriza,
¿Qué diria mi esposa malograda,
La casta y nobilísima heroina,
Que murió de su pátria defendiendo
La independencia y libertad querida?
¡Mas ay! ella tambien, como yo lloro,
Lágrimas de dolor derramaria,
La muerte lamentando prematura,
La muerte, ó Dios, de tan preciosa hija!
Himilce de mi alma, bella Himilce,
¡Y es verdad, y es verdad, que no respiras
Ni alientas ya para solaz de un padre,
Que contigo vivir solo podia!
¡Suerte fatal! ¡Desgarradora suerte!

¿De qué me sirve ya la triste vida,
Si no he de contemplar aquellos ojos,
Mi luz en otro tiempo y mi alegría?
En pos de los combates mas horrendos,
Cuando brotaban sangre mis heridas,
Tras duras privaciones y peligros,
Y bélicas jornadas y fatigas,
¿Quién el bálsamo dulce del consuelo,
Que del dolor las huellas cicatriza,
Quién con amor y delicada mano
En mi doliente corazon vertia?
Cuando Publio Scipion el vengativo,
Ebrio de saña y de furor embista
La ya abierta ciudad con sus legiones,
Que á la ibera nacion domar confian.
¿Quién me dará la noble fortaleza,
Y en mis venas, que el tiempo ya amortigua,
Inflamará de patrio amor el fuego,
Qué de España á los hijos electriza?
¡Desventurado padre! ¡Triste anciano!
La que de apoyo y báculo servia
En mi longevidad, yace cual rosa,
Que en la pradera el ábrego marchita.
La encantadora, la modesta Himilce.
En deleznable polvo convertida,
Solo me resta ya morir matando
Revuelto entre las haces enemigas.

ESCENA II.

RETÓGENES, MEGARA.

RETOG. ¡Megara!
MEG. ¡Hijo querido!
RETOG. No ese lloro
Enjugues, que tus pálidas mejillas
Humedece, ó buen padre. ¿Quién no gime
Lamentando la muerte de tu hija?
¡Idolatrada Himilce! El sol radiante
En su cenit iluminó mi dicha,
Mas antes que en ocaso llegue á hundirse.
Triste verá tu funeraria pira:
Venganza contra el bárbaro adversario
Que te inmoló feroz, esposa mia,
Y el tálamo nupcial transformó en tumba,
¡Y las rosas de amor en siemprevivas!
¡Venganza, padre mio! ¡Qué inhumano
Es el grande Scipion!..... Una noticia
Hoy debo darte, que aunque asaz infausta,
Es forzoso que sepas.....
MEG. Dila, dila.
Muerta Himilce, que amable y cariñosa
Mi senil existencia sostenia
Con su puro candor y sus virtudes,
¿Qué puede sorprenderme? No intimida
Nada á este viejo ya, que si anhelaba
Prolongar infeliz sus tristes dias,
Fue solo por Himilce, último fruto

De feliz matrimonio. Ya perdida
Para siempre mi esposa, y todos, todos
Los hijos de mi amor, nada me liga
Al mundo de miserias en que arrastro
Mis helados inviernos y desdichas.
Solamente la pátria sin ventura,
Solamente la pátria, todavía
Puede en pié conservarme, pronto empero
Feliz por ella inmolaré mi vida.
Es forzoso, Retógenes querido,
Dar el postrer á Dios á esas rüinas,
Poblacion otro tiempo, y en su campo
Buscar á las falanges enemigas.
Encerrados aquí, como las fieras,
Que encerró el cazador en su guarida,
Para amansarlas con la sed y el hambre,
Y despues con lebreles embestirlas,
¿Qué lograremos?

RETOG. Perecer, Megara,
De inanicion.

MEG. La historia ¿qué diria
De nosotros?

RETOG. Que no pertenecemos
A la indomable raza numantina.

MEG. ¿Recorriste el país, como te dije,
Donde nobles Arévacos habitan
Y fieros Pelendones, que pudieran
Ayudar con su arrojo y bizarria
A la opresa ciudad?

RETOG. Esta mañana,
Al clarear la estrella matutina,
Torné de espedicion tan peligrosa.

Megara, aún me conmueve y horripila
Cuadro desgarrador, que no sin llanto
Vieron mis ojos en la opuesta orilla
Del manso Duero, allí donde recibe
Las corrientes del Tera cristalinas:
En la noche anterior, no bien las sombras
A reinar comenzaron denegridas,
De Numancia salí con dos amigos,
Dos rayos de la guerra. ¡Suerte impía!
Víctimas de civismo.....

MEG. ¿Perecieron?

RETOG. Perecieron al pié de la colina,
Donde la hidalga Lúcia su cabeza
Podrá orgullosa levantar y erguida.
¡Desventurada Lúcia! Nuestras plantas
La ciudad en silencio no bien pisan,
Jóvenes cuatrocientos valerosos
Se cubren con el casco y la loriga,
Y ponderosas lanzas empuñando,
Juran con entusiasta vocería
Fieles morir en aras de la pátria,
Y de Scipion desafiar las iras.
Mas al salir de la ciudad heróica,
El adversario esplorador divisa
Al escuadron valiente, que gozoso
Con sigilo á Numancia se encamina.
En vano por malezas y espesuras,
Y por desiertas y escabrosas vias
Nos dirigimos: el sagaz romano
Junto al bosque fatal de las encinas
Oculto nos espera, protegido
De feraz cordillera por la cima,

Cubiérta de peones y ginetes,
Que por do quier pululan como hormigas
En el ardor de agosto por las eras.
No fue combate aquel..... Carnicería.....

MEG. Cuéntame la batalla, caro hijo.
Ya comprendo la causa por que ardian
Hace poco el alcázar y los lares
De Lucia belicosa. Al fiero Anibal,
Incendiador de la inmortal Sagunto,
El bárbaro Scipion cruel imita,
Al destruir á la infeliz Cartago
Y á esa noble ciudad. ¡Qué alevosía!

RETOG. Aquella fue matanza, como lucha
Entre cien lobos, que feroces lidian
Con brioso leon, que á sus cachorros
Defiende: su pujanza y osadía
Ceden al fin, las víctimas mordiendo
De su furor y saña, cuando espira.
Tal se mostró un puñado de españoles
En la sangrienta y horrorosa liza
Que trabó audaz con cuatro mil romanos,
Y otros tantos y aun mas de la Numidia.
El ejército aquel Yugurta el Moro
Mandaba en la batalla y dirigia,
Batalla en que sellé mi patriotismo
Con esta de mi brazo honrosa herida.
Herida ¡ay! no mortal..... ¿Por qué infelice
Logré sobrevivir? Himilce mia,
No era mejor morir, que de tus ojos
La deslumbrante luz ver estinguida?
Cayó con gloria la española hueste,
Y su rabia Yugurta vengativa

Ostentando feroz, entrambas manos
Cortó á los prisioneros.

MEG. ¡Qué perfidia!
¿Mas qué gritos escucho? Algun demente
Parece que á este sitio se aproxima
Vociferando.

ESCENA III.

TERMA *y los mismos.*

TERMA, *despues de estraños y descompasados gritos de furiosa demencia, se presentará desgreñada y desordenadamente vestida, estrechando á su hijo muerto contra su corazon, y mirando á todos con ojos estraviados y sombríos, recelosa de que le roben el niño. Seguirán á Terma algunos soldados y otras personas del pueblo.*

TERMA. ¡Arrebatarme al hijo
De mis entrañas!..... Dadme pan..... Justicia
Justicia para el niño!..... ya está muerto.....
Me lo quieren robar..... De mis vecinas
Me alimentó la prole..... ¿Eres Yugurta? (*A Megara.*)
¿Por qué matas mi esposo?...... Allí me mira
Scipion y sonrie..... Ven, verdugo,
Dale pan á mi hijo, y asesina
A su madre infeliz..... ¿Me darán agua?
Ayer fue sangre humana mi bebida.....
¡Crueles! ¿Vais á herir al inocente?
El va resucitar..... hace dos dias
Lo estrecho en mi regazo..... Sudor frio.....

¡Qué temblor! ¿Y mis ojos? Ya se eclipsan.
Hielo en mis plantas... fuego en mi cabeza....
Voy en tierra á caer..... mis pies vacilan.....
Hay un Dios en el cielo, numantinos,
Un solo Dios..... que adora la Sibila.....
El justiciero Dios, que invocó Himilce,
El que á Scipion por su soberbia altiva
Dará el castigo eterno que merece,
Y á Roma infiel convertirá en cenizas
Por su impiedad y bárbaros furores,
Y su hidrópica sed de oro y conquistas.....
¡Muero! ¡Perdon, mi Dios! ¿Habrá una madre,
Que de mis manos ¡ay! tierna reciba
Al hijo de mi amor?..... Tú, que en el cielo
Y en la tierra benéfico dominas. *(Cae muerta.)*

MEG. ¡Infeliz! retirad ese cadáver.
¡Cuántos cuadros de angustia y agonía!
¿No vale mas morir como españoles,
Héroicos ciudadanos?

ESCENA IV.

ALURO *y los anteriores.*

ALURO. Horrorizan,
Querido hermano, lúgubres escenas,
Que jamás concibió la fantasía
Del moribundo en su febril delirio.
Ya las llamas devoran y aniquilan
Los edificios de Numancia todos,
Y muchos de sus hijos á porfía,
Luchando con sus mismos compatriotas,

Perecen en refriegas homicidas.
Algunos con veneno se mataron,
Despues de degollar á su familia,
Para impedir al invasor odioso
Arrebatarla á su país cautiva.
No pocos arrojáronse á las llamas,
Queriendo ser pavesas y ceniza
Antes que, uncidos de Scipion al carro,
Víctimas de estranjera tiranía.
¡Numancia fue!

MEG. Pero Numancia triunfa,
Y el fuego de volcan, la llama viva
Del amor pátrio ardiendo, inestinguible,
Nuestro arrojo acrecienta y energía.
A la que fue ¡ó dolor! la dulce pátria,
Donde yacen dichosas y tranquilas
Nuestras prendas de amor en el sepulcro,
Demos la postrimera despedida,
Dejando con la ausencia inevitable,
Dejando el deshonor y la ignominia
Al cobarde Scipion..... vencedor solo
De esos nobles escombros y rüinas.
Marcha, hijo mio, y rompan el silencio *(Se aleja Retógenes.)*
Las trompetas belísonas, que invitan
Los bravos al combate. No sin honra
Morir se nos concede todavía.
Morir como leales.

ALURO. ¿Y qué muerte
Mas decorosa y de loores digna?
Venturosos nosotros, dulce hermano,
Al perder por la pátria nuestra vida!

ESCENA V.

Los mismos, y luego RETÓGENES *á la cabeza de los numantinos armados. Un soldado pone en manos de Aluro la enlutada lira de Himilce. Resuenan las trompetas llamando á los guerreros. Se presentan cuantos puedan caber en el escenario.*

MEG. ¡Qué sublime es la música guerrera!
Ese marcial estruendo y armonía
Despierta el heroismo en almas nobles,
Y aún á cobardes el valor inspira.
No es verdad? No es verdad? ¿A quién, decidme,
Al oir el clarin, no le palpita
El corazon, su patria contemplando,
Por sitiador ejército oprimida?
Hijos mios, las bárbaras legiones
Con que el romano Cónsul hostiliza
A Numancia, esta noche sus paredes
Ya calcinadas asaltar ansían.
¿No es mejor, no es mejor, salir nosotros
En pos de la bandera numantina,
Núnca humillada, nunca, y en su campo
Desafiar las hordas enemigas?

(*Voces de los soldados.*)

«Viva Megara, mueran los romanos:
»Viva la libertad, Numancia viva.»

MEG. Al campamento de Scipion marchemos
A vencer ó morir.

ALURO. La triste lira
Oid, oid de la difunta Himilce.

MEG. ¡Cuánto, cuánto me aflije y martiriza
Su acento recordar!

ALURO. Hermano mio,
Escucha su postrera melodía.

HIMNO.

—

Coro.

A las armas, volad, ciudadanos,
El acero y la maza empuñad,
Y al morir ó vencer á tiranos,
Repetid: *Libertad, libertad.*

I.

Quiso Roma con fiera arrogancia
A los pueblos de Iberia oprimir,
Y venciendo á la antigua Numancia,
De la gloria en el templo lucir.
Mas el bravo y leal numantino,
Con hidalgo civismo y teson,
Afrontando implacable destino
De su patria realza el blason.

II.

El romano salvó de Pirene
Altas cumbres, postrer valladar,
Y aunque invierno maléfico truene,
Sus galeras arriban por mar.
Pobres naves, que pueblan soldados
Con el hielo curtidos y el sol,

Porque son al momento arrollados
Por invicto denuedo español.

III.

De dos jefes, dos jefes hermanos,
Lejos, lejos, allá en Monserrat,
Con la sangre vió rojos los llanos
Y altos montes feliz Llobregat.
Scipiones los dos, y valientes:
¡Mas qué importa su heróico valor,
Si anublaron sus fúlgidas frentes
Ante ibero patriótico ardor!

IV.

Hoy me escucha rabioso de saña
El tercer Scipion, adalid,
Que no quiere salir á campaña
Porque teme cobarde la lid:
Teme, teme caer cual Mancino,
Que en el Duero vencido cayó,
Cuando el fiero y sin par numantino
La de Roma bandera arrastró.

V.

Vedla ornar los escombros del templo
Cual trofeo de gloria inmortal,
Que de estímulo sirve y de ejemplo
De Scipion contra el odio brutal,
Contra Roma y su infame Senado,
El Senado cruel y opresor,
Al que tiene á sus pies humillado
Este pueblo, de Roma terror.

VI.

A las armas veloz, numantino,
A las armas, y al vil Scipion
De la gloria obstruyendo el camino,
Arrebata su innoble pendon.
Su pendon, que esperaba en el muro
De Numancia plantar, y al clarin
De la Fama en el tiempo futuro
Dar su nombre de gloria sin fin.

VII.

A las armas volad, ciudadanos,
El acero y la maza empuñad,
Y al morir ó vencer á tiranos,
Repetid: *Libertad, libertad.*
A las armas con fiero ardimiento,
A las armas, leones, marchad,
Exclamando en belísono acento:
Libertad, libertad, libertad.

ESCENA VI.

Los soldados repiten con entusiasmo el último verso de Aluro. Megara se coloca á la cabeza del pequeño ejército. Retógenes empuña la bandera, y sigue la marcha en el centro de la hueste. Aluro, jefe de los veteranos, cubre la retaguardia. Todos con brio y á paso largo salen hácia el campamento enemigo. No bien desaparecen, se presenta la Sibila.

SIBILA. ¡Infelices! La muerte los espera.
Sin que todo su esfuerzo y valentía

Pueda salvarlos del rencor contrario:
Guerra, guerra infernal, guerra maldita!
¿Qué pueden héroes mil, aun cuando sean
De generosa raza numantina,
Contra ordenadas numerosas huestes
Que cubren esos montes y campiñas?
¡Poblacion sin ventura! He recorrido
Sus plazas y sus calles convecinas.
¡Ni tan solo un viviente! Todos, todos
Perecieron. Asombran y horripilan
Tantos, tantos cadáveres..... mujeres,
Y varones decrépitos y niñas,
Y matronas y jóvenes..... revueltos
En monton y hacinados, confundidas
Entre los esqueletos de animales
Toda clase y edad y gerarquía,
El pobre con el rico, el artesano
Con el soldado y jefe en la milicia.
Roma, opresora Roma, ¿por qué insana
A pueblo inofensivo tiranizas,
Modelo de virtudes?.... Mas ¿qué estruendo,
Qué horrísono clamor, que gritería
Hieren mi oido?.... Quiero ver la lucha,
Aunque á mi corazon atemoriza
El choque de ensañados combatientes,
Cual fieras por el hambre enfurecidas.
Desde este sitio, que á los hondos valles
Cual atalaya altísima domina,
La batalla verán claros mis ojos,
Porque la luna sin celages brilla.
El caudillo, ¡ay dolor! el gran Megara,
El héroe de los héroes allí espira,

Y á su lado Retógenes combate
Por defender y tremolar erguida
La enseña de su patria..... ¡Miserables!
No tantos le embistais..... ¡qué cobardía!
Cien romanos á un solo numantino.....
Mas Aluro á su deudo se aproxima
Con fulmínea espada..... La bandera
Arrojan cautos á inflamada pira,
Donde humean cadáveres contrarios.....
Retógenes cayó..... ¡Fatal caida!
Enemigo tribuno lo degüella;
¡Qué horror!.... Hácia Numancia se retira
Aluro, defendiéndose brioso
Contra chusma de saña embravecida.
¡Dios mio! Proteged al sacerdote
Que por su patria valeroso lidia,
Al piadoso varon inofensivo,
Amante de la paz y la justicia.
Perdonad, perdonad, romanos viles,
Al bardo que quizá perdonarian
Los tigres del desierto, si escucharan
El blando acento de su acorde lira.

ESCENA VII.

ALURO, *un* CENTURION *y varios soldados romanos, que riñen con aquel.*

CENT. Ríndete, numantino.
ALURO. Antes la muerte.
CENT. Pues morirás.
ALURO. No importa: ¿qué es la vida?
Nací para morir.

CENT. No, no matarle. (*A los soldados.*)
Lo manda el General.
ALURO. ¡Piedad impía!
CENT. Ya la hueste por fin, toda la hueste
Que salió de Numancia..... está vencida.
ALURO. ¡Mientes! Vencida no: los españoles
Saben, saben morir con hidalguía,
Pero rendirse ¡nunca! Sois bandidos,
Y no guerreros, que en pelea digna
Combaten cuerpo á cuerpo con otro hombre.....
Como los hijos de la patria mia.

ESCENA VIII.

Al decir estas palabras Aluro, salen atropelladamente por detrás cuatro ó cinco soldados romanos, y lo hieren por la espalda. Aluro cae moribundo, pero sin soltar la espada de la mano.

ALURO. Loor eterno á la inmortal Numancia.
De su estirpe, modelo de energía,
El postrer hijo soy, que alegre muere
Escarneciendo la soberbia altiva
Del cruel Scipion. Tú, bondadosa,
A Dios ruega por mí, casta Sibila. (*Espira Aluro.*)
SIBILA. Feliz patriota, que muriendo libre,
No te encadenará la tiranía!
Víctima respetable de civismo,
Descansa en paz del Duero en las orillas.
Lejos de Babilonia la del Tiber,
Lejos de su infernal idolatría.

ESCENA IX.

SCIPION *con otros jefes y la* SIBILA.

SCIP. ¿Quién mató á ese español? ¿Quién fué el cobarde,
Que á romano adalid infame priva
Del mas glorioso triunfo? El asesino
Sufra al punto la pena merecida,
Muriendo en cruz cual prisionero esclavo.

SIBILA. ¿Quién lo mató feroz? Tu diestra misma,
Scipion Emiliano, que á Numancia,
Y á la ibera península hostilizas. *(Comienza á tronar y á cruzarse los relámpagos.)*
Tú, siervo envilecido, degradado
Del Senado, que déspota domina
En Roma, capital de los latinos,
En Roma, de verdugos vil guarida.

SCIPION. ¿Ya vuelves á insultarme con descaro?
Prended á esa mujer y conducidla..... *(Se dirige á los soldados.)*

Al ir los soldados á prender á la Sibila se oye un trueno horrible, al que precede relámpago deslumbrador. Cae un rayo no lejos de Scipion y demás que le acompañan. Todos caen aturdidos en tierra, menos el General. El Centurion arrodillado levanta las manos y los ojos al cielo, y dice suplicante:

CENT. Omnipotente Jove, que los rayos
Desde las nubes irritado vibras
Con tu candente diestra.....

SIBILA. No blasfemes;
No delires, imbécil, ni mentiras
Profieras, ni á ese Júpiter invoque
Con tal superstición tu boca impía:
Invoca al Hacedor de tierra y cielos,
A quien los negros crímenes irritan.
¿Lo escuchas, Scipion? Dios que, indignado,
A los tiranos sin piedad castiga,
Y acaba con la voz del ronco trueno
De anunciar á la tierra estremecida
El fuego de su enojo, el fuego ardiente;
Ese mismo Señor, su justa ira
Contra ti mostrará, cuando sucumbas
Víctima de feroz alevosía.

....

....

Aquí yace Numancia la española,
Por no ser de estranjeros oprimida,
Por conservar su noble independencia,
Por defender heróica la justicia.
Mientras el sol horrorizado alumbre
Estos yermos escombros y ruinas,
En su clarin pregonará la fama,
Inhumano Scipion, tu cobardía.

POESIAS VARIAS.

Á LOS LECTORES DEL ULTIMO DIA DE NUMANCIA.

DÉCIMA.

Mucho agradece el autor
Al hombre y á la mujer,
Que su drama de leer
Le han dispensado el favor.
Si no merece loor
Este mi trágico ensayo,
Numancia engendró á Pelayo,
A Bravo, á Padilla, al Cid.....
Viva el pueblo de Madrid,
Que la imitó el *Dos de Mayo*.

A LA GRATA MEMORIA

DE LA EXCMA. SRA.

DOÑA CONCEPCION PONCE DE LEON, CARVAJAL Y GONZAGA,

Duquesa viuda de Medinaceli.

SONETO.

Herida por la muerte, que sin duelo
A los reyes y príncipes destrona,

Hoy sucumbió perínclita matrona,
Gloria envidiable del hispano suelo.
De cristiana virtud raro modelo,
Olvidó siempre su ducal corona,
Por lograr la que al justo galardona
En las mansiones fúlgidas del cielo.
Fue la madre del pobre y desvalido,
Del que en la cárcel y hospital gemia,
Consuelo en fin del triste y afligido.
En su memoria, á Dios por eso envia
Plegarias mil, llorando agradecido
El noble pueblo de la pátria mia.

AL CORONEL DE ESTADO MAYOR

D. FEDERICO FERNANDEZ SANROMAN.

Enero de 1868.

Con grato placer leí
Tu romancillo donoso,
En que noble afecto muestras
A Don Rafael Villalobos,
Capitan de infantería,
Escritor, gallardo mozo,
Que la pluma y el acero
Sabe manejar brioso.
Yo tambien le quiero mucho
Porque es alumno de Apolo,
Fiel amigo y compañero,
Buen marido, varon probo.

Recomendando á Narvaez
Su pretension ó negocio,
Hiciste laudable hazaña,
Y mereces mil piropos.
Sin perjuicio de que el vate,
De su entusiasmo en el colmo.
Te dirija sus cantares
De gratitud y de encomio,
Tomo la péñola mia,
Que abandonada en el polvo.
La prosa olvida y el ritmo
Hace ya meses no pocos,
A fin de darte mas gracias
Que hojas verdes á los olmos
Adornan, antes que airado
Brame el ábrego de Otoño.
Ya volando van tus versos
Hácia la *Peña del Moro*,
Que de la inmortal Ramales
Domina allá en los contornos,
Para que el Bardo los lea,
Y en aquel *canton* penoso
Le sonria una vislumbre
De esperanza y alborozo.
Allí el infeliz suspira,
Dulcificando sus ócios
Con la lira, como Ovidio
En la ribera del Ponto.
Por fortuna ó por desgracia
Yo, caro amigo, conozco
A Ramales que, aunque humilde,
Al mundo llenó de asombro.

Todavía me estremezco,
Todavía gimo y lloro.
Cuando recuerdo las huestes
Que allí con feroz encono,
A pesar que de Cervantes
Hablaban la lengua todos,
Destrozarse en lid sangrienta
Vieron húmedos mis ojos.
Jamás la impía Discordia
Vuelva á encender en el horno
Del infierno horrible tea,
Turbando nuestro reposo.
Jamás el cielo te lleve
A bosques, cerros y sotos,
Que de la estéril Siberia
Parecen el cuadro propio.
De sus montañas y riscos
Ojalá se aleje pronto
El amigo que allí sufre,
Cual preso en un calabozo;
Y de la bella Barcino
En los campos deliciosos
Halague su frente orlada
El apaciblo favonio.
Allí espera su consorte,
Cuyo simpático rostro
Es, como su corazon,
Infantil, noble y hermoso.
Ruega al de Loja otra vez,
Y el ejemplar matrimonio
Saldrá, por influjo tuyo,
Del mas cruel purgatorio.

NAPOLEON III EN SEDAN.

SONETO.

Al desdichado Napoleon tercero,
Que anhelaba laurel de triste gloria.
Inexorable llamará la historia
Tímido y sin fortuna aventurero.
Hoy ocupára el trono su heredero,
Si al padre (aún sin reirle la victoria)
La falange de honor viera pretoria
Morir allá en Sedan, como un guerrero.
A pesar de su cínica arrogancia,
Entregó sin pudor al Rey prusiano
La espada vírgen, con horror de Francia.
Esperó dominar cual sóberano
En Berlin con estúpida jactancia,
Y el que aspiró á jigante, ya es enano.

AL VENERABLE FRAY DIEGO DE CADIZ.

Diciembre de 1873.

Tú, de mi pátria blason,
Capuchino humilde y santo.
Que en vida rogabas tanto
Por la española nacion,
Al contemplar su afliccion,
Su paz turbada y sosiego

De discordia por el fuego,
Pide al Señor este dia,
Que á la feroz anarquía
Aleje de aquí, Fray Diego.

AL GENERAL ESPARTERO.

SONETO.

Buen veterano, intrépido Espartero,
Tú, que humillaste la exicial bandera,
Que defendia con furor Cabrera,
Y con teson el cántabro guerrero,
Acepta el parabien, Don Baldomero.
Del viejo trovador que te venera,
Un dia del Nervion en la ribera
Testigo de tu gloria y compañero.
La dulce libertad triunfó en Luchana:
Con fraternal abrazo de hidalguía
En Vergara cesó lucha inhumana.
Huyó de España la discordia impía;
Y cantando de amor sublime Hossana
Dichosa respiró la pátria mia.

AL TORNADIZO GIL.

SONETO CON ESTRAMBOTE.

Del Rey Fernando en vida, Gil preclaro.
Fuiste desaforado *absolutista*,

Moderado á su muerte, y *progresista*
Meses despues, con cínico descaro.
Eres modelo de constancia raro:
Republicano ayer, y aun socialista,
Hoy en defensa del pendon carlista
Morir, morir juraste sin reparo.
¿De la civil discordia en la cloaca
Al revolcarte, puf, voltario mudas,
Tantas veces, compadre, de casaca?
Aunque en sofismas gárrulo te escudas.
La prensa con razon te da matraca,
El pueblo con razon te llama Judas;
Y nadie abriga dudas
De que eres en política un Protéo,
Y en cuánto á religion..... solemne ateo.

Á LA POETISA AVELLANEDA.

ROMANCE.

He leido y estudiado
Con singular complacencia
La coleccion de tus obras
Ultimamente reimpresas,
Que en mis consagradas manos
Te plugo poner atenta,
De tu cariño filial
En demostracion y prueba.
Recibe pues de este viejo,
Recibe de un ex-poeta
Las gracias mas afectuosas
Que espresar puede mi lengua.

Item mas, querida Tula,
Recibe la enhorabuena,
No propia de cortesanos,
Sino cordial y sincera.
Haces bien, ilustre amiga,
Gastando muchas talegas,
De tu prosa y de tus metros
En una edicion completa.
Si en este bárbaro siglo
De ateismo y de soberbia,
Que olvida el nombre de Dios,
Y su amor y Providencia,
Si en estos aciagos dias
Hallar un lector apenas
Pueden los ínclitos cisnes
De Mantua, de Esmirna y Tebas,
¿Qué importa? ya lucirán
Auroras de paz mas bellas
Para las hijas del canto,
Para las doctas Pimpleas.
Proudhom, genio del abismo,
Inspirado en las tinieblas
Del caos, y cual Bandarra,
Y Balan, falso profeta,
Con estoica gravedad
Vaticinó sin vergüenza,
Que la noble poesía
Pronto dormirá en la huesa.
Con perdon de aquel monsieur,
Que gente imbécil venera
Como á un Dios, aunque fue solo
Un demonio ingerto en bestia,

Hasta el sentido comun
Pregona y dice á la tierra,
Que vivirá el dulce ritmo
En tanto el sol resplandezca.
En tanto que á los mortales
Aflijan dolor y penas,
Buscarán solaz y calma
Del arpa en sonoras cuerdas:
Y habrá sublimes cantoras,
Y habrá sublimes poetas,
Que consuelen á los hombres
En incurables dolencias.
En las dolencias del alma
(Yo lo sé) que blandas templan
Humilde plegaria al cielo,
Resignacion y paciencia.
En las dolencias del alma,
Que dulcifica y aleja
El sonido de una lira,
Como la tuya halagüeña.
Divina, como la tuya,
Gertrudis, que al mundo alegras
Y hechizas con tus cantares
De gloria imperecedera.
Un anciano, que á tus versos
Debe alivio en las tristezas,
De la débil senectud
Inhumanas compañeras,
Entusiasta, agradecido,
Te proclama sin reserva
De españolas poetisas
La Emperatriz y la Reina.

Á SAN FERNANDO.

SONETO.

Enero de 1874.

Santo y glorioso Rey, de Alfonso Nono
Hijo inmortal, que desde el almo cielo
Ardiendo en guerra ves tu pátrio suelo
De la discordia atroz por el encono;
Ante las gradas del zafíreo trono
Del que brotan amor, paz y consuelo
A la tierra de lágrimas y duelo
Cuando dice Jehová: *Yo la perdono;*
Ruega, ó Fernando, por la pobre España.
Que del Señor merece los enojos
Por sus pecados de impiedad tamaña;
Y en nuestros campos, hoy de sangre rojos.
Terminará la fratricida saña,
Si Dios nos mira con benignos ojos.

Á NAPOLEON I.

SONETO.

Miente la Francia, miente el orbe entero.
Miente la historia, en fin miente la fama.
Cuando á Napoleön necia proclama
Héroe digno de Píndaro y Homero.

Solo aquel es un héroe verdadero
Que, como el paladin de noble dama,
Toda su sangre con valor derrama
De la pátria en favor, cual caballero.
Murieron por el corso tres millones
De la estirpe de Adan. Pobres humanos!
Víctimas ¡ay! de agenas ilusiones.
Eran hijos de Dios..... todos hermanos.....
Maldicion á bastardas ambiciones;
Maldicion, maldicion á los tiranos.

Á JUAN DE LANUZA,

Justicia mayor de Aragon, devotísimo de la Virgen del Pilar; dedicándole el autor su leyenda religiosa, la Virgen de la Academia.

A ti, que por la pátria sucumbiste
Tu vida y juventud sacrificando
Con el noble heroismo de un valiente.
Con la calma sublime de un cristiano,
A ti ofrezco, perínclito Lanuza,
En este pio religioso canto,
Los ecos de un aliento que se apaga (1),
Por la desgracia y por la edad cansado:
Los ecos de mi voz, cuyos acentos
Vuelven á celebrar con entusiasmo
El dulce nombre de la Madre Virgen,
Que en Zaragoza visitó á Santiago:

1) Dos versos de Quintana.

La de Dios y los hombres Vírgen Madre,
Que te escudó con su divino manto
Cuando, cual digno aragonés, humilde
La invocaste al morir en el cadalso:
Cadalso, para ti blason de gloria,
No para el Rey, empero, castellano,
Que de Aragon á los heróicos hijos
No supo gobernar sin agraviarlos.
Murió el Rey infeliz (Dios lo perdone)
En tiempos en que viendo los humanos
Al ángel acercarse de la muerte
Con pie veloz, ó bien á lento paso,
Al cielo alzaban sus dolientes ojos,
En lágrimas filiales empapados,
Al Criador, como bondoso Padre,
Ofreciendo su vida en holocausto.
Así morir supiste, buen Lanuza,
A Felipe segundo perdonando,
Mientras que la ciudad, reina del Ebro,
Vió tu sangre correr con lloro amargo.
El reino todo se vistió de luto,
Y de este modo grave y mesurado
Protestó contra el Rey, que holló del pueblo
Las Leyes y los Fueros venerandos.
Perdon, víctima ilustre, si al nombrarte,
Un recuerdo cruel..... el mas infausto
Para los hijos de Aragon leales,
Evocar de otro siglo osan mis labios.
Mas ¡ay! varon piadoso, ¡qué felice
Fuiste por no alcanzar dias aciagos,
En que vivimos al presente muchos
Que, como tú, á María veneramos!

Justicia de Aragon, Juan de Lanuza.
De lealtad y pundonor dechado;
O tú, que cual católico adoraste,
Al morir, de la cruz el leño santo,
¡Qué distinto es el siglo *diez y nueve*
De aquel siglo feliz, siglo *dorado*,
En que la santidad, armas y letras,
Como soles, espléndidas brillaron!
¡Siglo dichoso! Al sucumbir tranquilos
Como tú, los Padillas y los Bravos,
Del patíbulo al pie solo pensaban
En la víctima santa del Calvario.
Me estremezco, Lanuza, al indicarte
Las palabras que ayer *Elíseos campos*
Oyeron con horror; los pensamientos
Por boca femenina publicados.
En Madrid, en Madrid, famosa cuna
De San Isidro, Labrador preclaro,
Hijo del pueblo, tan impías frases,
Tan sacrílegas ¡ay! se pronunciaron,
Que nunca en tus oidos, nunca, nunca.
Religioso Lanuza, resonaron,
Ni jamás pudo entonces repetirlas
El eco fiel en territorio hispano.
Desde que osó invadir á nuestra pátria
Un sultan estranjero y sanguinario,
Avido de amarrarla á su coyunda
Y encadenarla como á vil esclavo,
Desde entonces, Lanuza, desde entonces
Somos los españoles desgraciados,
Muy desgraciados ¡ay! porque á otros pueblos
Cual ovejas, cual monos imitamos.

Desde entonces las guerras intestinas,
Y de opuesta opinion los adversarios
Se hostilizan impíos..... ¡Pobre España,
La que el digno Lanuza amaba tanto!
Murió el monarca ibero, y el suspiro
Que exhaló postrimer, el grito infando
Fue de lucha feroz entre españoles,
Sin recordar jamás que son hermanos.
Rebramó la discordia, tronó bronco
El cañon infernal en el Maestrazgo,
En Vasconia, Cantabria y las Castillas:
Mas yo al grito de horror, guerra y espanto.
Di religiosos, plácidos consuelos,
Con el amor que inspira el santüario,
No solo á mis heridos feligreses,
Sino á infelices del carlista bando.
¡Qué pena, qué dolor, noble Lanuza,
Para un pecho español, que no es de mármol.
De fratricidas luchas desastrosas
Observar, *por deber*, sangriento campo!
¡Por qué, por qué de bárbaras escenas.
Que estremecen despues de cuarenta años.
Fueron testigos fieles mas de un lustro
Mis ojos turbios de amargoso llanto!
Desde entonces, tenaz hipocondría
En mi pecho se ceba lacerado,
Cual reptil venenoso, que en su seno
Abrigó sin recelo niño incauto.
Desde entonces deploro de mi pátria,
De la pátria del Cid y de Pelayo,
Desventuras, que en lágrimas de sangre
Lloran los españoles ciudadanos.

Los españoles dignos..... mas no aquellos
Que, con hambre rabiosa de oro y mando,
Trasformar consiguieron á su pátria
En la imágen terrífica del caos.
El noble pueblo, el triunfador invicto
De los cartagineses y romanos
En Sagunto y Numancia, y de agarenos
En el Genil y Betis y el Salado,
El que holló á Motezuma y á los Incas,
Y domeñó á los griegos en Bizancio,
Y de Orán escaló los balüartes,
Y anonadó á los turcos en Lepanto,
Y al déspota del Sena vió en el polvo
No bien rugió Madrid..... el *Dos de Mayo;*
Ese pueblo inmortal sufre al presente
Que le opriman pigmeos y tiranos,
Risibles tiranuelos, enanillos
Que, haraposos ayer y hasta descalzos,
De la miseria pública se mofan
Desde sus quintas, coches y palacios.
Ese pueblo inmortal, ¿por qué no escucha
La voz ya débil de doliente anciano,
Que en aras moriria de su pátria
Por no verla infeliz?..... El cielo santo
A la España proteja bondadoso,
Con nuestros infortunios ya aplacado.
En el Tártaro hundiendo á la Discordia,
Que turba y ensangrienta el suelo patrio.
Entonces, de la paz riendo el iris,
No volverán cabilas á insultarnos,
Ni asesinar podrán desde sus playas
De Aragon y Castilla á los soldados.

No son del pueblo, no, los enemigos
Hordas de los alarbes africanos,
Sino ambiciosos viles, que lo emboban
Como sirenas con sus torpes labios;
Serpientes engañosas que lo adulan
Con palabras de miel y con halagos,
Y ciervos que al leon adormecieron,
Para servirse de él como de andamio.
Subieron ellos de su audacia en alas
Mientras el pueblo..... el pueblo mas hidalgo
De las naciones todas, en el polvo
Hundido yace, pobre y humillado.
Ilustre aragonēs, feliz mil veces,
Mil veces feliz tú, que los estragos
Y rüinas de lides y discordias
No viste, como yo desventurado.
Feliz, feliz, porque á la Vírgen santa
Demandaste con fe su dulce amparo,
Al contemplar tus ojos sin pavura
En patíbulo ¡ó Dios! tu fin cercano.
Si en este negro valle todavía,
En este valle, de dolor y espanto,
Las auras de la vida respiraras,
Católico, inmortal zaragozano,
Hoy escucháras como dócil niño
La leyenda que humilde te consagro,
Porque es en ella de María el nombre,
Con cánticos de amor preconizado.
Leyenda pia, que en formal promesa
Ofrecí ante divino simulacro
De la Madre de Dios, para que ampare
A la pátria infeliz de San Fernando.

Tú tambien, tú tambien, patricio insigne,
Llamaste fiel con moribundo labio
A María, esperanza de este pueblo,
Que sus auxilios nunca imploró en vano.
Adios, Lanuza, á tu memoria ofrece
Un viejo aragonés, humilde bardo,
Los ecos de un aliento que se apaga
Por la desgracia y por la edad cansado.

Enero de 1872.

AL GRANDE ALEJANDRO.

SONETO.

Maldicion á tus hórridos laureles.
Que adquiriste en el Gránico y Arbela,
Ávido de la gloria, que desvela
Con sueños vanos de ambicion crueles:
Dichoso fuiste en plácidos vergeles,
Que embalsama la flor de la canela,
Himnos oyendo y blanda cantinela,
O premiando á Lisipo y Praxiteles.
Aquiles ¡oh dolor! sañudo y fiero
Fatal envidia despertó en tu alma,
Cuando leiste al inmortal Homero.
Feliz el vate que pasiones calma,
Mas no el que inflama á bárbaro guerrero,
Al conquistar feroz sangrienta palma.

A LA SEÑORA INFANTA

DOÑA MARIA LUISA FERNANDA,

DUQUESA DE MONTPENSIER.

EPÍSTOLA.

Beati qui in Domino moriuntur.

Dichoso el justo, que libre
De la cárcel de su cuerpo
Muere en Dios, y deja el mundo
Por su pátria, que es el cielo.

No llores, no, desconsolada Madre,
La precoz muerte de tu dulce hija,
De la bondosa Amalia, que ha volado
Al seno del Señor. ¡Dichosa niña!
Dichosa veces mil, que ya los valles
De dolor y de lágrimas no habita,
Y entona con los ángeles del cielo
Cánticos de inefable melodía;
Aquel Hossanna, que los justos oyen
En su pátria feliz, pátria querida,
Cuando repiten, *Santo, Santo, Santo.*
De la Sion eterna las colinas:
Cuando las arpas y salterios de oro,
Que espíritus alados á porfía
Pulsan acordes, del Señor ensalzan

La bondad con los hombres infinita:
Cuando resuenan en sublimes himnos
Al Verbo inmaculado, y á María,
Su Madre Beatísima, loores
Que del cielo acrecientan las delicias.
¡Amalia venturosa! La inocencia,
La inocencia infantil, que embellecia
El alma angelical de aquella vírgen,
Hoy azucena pálida y marchita,
Este destierro miserable y triste,
De vicios y de crímenes guarida,
Este destierro que creó el pecado,
¿Habitar por mas tiempo merecia?
No, no, llorosa Madre. Dios te manda
Que no solloces mas, que ya no gimas.
Porque de paz y de salud al puerto
Arribó de tu Amalia la barquilla.
Madre, Madre feliz, cese tu llanto,
Y contempla desde hoy leda y tranquila
El panteon sombrío, que en San Telmo
Silencioso conserva sus cenizas.
Cuando al nacer la rubicunda aurora
Alegra al mundo con su dulce risa,
O dora el sol con sus fulgentes rayos
Aquella negra y fúnebre capilla,
Y te encuentran postrada al pié del ara
Que el cadáver encierra de tu hija,
Su prematura muerte lamentando,
Y ofreciendo al Señor lágrimas pias,
¿Oyes, Madre feliz, oyes las voces
De cariño filial, voces sentidas,
Voces de paz, que el tétrico silencio

Rompen süaves de la tumba fria?
Escucha, noble Infanta, al pobre anciano
Que esta epístola humilde y mal escrita,
Pero inspirada por la fe cristiana,
Que el alma eleva á la region divina,
Tiene el honor de dirigirte; escucha,
Y sabrás, consolada y complacida,
Misterios del sepulcro por mis lábios.
Misterios que de oir eres muy digna;
Arcanos que el cruel filosofismo
De nuestro siglo desdeñoso mira,
Aunque al triste que llora, y á Dios teme,
Esperanza y consuelo facilitan.
El diciembre glacial con sus escarchas
De San Telmo los árboles cubria
El dia diez y seis, cuando las ocho
De la mañana en la Giralda antigua
Súbito suenan. Tu cristiano esposo,
Al oir la campana, de rodillas
Se postra ante la Cruz, que de su Amalia
El féretro defiende y patrocina.
Se persigna piadoso, da un suspiro,
Y humedecen sus pálidas mejillas
Lágrimas dolorosas. ¡Era Padre
De aquella prenda por la Muerte herida!
Yo, Ministro de Dios el mas indigno,
Comienzo el sacrificio que eterniza
Entre los vivos el amor del Verbo,
Y á los difuntos eficaz alivia.
Tomo en las manos Hostia sacrosanta,
Y elevando los ojos con fe viva,
La ofrezco á Dios por el descanso eterno

De la Infanta que allí yace adormida,
Y atónito vislumbro que las puertas
Del monumento fúnebre á mi vista
Abiertas aparecen, y una jóven,
La sien de rosas y candor ceñida,
Del túmulo saliendo, radiänte
Y bella como el alba matutina,
Abre sus lábios de carmin, y dice
Con apacible angelical sonrisa:
«Anciano, que en sufragio de mi alma
»La Sangre del Cordero sin mancilla
»Has ofrecido, la que aplaca y templa
»Su enojo santo á la eternal Justicia,
»A mis amados Padres di que calmen
»La tristeza mortal, que martiriza
»Sus tiernos corazones, por mi ausencia
»Heridos, destrozados todavía.
»En lugar del destierro pavoroso,
»Tierra de proscripcion, tierra maldita,
»Que la culpa de Adan legó á su estirpe.
»Me espera la mansion de paz y dicha,
»De perdurable dicha y paz eterna,
»Que no turban jamás, ni la perfidia
»Con sus furores bélicos, ni el crimen,
»Ni el error, la calumnia y la mentira.
»Venturoso el cristiano que en la cuna,
»O en el abril ameno de su vida,
»Libre del mundo vuela al firmamento,
»Como la estrella errante fugitiva.
»Mi cuerpo se quebró, de frágil barro,
»Cual se suele quebrar vaso de arcilla
»O copa de cristal, que con un soplo

»Los bramadores vientos aniquilan.
»Mas el alma inmortal, de Dios imagen,
»Que al deleznable polvo enaltecia,
»Como veloz paloma alzó su vuelo,
»Y del Señor los brazos hoy la abrigan.
»¡Gloria al Señor! El ángel de la muerte
»Cortó el estambre de mi edad florida,
»Insciente el corazon de afanes tristes,
»Y mis ojos exentos de malicia.
»¡Gloria al Señor eterna!..... Sacerdote.
»Que con lágrimas ruegas y suplicas
»Por mi eternal reposo, di á mis Padres
»Que al Altísimo ensalcen noche y dia,
»Porque su Amalia sucumbió dichosa
»Cuando la flor gallarda y purpurina
»De mi creciente primavera, apenas
»A su amor entrañable sonreia.
»¡Inefable bondad! Dios me ha librado
»Del acerbo dolor, de las cüitas
»Que la madura edad hieren crueles
»Cual penetrante envenenada espina.
»¡Amados Padres! ¡Padres de mi alma!.....
»El Señor con su diestra los bendiga,
»Y á mis dulces hermanos, que consuelan
»Tamaño padecer con sus caricias.
»Prendas del corazon, aún vive Amalia;
»No para siempre la lloreis perdida;
»Vive en Dios, y otra vez, tierna abrazaros
»En su clemencia paternal confia.»
Calló, Señora, y se volvió al sepulcro
Que de la Redencion la Cruz cobija,
Y resignado ya besó tu esposo

Los Corporales al finar la Misa:
Los Corporales que, segun refiere
La tradicion jamás interrumpida,
Siempre besaron Príncipes, Infantes
Y Reyes de Aragon y de Castilla.
Con la humilde plegaria el digno Padre
Disipó su anterior melancolía;
Porque es del corazon bálsamo grato,
Que pesares humanos dulcifica.
Con la oracion á Noé salvar fue dado
Del enojo de Dios á su familia,
Y los justos con ella oponen siempre
Al infortunio poderosa ejida.
Con la oracion tambien, cristiana Madre,
Adorando de Dios, fiel y sumisa,
La mano paternal, tus aflicciones
Trocarás en dulcísima alegría.

Madrid 25 *de Enero de* 1871.

A LA MUERTE DE MURAT.

SONETO.

El cobarde asesino, el vil sicario,
Que de hiena cruel nocivo jugo
Mamó al nacer, el bárbaro verdugo
Del madrileño pueblo hospitalario;
Murat en fin, el mónstruo sanguinario,
En vez de domeñarnos con su yugo
(¡Oh Justicia de Dios, así te plugo!)
Años muere despues como un corsario.

Al soñar con espléndida aureola
Ornar de nuevo y realzar su frente,
Una mano sorpréndele española,
Y al que vertió en Madrid sangre inocente.
Un consejo de guerra justo inmola:
Leccion para tiranos elocuente.

ADHESION AL CONCILIO VATICANO.

Aunque vigor y juvenil denuedo
No me ornan ya desde que soy anciano,
Y con mi débil temblorosa mano
Escribir y firmar apenas puedo,
Adherido á la fe de Recaredo,
Cuando el error al abjurar arriano,
Regocijó al Pontífice romano
Y á la Iglesia de Diós allá en Toledo;
Con el favor y amparo de María,
Y de gracia eficaz con el auxilio,
Que prosternado imploro..... no me arredro.
¡Feliz si derramar la sangre mia
Lográra yo en defensa del Concilio,
Que el Sucesor preside de San Pedro!

AL CORDOBÉS ALMANZOR,

PROTECTOR ENTUSIASTA DE LA LITERATURA ARABE.

SONETO.

Intrépido Almanzor, terror y espanto
De la cristiana y dulce pátria mia,
Tú, cuya fiera indómita osadía
Castigó con la muerte el cielo santo;
No temas, no, que en mi sonoro canto
La paz yo turbe de la tumba fria,
Donde tus huesos yacen desde el dia
En que espiraste con rabioso llanto.
Fuiste rayo de guerra en los combates.
Por sostener de tu Califa el trono,
Que hostilizaban pérfidos magnates.
Con digna admiracion, no con encono
Te recuerdo, ó Mecenas de los vates,
Y tus hazañas bélicas perdono.

Á CARLOS III.

SONETO.

Si á tu padre y señor Felipe quinto
Ciñó la sien en la marcial pelea
Con funesto laurel que centellea,
El Númen de la guerra en sangre tinto:

Si de olivo y espigas y jacinto,
Con florida guirnalda que verdea,
Feliz Fernando Sesto se recrea
De la mansion Real en el recinto,
Tú, bondadoso Cárlos, de españoles,
Benemérito rey, tu augusta frente
Nos muestras deslumbrante de arreboles,
Al reflejar la luz resplandeciente
De cien ingenios, fúlgidos cual soles,
Que tu reinado ilustran floreciente.

A CRISTINA DE SUECIA.

SONETO.

Reina inmortal de la aterida Suecia,
Que en las páginas vives de la historia,
La sien ornada de brillante gloria,
Como la bella Aspasia, honor de Grecia;
Tu corazon magnánimo desprecia
El cetro y paternal ejecutoria,
Cual vano polvo y deleznable escoria,
Que desparecen cuando el viento arrecia.
Te plugo renunciar diadema de oro,
Llena siempre de abrojos y de espinas,
Que brotan sangre, que producen lloro.
Y entre vates y nobles heroinas
Graba tu nombre el apolíneo coro
De las Musas, que amable patrocinas.

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CRUCIFICADO.

SONETO.

Eres Padre de amor, no juez severo;
A pesar del insano desvarío
Con que mi libre y mísero albedrío
De la virtud abandonó el sendero,
Mírame al pie del áspero madero,
Del sacrosanto leño en que confío,
Ara donde espiraste, Jesus mio,
Víctima pura, cándido cordero.
Señor, escucha mi tardío lloro;
Me llamas, y á la voz de mi conciencia,
Postrado ante la Cruz, tu gracia imploro.
¿Negarás á mis culpas indulgencia
Cuando tu sangre, que ferviente adoro,
Publica mi perdon y tu clemencia?

Viernes Santo de 1871.

A LOS SANTOS INOCENTES.

SONETO.

Cándidos niños, flores y primicias
De los mártires que hoy pueblan el cielo,
Tiernos hijos de madres sin consuelo,
Que os llamaban su amor y sus delicias:

Vosotros, que sus brazos y caricias
Sin lágrimas dejásteis y sin duelo,
Por dar al padre Abrahan en raudo vuelo
De salud y perdon santas albricias;
Con Justo, con Pastor y Dominguito,
Angeles bellos de la pátria mia,
Rogad á Dios por el país bendito,
Que bondadosa visitó María;
Rogad que aquí desaparezca el rito
De la audaz y sacrílega herejía.

EL PALACIO DE CASTILLEJA.

—

LEYENDA.

I.

Del Guadalquivir ameno
En la frondosa ribera,
Entre olivares y viñas
Aparece Castilleja,
Pueblo aunque pobre y humilde
De gloria inperecedera,
Porque allí murió Cortés
En el olvido y pobreza.
Hoy lo realza un palacio,
Con dos torres paralelas,
Que de sus dueños publican
El gusto y magnificencia,
Y además el patriotismo
Del Príncipe que á mi tierra
Vino á buscar una esposa,

Tan cristiana como bella.
Feliz Príncipe mil veces
Que, para endulzar las penas
Heredadas por el hombre
Aunque Rey ó Papa sea,
Halló dichoso en España
Una augusta compañera,
Que hoy es madre de seis hijos,
De casto amor dulces prendas.
Venturoso matrimonio,
Que ni la audaz y parlera
Y atroz calumnia manchar
Osó con su torpe lengua.
Venturoso matrimonio,
Cuyas costumbres austeras
A sus niños y criados
Con su buen ejemplo enseñan.

II.

Viendo los dignos consortes
Ruinosa ya la modesta
Habitacion do Cortés
Sufrió su final dolencia,
Compraron aquel recinto,
Aquellas paredes viejas,
Que del héroe moribundo
Oyeron la voz postrera;
Y en palacio trasformaron
La ya vetusta vivienda
Del que el mejicano imperio
En pro conquistó de Iberia,
Y con amenos jardines

Y estátuas de bronce y piedra
Lo adornaron, y con fuentes
Que flores y árboles riegan.

III.

Allí un salon aparece,
Cuyas paredes ostentan
A los atónitos ojos
De viajeros y viajeras
Bustos del noble caudillo,
Y retratos mas de treinta,
De su edad viril, anciano,
Y hasta de su adolescencia.
El arte del griego Apeles,
Y grabados en madera,
Grandes cuadros, miniaturas,
Fotografía moderna;
En fin, cinceles divinos,
Honor de las dos Hesperias
Y otros pueblos, do brillantes
Las nobles Artes descuellan,
Allí lucen como el sol
De Sevilla ó de Valencia,
Y al períclito guerrero
Muy al vivo representan,
Ya cuando imberbe empuñó
La espada por vez primera,
Cuando venció á Motezuma,
Y al sucumbir en la huesa:
Porque los ilustres Duques
En España, en Inglaterra,
Italia, Bélgica, Holanda

Y otras naciones diversas,
Buscaron con avidez,
Y con oro y diligencia
Adquirieron las efigies
Del que espiró en Castilleja.
Si un rey ingrato, olvidando
Sus inmortales proezas,
No les dió, como debia
Merecida recompensa,
Hoy en el año de Gracia
Mil ochocientos setenta,
La negra mancha no vemos
De la ingratitud aquella.
Preclaros hijos de reyes
Guardan de memoria eterna
Un monumento al caudillo
De Medellin la estremeña.

IV.

Lo que da mayor decoro
Y brillantez al palacio,
Que los respetables Duques
De Montpensier levantaron,
Es oratorio devoto,
Do piadosos y cristianos
Ruegan del héroe difunto
Por el eterno descanso.
En el fondo del altar
Se ve del Crucificado
Una sacrosanta imagen
De marfil y gran tamaño,
Que, segun la tradicion,

Los españoles llevaron
Al zarpar desde la Habana,
Hácia el suelo mejicano.
A la capilla enaltece
El cáliz sobredorado
Que Bartolomé de Olmedo,
Religioso Mercenario,
En Zempoala y Otumba
Elevaba en holocausto,
Al ofrecer al Eterno
La Víctima del Calvario.
Cuando los Duques habitan
El recinto venerando
Del que en su ataud Cortés
Salió para el campo santo,
Con sus candorosos hijos
Y huéspedes y criados
Asisten siempre á la Misa,
Cual católicos romanos.

V.

Con sus bramadores-vientos,
Con sus escarchas y nieves,
Aterrador, espantoso,
Reinaba el yerto diciembre.
Desde el invierno de mil
Ochocientos veinte y nueve,
Que en sus cadenas de hielo
Esclavizó las corrientes
Del Tajo y del Manzanares,
Del Ebro, del Turia y Segre,
No sufrió España otro invierno

Mas glacial, mas inclemente.
Era una cruda mañana,
Mas helada que un sorbete;
Dia atroz, terrible dia,
La víspera de Inocentes.
Dieron las diez, y los Duques
Y sus hijos y otros fieles
Se arrodillaron, dispuestos
A oir Misa, como siempre.
Mas faltaba el sacristan,
Aunque nunca faltar suele,
Cuando aquella obligacion
El anciano cumplir debe.
A pesar de su vejez
La práctica lo ennoblece
De enfermero el mas piadoso,
Eficaz é inteligente.
Yo lo sé por esperiencia,
Pues me puso doce veces
Un colirio, que alivió
Mis ojos asaz dolientes.
Loado sea el Señor,
Porque mi pluma así puede
Escribir cartas, apuntes,
O romancillos como este.

VI.

Viendo la bondosa Infanta
Que esperaba con bonete
Y casulla el Capellan.
Para llenar sus deberes.

Hizo una ligera seña
Al hijo, que el nombre tiene
Del Santo Rey, que á Sevilla
Conquistó de los infieles.
El Infante Don Fernando,
Simpático adolescente,
A la indicacion materna
Como buen hijo obedece,
Y se postra silencioso,
Y la Misa empieza el Preste,
Y de acólito le sirve
Aquel nieto de cien reyes:
Aquel niño, amor, delicias
De sus padres y parientes,
Y de cuantos hoy tenemos
El honor de conocerle:

VII.

El anciano sacerdote,
Que de Navidades frias
Ha logrado ya contar
Sesenta y cuatro cumplidas,
Cuando al *Memento de vivos*
Llegó en la sagrada Misa,
La primera que el Infante
De ayudar tuvo la dicha,
Al ardiente y dulce impulso
De fe católica y viva,
Que inflama los corazones,
Y al espíritu ilumina,
Ambas manos ante el pecho,
Cual de suplicante unidas,

Con todo el fervor posible
Así rogaba y decia:

VIII.

«Cordero Santo de Dios,
»Que culpas del mundo quitas,
»Y desciendes á las manos
»De este pecador indignas,
»Pues al niño ves que humilde
»A los ángeles imita,
»Que en el Gólgota doblaron
»Con sumision la rodilla,
»Dígnate oir la oracion
»Que candorosos te envian
»Los lábios de la inocencia.
»Los lábios de la puericia.
»Dígnate oir, Jesus mio,
»Al que te ruega y suplica
»Por la salud de sus padres,
»Y de su amada familia.
»Dígnate oir al que pide
»Tranquilidad, paz y dichas
»Para la infeliz España,
»Para su pátria querida;
»Para la nacion piadosa,
»Donde brillaron un dia
»Como en azul firmamento
»Hermoso el Héspero brilla,
»Recaredos y Fernandos,
»Isabeles y Casildas.
»Y mil otros santos hijos,
»Y mil otras santas hijas,

»Cuyo número tú solo
»Enumerarnos podrias,
»Tú que los astros conoces
»De la bóveda argentina.
»Oye, Señor, al que reza
»La Salve y Ave María
»Con sus infantiles lábios,
»Que devocion tierna inspira,
»Para merecer dichoso
»Gracia y proteccion divina
»De tu Madre y Madre nuestra,
»Casta Vírgen sin mancilla:
»La que te abrigó en su seno,
»Para dar salud y vida
»A la pecadora estirpe,
»Que en el destierro gemia.
»Tu paternal santa diestra
»Bendiga, Señor, bendiga
»A cuantos fieles asisten
»A esta sacrosanta Misa.»

IX.

Dijo, y calló el sacerdote,
Y á sus fervorosas preces
Así sea, en su interior
Respondian los presentes.

X.

¡Dichosos padres; dichosos!
Como católicos fieles
Viendo á su Fernando á Misa
Ayudar devotamente.

Lloraban llenos de gozo.
Rogando á Dios, que conserve
La inocencia de su hijo,
Y que su piedad aumente.

XI.

La jóven Doña Cristina,
La niña Doña Mercedes,
Y el rapaz Don Antoñito,
Que es muy gracioso y alegre,
Todos rezaban, y todos
Deseaban impacientes
Dar al feliz Don Fernando
Cariñosos parabienes:
Desde los brazos del aya,
Con labios aún balbucientes,
Amen, *Amen*, respondia
A las plegarias del preste
Hasta el mismo Don Luisito,
Cual si el ángel inocente
Ayudar tambien á Misa.
Como su hermano quisiese.

XII.

Luzca el dia, luzca luego
En que un alumno de Apeles,
Aquel cuadro de familia
Hábil á pintar acierte:
De aquella familia augusta.
Que su estirpe de cien reyes
Realza cuando á Cortés
Tributo de amor ofrece.

Á MI PATRIA ALCAÑIZ.

SONETO.

Tú, donde la dorada medianía.
Pueblo natal, no espléndida fortuna
Arrulló leda mi modesta cuna,
Torna á ser el iman de mi alegría.
Cuando lejos de tí la hipocondría
Propia de los ancianos me importuna.
Recuerdo tus vergeles y laguna,
Y brota de mi plectro la armonía.
¡Con qué grato placer en mis canciones
Tu nombre anuncio de inmortal memoria.
Y celebro tus ínclitos varones!
Dios me conceda publicar tu historia,
Para decir de amor entre efusiones:
«Soy hijo de Alcañiz: esa es mi gloria»

A LA MUERTE DE MI ILUSTRE AMIGO JORGE TICKNOR.

SONETO.

Filólogo erudito americano,
Que en el templo esculpiste de la gloria
Tu respetable nombre, con la Historia
Que escribiste en loor del pueblo hispano;
Ya que te plugo, venerable anciano,
Monumento de ciencia y oratoria
Consagrar digno de eternal memoria
A la pátria de Séneca y Lucano,

Recordar quiero al Ebro y Manzanares,
La que mereces justa nombradía
Por tus dotes, ó Ticknor, sigulares.
Feliz mi acento, si consigue un dia
Te glorifique un bardo en sus cantares,
Un digno bardo de la pátria mia.

Á LA MUERTE DE LA POETISA AVELLANEDA.

SONETO.

Cuando en hora fatal cadáver Larra
Cayó infeliz á impulsos criminales
De violentas pasiones infernales,
Que cruel inflamó Filis navarra;
La cristiana Madrid, noble y bizarra
Le tributó solemnes funerales,
Y lamentaron cisnes inmortales
Aciago fin, que el corazon desgarra.
Abren la tumba á la sin par cantora,
Y casi nadie al cementerio asiste,
En que paz y perdon el alma implora.
¡Horrible ingratitud! ¡Epoca triste!
La fe y el pundonor, ¿brillan ahora?
Mi pátria, ¡ó Dios! mi pátria ya no existe.

Febrero de 1875.

POEISAS DEDICADAS A MI PERRO.

EPÍSTOLA Á DON ROQUE.

Octubre de 1874.

Don Roque, segun dice en sus cantares
El gran Lope de Vegá,
Cisne inmortal de la que manso riega
Augusta villa el pobre Manzanares,
Hay muchos mentecatos,
Que por agenos, ó por propios yerros
Se suelen dar á gatos.
Yo con mas discrecion me doy á perros,
Por la culpa de próceres ingratos.
¡Tan propicia es conmigo la fortuna,
Desde que niño sollocé en la cuna!
Aunque ya me aproximo á *los setenta*,
Sigue mirandome la cruel suerte
Con sombrío desden: pero me alienta
Dulce esperanza en Dios; en quien confío.
Que tranquilo veré llegar la muerte,
Para dar fin al infortunio mio.
Puesto que por ahora
No quiere visitarme esta señora,
Que no perdona á la mujer ni al hombre,
Sin respetar virtud ni alto renombre;
Ya que á pescarme sin piedad no viene
A paso lento, silencioso y grave,

Cual de costumbre tiene;
Aunque la buena maula tambien sabe
A paso de Luchana, y de repente
Pulsar en el dintel de nuestra puerta,
Y hallándola cerrada ó quizá abierta,
Colarse de rondon, y al mas valiente,
En palacios ó mísera cabaña,
Al fiero golpe de fatal guadaña,
Dejarlo, no tullido cojo ó tuerto,
Sino cadáver yerto;
Ya que, gracias á Dios, en fin, yo vivo,
Y el trato de las Musas aún cultivo,
Quiero cantar elogios de mi chucho.
A quien yo quiero mucho,
Por su hidalga nobleza y su constancia,
Intrepidez leal y vigilancia,
Dia y noche despierta,
Por defender al amo siempre alerta.
¿Y capricho será necio ó estraño,
Que un vate agradecido
Loar intente á su Leal querido,
Guardian de sus umbrales desde antaño?
Las glorias pregonar es noble y justo
De mi blanco y monísimo perrillo
Con lira, con laud ó caramillo,
Apellidándole *digno Mecenas*,
Porque me da la gana, y es mi gusto.
El dulcifica mis amargas penas,
Y pesadumbres, al hacer caricias,
Que mi consuelo son y mis delicias.
Señor Don Roque, mi faldero calma
La roedora, la mortal tristeza,

Enfermedad terrífica del alma,
Que á devorarme empieza,
Como sucede á miserables viejos,
Cuando solo son ya hueso y pellejos,
Y está debilitada su cabeza,
Estenuadas sus piernas y flojillas,
Y sin carmin sus pálidas mejillas,
No pudiendo *ya dar sino consejos*,
Cual me dijo una vez el gran Quintana
Poco antes de su muerte.
Mísera y triste condicion humana!
Aunque aquel buen anciano
Estaba entonces vigoroso y fuerte,
Y vividor y sano
Y robusto (aunque solo en la apariencia),
A pesar de su plectro sobrehumano,
Y su talento y ciencia,
Pagó muy pronto el último tributo,
Que pagamos los débiles mortales
De toda clase y condicion sociales,
El poeta y el sábio, y el mas bruto.....
Como el Papa y el Rey..... todos iguales.
¡Pobrecillo can mio!
El me hace cariñosa compañía
Al verme desvelado, ó cuando duermo,
Dándome algun solaz y aun alegría,
En invierno, en abril, en el estío,
Y en los fértiles meses del otoño,
Cuando tengo salud, ó estoy enfermo.
En la famosa villa del madroño,
Ni en España, ni en fin, en todo el mundo
Hay un perro mejor. No es iracundo,

Sino manso y humilde,
En suma él es un can, can sin segundo,
Que no tiene defectos,
Ni mácula, ni tilde,
Como otros animales imperfectos.
¡Qué diferentes son cien ex-amigos,
De la nobleza de Leal testigos,
Que desde el mismo instante
Que me vieron cesante,
De Ataulfo al hundirse el áureo trono,
Me dejaron en mísero abandono!
¡Miserables! ¡Ingratos!
No vale mas con perros y con gatos,
¡Y entre chinches hambrientas y sañudas
Vivir en pobre y mísera boardilla,
O entre rocas de un páramo desnudas,
O morir en los campos de batalla,
Que desengaños ver en esta villa
De tan infame y pérfida canalla!
¡O amigos falsos mas que el mismo Judas!
En las cuestas arriba, no hácia abajo.
Calcáreas, ó de yerba ó de granito,
Para andar sin incómodo trabajo,
De mulo ó de corcel yo necesito,
Ni mas ni menos que cualquier ginete,
Ya de madura edad, ó mozalvete:
Para el caso es lo mismo,
Así como tambien el pedantismo,
O charlatanería,
Y la nécia y estúpida ignorancia
Lo han sido y lo serán eternamente
Aquí en la pátria mia,

Y en Inglaterra y Francia,
Y en cuantos pueblos dora el sol fulgente.
No en próspera fortuna,
Sino cuando el mortal se ve afligido,
O doliente, ó en mísera pobreza,
O de adversarios viles perseguido,
Como el triste Don Alvaro de Luna,
Que dejó en un cadalso la cabeza
Con estóica y magnánima altiveza,
Es la ocasion mas propia y oportuna,
Que de piedra de toque
Sirve para saber, Señor Don Roque,
Si amigos son Don Blas ú otro cualquiera,
Que te adulan hoy dia y dan abrazos
Porque te ven ufano en alta esfera,
Ostentando magnífica espetera
De placas deslumbrantes y de cruces,
Que en tu casaca, vanistorio, luces,
Aunque no, vive Dios, entre balazos,
Las ganaste con ínclita bravura
Por defender la pátria sin ventura;
La pátria que, á satánicos chispazos
De la infernal Discordia, hecha pedazos,
El cáliz apuró de la amargura.
Cuanto digo en mis versos anteriores,
Nada ofrece de nuevo,
Que no vieran tambien nuestros mayores,
Desde el primer horrible fratricidio,
Desde Matusalén, el mas longevo
De todos los humanos,
Hasta el vate ó *Cantor de los amores*,
Y de otros poemitas bien profanos;

De aquel servil y miserable Ovidio,
Que murió desterrado, ó en presidio.
Aunque modelo fue de aduladores.
El infeliz poeta,
Poco antes de morir allá en el Ponto,
No perdida del todo la chaveta,
Como algun pobre tonto,
O poetisa necia,
Que aunque sus trovas no son las mejores,
A las otras cantoras y cantores,
Con envidia frenética desprecia;
El cisne aquel, que á la feliz Sulmona,
Su dulce pátria, de laurel corona,
Con suspiros dolientes
Ya nos dice en sus gratas elegías,
En verdad nada frias,
Sino àrdorosas, tiernas y elocuentes,
Cómo en loor del lúbrico poeta
Hace siglos pregona
El clarin de la Fama ó la trompeta;
«Que el mortal, á quien pérfida abandona
»La señora Fortuna,
»Perdida su opulencia,
»Desde los altos cuernos de la Luna
»Desciende hasta el abismo con violencia..
»Quedándose á la Luna de Valencia.
»Entonces ya no cuenta con amigos,
»Que chupaban famélicos su herencia,
»Y el infeliz, sin luz y sin testigos,
»Abandonado gime pobre y solo,
»Como el ex-aguador viejo Bartolo,
»Que es el Nestor de míseros mendígos,

»A quien suele mirar el rubio Apolo
»De alto chiribitil en los rincones,
»Remendando sus únicos calzones.»
Este prosáico y fácil prologuillo
Ya va saliendo en demasía largo,
Y debo hacerme cargo,
Que, para celebrar á mi perrillo,
No es prudente abusar de la paciencia
De mis buenos lectores
Con tanta impertinencia.
Voy á concluir, señores,
Recordando un refran que, como todos.
O la parte mayor de los refranes,
Nos vienen desde el tiempo de los godos.
O desde los flamencos y alemanes,
De Cárlos el de Gante compañeros,
Que venian en cueros,
Y en las arcas de España su codicia
Saciaron..... por supuesto sin malicia:
El perder para siempre nada importa
Falso amigo, y cuchillo que no corta.

Á MI PERRO LEAL.

DEDICATORIA.

Soneto con estrambote.

YO. Acepta mis postreras poesías,
Vigilante *Leal*.
PER. Vaya una gracia!

Buscad en la opulenta aristocracia
Protector de las letras.

YO. No en mis dias.

PER. Amo mio, por qué?

YO. Tanto porfías,
Que lo sabrás. Ni aquel Cantor de Tracia,
Que á su esposa difunta y su desgracia
Lamentaba del Hebro en las umbrías,
Hoy hallára un benévolo Mecenas.

PER. ¿No estamos en el siglo de las luces?
Dedicad prosa y dulces cantilenas
A quien luzca en su pecho grandes cruces.

YO. Dar suelen desengaños á docenas
Excelencias famosos.

PER. ¡Avestruces!

YO. Buen Perro, me conduces
A un precipicio con tus malos modos.
Hay *Excelencias dignos.*

PER. Mas no todos.

MATIAS Y YO.

—

DIÁLOGO.

MAT. Eres hombre original.

YO. ¿Y por qué, mi buen Matías?

MAT. ¿Esta coleccion de versos
A tu perrillo dedicas?

YO. ¡Por qué no! ¿Ignoras tú
Quién es mi *Leal*?

MAT. ¿Te obstinas

En comenzar con su nombre
Un tomo de poesías?

YO. Está resuelto.

MAT. Me gusta
El pensamiento. Divina
Idea la tuya. Tienes
Cosas..... ó majaderías
Bien raras.

YO. ¿Y qué te importan
Mis cosas?

MAT. Por Santa Rita,
Abogada de imposibles,
Y por los Santos que habitan
En la mansion celestial,
¿No es necedad, tontería
Y visible estupidez
El que con tus manos limpias
Y con la péñola en ristre
Soneto de rabo escribas,
Para ofrecer á un perrucho
Tu volúmen? ¿Determinas
En ridículo ponerte?

YO. Qué disparate!

MAT. A fe mia.....

YO. Acabemos. He resuelto,
Por mas que digas, y diga
Tòdo el mundo contra mí,
Dedicar en este dia
Mi coleccion á *Leal*.
A sabiendas hoy olvidas
(Y estraño no lo recuerdes)
Que un hijo de las orillas

Del Guadalope ó del Ebro..
Donde el Pilar de María
Veneran los españoles.
Ni por el oro de Tíbar,
Ni por nada, ni por nadie
Muda, como de camisa,
De parecer, de opinion.
Un aragonés no imita
A políticos farsantes,
Que al alba y al mediodía,
Por la tarde, y por la noche,
De casaca ó de levita
Cambian sin dificultad,
Como necias mujercillas
De miriñaque ó de falda
Al mudar antojadizas.
¡Veleidades yo!

MAT. Pues otros
Hoy política divisa
Dejan de grado, y se plantan
(Aunque su nombre amancillan)
La contraria. Son milagros.....

YO. Que hace la confitería,
O sea el turron. Amarga,
Indigesta golosina.

MAT. ¡Miserables tornadizos!
Celebérrimo carlista
Conozco yo (y tú tambien)
Que era por Pascua florida
Mas liberal que el Autor
Del himno de Riego y Mina,
Y Espartero.....

YO. Calla, calla,
Que me aburres y fastidias
Con políticos recuerdos.
Ya que me aprecias y estimas,
Habla de *Leal*.

MAT. Caprichos
Son los tuyos, que á muy dignas
Y graves personas causan
Hilaridad, y hasta risa.

YO. Pues me tienen sin cuidado;
Y tú, querido, debias
Respetar caprichos mios,
Que no ofenden ni lastiman
A nadie, cual yo respeto
Los agenos.

MAT. En mi vida
Los tuve tales, tamaños,
Como el del perro.

YO. ¡Mentira!
Perdona, mi caro amigo,
Perdona la palabrilla.
Por tener genio de suegra,
No pude al ver tu porfía
Contenerme. Tolerancia
Entre amigos es precisa,
Y aun entre los adversarios,
Que por desgracia militan
En diferentes partidos,
Bandos, fracciones, pandillas,
Que á la España sin ventura
Hoy tienen tan dividida.

MAT. ¿Es alusion personal?

YO. Como quieras.

MAT. Pues me esplicas
(Por la amistad te lo ruego)
Tus últimas frasecillas.

YO. Yo no he querido ofenderte.

MAT. Lo creo sin que lo digas.

YO. En tal caso, esplicaciones.....

MAT. Vuelvo al perro.

YO. ¿Necesitas
Que de mi *Leal* querido
La alabanza mas cumplida
Y el mas entusiasta elogio
Hoy mis labios te repitan?

MAT. Todo lo sé, y añadir
A su historia peregrina
Nada debes, pues que toda
Te la escuché el otro dia.

YO. Pues bien, amigo; ya sabes
Que la gratitud obliga
En corazones hidalgos
A mostrar cariño, estima
A los pobres animales,
Que nos hacen compañía
Y cuando estamos enfermos,
Ni un momento se desvian
De nuestro lecho, como hace
Mi buen Leal. Me precisas
A repetirte, (y lo siento),
Que cuando me martiriza
El reuma, escoltado á veces
De tenaz hipocondría,
Me acompaña mi perrillo.

Sin dejar la alcoba misma.
En que ve sufrir al amo:
¿Y mientras? No me visitan
Muchos ¡ay! que se llamaban
Mis amigos.

MAT. Boberías
Tienes propias de aldeanos.

YO. Gracias, gracias infinitas.

MAT. ¿De qué te sirve, responde,
Toda tu filosofía
Y teológicos estudios,
A que sin cesar dedicas
Tanto afan y tal constancia,
Y tanta y tanta vigilia?
¿De qué te sirve, pelon,
A la luz de lamparilla
Consagrar noches de invierno
O de otra estacion los dias,
Para saber lo que enseñan
Platon y el Estagirita,
Y la del Doctor de Aquino,
Alta y celestial doctrina?
¿De qué, de qué, miserable,
Cuanto estudias y meditas
Para entender los poetas
Y renombrados prosistas
Que escribieron en francés,
Y en lengua griega y latina,
Y en toscano, y sobre todo
En el idioma de Esquivias,
Idioma en el que Cervantes
A Dios dirigir solia

Sus plegarias?

YO. ¿A qué viene
Tu interpelacion prolija?

MAT. ¿De qué te sirve, calvino,
Ver en tu frente marchita
Pocos pelos ya? ¿De qué,
Haber dicho tantas Misas
A Doña Isabel Segunda
Y á su bondosa familia,
Al Infante Don Francisco,
Y en fin, á Doña Cristina
La Reina Madre, á quien quieres
Con el alma y con la vida,
Porque Capellan de Honor
Ser en la Real Capilla
De palacio le debiste?
¡Buena madre! agradecida
Porque instruiste á su hijo
En la cristiana doctrina,
En sana moral, historia?.....

YO. Pero historias tan antiguas
Como son las que tú cuentas,
¿Vienen á pelo, Matías?
¿No hablábamos de mi perro?
Pues, di, ¿por qué me atosigas
Y mareas con tu charla?
Eres una tarabilla:
Pareces un saca-muelas;
En una taberna suiza
No hay beodos que hablen tanto
Cuando mas el codo empinan.

MAT. Oye, escucha, y no interrumpas.

Filósofo moralista.
Yo sé muy bien lo que digo.

YO. ¿Mas viene al caso, polilla?

MAT. Déjame hablar, voto al Diantre;
Tienes no poca manía
De hablar tú solo.

YO. Si hablaras
Con su cuenta y su medida.....

MAT. Hablo con lógica, ¿estamos?

YO. No basta que tú lo digas.

MAT. Yo sé muy bien lo que digo.
Si permites, que prosiga.....

YO. Prosigue, mas no me vengas
Con simplezas, que atestiguan
Que por llevarme la contra
De mi perrillo te olvidas.

MAT. Me acuerdo mas de Leal
Que tú, porque me acaricia
Cuando á visitarte vengo,
Me lame la mano y brinca,
Y la cola mueve: en fin
Con placer te robaria
Alhaja tal. Mas permite
Que yo en preguntas insista,
Enlazadas con tu perro
Y lo que antes me decias,
Como se enlazan el sol
Y la aurora matutina.

YO. Comparacion deslumbrante,
Propia de tu fantasía
Poética y exaltada.

MAT. No estoy loco.

YO. Sigan, sigan
Las preguntas, pero al grano.
MAT. Por las ánimas benditas,
Por tu respetable madre,
Pido y ruego que me digas,
¿De que te sirve (pues hablas
Con tal candor ó estulticia)
Haber servido mil años,
Vejete, pobre estantigua,
De Doña Isabel Segunda
En las períuclitas filas?
¿De qué te sirvió por fin
Destruir tu edad florida
En penosos campamentos,
Durmiendo en la tierra fria,
Cubierta á veces de nieve,
Con galleta y con cecina
Por toda racion? ¿De qué
Tus marchas y correrías
De Leon por las montañas,
Y en las cántabras provincias.
El Maestrazgo y Cataluña,
Do guerra civil ardia?
YO. ¿Volvemos á las andadas?
Voto á mi negra mochila
(Juramento de Barona,
Capitan de nombradía),
¿Me quieres decir, amigo,
A qué fin tal retahila
De pregnntas nécias traes
A colacion?
MAT. Voto á Cribas!

¿No me comprendes, zopenco?
¿No sigue tu cesantía?
YO. ¿Te estás mofando de mí?
MAT. ¡Quién, yo!
YO. Pues la preguntilla,
(Sobre no venir á cuento)
No lleva poca malicia
Que digamos. Hoy tú vienes
Despues que de malvasía
Una botella apuraste,
O de Jerez ó Montilla.
MAT. ¡Qué mordaz, qué injusto eres!
Desde mi tierna puericia
Me conoces. Yo no cato
(Lo sabes) otra bebida,
Que el agua pura del rio,
O de fuente cristalina.
YO. Pues cualquiera que nos oiga,
Tal vez, tal vez supondría
Que estás un poco alumbrado.
MAT. ¿Quién yo?
YO. Tu persona misma.
MAT. Las apariencias engañan.
YO. Ya lo veo: mentiria
Quien dijese que bebiste
Cariñena ó manzanilla.
Pero ven acá, bendito,
Cuando en plácida armonía
Y buena amistad hablamos
De *Leal*, ¿como una ardilla,
Te escapas por la *atargea*,
Y cual veloz golondrina

Por los ubedanos cerros.....
MAT. Vaya una feliz salida.
Eres pardiez testarudo.
A nadie, á nadie le digas
Que naciste en Aragon.
YO. Es la mayor gloria mia.
MAT. Apenas abres la boca
Al momento lo publican
Tus palabras, siempre llenas
De tenacidad maldita.
YO. ¿Es oportuno todo eso?
MAT. Viene como me vendria.....
YO. Una albarda.....
MAT. No interrumpas.....
YO. Fabricada allá en *Mansilla*
De las Mulas.
MAT. ¿Puedo hablar?
YO. Yo solamente querria
Hablar del perro, mas tú
Digresiones infinitas,
O historias (lo mismo da)
Tan rancias como Favila,
El del oso.....
MAT. ¿No es verdad
Que muchos no te visitan
Desde que cayó la Reina
Y se cerró su capilla?
YO. Y en caridad me dirás,
¿Cómo casas y combinas
Tu pregunta con mi gozque,
Del que solo hablar debias?
MAT. ¿Cómo recibir esperas

Ni siquiera una visita
De amigotes de otro tiempo.
Titiriteros hoy dia;
Politicones de oficio,
Que gulusmean y atisvan
A los de la situacion,
Que les ayuden y sirvan
De andamios, ó de escalera,
O Cirineos? Si arriba
Estuvieras, y no abajo.

YO. Por Jesucristo, Matías.

MAT. Quiero hablar, que no soy mudo.

YO. Tocaré la campanilla
Si no callas.

MAT. Quiero hablar.

YO. Hablas mas que un petardista.

MAT. De la palabra en el uso
Estoy ahora. Porfías
De aragonés pertinaz
Ni me cortan, ni intimidan.
Tengo mucho que decirte:
Déjame empezar.

YO. Principia
Con mil Santos, mas no seas
Tan pesado.

MAT. Tú me obligas
Con largas interrupciones.
En ti ya es costumbre antigua
Cortarme á mí la palabra.

YO. Tal falta de cortesía
No tengo, ni la he tenido
Jamás, jamás.

MAT. Echà guindas
A la tarasca. Ahora mismo
Con la prueba falsificas
Tus palabras.

YO. Dios me valga,
Y me defienda y asista.

MAT. Y á todos, incluso yo,
Su mano tienda propicia.
¿En que estábamos del cuento?

YO. ¿Lo ves? Por Santa Cecilia,
Que á músicos y poetas
Bondadosa patrocina.....

MAT. Ya recuerdo. No hables tú
Ni una sílaba. La arpía,
La célebre vizcondesa
Del Trompo, la sabidilla
Tan locuaz y fastidiosa
Como charlatan sofista,
Mas vetusta y arrugada
Que la pelleja de Ziska;
La que esperaba lucir
Banda de María Luisa,
Por no ser menos que Laura,
Su cuñada aborrecida;
Aquella que te adulaba,
Porque necia suponia
Que grande influjo en palacio
Era el tuyo.....

YO. ¡Qué ladina!
¡Qué Matusalén con faldas!

MAT ¿Y la *dueña dolorida*.
Que por traerte dos letras

Del condíscipulo Artigas,
Hablaste en su pro, y casar
Al fin consiguió la endina
Con un arrogante mozo,
Capitan de infantería,
A pesar de que ocultaba
La trapalona pollita
Cincuenta y mas Navidades
Bajo de su papalina?
¿Y aquel buen cura rural,
Natural de Argamasilla,
Que ya de miseria el pobre
En su lugar se moria,
Y por tu amistad logró
Le nombraran en seguida
Capellan de Regimiento,
Breva que él apetecia?
¿Y el tonto Marqués de Alpiste
Que te convidó á su quinta,
Y te llevaba en su coche
Y adulaba y aburria,
Porque creyó con tu apoyo
Ver nombrado á D. Bautista
Caballerizo de campo,
Al casarlo con su hija?
¿Y la vieja Doña Tecla,
Que azafata ser queria,
Cuando moza de retrete
Fue nombrada su sobrina?
¿Y el Coronel *Antesalas*?
¿Y el General *Intriguillas*,
De espadas vírgenes, siempre

En los combates dormidas!
¿Y el canoniguillo *en cierne*?
¿Y el Baroncito Marica?
¿Y el matasanos Don Lucas?
¿Y Don Pancracio el golilla?
¿Y el comandante *Ampuloso*,
Que con diarias visitas
Te molió, y al encontrarte
Hoy, ni siquiera te mira?
¿Y la presuntuosa vieja
Tonti-loca poetisa,
Que en su opinion vale mas
Que Safos y que Corinas?
¡Escritora adocenada!
No bien quedaste *per istam*,
Se ha olvidado de tu nombre
La ingratona. ¡Qué perfidia!
¿Y aquellos, qué tantas veces
A llorar?.....

YO. Si no terminas,
Tomo el gorro de dormir,
Y buenas noches, Matías.

MAT. Si me dejaras hablar.....

YO. Ya escampa, y piedras llovian.

MAT. ¿Vuelven las interrupciones?

YO. ¡Cuánto, cuánto me fastidias
Con tu parla! ¿Y mi buen chucho?
Pobrecillo! Mira, mira.
Condíscipulo querido,
Cuán fiel á mis pies dormita
Por no escuchar..... no te enfades.....
Tu charla, que es..... divertida.

MAT. No me lo niegues: lo es.
Mas el buen can, que dormia.....
YO. Míralo, ya se despierta
A mi voz, y su colita
Y orejas mueve *Leal.*
Basta, basta de caricias:
Eres, ya lo sé, mas noble
Que las muy Señoras mias
Y susodichos varones.....
MAT. Que yo recordarte.....
YO. Avisa
Cuándo á mí me toca hablar.
MAT. Quise oportuno. Debias
Añadir en mi concepto.....
YO. ¿Qué cosa?
MAT. Pues me precisas,
La voy á decir. *Leal,*
Aunque le falta la crisma,
Cual falta á los perros todos,
Es una alhaja tan digna
De tu estimacion.....
YO. Que debo
Sin vacilar preferirla
A tantos falsos amigos,
Que con perradas indignas.....
MAT. No es eso.
YO. Será otra cosa.
MAT. ¿Concluiremos?
YO. Finaliza
De una vez, pues lo deseo,
Como desea y ansía
El fatigado viajero

Hallar pradera mullida
Con fresca y menuda yerba,
O bosque de amena umbría,
Do recostado, y al son
De aura blanda y fugitiva,
Dar pueda solaz al cuerpo,
Y adquirir fuerzas perdidas
Con el néctar de su bota,
O panzuda limetilla,
Pan blanco, jamon, torreznos,
Queso, avellanas, torrijas,
Salchichon con escabeche
De atun, besugo, ó sardinas:
En fin, con otros bocados
De su alforja bien provista.
Quiero concluir, no lo dudes,
Con la vehemencia misma
Que el mayoral aburrido
De coche ó mensajería,
Que tras cien leguas de marcha,
Avido solo suspira
Por llegar pronto á sus lares,
Donde una esposa querida
De amor impaciente aguarda
Con sus niños y sus hijas,
Almuerzo sabroso, cena,
O merienda, ó bien comida.
MAT. Eche usted jigos, compadre.
No hables, hombre, tan de prisa
Como el reló suena cuando
Lo tocó mano atrevida
De rapaz travieso. ¿Ha poco

¿Grave y formal, no decias
Deseabas concluir
Pronto, pronto?
YO. ¿Y quién se obstina
En eternizar la actual
Conversacion, ya larguilla?
¿No eres tú?
MAT. Creo que no.
YO. Pues te equivocas, Matias.
MAT. ¿Y si te equivocas tú?
YO. Podrá ser.
MAT. Vaya; me obligas
A sostener lo contrario.
Terminemos ya.
YO. Bendita
Sea tu boca.
MAT. Pregunto.
YO. Hoy tienes monomanía
Por preguntar.
MAT. Es forzoso.
Voy, voy á tocar la herida,
O la dolorosa llaga,
Que tu amor propio lastima.
YO. Anda con tiento, no seas
Como los de cirujía
Practicantes inhumanos.
MAT. Solo por encima, encima.....
YO. Acaba.
MAT. Calla, si puedes.
YO. Sello pues la boca mia.
MAT. Yo sé muy bien (no lo ignoras)
Que en tu corazon abrigas.

Dos crueles desengaños,
Dos penetrantes espinas.

Yo. ¿Dos desengaños? Son ciento,
Son mas de mil. Las falsías.....

Mat. Si no me dejas hablar,
Yo seré, ya que me obligas,
Quien tu campana de mesa
Haré con mis manos trizas.
Entró en materia. Chiton.
Cuando allá en lejanos dias
Te plugo imprimir incauto
Versos y prosa castiza;
Los Mecenas elegidos
Por tu Musa noble y digna,
Al favor correspondieron
Con tan bizarra hidalguía.....

Yo. No me toques esa tecla,
Mi amistad te lo suplica;
No la toques, si no quieres
Que la entrañable armonía
De nuestra amistad concluya,
Aunque es tan leal y antigua,
Como concluyó el convite
De Centauros y Lapitas;
No la toques, si no quieres,
Que esta plática sencilla
Sea al fin discorde zambra,
Sea al fin la feroz grita
De los gatos por enero,
Cuando con celosa ira
Bufan por esos tejados,
Desvanes ó corralizas.

¡Qué tecla tocas, que tecla!
Por Dios y Santa María.....

MAT. Quiero tocarla.

YO. Me voy,
Por evitar una riña
Formal, irreconciliable.
¿Y tu discrecion, Matías?
¿Me quieres dar un mal rato?

MAT. ¡Santa Bárbara bendita!

YO. Nó eres ya mi compañero
De gramática latina,
Ni eres el mismo de marras,
Con quien yo me divertia
En jugar á la pelota.....

MAT. Me santiguo, que granizas,
Truenas y relampagueas.
¿Te falta mi simpatía,
Mi cariño, mi amistad
Desinteresada y fina?
Contesta, Señor Furruñas.

YO. Me marcho, que tengo prisa.

MAT. ¿Sin que tomemos primero
Chocolate? La Marina,
Tu aseada maritornes,
Aquí dejó la salvilla,
Jícaras, tortas, bizcochos,
Copas, servilletas limpias,
Con botijo ó alcarraza
De agua pura y cristalina.
¡Fámula pardiez callada!
Sin darnos los buenos dias,
Se marchó. Tal vez es muda,

O será *rocin*-venida
De su lugar.

YO. A Madrid
Ayer llegó de Galicia.

MAT. ¡Qué rico es el chocolate!
Ni la olímpica ambrosía.....
¿Es de Madrid ó de Astorga?

YO. Es zaragozano.

MAT. Viva
La ciudad de Augusto César,
La belicosa, la invicta,
La que humilló á Napoleon
Y á sus huestes aguerridas,
La madre de los valientes
Y famosas heroinas,
En suma, la que industriosa
Un chocolate fabrica
Que á los vivos da heroismo,
Y á los muertos..... resucita.

YO. ¡Cuánto disparatas! ¡Cuánto!

MAT. Ola, ola, ya respiras,
Y sacas la lengua al aire
Porque criaba polilla.

YO. No la criará la tuya.

MAT. ¡Qué tortas! ¿Tienen almivar?
¿Y este pan? ¿Y los bizcochos
Que llaman de soletilla?
Todo es bueno y esquisito:
Todo al paladar convida
De viejos que, inapetentes
Cual nosotros, no podrian
Atravesar un bocado

En fondas ó en hosterías,
Donde sirven chocolates
Con tostadas, que Licisca
Mi perra huele y rehusa
Embaular..... ¿Tienes morriña?
Don Silencioso, responde.

YO. Interrumpir no queria.

MAT. De tu Leal no te acuerdas.
Toma, toma una rosquilla,
Pobre tuso, de mi mano.
Hoy es para ti gran dia;
Dia solemne, feliz,
En que rabiosos de envidia
Te ladrarán cuantos perros
Hay del madroño en la villa.
El amo tuyo en sus coplas
Vulgarizar determina
Tu nombre, cual otro Byron,
Famoso por sus manías,
Eternizó la memoria
Del perro, cuyas cenizas
Guardó en panteon de mármol,
Que los ingleses admiran.
Ya no te llamas Leal,
Pues *Mecenas* te apellidas.....

YO. ¿Te burlas? Otro Mecenas
No encontrarás en Castilla.

Á CERVANTES.

ODA.

—

Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua.

Ecles., cap. 44, v. 1.

Al varon digno de inmortal memoria
Himnos cantemos de alabanza y gloria.

1.

Risueño Manzanares,
Manso, apacible, delicioso rio,
Que ostentas por campiñas y ramblares
Tu feudal respetable señorío.
Como rio que baña
Muros, templos y alcázares
De la antigua Madrid, corte de España;

2.

Tú. que feliz un dia
De Calderon, de Lope. de Quevedo
Escuchaste la dulce melodía,
Cuando en este olivar, ó aquel viñedo,
Era el númen fecundo
De tus cisnes perínclitos
Honor de Hesperia, admiracion del mundo;

3.

Tú, que en ronco murmullo
Al ave acompañabas agorera,
Y de tórtola viuda el blando arrullo.
Repetido por montes y pradera,
Desgarrador suspiro,
Al que tristes y flébiles
Respondian los ecos del Retiro;

4.

Cuando por esta vega
Viste gemir al inmortal Cervantes,
Víctima de la suerte airada y ciega,
Que sus manos alzaba suplicantes
Pidiendo pan al cielo
(Mas no á opulentos próceres),
Paz y resignacion y almo consuelo;

5.

Tú, en fin, ó Manzanares,
Testigo de su llanto y su miseria,
De su triste vejez y sus pesares,
Que entonces deshonraban á la Iberia,
Aunque hoy los arreboles
De aquel sol fulgentísimo
Orgullo son de pechos españoles;

6.

Enfrena, ó rio, enfrena
Tu silenciosa plácida corriente,

Mientras yo exhalo mi profunda pena
En bronco plectro, lúgubre y doliente,
Imitando á Celenios,
Y Flumisbos y Góngoras,
Al nombrar *el Mayor de los Ingenios.*

7.

¡Por qué del gran Quintana,
O del bardo andaluz, cantor divino,
Que pregonó la rota musulmana,
El arpa de oro me negó el destino,
Para entonar un canto,
Que escucharan atónitos
El mar, la tierra y la mansion del llanto!

8.

Canto enérgico, digno
De Cervantes, mi amor y mis delicias;
Feliz mortal que Dios miró benigno,
Los maternales besos y caricias
Al gozar en la cuna;
Aunque mozo y decrépito
Lo persiguió implacable la fortuna.

9.

¿Cantar? Yo cantaría
Las palmas del ferido allá en Lepanto,
Y la nobleza de la patria mia
A tanta sangre y heroismo tanto,
Y délficos laureles,
Si sus contemporáneos
No fueran insensibles y crueles.

10.

¿Cantar, cuando la historia
Con sus voces recuerda de lamento
El nombre y melancólica memoria
Y dias que vivió de sufrimiento
Aquel varon preclaro,
Que en este mar de lágrimas,
De consuelo y de luz jamás vió el faro?

11.

Tambien al padre Homero,
Genio el mas esplendente de la Grecia,
Guiado por un can, cual pordiosero,
Ciego, trémulo, anciano, turba necia
Miraba indiferente,
Y hasta de la república
Lo miraba inhumano el presidente.

12.

¡En bárbaro abandono
Yacer el gran Cervantes luengos años,
Sin que la plebe y la nobleza y trono
Dieran mas que desden y desengaños
Del Henares al hijo,
Por sus hazañas, héroe,
Por su ingenio, del orbe regocijo!

13.

¡Y vivian en tanto
Sardanápalos cien irracionales,
Que eran de España escándalo y espanto,

Hoy borron que ennegrece sus anales,
Gozando en la opulencia,
Vegetando en la crápula!
¡Oh inescrutable y santa Providencia!

14.

La Providencia solo,
Cual tierna madre, cariñosa y pia,
Que protege al mortal de polo á polo,
Dulcificó su angustia y su agonía;
Mientras la que en su seno
Lo abrigó Patria hispánica,
Con rostro enjuto lo miró y sereno.

15.

Estátuas al presente
Al buen Miguel erigen á porfía,
Y esta generacion, de oro luciente,
Entre vítores gratos de armonía,
Hoy consagra coronas
Al talento famélico,
Del que, ó pueblo español, tanto blasonas.

16.

Si al gárrulo escudero
Que presenció en la Mancha el heroismo
Del ingenioso hidalgo caballero,
Interroga el procaz espiritismo,
Al que yo nunca alabo,
Sancho dirá sarcástico:
«Al asno muerto la cebada al rabo.»

17.

Si Cervantes volviera
A respirar las auras de la vida,
Otra vez de hambre perecer lo viera
Esta prosáica edad tan descreida,
Si su pluma preclara
Con cuartillas políticas
El escritor sublime no infamara.

18.

Sacrílegos folletos,
Artículos hediondos, inmorales,
Pobres baladas, débiles sonetos,
Y peroratas de café bestiales
Hoy la prensa derrama;
No tus aúreos volúmenes,
Miguel, que fatigar logras la Fama.

19.

De tu sepulcro oscuro,
Que las sombras ocultan del olvido,
Deja, deja un momento el aire impuro,
Anciano sin ventura y devalido,
Y anonada, ó Cervantes,
La muchedumbre estúpida
De parlanchines vanos y pedantes.

20.

¿Quién no imprime novelas
Aquí en Madrid, y fuera de Castilla,
Absurdos cuentos, frívolas zarzuelas,

Cuando ya el mozalbete y la chiquilla,
  Ayer con andadores,
  Se reputan, imbéciles,
Cultos prosistas, dignos trovadores?

21.

¡Y es este *el siglo de oro*,
Cual dijo audaz un sabio calabaza,
Desde barreras viendo á feroz toro
Embestir..... y rodar muerto en la plaza
  ¡Desdichado torero!
  Aquel grave filósofo,
Aquel nuevo Caton es mi barbero.

22.

Cervantes de mi alma,
Compañero, mentor y fiel amigo,
En mis dias adversos, paz y calma
Y solaz inefable hallo contigo,
  Con tus doctas y amenas
  Y religiosas páginas
El amargor templando de mis penas.

23.

Cuando la hipocondría
Me atormenta cruel y me devora,
De júbilo reboso y de alegría
Con tu cristiana voz consoladora:
  Escucho tus lecciones,
  Y mi afligido espíritu
Se remonta á las fúlgidas mansiones.

24.

Hacia el etéreo cielo
Dirigia Cervantes con frecuencia
Sus ojos turbios de llorar sin duelo,
De Jehová postrado en la presencia,
Humildosa plegaria,
O de David los cánticos
Rezando en su boardilla solitaria.

25.

Imitando su ejemplo
Y su temor de Dios, su temor santo,
Yo tambien en mis lares y en el templo
Con esperanza y fe mi voz levanto
Al Sér Omnipotente,
A cuyo *fiat*, súbito
Del espléndido sol brilló la frente.

26.

Dorado, feliz siglo
Para las bellas letras españolas,
Do en vez de tanto *escribidor* vestiglo,
Florecieron Granadas y Argensolas,
Y Solís y Mariana,
Y la Doctora de Avila,
Y la pléyade en suma sevillana.

27.

Gloria imperecedera
Al fecundo Liceo de Sevilla,
Que con Rioja y Caro, Lista, Herrera

Y Reinoso á los Píndaros humilla:
Loor al que el estrago
Eternizó de Itálica,
Al pintar su *amarillo jaramago.*

28.

¿Qué poetas hoy dia
Invitan á elevar á Dios la mente,
Cuando atroz, infernal filosofía
Hunde, cual sierva, su villana frente
De la fangosa tierra
En el polvo maléfico,
Que podredumbre y muerte solo encierra?

29.

Españoles hermanos,
Horror, horror á oscuros pensadores,
Discípulos de escépticos germanos,
De piära servil imitadores.
¿De su negra doctrina
Pueden chispas fosfóricas
Eclipsar de la Fe la luz divina?

30.

Bendicion y loores
Al Supremo Hacedor del firmamento.
Que al Príncipe de hispanos escritores
Crió inmortal al soplo de su aliento:
Ingenio sin segundo,
Prez del orbe católico,
De mi Patria blason, gloria del mundo.

VARIEDAD DE PLATOS EN UN CONVITE DE BODA.

La mondonguera Lucía,
Vieja que tiene bemoles,
En frecuentada hostería
Por gitanos españoles,
Además de añejo vino
Y sopa con caracoles,
Sirvió en la boda de Anton
Siete guisados..... *tocino,*
Marrano, cerdo y *cochino,*
Puerco, gorrino y *lechon.*

Á LUIS XIV,
OSTENTOSO PROTECTOR DE LAS LETRAS.

SONETO.

Himnos de honor al ínclito Monarca,
Que postrados al pie de sus pendones,
Vió casi cuantos pueblos y naciones
Dora el fulgente sol y el mar abarca.
A pesar de los siglos y la Parca,
Vivirá, Luis, ornado de blasones
Y los que protegió doctos varones,
De Ciceron rivales y el Petrarca.
Singular, envidiable nombradía,
Que el *Augusto* francés feliz comparte
Con sábios y guerreros de valía,

Prez eterno al gran Rey, cuyo estandarte
Cubrieron, realzaron á porfía,
Con hiedra Apolo, con laureles Marte.

AL CORONEL D. SILVESTRE MARÍA ORTIZ.

EPÍSTOLA.

Madrid, octubre de 1869.

¿Te has vuelto mudo,
Querido Ortiz,
Desde que vives
Lejos de mí?
Tú, camarada,
Tan parlanchin,
Que á todas horas
Hablas por mil?
Te plugo hace años
Desde Madrid
A Salamanca
Veloz partir,
Y desde entonces,
O malandrin,
Ni versos tuyos
Ni carta ví.
¿Tienes tintero
Para escribir,
Papel y plumas,
Vela ó candil?
¿Tambien te faltan

Maravedís
Desde que á Hesperia
Domina Prim?
¿Has olvidado
Al de Alcañiz,
Que aún entretiene
Su edad senil,
Haciendo coplas
Sin gracia, y sin
Sudar el quilo
Como Don Gil?
Don Gil que muerde
A Moratin,
Y es de coplero
Mal aprendiz.
De dudas pronto
Quiero salir,
De dudas negras
Como el hollin.
Dime al momento,
Sin falta, di,
Dile al Poeta,
No muy feliz,
Viejo y cesante,
Si en el botin.
Ya repartido,
Pescaste anís,
Truchas, confites,
Turron, en fin.
Amigo caro,
Sabe que aquí
Todos los dias

Vemos lucir
A mucho tuno
Y galopin,
Despilfarrando
Oro de Ofir.
Alguno de ellos,
Sin don ni din,
A cien palurdos
Engañó vil,
De diputado
Al conseguir
El nombramiento
De un modo ruin.
Hoy en carroza,
Como un Sofì,
Ostenta orgullo
El zascandil.
¡Mísera España!
¡Pobre pais!
¡Patria..... sin honra!
¡Patria del Cid!

POST-DATA.

A los versillos
Que te escribí
Esta mañana
En mi jardin,
Una post-data
Quiero añadir,
No tan sabrosa
Cual peregil.
Carta recibo

De Don Quintin,
Aquel valiente
De gran nariz,
Y pelo en pecho,
Y algo cerril,
Que fue de bravos
Noble adalid,
Cuando mi patria
Del marroquí
Triunfó briosa
En santa lid.
El veterano,
Hijo de Hellin,
Que luenga lanza
Fiero al blandir,
Venció cabilas
(Raza de Ulid),
Hoy retirado
Allá en Motril,
Viejo, sin pierna,
Sin ver ni oir,
Y en miserable
Zaquizamí,
Vive mas pobre
Que el tio Crispin
Si obra le falta
Zapateril.
Así el Gobierno
A un paladin,
De cuyas glorias
Testigo fuí,
Cuando en Morella

Un proyectil
Le hirió en mal hora
Cuelo y cerviz,
Al verle inhábil
Para el fusil,
¡Oh Dios! lo deja
De hambre morir.
A Dios, amigo:
¡Pobre pais!
¡Patria..... sin honra!
¡Patria del Cid!

Á UN MANDARIN.

EPÍGRAMA.

Cotorrilla parlanchina,
Que tan solo tiene lengua,
¡O negro baldon, ó mengua!
Al pueblo español domina.
Muchos la llaman *gallina*,
Alguien *polla*, otros *capon*.
Como el gallo de Moron
Cuando quede el *caporal*,
No del *infierno arrabal*
Cual hoy, será la nacion.

AL SEÑOR DON COSME.

EPÍSTOLA.

Junio de 1873.

¡O Don Cosme García del Postigo!
Antiguo patilludo granadero,
Despues de ser granuja y barrendero;
Tú á quien yo me digné llamar amigo,
Cuando lograste en la Real Capilla
La cabeza meter, pobre mendigo,
Y salir de miseria y de boardilla;
¡O Don Cosme períncلito, mi dueño!
Entonces visitábasme despacio,
Porque entonces el pueblo madrileño
De la plaza de Oriente en el palacio
A su Reina Isabel con hidalguía
Respetaba á la par y obedecia.
Hoy, Don Cosme ó Don Judas,
Ni la mano me das, ni aun me saludas.
Ya que no vienes, ingraton, á verme,
Esta carta recibe ó fruslería,
Que la péñola mia,
Cual vieja que no duerme,
De mal humor te envia
No bien rie la aurora,
Tras el insomnio largo de esta noche,
En que muy á deshora
Me ha despertado tu ruidoso coche,

Seguido de otros cuatro,
Cuando te retirabas del teätro
Con tus dignos famosos camaradas,
Cual tú, mozos de cuenta
Para adobar potajes y ensaladas,
O llámense pasteles, que presenta
Con su sal y pimienta
Al pueblo aragonés y castellano
El bando federal republicano.
¡En España república!.... Me place
Alejarme de fétida basura,
Donde, como reptil deforme nace
Tras tormenta maléfica y oscura,
Que destructor granizo al campo envia;
Ya su cabeza asoma la anarquía,
Abominable monstruo del infierno,
Para baldon de Hesperia sempiterno,
Para baldon de la infeliz Hesperia,
Que sumida, cual Job, en la miseria,
A Bailen recordando y á Pavía,
Lamenta noche y dia
La falta de sus ínclitos varones;
Héroes que en pro del trono y de sus reyes.
De sus fueros y leyes,
Llenaron de estupor á las naciones.
Si nuestros votos desdeñando el cielo,
Nos niega airado su eficaz consuelo,
A España sin ventura,
Que, ya casi cadaver, muda yace;
Luego, Don Cosme, luego,
Hecha pavesas de discordia al fuego.
El *Requiescat in pace*

Y *Oficio* cantarán *de sepultura*,
Cuando tu bando atroz republicano
Con parricida mano
Logre á su madre Patria ¡dura suerte!
Depositar en brazos de la Muerte.
Mas ¿dónde me arrebatas, fantasía?
Deten el atrevido y audaz vuelo,
Y torna al bajo suelo,
O mal aconsejada Musa mia.
¿Morir, morir España? ¡Qué osadía!
Sella, sella tu boca,
Y olvida la política manía
Con que apareces loca,
Loca, loca de veras.
¿No ves, no ves que necia desatinas
Con esos colosales disparates,
Solo propios de imbéciles y orates,
O de encolerizadas verduleras,
Cuando regañan con furor mohinas,
Y á la cara se arrojan como fieras
Berengenas, pepinos y tomates?
No morirá, no, no, la noble España,
A pesar de Don Cosme y su pandilla.
Tras el eclipse que hoy su luz empaña
Pronto veremos que fulgente brilla,
Cual rutilante Febo
De negra noche én pos brilla de nuevo.
En tan solemne dia
Los españoles todos
Entonaremos himnos de alegría,
Cual nietos dignos de los nobles godos,
Cuando otro Recaredo en aureo trono,

Abra cual padre sus augustos labios,
Y al recordarle agravios,
Exclame con amor: *Yo los perdono!*

LA TUERTA Y LA VIZCA.

CUENTO.

Quien tuviere de vidrio su tejado,
Nunca piedras arroje al del vecino.
Esto dice el refran, y yo imagino
Dice verdad: si alguno lo ha dudado,
Escuche lo que ayer vió mi sobrino.
Al volver de su paseo
De Toledo por la puente
Aquel buen adolescente,
Que aprende esgrima y solfeo,
Presenció el hecho siguiente.
«Dijo una vizca á una tuerta:
»Eres de *Tortosa*, endina;
»Y esta respondió mohina:
»Soy andaluza, Ruperta,
»¿Oyes, bizca-vizca-ina?»

A LA MUERTE DE PRIM.

Diálogo de Sacristía.

SONETO CON ESTRAMBOTE.

SACRISTAN. Hoy mal ferido sucumbió Don Juan,
Espirando infeliz.....
CURA. Maldito, Amen,
El cobarde asesino que á cercen
Cortó la vida en flor al Catalan.
S. Aunque de miqueletes capitan,
Y gefe principal de somaten,
Agarró por el mango la sarten,
Y en España mandó como un sultan.
C. Ya le juzgó el Altísimo. Chiton,
De los pobres difuntos no hables mal.
S. Bonita deja Prim á la nacion.
C. Fué pecador cual mísero mortal.
Todos pecamos.....
S. Pero aquel maton.....
C. Rogaremos por él. Dame el misal.
¿No sabes buen Pascual,
Que moribundo ya, se confesó?
Encomiéndalo á Dios, como hago yo.

Diciembre de 1870.

Á ISABEL LA CATOLICA.

SONETO.

Loor á la perínclita heroina,
De las altas virtudes heredera,
Con que el régio dosel en otra era
Enalteció María de Molina.
No bien alza Isabel la cruz divina,
Cayó el Islam del Dauro en la ribera,
Y el pabellon de España y la bandera
El sol indiano fúlgido ilumina.
Himnos de honor, y lauros y aureolas
A la Reina, que hourando con decoro
Las musas y las letras españolas,
Y anunciando el feliz plectro sonoro
De Leones, Herreras y Argensolas,
La aurora fue de nuestro *siglo de oro.*

Á LEON X, GRAN PROTECTOR DE LAS LETRAS.

SONETO.

No bien Lutero, cínico heresiarca,
Pregona la impiedad en son de guerra,
Arden Germania y Galias; la Inglaterra
Preconiza Pontífice al monarca.
Víctimas mil y mil hiere la parca:
Do quier sangre, do quier horror que aterra;

Mas la santa verdad, que nunca yerra,
Brilla en los labios del primer Gerarca.
Ved á Leon, pacífico y sereno,
Guiar al cielo sus ovejas fieles,
Cual celoso pastor, amante y bueno.
Ved, para ornar su sien, por los vergeles
Del florífero Eden, verde y ameno
La musa de Sion cortar laureles.

UN HEROE.

Al Bajá de Tetuan.

DEDICATORIA.

¿Sabes, Bajá de Tetuan,
Quien es tu compadre Urquiola,
Bajá de San Sebastian,
Que con una hazaña sola
Eclipsó al gran Tamerlan?
Aunque valenton en ciernes,
Sabrá el mundo por mi oda,
Que Urquiola fue en martes, viernes
(Casi la semana toda),
Un Fierabrás ú Holofernes.

I.

Canto en horrida cítara española
Al héroe entre los héroes sin segundo.
Digno de prez, de fúlgida aureola,
Republicano vasco tremebundo.
Canto al gran Don Josef Leon Urquiola.

Porque en la vàsta redondez del mundo
No se vió, ni verá jamás un hombre
Que tanto á los demás pasme y asombre.

II.

Al Don Josef, un tiempo escribientillo.
O sanguja chupona del erario,
Lo contemplamos hoy lucir con brillo
De un gobierno civil cual secretario,
Y aun cual gobernador. Ningun caudillo,
O capitan de brío extraordinario,
Puede parangonarse con Urquiola.....
A no ser un Bajá de luenga cola.

III.

Merece mil coronas de laureles,
Y es digno de la fama pregonera,
Que loa entre cristianos y entre infieles
Altos hechos con trompa vocinglera.
¿Qué nombre perpetúan los cinceles
Allá en la antigüedad, ó en nuestra era
Como el nombre períclito de Urquiola,
Qué se inmortalizó..... por carambola?

IV.

¿Saber quereis la singular fazaña?
Pues escuchad. Venia un viejo Cura
Desde París á su querida España,
Y Urquiola con impávida bravura,
Que siempre á los valientes acompaña,
Pesca sin mas ni mas al Cura viejo,
Cual prende el cazador pobre conejo.

V.

En cárcel dura el infeliz anciano,
Solo por ser de Cristo sacerdote,
Cinco dias gimió, sin que al villano,
Al satrapilla audaz un Don Quijote
Retára noble con acero en mano,
Y diera en la nariz un papirote,
A fin de castigar aquel ultrage,
Digno del mas feroz Abencerrage.

VI.

Del gran Gobernador la nombradía
Se estenderá de hoy mas (no hay que dudallo)
A Oriente, Ocaso y Norte y Mediodía
Por su cruel y sultanesco fallo;
Y al heroe, objeto de la Musa mia,
Solo capaz de levantar el gallo
Con la vejez, tratándola con saña,
. . . .
Estatuas erigir debe la España.

Madrid 25 dè mayo de 1873.

ESPINELA

QUE ESCRIBÍ CON CARBON EN LAS PAREDES DE MI CALABOZO DE SAN SEBASTIAN.

En esta cárcel oscura
Gimo lejos de Castilla,
Por culpas de una pandilla,

Que tiene á España en tortura.
¿Cuándo la luz que fulgura
Veré y el brillante sol,
Y el matutino arrebol?
¿Cuando veré, ó pátria miá,
De tu república impía
Triunfar un Rey..... español?

AL ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DE FELIPE IV.

SONETO.

Dadme el dorado plectro de Dalmiro,
Noble poeta, impávido guerrero,
Pues el nombre del rey ensalzar quiero,
Cuyo amor á las letras tanto admiro.
¿Oís del Manzanares el suspiro,
Que aún lamenta la muerte plañidero
Del que exhaló el sollozo postrimero
En su real mansion del Buen-Retiro?
Lo calumnió la envidia, hoy enmudece,
Y la Fama nos dice en este dia,
Que apenas aquel príncipe fallece,
Espiran la elocuencia y poesía,
Y lo que mas aflige y estremece,
Comenzó, cara patria, tu agonía.

A UN SEÑOR DE MUCHAS CAMPANILLAS.

SONETO.

Ven acá, preclarísimo Señor (*),
Ven luciendo tus placas y espadin,
Tú, que nunca escuchaste, ó malandrin,
La voz de la conciencia y del honor.
Eres cobarde y cínico y traidor;
Tus ojos son los del apóstol ruin,
Y la Fama, *Iscariote* en su clarin
Te llama con justísimo clamor.
Ven..... Mas no vengas, no: de saludar
Me avergüenzo á bribones como tú,
Aunque me den las perlas de la mar.
Aunque me den las minas del Perú,
¡Estrechar yo tu mano! ¡Yo alternar
Con ladrones cubiertos de tisú!
Trata con Belcebú,
Pues tienes (además de negra tez),
Alma de cieno, de betun y pez.

(*) Este Señor murió ya: Dios le haya perdonado. Amen. Con su muerte nada perdió la pátria.

Á DON LUIS DE MADRAZO,

PINTOR ILUSTRE.

HISTORIA DE MI RETRATO.

EPÍSTOLA.

Madrid 1872.

Ya sabes, querido Luis,
Que al paseär por el Prado,
No bien me fatigo un poco
Busco en tu estudio descanso.
Nunca olvidaré de octubre
El dia sereno y claro
Del *ochocientos setenta*,
Segun reza el calendario.
La tarde estaba agradable:
Yo volvia fatigado
Del estanque del Retiro,
Que es mi paseo ordinario.
Llego al *pobre* monumento,
Que debiera ser de mármol,
Oro y perlas. *Allí yace*
¡La gloria del pueblo hispano!
Allí yacen los valientes,
De fe y civismo dechado,
Que por su Dios, rey y patria
La vida sacrificaron.
Respetüoso mi frente

Ante él descubro, y mis pasos
Dirijo al estudio tuyo
Para aliviar el cansancio.
Te saludo cariñoso,
Y el pincel veo en tu mano,
Que á un eclesiástico ausente
Feliz está retratando.
«Yo conozco, amado Luis,
»Con dulce júbilo esclamo,
»A ese cura, amigo mio
»Hace muchos, muchos años.
»Es Don Domingo Fernandez
»Vidal, digno Prebendado,
»Y de Sarmiento y Feijóo
»Admirador y paisano.»
Tú, bondadoso cual siempre,
Respondiste con agrado,
«Que retratar deseabas
»Al Arcade Argiro Latmio.»
Como nunca amarga un dulce,
Ni á mujer, viejo ó muchacho,
Tu invitacion amistosa
Me plugo aceptar de grado.
Al mes de aquella entrevista
Ya lucia mi retrato
Entre cien de tu pincel,
Que firmaría el Ticiano.
No bien lo veian todos
Esclamaban: *¡Está hablando!*
No cabe duda..... es el mismo.....
El mismito alcañizano.
Por aquellos mismos dias

Opúsculos literarios,
Que una *Miscelánea* forman,
En volumen abultado
(Volumen de prosá y versos)
Me estaba ya publicando
Don Antonio Santiyan,
Yerno del difunto Aguado.
Loor al buen Don Eusebio,
Digno, respetable anciano,
De impresores españolés
Prez y gloria..... Voy al caso.
Como la ocasion es calva,
Yo dije para mi sayo,
Al frente de mis obrillas
Mi vetusta efigie planto.
Remetí pues, caro Luis,
Por el correo inmediato
Aquel bello lienzo, honor
De tu pincel delicado.
La pintura llegó pronto
De Monsieur Latour á manos,
Que residia en París,
A las letras consagrado.
Como alumno de las musas
Y habitador del Parnaso,
Estaba el docto francés
En aquel tiempo limando
La traduccion elegante
A su hermoso idioma patrio
De Don Pedro Calderon,
Prez del clero castellano.
Interrumpiendo un momento

Su afan un poquillo ingrato
(Pues limar es á un poeta
El mas penoso trabajo),
Buscó en París sin demora
A un grabador consumado
Que se apellida Regnault
Y es generoso y bizarro.
A pocos dias, muy pocos
Estaban muy bien grabados
El cuerpo y cabeza mia
Con sus cabellos ya escasos.
El buen Latour, diligente
En caja con su candado
Colocó pintura y copias,
Todo entre papeles blancos.
Mas ¡ay! *el hombre propone*,
Como nos dice el adagio,
Y Dios dispone, cual Padre
Y Señor de los humanos.
Creia Monsieur Latour,
Que el tal bultito ó recado
A los tres ó cuatro dias,
Feliz, sin mácula y salvo
Llegaría á mi poder,
Sin que en él metiera el gancho
Guarda de puertas, ú otros,
Que avizoran contrabando.
Aquel buen amigo empero,
Aunque es previsor y cauto,
Echó cuentas sin la huéspeda,
Es decir, sin los Ulanos.
Estos muy señores mios

A la Francia dominando,
Hacian en ella entonces
Por do quier tal zafarrancho,
Que se me erizan los pelos,
Y me horrorizo al pensarlo,
Aunque estoy, querido Luis,
Bien curadillo de espantos;
Pues la *Noche de Luchana*
Ví á las puertas de Bilbao
Enrojecer á torrentes
El Nervion y mar cercano
Sangre, ¡oh dolor! española,
Sin que aquel feroz estrago
De mil y mil pobres madres
Atajára el tierno llanto.
Ya el cajon desde París
Iba á llevar un criado
A la próxima *estacion,*
Del buen Latour por encargo,
Cuando cual trueno que aterra,
En pos de súbito rayo,
Que para humillar ateos
Jehová lanza irritado,
Por toda la capital,
Que el Sena divide manso,
Claman mil bocas á un tiempo:
Los prusianos, los prusianos,
Los prusianos en París,
Y horrísono retumbando,
A los tristes alaridos
Cañon responde lejano.
Un turbion de proyectiles

Estalla: templos, palacios
Y humildes lares, todo arde
Como volcan: con los brazos
A sus hijuelos las madres
Cubren pálidas, temblando,
Y corren, y á Dios invocan,
Y á la *Virgen del Amparo*,
Y á San Luis, y á Genoveva,
En fin á todos los santos
De su devocion. Tambien
Corren gefes y soldados,
Y vuelan hácia la brecha
En alas del amor pátrio,
Para rechazar briosos
Al ejército contrario.
¡Valor inútil! *Sin piedra*
Dios que castiga y sin palo
(Cual dice nuestro refran,
Del que se burla el malvado),
A la orgullosa París,
Capital, corte del diablo,
Y al triste pueblo francés,
Y á su emperador *cuitado*
Castigó, cual merecian,
Porque en mal hora olvidaron,
Del execrable Voltaire
Por la impiedad y sarcasmos,
Al hijo de Doña Blanca (*)
Y su pundonor cristiano,

(*) San Luis, hijo del Rey Luis VIII y de la española Infanta Doña Blanca.

Y fe católica, fuente
Del heroismo encumbrado.
En aquella Babilonia
Los hijos de Prusia entraron
Como *Pedro por su casa*,
Con palma y laurel ufanos.
Así el baldon afrentoso
De Jena quedó borrado,
Y quedaron los franceses,
Cual gallinas, *sin el gallo*.
El mísero aventurero
Que el trono habia escalado,
¿No debió allí pelear,
Y morir, como un Bayardo?
¡Miserable! dias antes,
Ya despierto, ya soñando,
Creia ser de la Europa
El árbitro y soberano.
El viejo Guillermo en suma
Ante el precioso retrato
Del rey, que decir osaba:
Yo soy, yo soy el Estado,
Con la diadema imperial
Ornó sus *cabellos blancos*,
O mejor dicho sus canas,
Que es hablar mas puro y rancio.
La sangre me arde, la sangre
Española, recordando
De París y de Sedan
El tremebundo fracaso.
Vive Dios, que si Guillermo,
Y un millon de sus paisanos

Con mil ametralladoras
Vinieran al Ebro y Tajo,
En España encontrarian
(Querido Luis, no te engaño),
Aunque Alcides fueran todos,
Hormas para sus zapatos.
Si opinas que me equivoco,
Respondan zaragozanos
Y gerundenses y nietos
De los abuelos preclaros,
Que en Bailén y Talavera,
Y Arapiles y San Payo,
A las águilas francesas
Las alas fieros cortaron,
Cuando el *tio del sobrino*,
Que tenia prosternados
A sus plantas veinte reyes
Y millones de *vasallos*,
La raza encontró en mi tierra
De Orisones, Viriatos,
Y Retógenes y Cides,
Y Guzmanes y Gonzalos.
Venga cuando guste, venga
Con sus Panduros y Ulanos
El Emperador Guillermo,
Si desea visitarnos,
Y saborear por acá
De Castilla los garbanzos,
Orejones de Aragon
Y vinillo jerezano.
Venga, y verá con sus ojos
En Somosierra y Moncayo

Lo que somos españoles,
Inclusos viejos ya helados
(Cómo yo) por aquel frio
Precursor del campo-santo,
A do iré pronto muy serio
Entre curas y monagos.
El mal nunca viene solo,
Siempre vienen dos, tres, cuatro
Infortunios contra el hombre.
Que le embisten como alanos.
Despues de apurar París
De Prusia el caliz amargo,
Le esperaba el estertor
Y agonía del Calvario;
El estertor y agonía
De Gestas el obstinado,
Que del penitente Dimas
No imitó el ejemplo santo.
Despues de *caudinas horcas*
A París faltaba *el rabo*
Desollar *de la deshonra*,
Sufriendo á cien mil sicarios
Comunistas, descendientes
(No pardiez degenerados)
De Cain, ó de Luzbel
Hijos y primos hermanos.
De la abrasada Ilion
Quizá no sufrieron tanto,
Sin diferencia de edades,
Las troyanas y troyanos,
Aquella lúgubre noche
Que Príamo ensangrentado

Cayó á las plantas de Pirro,
No rey, sino tigre hircano,
Como la ciudad impía,
Que de su Dios hace escarnio,
Al cantor de la *Pucelle*
Obeliscos levantando.
El historiador que intente
Describir de un solo rasgo,
Digno del Padre Mariana
O de Tácito el romano,
Los incendios, los horrores
De aquel pueblo desgraciado,
Mientras que en él los demonios
Con petróleo dominaron,
De Mantua al sublime vate
Deberá pedir prestado
El pincel, que dibujó
Del Averno el negro caos,
O el del britanico Cisne,
Aquel poeta cristiano (*),
Que nos pone ante los ojos
Al arcángel destronado.
Yo no podria escribir
Tal historia, tal relato,
Luis mio, te diré empero
Lo que viene muy al caso.
El que te plugo pintar
Bello, bellísimo cuadro,
Para ofrecerme bondoso
Obsequio el mas delicado,

(*) Milton.

Y las copias de Regnault,
Por un visible milagro
Del cielo, no quedó todo
En pavesas trasformado,
Cual mil prodigios del arte
Y tesoros literarios
Que destruyó furibunda
La raza de Hunos y Francos.
En los lares de Latour
Con planta audaz penetraron
Los petrolistas bandidos,
Por Satanás empujados.
Ya con la tea humëante
Y los puñales en mano
De mi amigo iban la casa
A quemar los desalmados,
Cuando en la vecina calle
Retumba horrible disparo
De fusilería, y gritos
De cien militares bravos,
Que la enseña de la pátria
Y del órden tremolando,
Dispersar lejos pudieron
A los viles incendiarios.
Así logró libertarse
Mi prisionero retrato,
Que gracias á la amistad
Ha de perpetuar mil años
Mi pobre y modesto nombre,
Cual nombres ciento preclaros
Eternizará el pincel
De mi querido Madrazo.

CERVANTES
Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

LEYENDA.

Cuando viví, me dejaron en la miseria; hoy me levantan estátuas que no necesito, y no me hacen sufragios que tanto anhelo..... Decidles á los escritores que en el lugar donde resido, huele mejor el aroma del incienso que el humo de las alabanzas.

(Cavanilles, *Diálogos*, págs. 34 y 36.)

I.

En clamoreo ronco las campanas
Anunciaban la noche de difuntos,
Noche que á los ateos estremece
Al recordar la muerte y el sepulcro.
Noche de gozo y esperanzas llena
Para el alma cristiana, para el justo,
Que ruega por sus padres y sus deudos,
Y aun por sus enemigos y verdugos.
En carroza de plata aparecia,
Sin brumas ni celages importunos,
Ruborosa la Luna, cual pudiera
En frio enero ó en ardiente julio.
Por la parte del yerto Guadarrama
Rugia el viento bramador y agudo,

Tan sútil y glacial, que parecia
De pulmonías precursor y anuncio.
En manteo de Béjar yo embozado
Pasaba por la calle, que hasta el vulgo
Pisa respetüoso, porque en ella
Hay un templo de monjas, pobre, oscuro:
Santuario, empero, que mi Pátria mira,
Y aun todo el orbe de sorpresa mudo,
Porque Miguel Cervantes allí yace
Entre huesos y túmulos oculto,
Sin que puedan los vivos ¡mal pecado!
Ni al presente, ni en siglo allá futuro,
Al muerto contemplar de tal renombre
Que no cabe en los âmbitos del mundo.
Las vírgenes esposas del Cordero,
A cuyo sacrificio debe el triunfo
De la hueste infernal feliz el hombre,
Con la divina Sangre limpio y puro,
En voz angelical aunque doliente,
Llenas de fe y amor tierno y profundo
Ofrecian plegarias por los muertos,
Que en el convento aquel duermen sepultos.
¡Con qué humildad y devocion las monjas
Los lamentos del casi moribundo,
Paciente Job, unian á los salmos
Del penitente Rey, del Vate augusto!
Los cánticos austeros de la muerte,
Que al hombre terrenal y polvo inmundo
Hasta Sion elevan, donde el arpa
Del ángel suena en celestial preludio,
Con violencia mis plantas atrajeron
Irresistible, con suäve impulso

Hácia el sacro recinto, cuyas puertas
Súbito abrirse con placer descubro.
En la iglesia penetro, me arrodillo,
Y persigno, y abriendo mi Diurno,
Acompañar las virginales voces
A la luz de una lámpara procuro.
Terminado el responso acostumbrado
Tras el tercero y postrimer Nocturno,
Alejarse del coro silenciosas
A las esposas del Señor vislumbro.
Quedo solo en el templo, y del Rosario
Una parte rezando continúo,
Ante el ara postrado de María,
A quien dirijo, en fin, este saludo.

II.

Virgen Inmaculada,
Mas que los querubines bella y pura,
Madre del Criador, á quien agrada
Pida tu proteccion la criatura;
Si en la triste morada
De penas transitorias y amargura
Miguel Cervantes llora,
Con tu imperial y poderoso manto
Ampárale benéfica, Señora,
Y libre de prisiones
El cántico divino: *Santo, Santo,*
Podrá entonar del cielo en las mansiones.

III.

Cesa mi breve oracion
Y me levanto del polvo,

Y despues que agua bendita
Para santiguarme tomo,
No bien salgo de la iglesia,
A pocos pasos, muy pocos,
Siento que una mano amiga
Me toca blanda en el hombro.
Vuelvo, lector, la cabeza,
Y atónitos ven mis ojos
Un hombre, tan parecido
Como lo es un huevo á otro,
Al buen Manco de Lepanto,
Al soldado valeroso
Que vertió su noble sangre
Con españolismo heróico.
Al cinto ciñe la espada
Que ceñia cuando mozo,
Con la que en Argel hacia
Cautivo temblar los moros.
Como blason de su ingenio
En su diestra lleva un rollo
De papeles, distintivo,
Prez de escritores y adorno.
—«Dios os guarde, buen hermano,»
Me dice, y su noble rostro
Veo á la luz de la Luna
Tan simpático y hermoso,
Como cuando apuesto y digno,
Sin contar sus treinta agostos,
Por su Dios, su Pátria y Rey
Logró enrojecer el Ponto.
—«Señor Miguel, y es verdad?
(Con cariño le respondo),

Aunque nací en este siglo,
Soy tan feliz y dichoso
¿Que veros puedo?
—Dejaos
De lisonjas y piropos,»
Con desenfado contesta,
Y prosigue de este modo:
—«Dios Nuestro Señor permite
Venga yo esta noche solo,
A platicar mano á mano
Con vos por instantes cortos.
Sois un cura, yo me alegro,
Pues podeis del purgatorio
Sacar poetas que gimen
En el mas triste abandono.
El sacrificio incruento
Cada dia fervoroso
Ofreced por su descanso,
Y saldrán de penas pronto.
De su vivaz fantasía
Y de su númen fogoso
Por haber tanto abusado
En sus versos amatorios,
Hoy, en castigo bien justo,
Algunos de aquellos locos
O necios amartelados,
De lágrimas dos arroyos
Sin interrupcion derraman
Desde siglos ya remotos,
Lejos de Sion, morada
De paz, de eterno reposo.
El Arcipreste de Hita,

Que olvidando el sacerdocio
Escandalizó á su siglo
Y siguientes con sus fólios,
En aquel fuego lamenta
Y detesta ruboroso
Sus abominables coplas
Dignas del mismo Petronio.
A su lado tambien sufren
Por sus *juveniles ócios*,
Cadalso, Iglesias, Melendez,
Arolas, Lista y Reinoso.
Felices estos mil veces:
Mas ¡ó dolor! gimen otros
Sin esperanza y consuelo
En abismos tenebrosos,
Porque negaron á Dios,
A quien lo debian todo,
Incluso el ínclito ingenio
Que ostentaban orgullosos.
De aquellas negras mansiones
Sepultados en el fondo,
Entre inestinguibles llamas
Atormentados por monstruos,
Llora el romano Lucrecio,
Que en metro fácil, sonoro,
Hizo de la vil materia
La apoteosis y elogio;
Lloran ciento, lloran mil,
Que insultaron sin rebozo
En sus cantares á Dios,
A Dios, su Padre amoroso.
El que mas, empero, sufre

En aquellos calabozos,
Es el impío Voltaire,
Vate quizá el mas famoso,
A quien la cínica Francia,
Con gran placer del demonio,
Hoy dia estátuas erige
Y monumentos gloriosos.
Tiempo vendrá en que, de llanto
Y rubor cubierto el rostro,
Renegará de su hijo
(A quien llamaba su Apolo)
De Clodoveo la Pátria;
La Pátria en que abrió sus ojos
San Luis, el preclaro nieto
Del español Don Alfonso (*).
Olvidemos, caro hermano,
Recuerdos tan dolorosos,
Y elevando nuestra mente
Del Altísimo hácia el trono,
Considerad que allí cantan,
Con laudes y arpas de oro,
Alabanzas al Eterno
Mil vates, mil religiosos.
El Rey Profeta preside
Aquellos divinos coros,
Con el dorado salterio
Que sonaba en los contornos

(*) Alfonso VIII, el vencedor en las Navas, victoria la mas importante que consiguieron las armas cristianas, desde la derrota de nuestro ejército en el Guadalete hasta el definitivo triunfo de los Reyes Católicos en Granada.

Del Jordan embebecido,
Cuando á su canto armonioso
Detenia sus corrientes
En grato y plácido arrobo.
Como en los góticos templos,
Gloria del orbe y asombro,
A los salmos de David
Responden melodiösos
Los cánticos apacibles,
Los himnos dulces, devotos,
Del buen Aurelio Prudencio,
Cisne de Hesperia canoro,
Tambien en el cielo gratas,
Al pie del divino sólio,
Con blanda cítara hebrea
Del Monarca mas piadoso,
Cuerdas latinas modulan,
Que ciudad, donde á Jacobo
Visitó la Virgen Madre,
Oyó en los tiempos heróicos,
En el siglo venturoso
De Atanasios y Agustinos,
Y Gerónimos y Ambrosios.
Feliz España, feliz,
Que entre sus vates gloriosos
Cuenta al ínclito Prudencio,
A cuyo plectro sonoro
Nombradía deben tanta
Aquellos héroes famosos,
Que derramaron su sangre
En las catastas y potros,
En las cruces y en el fuego,

Por el vencedor del Orco,
Por el Hombre-Dios, á quien
Plugo morir por nosotros.»

YO.

—

IV.

Señor Miguel, ¡qué alegría,
Qué placer tan inefable
Hoy siente mi corazon
Recordando esas verdades!
Bien claro me demostrais
Que no habitais este valle
Que habito yo, de miserias
Y llanto y calamidades.
Bien hicísteis en morir
En tiempos (aunque fatales,
Porque *reinaban* los Lermas
Y despues los Olivares),
Pero no tan desgraciados
Como los dias actuales
Para la infeliz España,
Para esta piadosa madre
De sus hijos, sean buenos
O malos; porque si nacen
De su seno, ella los mira
Con amor puro, entrañable.
Creedme, aquel siglo vuestro,
En que esplendor y realce
Dísteis á las glorias nuestras
Con altas heroicidades,

Con el *Hidalgo Manchego*
Y *Novelas ejemplares*,
Y en fin, con escritos tantos
Que viven aún inmortales;
Aquel siglo con razon
Es muy justo que se llame
Siglo feliz, *siglo de oro*,
Y aun de perlas y diamantes,
Comparado con el tiempo.
Con el tiempo miserable,
Tiempo de lujo y de prosa
Y de escepticismo infame,
En que arrastro yo infelice,
Entre mis dolencias graves,
Sesenta y cinco *Diciembres*,
O si quereis *Navidades*.
Pero dejemos á un lado
Mi ancianidad y pesares,
Ya que, gracias al Señor,
Nunca mi valor se abate.
Si dar un largo paseo
En mi compañía os place,
Objetos vereis curiosos
Que quizá no os desagraden:
Cosas además diré,
Para vos tal vez notables
Por lo raras, aunque algunas
Os incomoden y enfaden.
Mirad, mirad; á dos pasos
De estos sagrados umbrales,
En que Trinitarias monjas
Custodian vuestro cadáver,

La pared del monasterio
(Que el cielo defienda y guarde)
Ostenta *inscripcion mural*
Con el nombre de *Cervantes.*
Cerca de aquí se conservan
Aquellos humildes lares
En que vivísteis, muriendo
De frio, de sed y hambre,
Sin que os tendieran su mano
Cien Epulones magnates
Que desde carrozas de oro
Os veian espirante.
¡Justicia de Dios, justicia!
Los próceres miserables
(Mas necios que sus lacayos)
Hoy oscurecidos yacen
En soberbios mausoleos,
Y nadie recuerda, nadie
(Ni aun para rogar á Dios),
Aquellas almas vulgares,
Aquellas almas de cieno,
Aquellos viles farsantes,
Que ostentaban relumbrones
Y bordados y alamares
En palacio, ó entre damas,
Sin que uno solo brillase
Por su pluma ó por su acero
En los bélicos combates.
¡Pobres hombres, pobres hombres!
Requiescant, amen, in pace,
Y su apellido olvidemos,
Algun dia tan brillante.

Hoy á la puerta de pino
De la casa en que finásteis,
Vuestro nombre en letras de oro
Aparece radiänte,
Atrayendo irresistible,
Como al hierro imán atrae,
A franceses y britanos,
Y polacos y alemanes,
En fin, á cuantos viajeros
Saludan la verde márgen
Y la pradera, que humilde
Besa el régio Manzanares.
Perdonad, porque estas glorias
(Vanidad de vanidades)
Os he contado: á los muertos
De seguro poco halaguen.
Otro lauro muy mas digno,
De que no quiero olvidarme,
Os voy á manifestar,
Ya que me escuchais amable.
A este sagrado recinto,
Donde acentos virginales
De la tumba en el silencio
Suelen oir vuestros manes,
De tres en tres años viene
Muchedumbre innumerable
De clero, pueblo y nobleza,
En fin, de todas las clases.
Despues de oficiar piadoso
Un Prelado respetable,
Por vuestra paz y descanso
Ofreciendo el cuerpo y sangre

De la Víctima divina,
Que con bondad inefable
En una cruz espiró
Por los míseros mortales;
Otro Obispo, cuya ciencia,
Cuyo continente grave
Y piedad realzar suele
Con sus canas venerables,
Sube al púlpito, y en breves
Y elocuentísimas frases,
Que enternecen á las monjas
Y á todos los circunstantes,
Recuerda vuestro alto nombre,
Y sobre todo la grande
Y ardiente cristiana fe
Con que al fallecer besásteis
La cruz de la Redencion,
Aquel símbolo adorable
Que tanto valor os daba
Contra los turcos alfanges.
Nunca olvida el orador
Que el católico Cervantes
En vida vistió y en muerte
El franciscano ropage,
Que San Luis, Santa Isabel,
Y otros Reyes admirables
Vistieron, á fin de honrar
Con él sus mantos reales.
La humildad de aquellos santos,
La Iglesia, cual tierna Madre,
Para ejemplo de los fieles
Hoy venera en sus altares.

Señor Miguel, qué dichosas
Eran aquellas edades,
Aquellos siglos de gloria
En que, cual sol deslumbrante,
De la fe el divino fuego
Ardia en pechos leales,
En los españoles pechos
Que combatian en Flandes,
En Otumba y en Pavía,
Y en los secos arenales
De Túnez, por sostener
El católico estandarte!
Siglos de fe y altas glorias,
En que el Tormes y el Henares
Ufanos con los doctores
De sus Universidades,
En sus márgenes oían
Con orgullo á nobles vates,
De los Píndaros y Horacios
Alumnos, quizá rivales.
Siglos de fe y alta gloria,
En que el sábio, el ignorante,
El Rey, el pobre y el rico,
Y Obispos y sacristanes,
Al ver la cruz sacrosanta
O de María la imágen,
Erigidas en los bosques,
En vias, plazas ó calles,
Descubrian su cabeza
A efigies tan venerables,
Persignándose, ó rezando
La Salutacion del Angel:

Dorado siglo, en que ardia
Católica fe, que no arde
En estos dias de horror
Y de prosa abominable.

CERVANTES.

V.

¿Qué escucho? ¡En la pátria mia,
En España, do nací
De la fe el divino fuego
Se puede acaso estinguir!
¡En el suelo venturoso,
En la nacion mas feliz
Que el astro bello del dia
Alumbra desde el cenít,
Desde que al Ebro dichoso
Visitar y sonreir
Se dignó la *Virgen Madre*
Del que tronó en Sinaí;
En la católica pátria
De mártires mil y mil
Millares, que consiguieron
Al Averno confundir,
De Recaredo en la pátria,
Y de Pelayo y del Cid,
De Isidoros y Leandros
Podria la fe morir!
No es posible, hermano mio:
Mirad bien lo que decís.
¡Puede un español acaso

Convertirse en marroquí!
Esplicad lo que habeis dicho,
O me vuelvo sin oir
Mas palabras al sepulcro
De que hace poco salí.
¡Dulce pátria de mi alma!
He sido bien infeliz,
Porque en Lepanto ó Argel
Espirar no merecí,
Cual deseaba impaciente,
Con el religioso fin
De dar mi vida por Dios,
Que en la cruz murió por mí.
Perdon, perdon, pátria mia,
Perdon..... mas al sucumbir,
No por mi fe contra infieles
Sino ya anciano en Madrid;
Cuando los santos auxilios
De la Iglesia recibí,
Que tanto me confortaban
En la postrimera lid,
A mi dulce Redentor
Mis deseos ofrecí,
Deseos, que al buen Jesus,
Plugo amoroso admitir.

YO.

—

VI.

Señor Cervantes Saavedra,
¡Qué bueno, qué bueno sois,

Como lo canta la fama
Con su metálica voz!
Hace mas de cincuenta años
Que no lo ignoraba yo,
Mas tan clara esta verdad
Nunca descubrí hasta hoy,
Que aparece ante mis ojos
Luminosa como el sol,
Cuando en mañana de mayo
Ostenta su resplandor.
Creedme, Señor Miguel;
Al presente hay español,
Y españoles y no pocos
(Os lo digo con rubor)
Que, olvidados del bautismo,
El santo nombre de Dios
Profanan públicamente,
Cual no se hace en el Mogol,
Sin que haya una autoridad
Que al audaz blasfemador
Refrene su impía lengua
Con mordaza ó con prision.
Pasmaos: hasta los niños,
Y, lo que es mucho peor,
Hasta mujeres y viejos
Blasfeman sin ton ni son.
Por supuesto muchos, muchos
Vemos con pena y horror,
Tamaño crimen, que á España
Cubre de afrenta y baldon.
Mas puesto que paso á paso
Hemos llegado los dos

A la plaza de las Córtes,
Donde cual digno blason,
La estátua vuestra aparece,
Si algun obstáculo vos
No hallais, sentarnos podemos,
Que estoy fatigado yo.
Soy viejo, Señor Miguel,
Y además un reuma atroz
Me atormenta y martiriza;
Tened de mí compasion.
Mirad al frente, mirad
Hecha con arte y primor
La imagen vuestra de bronce,
Orgullo de la nacion.
Con ella los españoles,
Aunque tarde, quieren hoy
Reparar la ingratitud
De aquella generacion
Infame, que en la miseria
De hambre morir os dejó,
Sin que pan ni otro consuelo
Os diera en vuestro dolor.
De San Antonio del Prado
Observad con atencion
La iglesia que todavía
La impiedad no destruyó.
En este templo sin duda
Veces mil á Sabaot
Con las rodillas en tierra
Pedíais gracia y perdon,
Al augusto sacrificio
Asistiendo con fervor,

Que un jesuita ofrecia (*)
En santa contemplacion.
Ved aquel mismo palacio
Que el de Lerma levantó
En vida vuestra: magnate,
Que mercedes y favor
Al talento y á las letras
Imbécil no dispensó,
Aunque de la ibera nave
El dirigia el timon.
¡Pobre Hesperia, pobre España!
Entonces, siglos en pos
Y al presente Sandoval
Tiene algun imitador.
¿Algunos? Innumerables.
No hay en Espera bribon,
Sobre todo en estos dias
De discordias y de horror,
Que sin ciencia y sin virtud
Cegado por la ambicion,
No pretenda ser Ministro,
Diputado ó Senador.
Observad á la derecha
El edificio que alzó
En este siglo la España,
(Turbada con el rumor
De guerra civil sangrienta
Que lustro y medio rujió),
Para que en él se congreguen

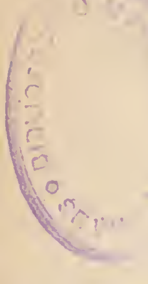
(*) En tiempo de Cervantes, el convento de Capuchinos del Prado era colegio de Jesuitas.

En frecuente reunion
Representantes del pueblo,
Casi omnipotentes hoy,
Del pueblo que continúa
Mas pobre que el mismo Job.
Siento deciros, lo siento
Con vivísimo dolor,
En Córtes Constituyentes
Un *tontiloco* negó
La pureza de la Virgen
Y la existencia de Dios,
Sin que un solo diputado
Pidiera en tremenda voz
Recluyeran al ateo,
Sin mas averiguacion
En una jaula de orates.
De que era merecedor.
Dispensad, Señor Miguel,
Mi larga conversacion
Para probaros que Hesperia,
Presa de funesto error,
Es mas infeliz ahora,
Que la piadosa nacion
Donde, al dar vos vuestro cuerpo
Al polvo de que salió,
Con sumisa voluntad,
Con santa resignacion,
El alma os plugo cristiana
Entregar al Criador.

CERVANTES.

VII.

Por Dios hermano, callad:
¿Sabeis lo que me afligís
Con ese triste relato
Que de mi pátria os oí?
¡Pobre España de mi alma!
Bien hice, bien, en morir
Hace dos siglos y medio,
Y de este modo no fuí
Testigo de esa impiedad
Y de la intestina lid,
Que con española sangre
Malos españoles mil
En la época presente
Desean reproducir,
Aunque enrojezcan los rios
Desde Ampurias á Guadix.
Quiera Dios en su clemencia
Los ojos á España abrir,
Para que la luz del cielo
Vea ese pueblo infeliz.
La luz de la fe divina,
Que en Jerusalén y aquí
El Hijo anunció del trueno,
Valiente muriendo al fin
Por el sagrado Evangelio.
¡Ay me! Yo no merecí
Por mis culpas una muerte



Tan cristiana y tan feliz.
Ya no quiero preguntaros
(Pues fuera pregunta ruin
Despues de hablar de ateismo
Y de escepticismo vil)
Por las Artes y las Ciencias,
Por la Poesía, en fin,
Hija sublime del cielo,
Pues no hay nada que añadir.

YO.

—

VIII.

Si me otorgais benévolo permiso,
O príncipe de ingenios españoles,
Antes que dore al plátano y aliso
El alba con sus bellos arreboles,
Os narraré contemporánea historia,
Digna de luto y fúnebre memoria.
Historia de un poeta sin segundo,
Que hace bañar en lágrimas los ojos,
Porque fué gloria, admiracion del mundo
Aquel cisne inmortal, que sus despojos
Dejó al morir bajo sombrío cielo,
¡Léjos, ay! de su dulce pátrio suelo.
Inspirado cantor, noble Batilo;
Tú que las artes en sublime acento
Celebraste pacífico y tranquilo,
Elevando tu voz al firmamento
Y de hidalgo civismo dando pruebas,
Como el antiguo Píndaro allá en Tebas,

¿Quién te diria, bardo sin ventura,
Que en estraño pais tu alba cabéza
Ocultaria humilde sepultura,
Despues de fallecer en tal pobreza,
Que no tenias pan para tu esposa,
Compañera en tus penas cariñosa?
¡Y olvidar tus gemidos y miseria
Pudo, pudo infeliz la pátria mia,
Como á Cervantes olvidó la Hesperia,
Cuando por su desgracia dirigia
A la nacion de abatimiento enferma
Francisco Sandoval, Duque de Lerma!
No es ilusion: el recto magistrado,
El trovador dulcísimo, divino,
Indigente, y anciano, y desterrado,
Víctima en fin de bárbaro destino,
Con mengua de su pátria y aun del trono
En el siglo murió décimo nono.
¡A cuántos asaltó despues la muerte
Nobles ingenios de la pátria mia,
Que lamentaron tan aciega suerte
Por criminal desden, por apatía
De los pilotos cien, que han gobernado
El timon inespertos del estado!
¡Cuántos gimen hoy mismo sin consuelo
De prosáica boardilla en el retiro,
Sin escucharlos nadie, mas que el cielo,
Que con amor, del pobre oye el suspiro,
Porque con los poetas no es la España
Madre de amor sino mujer estraña!
¡Miserables gobiernos que la oprimen!
¡Miserables partidos que la infaman!

Loor á los ingenios que, aunque gimen,
Su inapreciable libertad proclaman
En la santa y feliz independencia
Qué las letras les dan y su conciencia.

CERVANTES.

Hermano, ¿qué estrañais? La Poesía
Bajó del cielo á confortar al hombre:
Predominando escepticismo hoy dia,
¿Habrá mortal, decidme, que se asombre,
Si olvida amor y fe, que ella atesora,
Quien al *aureo becerro* solo adora?
No es hija, no, del cieno de la tierra
La inspiracion del Vate soberana:
Cuanto el mundo en sus ámbitos encierra,
Es polvo y sombra pasagera y vana
Para el poeta al contemplar las nubes
Y la voz al oir de los querubes.
Su espíritu elevando al firmamento,
Esmaltado de fúlgidas estrellas,
Une con tierno amor filial acento
Al de las almas ínclitas aquellas,
Que al Padre y Hacedor, al Bueno y Santo
Loan cual hijos en perenne canto.
Mas ya brilla el lucero, hermano mio,
Fiel mensajero del fulgor del alba,
Hora en que debo al panteon sombrío
Volver antes que á coros hagan salva,
Con sus plácidos cantos y loores,
Las alondras á Dios y ruiseñores.

Oid, oid la voz de la campana.
Que anuncia de oracion la grata hora
En torre de la iglesia mas cercana.
Donde la cruz el madrileño adora
Desde mi tiempo, tiempo ya remoto,
Cuando reinaba el Príncipe *Devoto.*
Ofreced hoy cual sacerdote en ella,
Ofreced incruento sacrificio,
Y á María invocad, del mar estrella,
Y el almo Verbo mirará propicio
A los vates que gimen en el fuego,
Cuyo ardor templa fervoroso ruego.
Orad para que Dios mire cual padre
A la nacion católica española,
Que visitó su Inmaculada Madre,
A la nacion que, impávida, aún tremola
El pendon sacro, Lábaro divino
Que hizo triunfar al grande Constantino.
Ondeändo la cruz, podrá tan solo
Asombrar otra vez con su denuedo
A cuantos pueblos hay de polo á polo
La pátria del piadoso Recaredo,
Cual asombró del Godo el heroismo
Cuando venció Pelayo al Islamismo.

1.° *de Noviembre de* 1874.



ÍNDICE.

ERRATAS.

Pag.	*Lin.*	*Dice.*	*Debe decir.*
—	—	—	—
14	32	Viana	de Viana
16	31	Ventera	Ventura
22	12	me la	nos la
26	20	mejor	mejores
37	3	pensar la	en la
37	16	camo	como
76	22	Aborígenas	aborígenes
76	23	rabaños	rebaños
78	13	estas dos poblaciones españolas indudablemente eran	
90	32	su	sus
94	29	dicho hebreos	dichos
104	16	decir	de decir
108	9	caluniosa	calumniosa
114	19	de mano	de mano en mano
137	8	haciende	haciendo
160		De Hostilio y de Pompeyo Supisteis ya triunfar:	

¿No podrá igual denuedo
A Scipion aterrar?

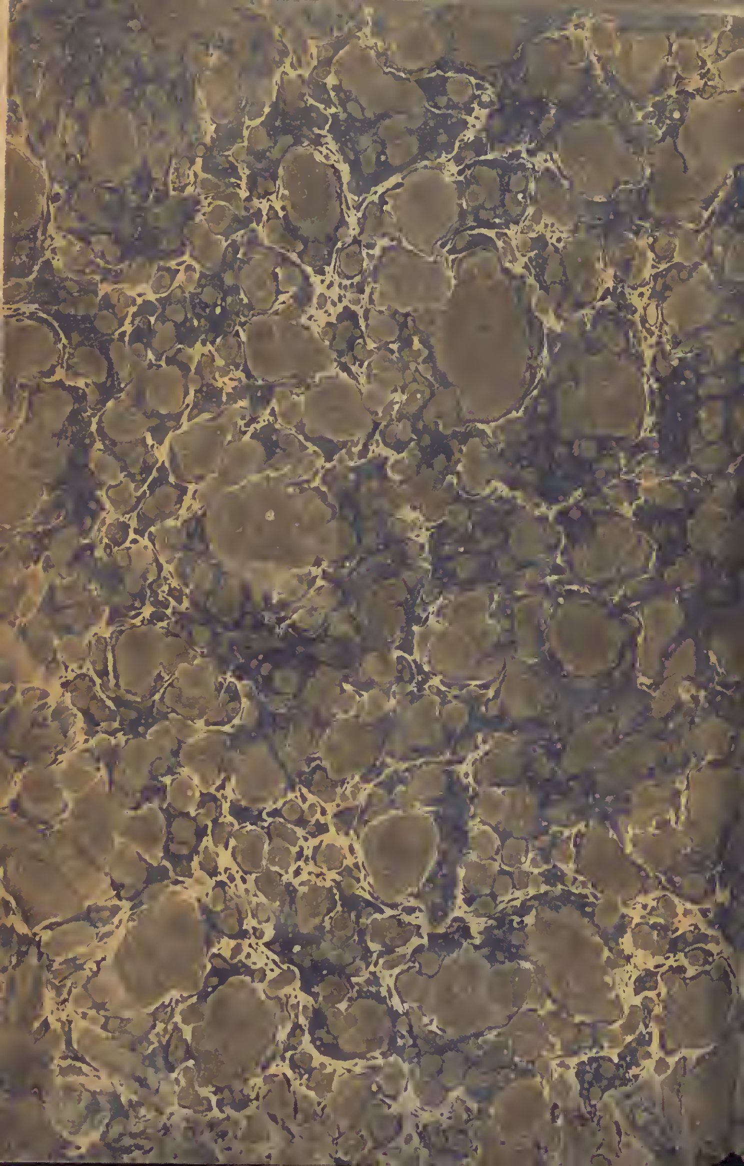
Debe decir.

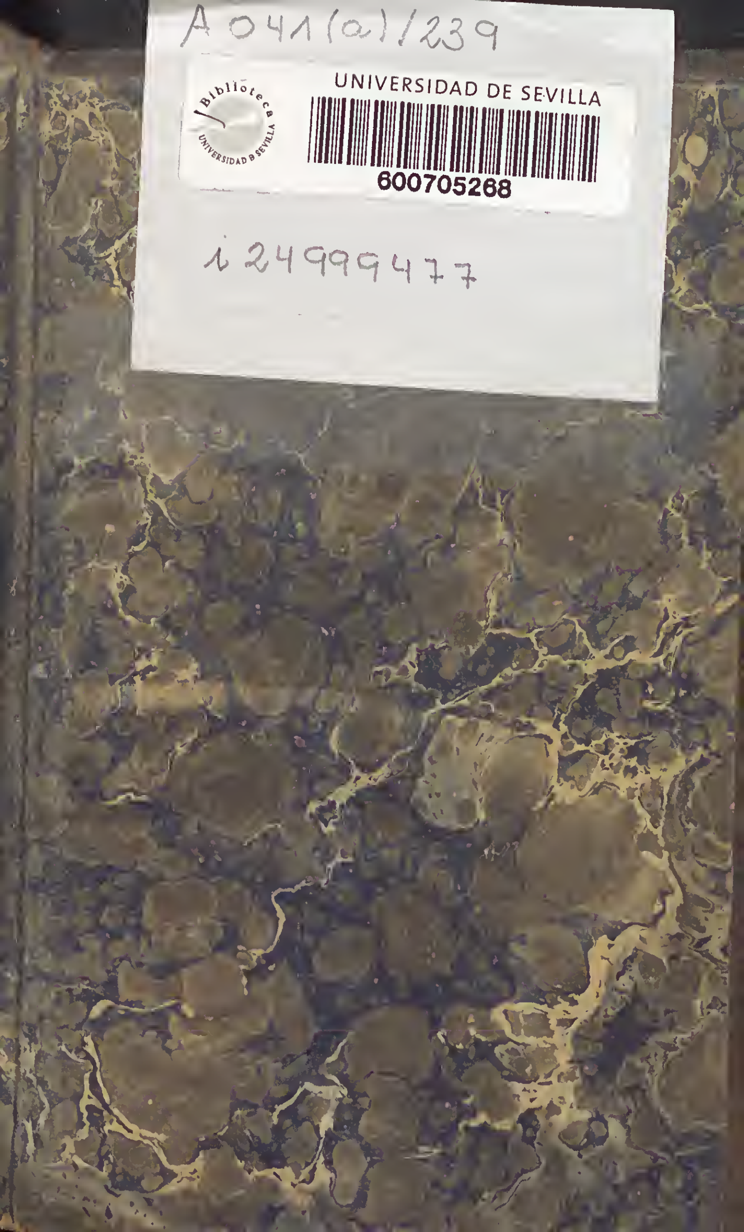
De Pompeyo y Mancino
Supísteis ya triunfar:
¿No puede el numantino
A Scipion aterrar?

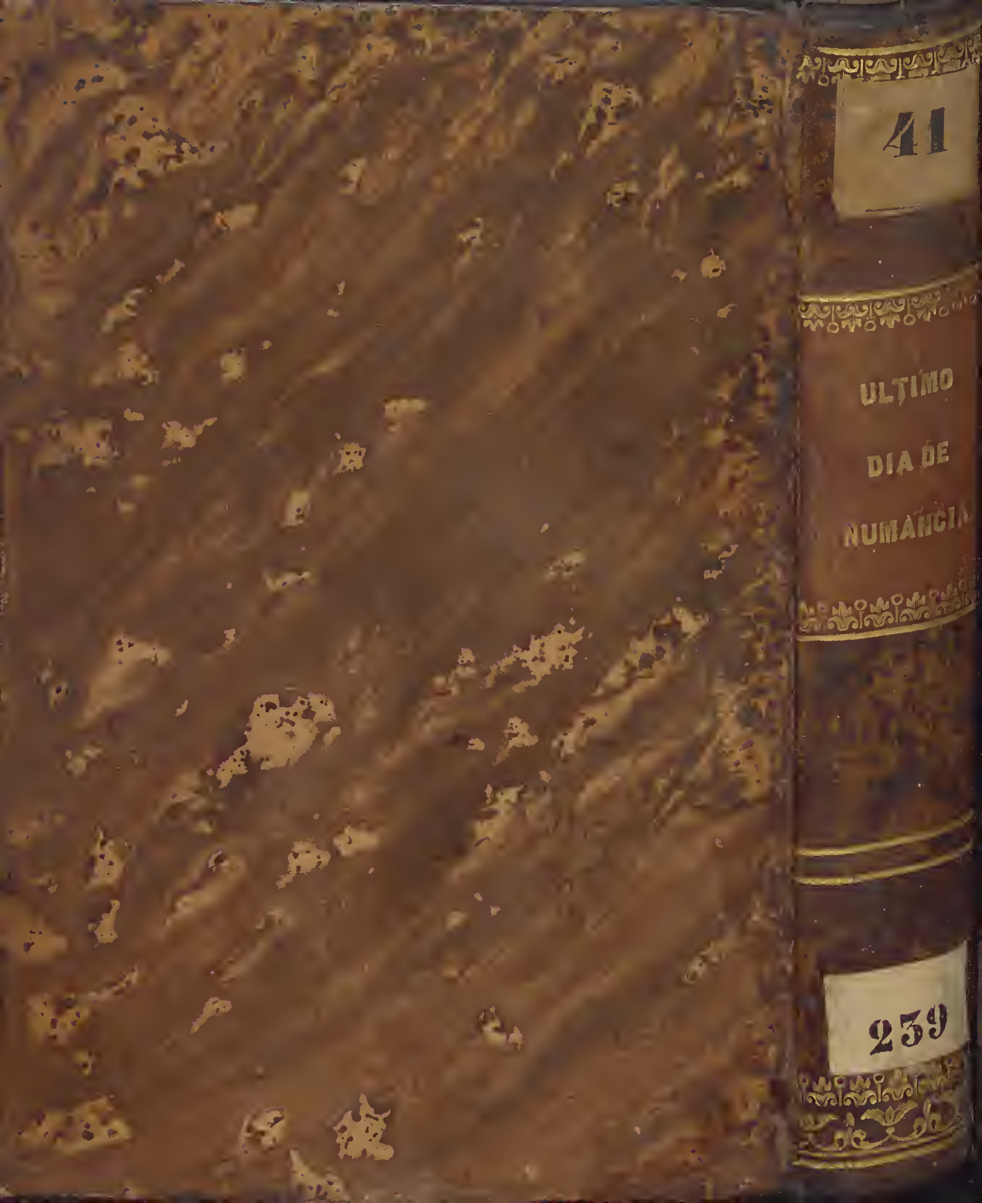
Esta no es errata de los cajistas. Es *un lapsus calami* del poeta. *Suum cuique.*

163	22	emboscados	emboscado
213	28	va resucitar	á resucitar
264	1	poeisas	poesías
307	3	cuelo	cuello
337	20	Despues del verso, *Oyó en los tiempos heróicos,* lease: *En el siglo ya lejano, En el siglo venturoso, etc.*	
348	11	Lease *Pobre España, pobre España!*	
348	16	Espera	Hesperia






A 041(a)/239
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600705268
i 24999477


41
ULTIMO
DIA DE
NUMANCI
239